

LEOPLÁN

M A G A Z I N E P O P U L A R A R G E N T I N O



En este número:

EL MISTERIO DE LOS TRES HOMBRES RENGOS

Texto íntegro de la famosa novela policial de ELLERY QUEEN

Seguida de: EL MISTERIO DEL ESPEJO y
EL MISTERIO DE LA MUJER BARBUDA
(Del mismo autor)

Además: HERODIAS, de GUSTAVO FLAUBERT

30 mayo 1944

30

centavos en
todo el país

SU PORVENIR ASEGURADO

ES SUFICIENTE saber leer y escribir para poder estudiar en las **ESCUELAS LATINO-AMERICANAS** cualquier curso Comercial.

• **EL PRIMER PASO** que usted debe hacer es solicitar la "GUÍA DE ENSEÑANZA", pero hágalo en seguida, **HOY MISMO**.

OBSEQUIOS A LOS ALUMNOS
Inscrito como alumno en las ESCUELAS

INSCRIPCIÓN: "Un nuevo método de enseñanza para los estudiantes de las escuelas latino-americanas recibirá algunos de los siguientes apodosos:

VELOCIGAFIA: "El nuevo método de enseñanza de la historia del mundo de estudio y de la enseñanza completa de **VELOCIGAFIA**. Es suficiente un mes de estudio pero podrá estudiar y leer con rapidez.

RADIO F. M. (Frecuencia Modulada): Una enseñanza superior para los alumnos inscriptos en el curso de Radio, autorizada especialmente por la Universidad Ingénieur Armstrong, de E. E. U. A. y la Universidad de E. E. U. A.

DICCIONARIO: 512 páginas y 50.000 palabras.

CARNET DEL ESTUDIANTE: en cuero legítimo con letras doradas y terminación artística.

GRATIS

Si no desea re-
cortar el cu-
pón, mándanos
su nombre y
dirección,
mencionando
esta revista.

LAS MAS ACREDITADAS
ESCUELAS LATINO - AMERICANAS
Director de las ESCUELAS LATINO - AMERICANAS
Ave. BOYCACA 216 - BUENOS AIRES
entre BOYCA y JIN CONQUINQUA al 1100
cent 1100 - GUILLERMO DE HERENZANZA

que le intere

AÑO XI - N.º 240
17 de mayo de 1944

LEOPLÁN

ESMERALDA 116
U. T. 33 - 0663
BUENOS AIRES

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 138.577

Sumario

Págs.

EL MISTERIO DE LOS TRES HOMBRES RENGOS, texto íntegro de la famosa novela policial de Ellery Queen	52
EL MISTERIO DEL ESPEJO, del mismo autor	70
EL MISTERIO DE LA MUJER BARBUDA, del mismo autor	86
HERODIAS, texto íntegro de la célebre novela de Gustavo Flabert	4
LA TEMPESTAD DE NIEVE, cuento dramático, por Alejandro Puchlin	8
LULES, HUERTA DE LA REPUBLICA, semblanza de un pueblo tucumano, por Valentin de Pedro	12
UNA PEQUEÑA ALMA, cuento trágico, por Luis Couperus	16
ALBERTO PRANDO, UN PINTOR FIEL A SU DESTINO, nota de arte, por J. González Bayón	18
EN LA SELVA, A LA HORA DE COMER, cómo cocinan los "mensú", por Germán Dros	20
LA SALVACION DEL "ELISA KING", cuento del mar, por Héctor Pedro Blomberg	22
INGLATERRA MOVILIZA SUS AVIONES FANTASMAS, crónica de actualidad, por Peter O'Neill	24
ACTUALIDADES GRAFICAS	26
LA PENICILINA SE DESCUBRIO POR CASUALIDAD, nota de divulgación científica, por el doctor W. Y.	28
CUANDO DOS SEÑORAS SE BATIERON EN DUELO, relato de un desafío entre damas, por Arlene Rodríguez Elías	30
UNA VISITA AL CAMPAMENTO ENEMIGO, recuerdos de un combatiente en Marruecos, por Vicente Asensio de Aledo	32
HISTORIAS DE ANIMALES, nota local, por María de Alvarado	34
LOS IMPOSIBLES, al margen del carcelero criollo, por José Luis Linares	36
VERLAINE, Y EL DRAMA DE BRUSELAS, un momento de la vida del poeta francés, por Pierre Beaufort	38
TODOS DICHOSES, cuento humorístico, por Jacinto Octavio Picón	40
LOS NEGROS SE VAN, crónica porteña, por Gerardo Mendizábal	42
FIGURAS DE LA ORATORIA ESPANOLA, — DON ANTONIO MAURA, otra colaboración exclusiva del ex Jefe del Estado español, don Niceto Alcalá Zamora	44
AMOR PARA EL RECUERDO, cuento sentimental, por Salvador Merlino	46
LILLIAN HELLMAN, LA ESCRITORA DE LOS CUATRO EXITOS, crónica cinematográfica, por Rolando W. Varela	48
DINAMITEEROS CONTRA NIHILISTAS, vida y milagros de Plácido Bécica, por Carlos V. W...	50
SAN LORENZO DE CALLEGUA, de Argentina adentro, por Marcos Catón Díaz	52
PARA MATAR EL TIEMPO, sección recreativa	54
AQUI LE CONTESTAMOS, correo de "Leo-plan"	56

Ilustraciones de: ARTECHE, RAUL VALENCIA, VALDIVIA, VILLAFARE, FAIRHURST y GURELLINI. - Historietas de: TOONDER, CAO, VILLAFARE, HALEBLIAN y DEL CASTILLO, HERGOTT, J. CHRISTIE M., GONZALEZ FOSSAT, Etc. Etc.

En el próximo número, dos obras famosas completas:

ELLA Y EL, TEXTO INTEGRO de la novela de amor de JORGE SAND
JELI, EL PASTOR, novela dramática de GIOVANNI VERGA

Y trabajos de: EDGAR ALLAN POE, EDUARDO MALLEA, PEDRO ANTONIO DE ALARCON, ANDOR GABOR, etc. etc.

"LEOPLÁN" aparece el 7 de junio

Treinta centavos en todo el país

LA TEMPESTAD



Los caballos galopan sobre las colinas,
Apisonando la gruesa capa de nieve.
Sólo allá abajo aparece la casa de Dios.

De repente, estalla la tempestad;
Cae la nieve formando anchos copos;
El negro cuervo batido fuertemente sus alas,
Vuela sobre el trineo.
Sus gemidos proféticos presagian la desgracia,
Los caballos vuelan,
Con los ojos fijos en el lejano horizonte,
Y las crines erizadas.

(JOUKOVSKI)

I

A fines del año de 1811, época para nosotros memorable, vivía, en sus dominios de Nenarodova, el bueno de Gavriló Gavrilóvitch R..., cuya generosa hospitalidad habíase hecho proverbial en todo el distrito. A cada instante, llegaban a su casa sus vecinos, dispuestos a comer, a beber o a jugar cinco kopeks al boston con su esposa Praskovia Petrovna; y otros con la intención de contemplar de cerca a su hija María Gavrilóvna, una belleza de diecisiete años, pálida y lúen formada. Pasaba por ser una rica heredera, y más de uno había formado ambiciosos proyectos sobre ella para sí o para su hijo.

María Gavrilóvna, educada en las novelas francesas, no podía menos de estar enamorada. El elegido de su corazón era un subterfugio pobre, que estaba con licencia en su aldea. No hay que decir que el joven participaba de la misma pasión, y que los padres de su adorada, habiendo sorprendido su mutua inclinación, habían prohibido a su hija que galantease con él y le recibían peor que a un asesor retirado.

Nuestros enamorados se hallaban en correspondencia y se veían cada día en el bosquecillo de pinos o cerca de la vieja capilla, donde cambiaban juramentos de eterno amor, se quejaban de la suerte y forjaban diferentes proyectos.

A fuerza de escribirse y de hablarse, acabaron (como era natural) por hacerse el razonamiento siguiente:

—Supuesto que no podemos respirar el uno sin el otro, y que la voluntad de unos padres inflexibles se opone a nuestra dicha, ¿por qué no ir más allá?

No es preciso decir que esta feliz idea había germinado en el cerebro del joven; pero que halló la más favorable acogida en la romántica imaginación de María Gavrilóvna.

Al llegar el invierno, cesaron sus entrevistas, pero la correspondencia hizo más activa. Vladimir Nikolaievitch suplicaba en todas sus cartas que tuviese confianza en él; se casarían secretamente, vivirían ocultos por espacio de algún tiempo, irían después a arrojar a los pies de sus padres, quienes, movidos sin duda, a compasión por las desdichas y la heroica constancia de los amantes, acabarían por decirles:

—Hijos queridos, venid a nuestros brazos!

María Gavrilóvna hubo de vacilar largo tiempo y de rechazar muchos planes de fuga fraguados por su amante; pero al fin consintió. El día señalado no cenaría, y pretextando padecer un fuerte dolor de cabeza, se retiraría a su cuarto. Su doncella estaba en el complot, y ambas debían bajar al jardín por la escalera de servicio, montar en un trineo que les estaría esperando y trasladarse en él a Jadrino, aldea donde había una iglesia, situada a cinco verstas de Nenarodova; Vladimir la esperaba en la iglesia.

La víspera del día decisivo, María Gavrilóvna no durmió en toda la noche; hizo su equipaje, anotó la

ropa blanca y los efectos, y escribió una larga epístola a una señorita sensible, amiga suya, y otra a sus padres, en la que se despedía de ellos del modo más conmovedor, excusando su falta por la fuerza irresistible de la pasión, y terminaba diciéndoles que el momento en que se les permitiese arrojar a los pies de los autores de sus días, sería el más feliz de su existencia.

Después de sellar las dos cartas, tendióse sobre su lecho, cuando rayaba ya el día, y comenzó a dormir; pero los más horribles ensueños despertábalan a cada instante. Unas veces le parecía que en el momento de montar en el trineo para ir a casarse, detenía su padre, arrastrábase sobre la nieve con una rapidez dolorosa, y arrojábase en un subterráneo tan profundo como obscuro... y se sentía caer, y su corazón experimentaba un horror indescriptible. Otras, veía a Vladimir tendido sobre la hierba, pálido, cubierto de sangre, que, en las ansias de la muerte, suplicábale, con voz conmovedora, que apresurase el momento de su matrimonio... Otras muchas visiones, tan fantásticas como estúpidas, sucedieron unas tras otras.

Por fin se levantó más pálida todavía que de costumbre, con un dolor de cabeza bien verdadero por cierto. Sus padres observaron su intranquilidad, y su tierna solicitud, sus incansables preguntas de: "¿Qué tienes, Macha? ¿Estás enferma, Macha?" le desgarraban el corazón. Trataba de tranquilizarlos, de mostrarse alegre y jovial; mas en vano.

Por fin llegó la noche. La idea de separarse de su familia la agobiaba. Casi desfallecida, despedise mentalmente de todas las personas, de todos los objetos que la rodeaban.

Cuando sirvieron la cena, su corazón empezó a latir violentamente, y con voz temblorosa, declaró que no quería comer y dió las buenas noches a sus padres. Abrazáronse, y como de costumbre, ellos la bendijeron. Poco faltó para que no la delataran las lágrimas que pugnaban por escaparse a torrentes de sus ojos.

Al llegar a su habitación, arrojóse en la butaca y lloró copiosamente. Su doncella recomendóle que tuviese valor y calma. Todo estaba dispuesto. Dentro de media hora, Macha abandonaría para siempre la casa de sus padres, su habitación y la vida tranquila de soltera... Fuera rugía una tempestad de nieve; el viento silbaba, y los postigos de las ventanas golpearon con estrépito; en todo creía ver un presagio amenazador y siniestro.

Pronto la casa entera quedó sumida en silencio; sus habitantes dormían. Macha se envolvió en un mantón, se echó sobre los hombros una abrigada peliza, tomó en sus manos su arquilla y salió a la escalera de servicio, seguida de su doncella, que llevaba dos paquetes.

Bajaron al jardín. La tempestad no cedía; el viento azotaba sus rostros como si hubiese pretendido tener a la joven criminal. Costóle no poco trabajo llegar a la extremidad del jardín. En el camino esperábase el trineo. Los caballos, transidos de frío, pisaban impaciente; el cochero de Vladimir iba y venía por delante de ellos, procurando calmar su ardor. Ayudó a la barichnia y su doncella a montar en el trineo, y a colocar la arquilla y los paquetes, empuñó las riendas y hostigó a los caballos, que partieron como flechas. Confiamos la barichnia a su destino y a la destreza del cochero Terechka, y volvamos a nuestro joven enamorado.

II

Vladimir no había cesado de correr en todo el día. Por la mañana, fué a casa del cura de Jadrino; y, apenas se puso de acuerdo con él, partió de nuevo



DE NIEVE

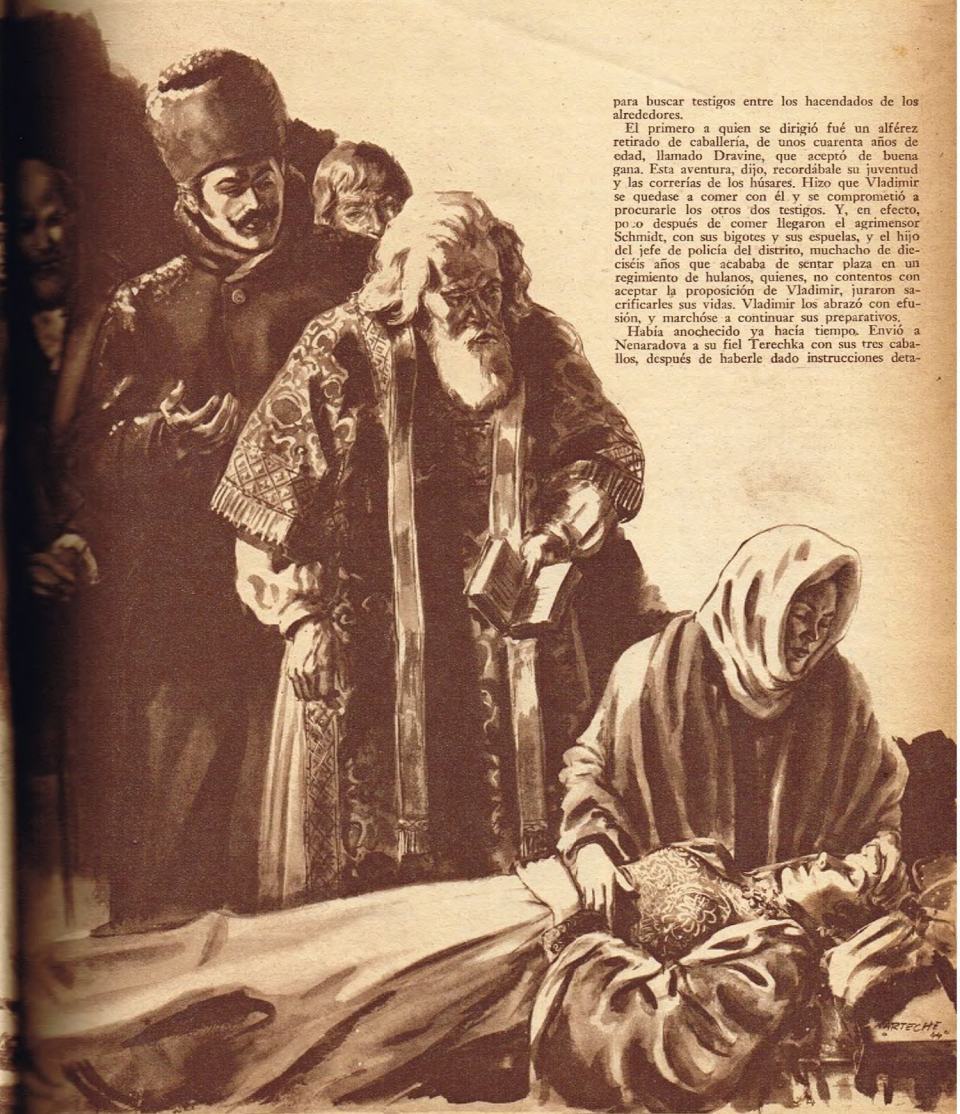
Por **ALEJANDRO PUCHKIN**

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

para buscar testigos entre los hacendados de los alrededores.

El primero a quien se dirigió fué un alférez retirado de caballería, de unos cuarenta años de edad, llamado Dravine, que aceptó de buena gana. Esta aventura, dijo, recordábase su juventud y las correrías de los husares. Hizo que Vladimir se quedase a comer con él y se comprometió a procurarle los otros dos testigos. Y, en efecto, poco después de comer llegaron el agrimensor Schmidt, con sus bigotes y sus espuelas, y el hijo del jefe de policía del distrito, muchacho de dieciséis años que acababa de sentar plaza en un regimiento de hulanos, quienes, no contentos con aceptar la proposición de Vladimir, juraron sacrificarles sus vidas. Vladimir los abrazó con efusión, y marchóse a continuar sus preparativos.

Había anochecido ya hacía tiempo. Envío a Nenaradova a su fiel Terechka con sus tres caballos, después de haberle dado instrucciones deta-



lladas; mandó enganchar para él un caballo al trineo pequeño, y solo, sin cocheo, partió para Jadrino, donde, dos horas más tarde, debía llegar también María Gavrilovna. El camino le era familiar y había escasamente veinte minutos de marcha.

Pero apenas hubo salido de los arrabales, empezó el viento a soplar tempestuoso, con tan extraordinaria violencia, que no le permitía ver nada. En un minuto quedó el camino completamente obstruido por la nieve, los objetos que le rodeaban desaparecieron bajo una niebla densa y amarillenta, a través de la cual volteaban los blancos copos de nieve, y el cielo se confundía con la tierra.

Vladimir encontró en medio de un campo; quiso seguir el camino, pero en vano: su caballo caminaba al azar; a cada instante hundíase en un montón de nieve o caía en un barranco; a cada momento se le volcaba el trineo.

Vladimir procuraba solamente no perder la verdadera dirección, pero parecía que había transcurrido ya más de media hora, sin llegar ni aun siquiera al bosquecillo de Jadrino. Transcurrieron otros diez minutos más y el bosque sin aparecer. Vladimir erraba por el campo, cruzado de profundos barrancos. La violencia de la tempestad no amainaba ni el cielo se esclarecía. El caballo comenzaba a fatigarse; sudaba copiosamente a pesar de hallarse en ocasiones enterrado hasta medio cuerpo en la nieve.

Comprendió al fin que no iba por buen camino. Detúvose y empezó a comparar, a asfaltar, y sacó en consecuencia que era preciso torcer a la derecha. Su caballo apenas podía caminar. Llevaba ya más de una hora de marcha. Jadrino no debía estar lejos. Pero avanzaba, avanzaba, y el campo no tenía fin. Siempre barrancos y montones de nieve; a cada momento se volcaba el trineo y tenía que enderezarlo. El tiempo transcurría y Vladimir comenzaba a inquietarse seriamente.

Por fin distinguió a los lejos algo negro y dirigióse hacia allí, reconociendo el bosquecillo cuando ya estuvo cerca.

—Gracias a Dios —pensó—, ya no estoy lejos.
Continuó avanzando con la esperanza de encontrar el camino o de llegar al soto: detrás estaba Jadrino. Pronto dio con aquél y penetró en la obscuridad de los árboles, pelados por el invierno. El viento allí no tenía tanta violencia, el camino era llano, el caballo recobró sus energías, y Vladimir empezó a tranquilizarse.

Pero por más que avanzaba, Jadrino no aparecía nunca: el soto no tenía fin. Vladimir reconoció con horror que había penetrado en una selva para él desconocida.

La desesperación apoderóse de él. Fustigó su caballo y el infeliz animal partió al trote; mas pronto se agotaron sus fuerzas y al cabo de un cuarto de hora marchaba con paso lento, a pesar de todos los esfuerzos de Vladimir.

Poco a poco, los árboles empezaron a hacerse más claros, y Vladimir salió al fin de aquella selva; mas sus ojos no vieron a Jadrino. Debía ser medianoche. Soltáronse las lágrimas y arrojó su caballo haciéndolo marchar sin rumbo fijo. El tiempo se había calmado disipándose las nubes; ante sus ojos extendíase una ondulada llanura cubierta de blanca alfombra. La noche era bastante clara. Descubrió no lejos de él un lugaraje de cuatro o cinco casas, a las cuales dirigióse en seguida. Al llegar a la primera cabaña, descendió del trineo, aproximóse a la ventana y empezó a llamar a ella. Al cabo de algunos minutos, entreabrióse el postigo y apareció la blanca barba de un viejo.

—¿Qué quieres? —preguntó a Vladimir.
—¿Está muy lejos Jadrino? —replicó éste.

—¿Que si está lejos Jadrino?
—Sí, sí... ¿está lejos?
—No mucho: unas diez verstas, aproximadamente.

Al escuchar esta respuesta, Vladimir mojóse el cabello y permaneció inmóvil como un hombre condenado a muerte.

—¿De dónde eres? —preguntó el anciano.

Vladimir no se hallaba en estado de responder a estas preguntas.

—¿Podrás, anciano —le dijo—, proporcionarme un caballo para Jadrino?

—¿De dónde lo habría de sacar? —respondió el mujik.

—Y un guía, podría encontrarse? Le pagaré lo que quiera.

—Espera —dijo el viejo, cerrando el postigo—; voy a enviarte a tu hijo para que te sirva de guía.

Vladimir esperó; pero al cabo de un minuto, llamó a la ventana nuevo. El postigo volvió a abrirse y a aparecer en él la barba del anciano.

—¿Qué quieres?

—¿Y tu hijo?

—Va a salir ahora mismo; se está poniendo el calzado. ¿Tienes tu entra y podrás calentarte.

—Gracias; date prisa en enviarme a tu hijo.

III

Crujió la puerta, salió el muchacho provisto de una estaca y a andar para delante, señalando unas veces el camino, buscándolo debajo de la nieve.

—¿Qué hora es? —preguntóle Vladimir.

—Pronto va a amanecer —respondió el joven mujik.

Vladimir no desplegó más sus labios. Los gallos empezaban a cantar y el día claraba cuando llegaron a Jadrino. La iglesia estaba cerca. Vladimir pagó al guía y entró en el patio del cura. Sus tres caballos no estaban allí. ¿Qué sorpresa le esperaba?

Pero volvamos a nuestros buenos hacendados de Nenaradova y mos los que en su casa ocurría.

—¿Qué? Nada!

Los viejos se han levantado y han bajado al salón: Gavriló Gavrilitch, envuelto en su larga bata y con un gorro de dormir, y Praská Petrovna con un traje de casa. Les traen el samovar, y Gavriló Gavrilitch envía a la criada a enterarse cómo se encuentra María Gavrilovna y cómo ha pasado la noche.

La criada vuelve diciendo que la barichnia ha dormido mal, que se bajará en seguida al salón. En ese momento se abre la puerta y María Petrovna se acerca a darles los buenos días.

—¿Cómo va esa cabeza, Macha? —preguntóle Gavriló Gavrilitch.

—Un poco mejor, papá —respondió Macha.

—Debiste respirar ayer emanando de carbón —dijo Praskovia Petrovna.

—Es posible, mamá —respondió Macha.

El día transcurrió sin novedad. Macha cayó enferma a la noche, y fueron a la ciudad por el médico.

Al llegar éste, encontró a la paciente en cama, irremediablemente enferma, mirando. Declaróse una fiebre menesca y la pobre muchacha estuvo semanas con el pie en la sepultura.

Nadie en la casa sospechaba su fuga. Las cartas escritas por ella en la víspera habían sido quemadas y la celda no había dicho a nadie nada de la fuga, temerosa de la cólera de su padre. El cura, el alférez retirado, agrimensur y el hulano mostráronse cretos. El cochero Terechka no dijo más sus labios ni aun en medio de grandes borracheras; de suerte que secreto hallábase guardado por media docena de conspiradores.

Pero María Gavrilovna lo descubrió ella misma en un momento de debilidad. Sin embargo, fueron tan incómodas sus palabras que, su madre, que se separaba un momento de la cabaña, su lecho, sólo pudo comprender que su hija se encontraba perdiéndose en la morada de Vladimir Nikoláievich, que el amor era sin duda la causa de su enfermedad.



a su marido, consultó con algunos vecinos y todos decidie-
 ron, por unanimidad, que tal era el destino de María Gavri-
 lova que los matrimonios están escritos en el cielo, que la pobreza
 que se vive del amor, no del dinero, etc. Los proverbios
 son maravillosamente útiles en los casos en que no podemos
 nosotros mismos manera de justificar nuestros actos.
 Cuando que la barchina entraba en convalecencia, Vladimir hacía
 mucho tiempo que no iba por la casa de Gavrilov Gavriltch, teme-
 rario mal acogido en ella. Resolvieron mandarle llamar y anun-
 ciar la dicha inesperada de que al fin accedían al matrimonio. ¡Pero
 la estupefacción de los ricos hacendados de Nenaradova cuando,
 por su invitación, recibieron una carta que parecía la de un
 Vladimir les declaraba que no volvería jamás a poner los pies
 en la casa y les rogaba que olvidasen al desdichado que cifraba en la
 última esperanza. Algunos días después, supieron que el
 había partido para la guerra. Corría el año 1812.
 Muchos tiempos habíase ocultado la verdad a Macha, con-
 venciéndola que no hablaba jamás de Vladimir. Muchos meses después,
 cuando el nombre de su amado en la lista de los gloriosos héroes
 apareció, sufrió un síncope y temióse una recaída; pero, gracias
 a este síncope no tuvo consecuencias.
 Tiempo después, vino a herirla otra desgracia: Gavrilov Gavri-
 lova, dejando la herencia universal de sus dominios. Mas la
 no pudo consolarla; lloró con la pobre Praskovia Petrovna y
 abandonarla jamás. Dejaron ambas Nenaradova, que tan tristes
 tenían para ellas, y se fueron a vivir a sus dominios de ***.
 Encontró las pretendientes a docenas la joven y rica heredera;
 ninguno dio ni una sombra de esperanza. La madre exhortó-
 las a que se decidiera por alguno; pero María Gavrilovna sa-
 bía que ya no existía: había muerto en Moscú, la víspera del día
 en que entraron los franceses. Ella parecía, sin embargo, guardar a
 un culto en extremo piadoso; por lo menos, recogía todo
 lo que recordaba su memoria: los libros por él leídos, sus dibujos,
 sus cartas, los versos que copiara para ella.
 Los vecinos se dieron cuenta de esto, admirándose de su
 actitud, guardando con curiosidad al héroe que debía al fin triun-
 far, la felicidad melancólica de aquella virginal Artemisa.
 La guerra había terminado de una manera gloriosa. Nues-
 tros soldados regresaban del extranjero recibiendo los homenajes de
 la entera. Las músicas tocaban los aires conquistados: ¡Viva
 IVI, los valeses del Tirol y las arias de Jofonda. Los oficiales
 eran para la guerra, jóvenes adolescentes, volaban convertidos
 en robustos, con el aire marcial y el pecho cubierto de cruces.
 Los soldados mezclaban en sus conversaciones palabras alemanas y
 rusas. ¡Oh tiempos inolvidables! ¡Oh épocas de entusiasmo y de
 como latían los corazones rusos al escuchar la palabra patria!
 Los rusos eran las alegrías del regreso! ¡Con qué unanimidad se con-
 cen en nosotros los sentimientos de orgullo nacional y de amor
 a la patria!
 Las mujeres rusas mostráronse entonces soberbias. Su frialdad habitual
 por completo. Su éxtasis era embriagador realmente cuando,
 de los vencedores, gritaban: ¡Hurra!
 ¡Y arrojaban sus sombreros al aire! (i)
 La oficial de aquellos tiempos no confesará que debió a la
 su mejor y más preciosa recompensa.
 Los días de resplandor, María Gavrilovna vivía con su madre
 en el gobierno de ***. de suerte que no vieron las fiestas con que
 las capitales celebraron el regreso de las tropas. Pero en los dis-
 tritos y en las aldeas el entusiasmo fué tal vez aun más grande. En
 lugares, la aparición de un oficial constituía para él un triunfo,
 y los moradores no se sentían tranquilos con su vecindad.
 Fue dicho que María Gavrilovna, a pesar de su frialdad, hallá-
 ba siempre, rodeada de pretendientes, pero todos tuvieron que
 irse al campo cuando llegó al castillo el coronel de husares Bur-
 murine cuando en el ojal de su casaca la cinta de San Jorge, herido,
 el rostro cubierto por una interesante palidez, como decían las ba-
 bes de los alrededores. Contaba, sobre poco más o menos, unos
 años, y había venido con licencia a sus dominios, situados
 en las proximidades de la aldea de María Gavrilovna.
 No dejó de distinguirse. A la vista de Burmurine, su melancolía
 no se pudo decir que coquetase con él; pero el poeta, al
 ver su conducta, hubiera escrito:

Si no es amor, ¿qué es?

de Gribolédov.

Burmurine era realmente un joven atrayente. Poseía ese espíritu que
 agrada a las mujeres: un espíritu de convivencia y de observación, sin
 pretensiones de ninguna clase, sin inquietarse por las burlas. Sus ma-
 ñeras con María Gavrilovna eran sencillas y francas: pero en todo lo
 que ésta hablaba o hacía seguía con la mirada y el alma. Parecía tener
 un carácter reservado y bondadoso; pero corría el rumor de que había
 sido un poco calavera. Esto, sin embargo, no le perjudicaba en lo más
 mínimo a los ojos de María Gavrilovna, quien, como la mayor parte
 de las mujeres, perdonaba de buena gana las locuras que denotan la
 audacia y el ardor del temperamento.

Pero más que sus atenciones, más que el encanto de su conversación,
 más que su interesante palidez y que su brazo en cabestrillo, el silen-
 cio del joven husar excitaba, sobre todo, la curiosidad y la imaginación
 de María Gavrilovna. Ella no podía menos de confesarse a sí misma
 que le agradaba en extremo; él, con su experiencia y talento, habría
 comprendido, sin duda, que ella le distinguía; cómo, pues, hasta en-
 tonces no lo había visto María Gavrilovna de hinojos a sus pies? ¿Cómo
 no había recibido su declaración amorosa? ¿Qué le detenía? ¿La ti-
 midiz inseparable de todo amor verdadero, el orgullo, la astucia?
 Era para ella un enigma.

Después de reflexionar por espacio de mucho tiempo, sacó en con-
 secuencia María que era sólo la timidez lo que le impedía declararse, y
 que era necesario alentarle mostrándose más afable y, hasta en último
 caso, más tierna y expresiva con él. Dedicóse a preparar el más inesp-
 erado desenlace y a esperar con impaciencia el momento de la de-
 claración amorosa. Un secreto, sea cual fuere, pesa siempre en la de-
 claración de una mujer. La estrategia de María
 Gavrilovna tuvo el éxito deseado; por lo menos (CONTINUA EN LA PÁG. 94)

si lo necesita,
**Tuil al acostarse u...
 "buen día al levantarse"**

FACIL MOVIMIENTO

La eficacia con que obra.
 TUIL, facilita el movimiento
 intestinal.

CAJITA DE
 32 TABLETAS

Tome TUIL, laxante moder-
 no en pequeñas tabletas.

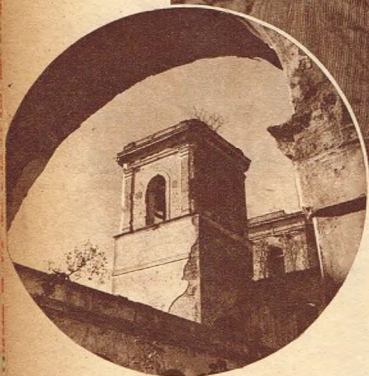
LAXANTE **Tuil** PURGANTE
 LABORATORIOS DEL GENIO

POR TIERRAS DE TUCUMAN

LULES, HUERTA DE LA

En Buenos Aires son famosos los hortalizos de Lules. Este quintero realiza los preparativos preliminares del cultivo de los tomates.

San José de Lules guarda aún recuerdos de otros tiempos, como la antigua capilla, cuya torre muestra aquí las huellas de los embates del tiempo.



TUCUMÁN, que tiene bien consolidado su nombre de "Jardín de la República", es ya no sólo jardín, sino también huerta. Porque en una inmensa huerta se ha convertido el fértil valle de Lules de aquella provincia, donde se cultivan buena parte de las verduras que se consumen en Buenos Aires.

Por uno de esos azares de la inmigración, difíciles de precisar, hace cerca de medio siglo se instalaron en este lugar numerosos agricultores sicilianos, que han dedicado sus continuos afanes al cultivo de estas tierras. Quizá se detuvieron en la quebrada de Lules porque la montaña les recordaba su paisaje natal, y allí no les fué muy violento cambiar la casita de piedra de su aldea por el rancho de nuestros campos. Quizá llegó hasta ellos la voz de su compatriota Pablo Mantegazza, visitante insigne del norte argentino, que dijo: "Tucumán merece el nombre de jardín por la vegetación lujuriante que cubre sus cerros con espléndido verdor, por la alternativa pintoresca de sus colinas y valles, por la hierba de esmeralda que crece alta y robusta en su suelo húmedo y tibio, por las

flores que adornan cada palmo de la nura y cada grieta de la montaña".

El trabajo de los colonos que llegaron hasta la quebrada de Lules desde su jana y legendaria Sicilia, consistió en armar al bosque y a la maleza el terreno para sus cultivos. Todo lo contrario a lo que les ocurría en su suelo natal. En la lucha contra la aridez de la tierra argentina pasaron a la lucha contra la excesiva humedad de la tierra nueva. Y aquí la exuberancia que se manifestaba en la portentosa vegetación natural, se transformó, gracias a su esfuerzo, en las plantaciones, de donde habían de salir los mejores hortalizos del norte. Y hoy son famosos sus tomates, sus chauchas, pepinos, sus ajíes y sus habas.



Entre los años 1804 y 1805, se pu

REPUBLICA

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Los colonos sici-
lianos que vinie-
ron a radicarse
en el valle de Lu-
les, no hallaron
dificultad en tra-
cor sus viviendas
de piedra por es-
tos ranchos de
barro y pozo, tí-
picos habitacio-
nes de los quin-
teros de Lules.

Ministerio de Agricultura, Industria
de la ciudad de Buenos Ai-
res, informe sobre las ciuda-
des de Buenos Aires al Pe-
ro, en el cual se ponen de manifiesto las
características de la naturaleza tucumana y
en que se encontraba por falta
de agua. En ese informe se decía:
"Los atributos que los antiguos han
de la primera edad del mundo, ca-
racterísticamente la feliz situación,
que hoy corresponde a la pobla-
ción que conocemos con el nombre
de Tucumán. La tierra pro-
ductiva, y más generosa sin com-
paración que ingratos sus moradores, se
sustentaban pródigamente, por
lo que ellos se olviden de engrandecer-
se."

Después de diversas consideraciones
hecho en que se encontraba aque-

Este agraciado
muchacho, des-
cendiente de los
antiguos pobla-
dores que llega-
ron de Sicilia,
ayuda en los fa-
reos de la reco-
lección de ejes.
La cosecha es
abundante y de
calidad.

lla provincia en los días precursores de nuestra independencia, cosa que al redactor del "Semanario de Agricultura, Industria y Comercio" no le debía pasar por las mientes, exclama: "Muchos brazos, pero mancos; pocas manos expeditas; terrenos que se pierden de vista, y muy pocos dueños, pero de tan corta, que en su vida echan sobre ellos una ojeada; atenciones en el campo y en la ciudad, pero preferidas éstas a aquéllas; indiferencia y jornal mezquino del patrón para con el peón, y la poca actividad de éste, que tantea su trabajo, de modo que apenas equivalga a lo escaso de lo que pagan; la escasa noticia que tienen los vecinos propietarios de tan dilatados y fértiles terrenos; de cuáles de las especies cultivadas hacen la fuerza de un comercio activo, de

continuada exportación; por último la manía, agradablemente vana, de oírse titular dueños de inmensos terrenos, y más que no posean ni un grano de trigo; por lo que sólo el derecho de propiedad es toda la suma de entradas que aparece en un pliego de papel que acredita la compra y fija los linderos; es sin duda la causa de la desidia del campesino, del lastimoso espectáculo que presentan los cercanos oteros a San Miguel de Tucumán, poblados confusamente de variedad de árboles gigantes y tupidas cambronerías; y esto, en fin, de la indigencia del ciudadano y del labrador..."

• • •

Esta fisonomía de Tucumán, que mostró a sus lectores el "Semanario de Agricultura, Industria y Comercio" de Buenos Aires, en los primeros años del siglo pasado, empezó a cambiar con la aparición de la industria azucarera y el consiguiente

En este terreno, arrebatado a la maleza virgen, se cultivó por primera vez la caña de azúcar, una de las riquezas principales del suelo tucumano. Corresponde al fértil valle de Lules.



finitivamente ligados a la tierra que vinieron a cultivar, y que dan continuidad a su labor.

Sus cosechas son codiciadas por los comisionistas de Buenos Aires, que han aprendido así el camino de Lules, para ir en busca de los espléndidos frutos de aquella tierra privilegiada, destinados al consumo de la capital federal.

Pero, no son sólo los comisionistas quienes han aprendido el camino de Lules, en busca de un beneficio seguro, sino también muchos peones de la provincia y aun de Salta, de Santiago del Estero y de Catamarca, que allí acuden en busca de

trabajo en la época de la cosecha, pues la que ya puede muy bien considerarse como la huerta de la República, gana en extensión y en importancia de año en año, y la recolección de sus productos da ocupación a muchos brazos.

De este modo la República se engrandece, como una magnífica réplica, a poco más de un siglo de distancia, dada a las observaciones que hacía en su tiempo el "Semanario de Agricultura, Industria y Comercio". Y de este modo, nuestra tierra pródiga premia a los hombres esforzados que vienen de lejos, a hacer provechosa su fecundidad. ♦



Los frutos a la tierra pródiga del valle de la huerta de la República. Los quinteros ven allí ampliamente recompensados sus afanes.

de la caña de azúcar, iniciado por los Colombres en 1821.

Transformar el terreno boscoso y de vegetaciones en huerta, ha sido una tarea larga y difícil. Era necesario luchar contra la naturaleza selvática y bravía, para vencerse de las feraces tierras de las montañas. Y no es de extrañar que en la época a que se refiere el cuento, el hombre no se aventurara a luchar en la que se sabía fracasado. La lucha de medios para triunfar y en la que no hallaría compensación adecuada a su esfuerzo.

Además, había que contar con la actitud del indígena ante el bosque. Una actitud supersticiosa, pues el bosque debía verse como un monstruo inextinguible que lo aniquilaría con sus infinitos seres vegetales, si intentaba luchar contra él. Prefería verlo como asilo de sus divinidades, como morada del temor y de la muerte.

Desearon que venir de otras latitudes acostumbrados a vencer la dureza de la roca y a fertilizar los yermos, abrir surcos en la maraña del bosque. Suponía el trabajo diario y tenaz, perseverante y rudo, de una o más generaciones, para derribar árboles, desbrozar el terreno, aprovechar los manantiales, construir acequias, impedir que los torcos asolaran las cosechas, buscar la forma de preservar a éstas de los rigores del frío, durante los meses de junio, julio, agosto, en que parece bajar a los pies del hielo de las cumbres del Aconquetuamente nevadas...

Los colonos sicilianos que llegaron a hacer cerca de medio siglo, han visto su esfuerzo largamente compensado por la naturaleza pródiga. Allí nacieron los hijos, por los que se encuentran de-

EL ACEITE
DE LA
BUENA MESA

Los que saben comer bien lo han proclamado el mejor. El Aceite LAS PALMAS es el complemento de toda buena mesa; debido a su extraordinaria calidad y super-refinación, todas las comidas adquieren un sabor exquisito y las ensaladas resultan mucho más deliciosas. Esta vez haga un ensayo, pida Aceite LAS PALMAS y comprará la diferencia.

Aceite
Las Palmas

DISTRIBUIDORES
LA CASTELLANA



UNA PEQUEÑA

Luis Couperus nació en La Haya, en 1862. Publicó sus primeras obras, "Una primavera de poemas" y "Orchideën", en 1886; poco después apareció su obra maestra, la novela "Eline Vere", a la que siguieron otras no menos notables. Couperus está considerado como el escritor mundano de la literatura holandesa, título que conquistó merced a sus cuentos, muchos de ellos publicados en la revista "Groot-Nederland", de la cual fue uno de sus directores.

I

Carlitos tenía siete años y se pasaba la mayor parte del tiempo solo con la criada. Sus hermanos y hermanas eran demasiado grandes como para ocuparse del niño, como no fuera de pasada, y, a pesar de todo el movimiento de una gran casa, él estaba un poco aislado, siempre con sus pequeños pensamientos y sus sueños infantiles. Sus hermanas salían de paseo y a menudo él las veía entrar por la noche, gráciles, apresuradas, nerviosas, como pequeños torbellinos, mientras Lina, la criada, su niñera, debía ayudarlas a poner una cinta por aquí, un alfiler por allá. Entonces el cuarto de los niños se llenaba por un momento con la música vibrante de sus gritos y sus risas, acompañadas por el brillo y el rumor de sus trajes de baile; uno de los hermanos, parecido con su traje a un abejorro negro de pecho blanco, venía a buscarlas y las empujaba delante de sí, y ellas desaparecían huyendo con sus paños de seda, como pequeñas mariposas... ¡Qué vacío quedaba entonces, qué sombrío y solitario, cuando ellas partían! Carlitos iba a acostarse en seguida y esas noches tenía toda clase de ligeros sueños, con hadas lindas como estampas y grandes escarabajos y mariposas que bailaban junto a los fuegos de Bengala, como en las mágicas pantomimas de la Feria.

Los otros hermanos iban a la Escuela Superior y al colegio, que él se imaginaba de proporciones gigantescas, como si fuera todo un mundo, con maestros muy severos, que todo lo sabían y daban muchísimos deberes para hacer en la casa. Sabía que sus hermanos tenían muchos libros y cuadernos y también grandes atlas en los que debían dibujar países enteros, con montañas que parecían pequeñas cabelleras, mares que eran líneas azules en forma de ondas y ciudades representadas por redondeles y manchitas. Le daban vértigos y temblaba al pensar en la época, ya cercana, en que debía, él también, mostrarse habilidoso para estas cosas. Entonces aprendía, tan bien como le era posible, las lecciones que el señor Suel venía a darle a casa, y concluía su página correctamente, como mejor podía. Era a veces poetas del maestro, con motivo del cumpleaños de papá, de mamá y del abuelo, y Carlitos las copiaba sobre lindas hojas de papel con marco de oro y de encajes y ramilletes de flores en las esquinas; hacía grandes letras ghibosas, inclinadas a la derecha o a la izquierda, que corrían sobre las líneas como reclutas novicios o arañas ebrias.

Los mapas de sus hermanos le impresionaban mucho, y él se imaginaba que el espacioso cuarto era el mundo. La mesa totalmente cu-

bierta por el mantel blanco que Lina recordaba por el ruido de montañas nevadas: los Alpes; a menudo iba a sentarse encima de ella para mirar la calle, y al trepar ayudándose con un bastón, sobre la estufa o sobre una silla, él se imaginaba escalando las cimas. La alfombra era el continente y el parquet encerrado, el Océano. La campana de la chimenea, repleta de potecillos, de tacitas, de pequeños retratos de la niñera, era la China y el Japón, los países de la porcelana; un gran armario adosado al muro y lleno de juguetes era París; la alcoba era la estación, y los dos lechos, el suyo y el de Lina, los vagones. Por la noche, antes de dormirse, su imaginación vagaba de país en país, pero el viaje continuaba de día sobre dos sillas. Y era muy feliz cuando Lina jugaba con él y quería hacer de conductor, y él había recogido para su juego toda una colección de boletos de tranvía.

II

De este modo, y con cien otras quimeras, sus ideas, que retocaban y se agitaban en su pequeño cerebro, llenaba la soledad de su vida infantil abandonada. Su padre le asustaba; y no se sentía muy cómodo cuando la mano paternal acariciaba su pelo oscuro de potrillo; balbuceaba y temblaba de inquietud cuando su padre le hacía una pregunta. Su madre estaba siempre ocupadísima con los vestidos suyos y los de sus hijas, con las largas mesas del gran comedor que era necesario cubrir de cristalería, de platería, de flores, con los muebles que se debían desplazar cuando se esperaba por la noche a toda esa gente que Carlitos, acostado en su cama, oía susurrar abajo. El escuchaba curioso, atento, con un "por qué" siempre a flor de labios, pero a menudo su mamá se enojaba y lo rechazaba diciéndole que él se mería entre las piernas de todo el mundo, o algún sirviente lo maltrataba. Y se iba llorando; nadie tenía tiempo de consolarlo; Lina tampoco estaba en el cuarto de los niños, y entonces buscaba su último refugio en la cocina, junto a la cocinera, quien le pelaba y lavaba una zanahoria que él roía enfurruñado, con su corazoncito oprimido aún por la injusticia que se le había hecho, su cuerpo delicado agitado por los últimos sollozos convulsivos, su carita pálida todavía por las lágrimas.

III

Todo cambió cuando vino a vivir a la casa el tío Frank, el hermano menor de mamá, que residía en el extranjero. Al principio, Carlitos también le había temido. Era tan grande y tan fuerte, reía siempre a carcajadas, y mamá no se mostraba muy contenta al verlo correr tras sus hijas, dar vueltas alrededor de la mesa, brincar en el vestíbulo, en el jardín, para atraparlas, y luego, cuando las alcanzaba, trataba en sus brazos mientras ellas gritaban como si fuera a lastimarlas. Reñía con los muchachos, peleando como un boxeador inglés

que él había visto en una revista ilustrada, a tal punto que Carlitos tenía recibir él mismo por descuido, algunos puñetazos.

No obstante, el tío Frank tenía en su persona algo tan atrayente y le hablaba tan amablemente, con un tono tan jovial, que Carlitos nunca había conocido.

—¿Qué edad tienes, chiquillo?

—Siete años, señor.

—¿Señor, qué?

—¡Ah, ya entiendo... tío!

—¿Siete años? Tienes el aspecto de no pasar más que una pluma. ¡Ven a que te te vante!

Y antes de que Carlitos tuviera conciencia de lo que le ocurría, voló tan alto que lanzó un grito de espanto; pero bien pronto, en lugar del grito, fueron grandes risas: ¡eso era muy agradable! El podía montar a la espalda del tío Frank, echarle al cuello sus dos bracitos tan



ALMA

Por
LUIS COUPERUS

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA



leves como pajuelas, y el tío Frank galopaba con él alrededor del cuarto, sin cuidarse de mamá, que decía:

—Pero, Frank! ¿No puedes hacer menos barullo?

Carlitos estaba fatigado de cabalgar cuando el tío Frank abandonó el juego, pero su rostro pálido tenía un tinte purpúreo y en sus ojos celestes centelleaba un reflejo azul; su boca, de ordinario triste, sonreía. El tío Frank se había dejado caer en un sillón, y Carlitos trepó sobre sus rodillas.

—¡Carlitos, no andes siempre colgado de tu tío!

—¡Eh, déjalo hacer al chico! —respondió el tío refunfuñando; y Carlitos se apretó mientras jugaba con la cadena de Frank. Por fin osó decirle en voz baja:

—¿Sabes? Eres muy divertido...

Entraron las chicas y se mofaron de Frank, diciéndole que tenía un muñeco en las rodillas, pero Carlitos las dejaba decir. Nunca se había encontrado tan seguro como ahora, ni sentido su corazón infantil esa tibieza que ex-

perimantaba; podría dormirse allí, junto al río. ¡Y así fue como, por primera vez en su vida, resistió cuando Lina quiso hacerlo acostar; ella no quería creer: por lo común, Carlos la seguía siempre dócilmente.

—¡Vamos, chico, a la cama! —dijo el tío Frank depositando a Carlitos en el suelo.

—¡Volverás conmigo dentro de un rato, tío?

—¿Eh? ¿Estarás loco? ¿Crees que voy a hacer las veces de niñera?

Y dio un respaldito.

Pero fue tocado por el deseo, por el ruego que había en esos ojos de pálido "no me olvides"; una piedad inusitada llenó su corazón tan bueno, y dijo bruscamente, con la mano bajo el mentón del chico:

—Y bien, iré, si tengo tiempo, ¿sabes?

¡Qué adoración por el tío Frank! —se burló una de las chicas, sin respetar al hermano menor de su madre.

—Sería mejor, Frank, que no me echaras a perder a este chico —dijo la madre—. ¡Tiene un carácter tan singular, tranquilo, reservado y siempre huraño!

—Siempre está rumiando alguna cosa —dijo la otra hija riendo.

—No es de sorprenderse que sea tan apocado —respondió Frank con rudeza—. Ustedes lo tienen metido allí, sin nadie que se preocupe de él.

La madre protestó, pero Frank se encogió de hombros.

IV

—¿Así que todavía no vas a la escuela?

—¡Oh, no! (Y Carlitos se estremeció.) El señor Luis viene a darme lecciones. Por suerte —reflexionó Carlitos.

—¿No vas a jugar al jardín de vez en cuando?

—¿Oh, no?

—¿Por qué?

—No sé. ¿Qué haría allí?

—¡Eh! Construir un hombre de nieve, por ejemplo; arrojar bolas. ¿Quieres venir conmigo?

Carlitos estaba encantado; pero mamá dijo con enojo:

—Frank, le saldrán sañaños en las manos: este chico no está acostumbrado al frío.

—¡Vamos, ven, corre! —dijo Frank riendo;

y Carlitos río también, ya que el tío Frank era tan cordial.

En el jardín, la nieve era imponente, alta, brillante como el cristal. El tío Frank tomó dos montones con sus grandes manos y amasó dos enormes bolas para las piernas del hombre. ¡Y arriba de ellas un cuerpo grandote y cuadrado!

—¿Encuentras fría la nieve?

—¡No, río! —contestó Carlitos, que quería congraciarse con él.

Te vas a calentar en seguida, espera. Hazme una bola para la cabeza, una grande, ¿entiendes?

Carlitos no encontró muy fácil eso, pero lo hizo como mejor pudo y la sacó medianamente bien porque le tomó gusto. Bien pronto estuvo listo el hombre, pesado como un mazo blanco de piedra, bajo y gordo como un samoveto o un lapón vestido con una piel de oso polar.

Y después de esto, el bombardeo del hombre, de su gorda cabeza redonda, dura, helada, animal.

—¡Qué lástima, río! ¡Tiene un aire tan gracioso! —dijo Carlitos arrojando bola tras bola.

Tenía calor, la vida circulaba por su cuerpo anémico, cuya lenta sangre ahora se agitaba mientras dejaba estallar, a todo pulmón, su alegría. Pues era ésa una fiesta de nieve, un torneo de pelota, un juego enérgico de blancuras cristalinas, una lucha contra el maligno gigante blanco, y Carlitos era un caballero, y su río el rey, el emperador. Su precoz imaginación de niño transformaba en una

novela de caballería ese juego tan simple, que no era para él una diversión trivial, sino un acontecimiento. La tensión de sus músculos daba exuberancia a sus sentimientos; y más tarde, en la casa, lleno de agradecimiento hacia su tío que le enseñaba a ser niño y se volvía niño por él, Carlitos abrazó a Frank hasta sofocar, mientras su excesivo entusiasmo se expresó con una de esas palabras que a veces dicen los labios infantiles, exceso que, por lo extraño y misterioso, sorprendió a los mayores: —¡Tío, yo te adoro!

V

El tío Frank partió.

Carlitos no había llorado cuando él se fue, pero experimentó una emoción, como aquel día en que el tío Frank lo había levantado tan alto en el aire y casi lo había dejado caer. Esta de ahora, también era como si lo levantara bruscamente y lo dejara caer muy honda. Se tornó más tranquilo, más reservado que nunca. Poco antes, gracias al tío, su peripetia había despertado; envuelto en el tío, que se reía de ello, varias veces había contestado bruscamente a la madre, agriamente a las hermanas que le hacían rabiar junto con sus hermanos mayores; y una vez, hasta hizo amenazas delante de su padre. Su timidez había desaparecido, aunque no era más pícaro, y la madre declaró que el tío Frank había echado a perder lamentablemente al niño. Sin embargo —era la opinión de Carlitos—, el tío simplemente había estado amable con él a ratos, de paso, como hace un señor que se ocupa de un niño; el tío había salido con las hermanas, había estado en la sala... ¿Cuánto hubiera dado Carlitos para tenerlo consigo siempre, siempre! Y el niño creaba sus quimeras, locos ensueños donde él se figuraba estar con el tío, jugar y pasar con el tío, siempre con el tío. Pero estos no eran sino leves sueños, y una vez, con ese enfermizo y precoz dolor de su sensibilidad, sollozó, solitario en su camita, porque no eran sino leves ensueños.

VI

Un día, Carlitos fue despertado temprano. Todo el mundo iba y venía, vestidos ya, mientras los criados y sirvientes bajaban penosa-

mente las valijas; Lina lo vistió un poco apresuradamente. En sus sueños, días antes, él había comprendido vagamente que iban a dejar la ciudad, para pasar unas semanas en el campo durante el verano, en casa de algunos amigos. Entonces, de golpe, le vino una idea. ¡Qué hermoso sería el campo! El había leído algo sobre esto en sus Cuentos para Niños: castillos llenos de chicos felices, de caballos y de pájaros; era una buena vida este viaje al campo.

Y, con los ojos brillantes, tironeó el vestido de su madre:

—¡Mamá, mamá!

—¿Qué?

—¡Hay chicos allí!

La madre río de buena gana.

—¡Pero no, querido Carlos! El señor y la señora son dos ancianos y con hijos grandes, casados ya.

—Su ilusión había desaparecido.

—¿Es necesario que vaya contigo?

—Naturalmente. ¿Quieres quedarte solo, aquí?

Sin embargo, encontró muy lindo el campo cuando llegó. Un pequeño castillo con un parque y un estanque, y delante de la casa un magnífico jardín de flores con toda clase de estrellas y medias lunas, y plantas de extrañas formas, y la hierba que parecía de terciopelo verde.

Los cuartos eran sombríos, con grandes retratos de familia, retratos de señores graves, imponentes, y damas de talle muy fino, con grandes mirriagués y pequeños lunares en el rostro. Y el señor y la señora también estaban en esos retratos de familia tan tiesos, aunque no usaran esa moda antigua. Por lo menos, esta fue su primera impresión; más tarde él encontró al señor bastante divertido, pues le había llevado a visitar sus duraznos, hermosas frutas aterciopeladas, como caritas rosadas de niños, y que el señor había contado una por una.

—No hurtarlas, no tomarlas a escondidas, ¿sabes, Carlitos?

—¡Oh, no, señor!

Y Carlos levantó con respeto sus ojos hacia los rostros que el señor había contado, y fue muy feliz cuando le dio un pequeño porque se había portado bien. La señora también lo quería mucho: a menudo le daba goloncitos que ella sacaba de una hermosa caja de plata, cuidadosamente pulida, que brillaba como un espejo; pero Carlitos no estaba contento, porque los ancianos tiesos le hablaban siempre con un tono de recomendación, como si él fuera un lindo niño muy pequeño y juicioso que no comprendiera lo que conversaban las otras personas. Y Carlitos suspiraba por la ruda y clara voz de su tío Frank, que sonaba tan diferente a esta letanía.

Sus hermanas se hacían todo el día las señoras con un par de sobrinos del señor y la señora que estaban de visita, y sus hermanos andaban a caballo y se entretenían nadando, cosas que a él todavía no le estaban permitidas a la madre le parecía que él era aún muy chico y podría resfriarse. Vagaba, pues, abandonado, un poco disgustado al principio; pero más tarde, vagando como un hombreco melancólico bajo los árboles altos y viejos del sombrío parque, él sentía una secreta dicha por estar aislado, suyo, una dicha lamentablemente dolorosa para un muchacho tan joven. ¿Qué podría importarle a ellos que el tío Frank no estuviera allí? No creían en él más que un chico débil, que nunca podría ser travieso como los demás niños: un "tullidito", como lo había llamado un día su hermana. ¡Oh, no, ellos nunca le harían caso! Pero no quería sentirse afectado, no quería entristecerse.

Y, sin embargo, se entristecía, y se tristecía gravitaba en su alma de siete años tan pesadamente como una tristeza cualquiera en el alma de un hombre. Es verdad que olvidaba



SIENDO PASTOR... inició su carrera Triunfal!



El famoso pintor Giotto, cuando era niño, cuidaba ovejas y empleaba cada momento libre para ejercitarse en el arte del dibujo.

Así lo encontró el pintor Florentino Cimabué, e impresionado por la habilidad del joven lo llevó a la ciudad para enseñarle y perfeccionar su técnica.

Poco tiempo después, Giotto superaba en fama y fortuna a su maestro.

Gracias a su preparación, Giotto pudo aprovechar la ÚNICA oportunidad que se le presentó en su vida.

Hoy, las oportunidades de triunfar son mayores que en el año 1266; pero no basta esperarlas con los brazos cruzados. Es necesario estar capacitado para PODER aprovecharlas.

La UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA, con su modernísimo sistema de enseñanza por correspondencia, ya llevó hacia el éxito a más de 40.000 de sus ex-alumnos, y esto es para Ud. una garantía que nuestros cursos lo capacitan en poco tiempo y sin grandes sacrificios para el triunfo.

Mándenlos HOY MISMO el cupón adjunto! Recuerde que cada día que Ud. pierde en iniciar sus estudios, puede significar una oportunidad que se le escapa.

IMPORTE DE LOS CURSOS PAGADERO EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Tenedor de Libros.....	\$ 60	Técnico en Pinturas, Barnices y Materias Colorantes.....	\$ 60
Cantador General.....	\$ 190	Aceites y Grasas.....	\$ 80
Cantador Mercantil.....	\$ 130	Dibujo Artístico.....	\$ 100
Jefe Oficina.....	\$ 100	Dibujo Ind. y Com.....	\$ 105
Empleado Bancario.....	\$ 105	Adminis. de Hoteles.....	\$ 100
Cajero.....	\$ 40	Radiofonía.....	\$ 170
Emp. de Comercio.....	\$ 40	Electrotécnica.....	\$ 100
Corresponsal.....	\$ 40	Construcción.....	\$ 170
Secretariado.....	\$ 95	Arquitectura.....	\$ 185
Mecanografía.....	\$ 18	Mecánica Automóvil.....	\$ 140
Taguografía.....	\$ 42	Motores a Explosión.....	\$ 140
Tec. Arg. Cinem.....	\$ 175	Perito Agrónomo.....	\$ 195
Tagui-mecanografía.....	\$ 50	Adm. de Estancias.....	\$ 100
Caligrafía.....	\$ 30	Técnico Tambero.....	\$ 60
Aritmética Comercial.....	\$ 28	Mecánica Agrícola.....	\$ 65
Redac. y Ortografía.....	\$ 37	Avicultura.....	\$ 45
Marillero Público.....	\$ 54	Jard. y Arboricultura.....	\$ 78
Procuración.....	\$ 150	Motores Diesel.....	\$ 160
Prep. p/ld. Farmacia.....	\$ 130	Corte y Confección.....	\$ 39
Química Industrial.....	\$ 125	Radiolegrafía.....	\$ 165
Técnico en Vinos y Licores.....	\$ 100	Inglés (c. discos).....	\$ 150
Jabones y Perfumes.....	\$ 100		
Telegrafía (c. discos).....	\$ 110		

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quiñero
Edificio Olimpo, Medellín

BOLIVIA
Calle Bolívar Díaz Romero
Distrito 411, Casilla de Correo 1307, La Paz.

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cobian
Buzón 142, Asunción.

Mánden este cupón y recibirán GRATIS y sin compromiso el interesante folleto "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

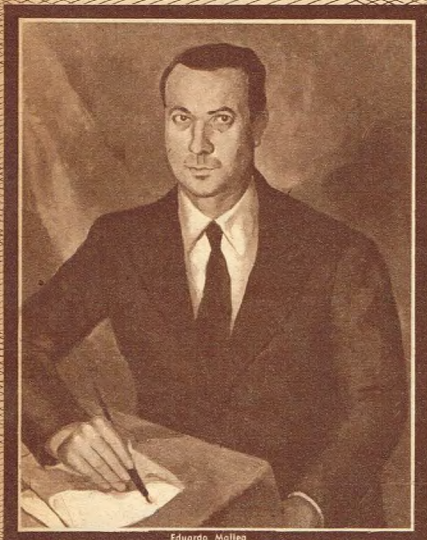
Sr. Ing. B. Margulán, Director de "La Universidad Popular Sudamericana" RIVADAVIA 2465 (R-25) Bs. As.

NOMBRE

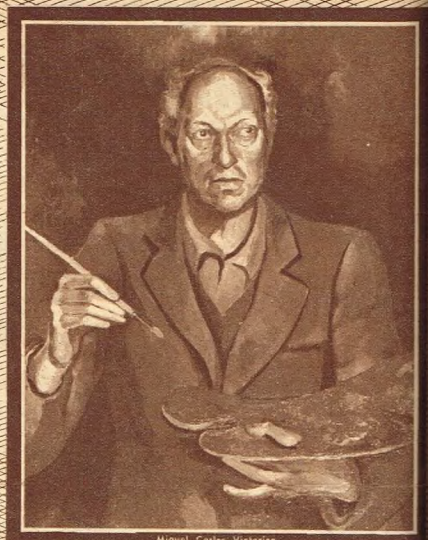
DIRECCIÓN

LOCALIDAD

L. 240



Eduardo Mollea



Miguel Carlos Victorica

DE LA VIDA ARTISTICA

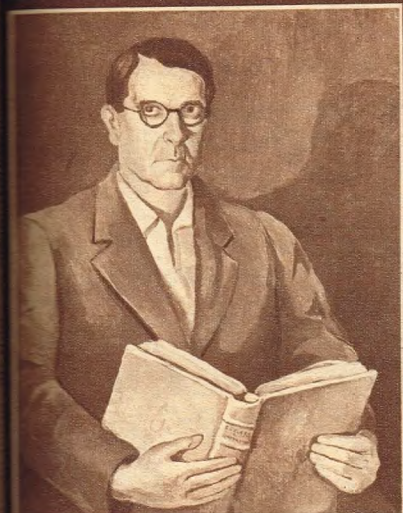
ALBERTO UN PINTOR FIEL



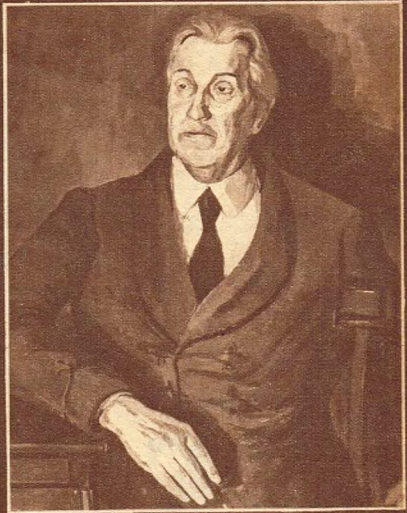
Ana Weiss de Rossi

ALBERTO Prando es un pintor argentino. Un pintor joven culto. Su obra, no obstante esa juventud, data ya de algunos años. Y en ella hay bellas manifestaciones que en oportunidad merecieron la atención del público y el estímulo de los jurados. Está representado en el Museo Nacional de Bellas Artes con un cuadro que lleva por título "Plaza de Furstenberg"; en el Museo de Rosario, con "Aldea francesa", que mereció el premio Adquisición de 1937; en 1939 fué distinguida en Chile su tela "Capilla de Zapallar", y finalmente, con "Académico", en 1940 obtuvo en Buenos Aires el segundo premio municipal.

Tiene, como se ve, antecedentes que lo colocan en un plano destacado dentro del movimiento pictórico de nuestro país. Y este plano —dijémoslo en su elogio— no fué alcanzado sino en mérito al valor real de sus obras, nacidas de una auténtica sinceridad de expresión, que excluye toda clase de "posturas" y embanderamientos artísticos. Esta sinceridad es una de las características principales que notamos en la obra de Prando. Al artista que nos ocupa no es fácil incluirlo dentro de determinada escuela pictórica. Supo siempre ser *él*, aun cuando a veces haya llegado a tentar fórmulas de moda. Sus cuadros revelan que el entusiasmo "innovador" fué efímero, y que detrás de él, del entusiasmo, se alzaba siempre su voz gritándole el alerta oportuno. Alerta que supo evitarle excesos y desequilibrios que lamentablemente han caído otros pintores. A poco de estudiar las obras de Alberto Prando, se descubre en ellas el rasgo distintivo que las identifica como suyas... Conquista que en verdad, no resulta pequeña... Los artistas que la hicieron



Ricardo Sáenz Hays



David F. Prando

PRANDO, A SU DESTINO

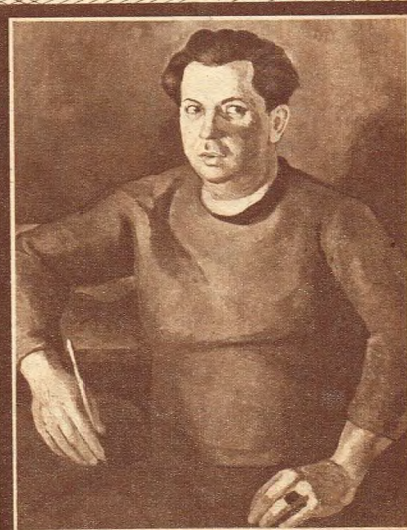
Por J. González Bayón

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

...saben bien cuántos afanes, intentos y desesperanzas han tenido que vivir para llegar a ella. El estilo, que eso es en definitiva a lo que acabamos de referirnos, no se "consigue", pero lo menos comúnmente, de una manera insólita, sino mediante un proceso de depuración vitalizadora, que conduce, en ocasiones, de una manera insensible, y no pocas dolorosamente, a la propia verdad del artista, esto es, a su sentir íntimo y particular; a su modo de ver; a su capacidad para descubrir. Porque el estilo no sólo comprende la mano del pintor, sino sus ojos, su cerebro y su corazón, es decir, lo que ya hemos afirmado: su manera de ver, de pensar y de sentir el hecho pictórico...

En las obras de Prando hay siempre una segunda realidad latente, que surge sin duda de la conjunción armónica de esas peculiaridades. Así nos lo demuestra el artista en esa serie de trabajos frescos y luminosos, que comprende una estación subterránea de ferrocarril, una playa en el Uruguay, el retrato de una mujer, cuya cara insinúa leve y medido gesto de picardía; y especialmente en el cuadro que representa una casa de verano a la orilla del río, donde el tono y la "densidad" del color en el techo, y la inmovilidad del agua, dan la clara sensación de un mediodía sofocante. Alberto Prando logra este resultado sin emplear recursos fáciles, por los cuales demuestra siempre un desdén de aristocrática exigencia consigo mismo.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 98)



Alejandro Siro

En la selva, a la hora de

REVIRO Y YOPARÁ SON LOS DOS PLATOS HABITUALES DEL MENSU. SUS PROPIEDADES ALIMENTICIAS. EN

AMANECÍA. Por la picada maestra pasaban las alzaprimas tiradas por varios pares de mulas, rumbo a los extremos de los caminos, iban a levantar los rolizos puestos en "franquía"; es decir, listos para ser llevados a la batranca del río, junto a la jangada en formación.

A la puerta de nuestro rancho, el hacero y yo tomábamos mate, sin hablar, observando el lento desvanecimiento de las estrellas.

—Voy a hacer "reviro"—dijo de pronto mi compañero. Me acercó la pava y yo continué cebando.

El reviro es el desayuno del mensu, aunque muchas veces, en casos de premura, constituya también su comida principal. Me costó acostumbarme a ese plato que, sencillamente, en el estómago corría blando, pero a fin acabé por adoptarlo porque en el viaje no podía contar con otra cosa más práctica.

En una olla de tres patas de hierro fundido,



El mensu del Alto Paraná sabe que debe reponer sus energías con comidas muy nutritivas y ha adoptado el "yopará", plato que reemplaza a la carne.



el hombre echó harina, sal y agua, y se puso a revolver con una especie de espátula de madera, añadiéndole de tiempo en tiempo pequeñas cantidades de agua para evitar que se espesara demasiado ese engrudo. Cuando adquirió una consistencia ni muy densa ni muy blanda, lo sacó de la olla, poniéndolo provisoriamente sobre un trozo de hoja de banano. Avivó el fuego acreciendo y removiendo las puntas de los troncos que lo alimentaban, echó grasa de vaca en la olla y puso ésta en el fogón, colgándola de una varilla colocada transversalmente sobre dos horquetas clavadas en el suelo. Cuando la grasa estuvo bastante caliente echó la masa en la olla y esperó, sin revolver, a que se friera la parte de abajo, luego le dio vuelta y volvió a esperar. Aquello tomó el aspecto de una bola dorada. Comenzó a partirla con la espátula de madera, y durante un buen rato estuvo *curubicándola*, como decía mi compañero, hasta que quedó deshecha en mil trocitos más o menos redondos, más o menos blancos y más o menos dorados. Retiró la olla del fuego, la colocó en el suelo, entre nosotros, y me invitó a comer:

—Acércate, che amigo; empezó usted primero —y metió su cuchara en la olla.

Lo imité inmediatamente, y sacando de a una cucharada, por riguroso turno, dimos fin al reviro.

Sentí inmediatamente gran pesadez, como si hubiera tragado piedras, y me apoyé en un horcón del rancho, sin ánimos para moverme. El mensu, por el contrario, se levantó y comenzó a preparar la comida para mediodía. Puso nuevamente la olla al fuego, con grasa, y en ella frió trozos de charque, carne desecada parecida al tasajo; en seguida le echó agua, maíz de loco, porotos, trozos de mandioca y sal; la tapó y atizó el fuego. Después de esto fuimos a lavarnos al arroyo cercano y al regresar encontramos la comida hirviendo a borbotones. Mi compañero sacó la olla del fogón y la introdujo en un pequeño pozo con fondo de tierra removida, hecho para este uso; rellenó los huecos con tierra hasta el borde y luego tapó todo con una arpillera y yuyos encima. Esta comida se llama "yopará", palabra guaraní que significa mezcla.

El mensu se puso el machete al cinto y el

hacha al hombro; yo tomé de debajo de la almohada la cinta métrica y el revólver y fuimos al monte: él a voltear y preparar machos, cedros e incienso, y yo a medir y "bit" los rolizos y las vigas labradas de otros haceros.

A mediodía, de vuelta al rancho, encontramos nuestro yopará completamente cocido y todo muy caliente gracias a esa especie de tepalcates preparados por mi compañero. Comimos abundantemente, con el extraordinario apetito que produce el trabajo en la selva, pero sobre la media olla que fué guardada para la noche.

Después de una corta pero profunda siesta provocada tanto por el cansancio como por la pesada digestión, nos encaminamos de nuevo al monte, donde trabajamos hasta la puesta del sol. Ya de regreso, después de refrescarnos el arroyo, tomamos mate y terminamos con yopará.

—¡Lindo el "carayá"! —exclamó el mensu satisfecho, liando un "chala".

Realmente estaba sabroso el tal carayá, que le llaman en esos lugares a toda comida frita o recalentada, o guardada de un día para otro.

comer...

Por
Germán Dras
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

¿CÓMO CONSISTEN Y COMO SE COCINAN

Estas comidas son una especialidad de la región, pero no porque el plato de los mensú la haya impuesto en los obreros y yerbales, sino porque han sido la solución de un gran problema.

Al principio, los "pioneers" del Alto Paraná se resentían en su ruda lucha contra la selva por el gran desgaste de energías y la escasez de alimentos adecuados con que contaban. El mate cocido con galleta, al ser de los mensú, es un alimento tan flojo que produce hambre enseguida, y las conservas enferman y debilitan cuando son ingeridas constantemente. Los haceros duraban poco tiempo en el trabajo y los jefes obreros y yerbateros vieron la necesidad de ensayar otros métodos de alimentación dentro de las posibilidades del medio.

A cabo de varias tentativas infructuosas con diversos elementos, algunos unos e importados otros, dieron con el vopará, en el cual las proteínas de la carne, tan necesarias para el equilibrio de la nutrición, se encuentran reemplazadas por las proteínas contenidas en los torros.

Uno de los trabajos más duros es el que tiene en los obreros de cualquier parte del mundo, y, especialmente, en los obreros de las zonas pobladas, el problema de la alimentación de carne.

Después de una buena ración de semejante plato, un hombre puede hacer lapachos y machetar monte virgen durante todo el día.



El reviro es también un aliento fuerte, y el mensú lo ha adoptado porque después de desayunarse con él no vuelve a sentir hambre durante varias horas; cree que esto es debido a su poder alimenticio; a la sensación de "estómago lleno" que le produce es efecto de la lentitud con que digiere ese amasijo apitosamente dorado.

No es éste una invención de los "pioneers" alto-paranaenses, como pudiera creerse, sino una adaptación; lo trajeron los españoles de la conquista, quienes también se vieron abocados al mismo problema de nuestros obreros. Y parece que ellos, a su vez, lo habían adquirido de los árabes.

Nuestros hombres del monte, que están acostumbrados a medir todo "a ojo" con gran exactitud, preparan el reviro con unos doscientos gramos de grasa para un kilo de harina de trigo y le echan el agua suficiente. Una variante del reviro es el añadirle caldo; entonces se llama "sopa de reviro". Otra variante consiste en desmenuzarlo en pedacitos más o menos gruesos, llamándole en este caso "reviro labrado".

Cuando se carece de harina se puede recurrir a la mandioca hervida, usando, por lo demás, el mismo procedimiento; este "reviro de mandioca" tiene, a juicio de mi paladar y de mi estómago, grandes ventajas sobre el primitivo; desgraciadamente no siempre se puede disponer de una plantación cercana de esta bendita planta cuyas raíces (la parte comestible), desenteradas, no se conservan más de dos días.

Yo también, como los mensú, me acostumbré a soportar el reviro y, en efecto, fueron mi comida siempre que el trabajo o las largas incursiones cinegéticas me obligaron a permanecer en el interior de la selva. ☺

APENAS **1**
CENTIMETRO DE
KOLYNOS

*Basta
para Glorificar
su Sonrisa*



Cuide su dentadura que es el alma de su belleza!

Cepíllela diariamente con KOLYNOS, la crema dental que más se vende porque permite una limpieza de toda la boca!

Compruébelo personalmente!

Pida hoy mismo un tubo grande de KOLYNOS y someta sus preciosos dientes a la prueba del centímetro de KOLYNOS!

Verá que inefable sensación de frescura experimentará y cuanto más hermosos lucirán sus dientes! Esos dientes que él compara siempre con la más preciosa de las joyas.

HAGA DE SU DENTISTA SU MEJOR AMIGO



KOLYNOS es mi dentífrico favorito. Mi sonrisa atrae gracias a KOLYNOS. Hay que ver como limpia el diente por dentro! Y como refresco su deliciosa espuma!... Y que resultado es KOLYNOS!



RITMO Y LEYENDAS DE AMERICA con el cuarteto vocal GOMEZ CARRILLO. Se irradia por RADIO BELGRANO todos los miércoles y domingos a las 22.05 hs. ¡No deje de escucharlos!

EL CUENTO DEL MAR



LA SALVACION DEL "ELISA KING"

Por **HECTOR PEDRO BLOMBERG**

ILUSTRACIONES DE VALDIVIA

ESTA es una de las historias que me contó Ericson, el noruego, en las veladas del Dock Sur.

El "Empress of Ireland" era un vapor de 4,500 toneladas, matrícula de Cardiff. Fue construido en 1876, por la John Bird Line, y durante mucho años hizo la carrera de Australia y Africa del Sur.

Ericson el noruego, entrojado con su pálido rostro de escandinavo con discretas libaciones, estaba meditando. Rompió bruscamente su silencio, e inició lenta y trabajosamente su relato.

—El viejo John Bird murió en 1899, señor... Quedó al frente de la compañía naviera su hijo Tomás, buen muchacho, pero a quien interesaban más las orgías y las mujeres de Londres que los barcos que su padre construyó y lanzó sobre los mares.

Ericson suspiró. Le parecía imposible que hubiera hombres que no amaran a los barcos que andaban por mar. Prosiguió luego:

—Tomás Bird vendió el "Empress of Ireland" en un momento de urgencia financiera; lo vendió como se vende un traje usado, un barco que lo había visto nacer, como quien dice.

Un nuevo y tempestuoso suspiro acentuó la melancolía del piloto ante la lejana y dolorosa evocación.

—Bueno, señor. Compró el "Empress of Ireland" un europeo de dudosa fama, un hombre conocido por sus turbios negocios en todos los puertos de Inglaterra, un tal Berkheim. Lo primero que hizo fue cambiar el nombre y la matrícula del viejo barco. Lo bautizó con el nombre de "Elisa King", y lo matriculó en Southampton.

Jonás Binns, durante 16 años, fue el comandante del "Empress of Ireland". Jonás había llevado el viejo buque por todos los mares, desde el día en que el "trade bord" de Cardiff le concedió el certificado de maestro navegante. El pobre Binns, cuando el Empress pasó a poder de Berkheim se embriagó como un loco, y después lloró amargamente.

Al salir tambaleando de la taberna en Cardiff, se encontró con Tomás Bird y lo llenó de insultos.

Bird se encogió de hombros, y le volvió la espalda, un poco pálido.

Cuando los pintores borraban el antiguo nombre del navío hubo que sujetar a Binns para que no los arrojase al agua, tal era su ira y su indignación.

Después pareció aplacarse, señor. Cayó en un silencio taciturno, trágico.

Binns tenía un sobrino, un jovencito, hijo

de su única hermana, a quien éste adoraba y que había quedado viuda. Ana Binns vivía en Londres y parece que el muchacho tenía el alma un poco torcida...

Una vez que el "Empress of Ireland" cambió de nombre y de matrícula, Berkheim dispuso que siguiera en la carrera del Pacífico.

Al regreso del segundo viaje, Berkheim llamó a Binns y lo invitó a cenar.

Le preguntó muchas cosas raras, durante la comida.

Preguntas como ésta, señor:

—¿Usted no ha hecho economías, Binns?

—Tengo 20 libras esterlinas por toda fortuna, señor — contestó el pobre Jonás.

Berkheim sonrió de modo ambiguo.

—Poco es para un hombre que ha trabajado toda su vida en el mar— dijo, y sus ojos escudriñaban el rostro rudo y rugoso de su capitán.

—Es mucho para un hombre que ha conservado las manos limpias y la conciencia tranquila hasta los cincuenta años — refunfuñó Jonás, maravillado por el sabor de aquella sopa de tortuga que le servían en el más lujoso restaurante que pisara en su vida.

Berkheim siguió haciendo extrañas preguntas. Hasta que Binns creyó comprender... Su rostro se contraía horriblemente, y levantándose de la mesa salió a la calle. Le ahogaba la ira.

Al llegar a su barco, su hermana Ana lo esperaba.

Binns miró el rostro de la pobre mujer, y su honrado corazón se apretó de compasión. Comprendió que algo horrible había sucedido...

—¿Qué pasa, Ana? — balbuceó.

Ana no podía hablar en su dolor y su angustia, hasta que, poco a poco, la historia fue saliendo a luz.

Roberto, el hijo de Ana, había cometido una defraudación en Londres, en la casa donde trabajaba como tenedor de libros.

Binns, lleno de horror y de espanto, preguntó:

—¿Y cuánto ha robado?

Ana sofocó su llanto.

—Robado, no, Jonás... El pobre muchacho pensaba devolverlo, pero unos malos amigos lo obligaron a jugar...

—¿Pero cuánto dinero ha sacado

de la caja? — interrogó Binns, conteniendo su impaciencia.

Ana, palideciendo, balbuceó:

—Quinientas libras esterlinas...

Jonás dio un salto.

—Es una fortuna... ¡Miserable ladrón!

—No lo lames así, Jonás... — imploró la venturada Ana—; fueron sus malos amigos.

El es bueno...

—Quinientas libras esterlinas — repitió el pálido como un muerto.

—El jefe de la casa me ha dicho que lo llevará a la cárcel si le devuelve el dinero dentro de tres meses — informó Ana triste.

Binns se apretaba la cabeza gris.



—Dios! ¿Dónde quieres que yo en-
cuentre tantas libras esterlinas, yo que no
tengo más que un sueldo de treinta libras por

mes para vivir a florar. Veía a su hijo en la
cárcel, llorando...
—¿Prometiendo volver al día siguiente,
como siempre? —dijo, con voz trémula,
Jonás Binns no durmió.

—¿Y mañana temprano, pálido y resuelto,
a ver a su armador, a Berkheim.

—¿Prometiendo lo que usted me quiso hacer
ayer? —dijo, apretando los dientes.

—¿Y mañana temprano, pálido y resuelto,
a ver a su armador, a Berkheim.

—¿Prometiendo lo que usted me quiso hacer
ayer? —dijo, apretando los dientes.

—¿Y mañana temprano, pálido y resuelto,
a ver a su armador, a Berkheim.

—¿Prometiendo lo que usted me quiso hacer
ayer? —dijo, apretando los dientes.

—¿Y mañana temprano, pálido y resuelto,
a ver a su armador, a Berkheim.

—¿Prometiendo lo que usted me quiso hacer
ayer? —dijo, apretando los dientes.

—¿Y mañana temprano, pálido y resuelto,
a ver a su armador, a Berkheim.

—¿Prometiendo lo que usted me quiso hacer
ayer? —dijo, apretando los dientes.

—¿Y mañana temprano, pálido y resuelto,
a ver a su armador, a Berkheim.

—¿Prometiendo lo que usted me quiso hacer
ayer? —dijo, apretando los dientes.

—¿Y mañana temprano, pálido y resuelto,
a ver a su armador, a Berkheim.

—¿Prometiendo lo que usted me quiso hacer
ayer? —dijo, apretando los dientes.

—¿Y mañana temprano, pálido y resuelto,
a ver a su armador, a Berkheim.

—¿Prometiendo lo que usted me quiso hacer
ayer? —dijo, apretando los dientes.

—¿Y mañana temprano, pálido y resuelto,
a ver a su armador, a Berkheim.

—¿Prometiendo lo que usted me quiso hacer
ayer? —dijo, apretando los dientes.

—¿Y mañana temprano, pálido y resuelto,
a ver a su armador, a Berkheim.

—¿Prometiendo lo que usted me quiso hacer
ayer? —dijo, apretando los dientes.

—¿Y mañana temprano, pálido y resuelto,
a ver a su armador, a Berkheim.

—¿Prometiendo lo que usted me quiso hacer
ayer? —dijo, apretando los dientes.

—¿Y mañana temprano, pálido y resuelto,
a ver a su armador, a Berkheim.

—¿Prometiendo lo que usted me quiso hacer
ayer? —dijo, apretando los dientes.

—¿Y mañana temprano, pálido y resuelto,
a ver a su armador, a Berkheim.

—¿Prometiendo lo que usted me quiso hacer
ayer? —dijo, apretando los dientes.



—¿Qué quieres decir, Jonás?

—Nada, Ana, nada... Dios me perdone...
Dentro de tres meses iré a visitarte en Londres
y te llevaré el resto del dinero que ha robado
tu hijo.

Despidióse llorando la pobre mujer.
En el tren se olvidó de las extrañas palabras
de su hermano, y la idea de que su hijo no iría
a la cárcel la consoló.

Ocho días más tarde, el "Elisa King", ex
"Empress of Ireland", zarpaba rumbo a Sidney,
en Australia.

Binns parecía medio loco durante el viaje.
Pascábase por todos los rincones del barco,
con los ojos extraviados. Una mañana lo sor-
prendió en la cubierta. Estaba llorando, y sus
gruesas manos rugosas acariciaban las maderas
del "Elisa King".

Hablaba solo.
—Perdóname, Empress —murmuraba—, per-
dóname!... Soy un miserable, pero tengo que
hacerlo por ella, por Ana...

El viento del mar jugaba con sus cabellos
grises. Arriba palidecían las estrellas. La costa
de África se veía a lo lejos, oscura y mis-
teriosa.

Me acerqué sin ruido y toqué en la espalda
a Binns.

Se volvió temblando.
—¡Ah! Es usted, Ericson —dijo. En el frío
del alba el sudor corría por las mejillas.

—¿Qué sucede, capitán?

Guardó silencio. Después, como adoptando
una resolución suprema, puso sus manos sobre
mis hombros.

—No puedo, Ericson... ¡No puedo!
La angustia del gigante me inquietó. ¿Estaría
demente el pobre Jonás Binns?

—No puedo... no puedo... —gimió.
—Todo me contó, señor, como se lo cuento
yo ahora, en el Dock Sur, después de tantos
años... El miserable Berkheim quería que
Binns hundiérase el vapor antes de llegar al
puerto de destino, cerca de la costa, para que
la tripulación pudiese salvarse. Había asegurado
al "Elisa King" por una suma enorme y que-
ría cobrar el seguro cuanto antes. El pobre
vapor no debía volver jamás a Inglaterra...

—¿No puedo! ¡No puedo! Mírelo, Ericson
—dijo, acariciando las maderas del barco que
había mandado durante tantos años... Está
vivo... Este barco siente, comprende... como
usted y yo... Y tengo que hundirlo...

Berkheim le había ofrecido quinientas libras
esterlinas por el crimen. Y esa era la cantidad
justa para que el hijo de Ana no fuera a la
cárcel.

Ericson encendió su pipa y guardó silencio:
—¿Y después, Ericson?

—¿Después? La historia es singular, señor...
Binns, aconsejado por mí y por su honrada
conciencia, no hundió el "Empress of Ireland".
Llegamos a puerto, y allí supimos que Berkheim
había muerto de un ataque al corazón, en
Southampton. Dios lo había querido así...

—¿Y qué fué del hijo de Ana?

El patrón se conformó con cuatrocientas
libras esterlinas...

Binns logró juntar lo que faltaba para com-
pletar las quinientas y todo se arregló satis-
factoriamente.

Binns vive ahora en Londres con su herma-
na. Son muy viejitos los dos. El sueldo ir a ver
los barcos en el Támesis. El hijo de Ana, que
se ha regenerado hace muchos años, mantiene
a su pobre madre y a su viejo tío. En cuanto
al "Empress of Ireland", todavía anda por el
mar.

Ericson volvió a suspirar, mientras sacudía
la ceniza de su pipa.

Las estrellas de medianoche temblaban so-
bre el silencio profundo del Dock Sur. *

Gran Plan Savora DE PLATOS RICOS Y BARATOS



Vea cómo
puede preparar
económicamente un
sucursalito

MONDONGO GUISADO

- | | |
|---------------------------------|--------------------------|
| 1/4 kg. de mon-
dongo cocido | 1 cebolla picada |
| 1 taza de leche | sal a gusto |
| 1 cucharada de
harina | 1 cucharada de
Savora |

Se corta el mondongo cocido en
tiras, previamente lavado y hervi-
do durante 1/2 hora; se pone en
una cacerola con la leche, la ce-
bolla y la sal y se deja hervir 15
minutos. Se agrega la harina dis-
uelta en un poco de leche fría
y la Savora. Se le da un hervor
rápido y se sirve rodeado de pan
frito. Suficiente para 3 personas.

Savora es un rico y sano condimento que
agrega sabor a cualquier plato. Con el fras-
co de Savora a mano, Vd. dispone de un
conveniente recurso para dar a los platos
corrientes nuevo y apetitoso sabor.



Guarda las recetas del gran
plan Savora. Le serán útiles.

El condimento enva-
sado es una garantía
de higiene y pureza.

SAVORA

realza el sabor de las comidas

INGLATERRA MOVILIZA



El cambio casi total en la técnica del bombardeo ocurrido en los últimos dieciocho meses ha presentado dificultades a la Luftwaffe, baterías aéreas y restantes defensas de Alemania que en la actualidad afrontan el problema de medir sus fuerzas contra aviones "fantasma" de la R. A. F., que les, al atacar por encima de las nubes, difícilmente perceptibles aun con ayuda de todos los procedimientos científicos imaginables.

En las noches claras de luna, durante las cuales acostumbra a oír los alarmas el sordo ruido de los motores de las nuevas fuerzas aéreas británicas desde la destrucción de un nuevo objetivo de guerra, reina ahora, casi siempre, la calma. Sin embargo, cuando la noche se oscurece y las densas nubes cubren la zona de los objetivos, desciende el torbellino de las bombas a través de la espesa cortina que protege a los atacantes contra la acción conjunta de las baterías antiaéreas nocturnas. Un sistema perfecto de navegación, ciertos procedimientos especiales y la utilización de los "Pathfinder", o aparatos encargados de buscar el objetivo e iluminarlo con bombas incendiarias, son los medios que las fuerzas aéreas británicas han utilizado radicalmente las antiguas tácticas de bombardeo nocturno. Hoy día suenan las sirenas de alarma en ocasiones en que la Luftwaffe hubiera creído posible pudiera volar contra el enemigo alguno.

Volando en perfecta formación, los nuevos bombarderos de cuatro motores, los "Lancaster" y "Halifax", actúan en perfecta coordinación con los "Pathfinder", esperando el horario de cada operación el último segundo de tiempo. En ese momento la artillería antiaérea enemiga lanza contra la espesa cortina de nubes un torbellino de metralla, y los cazas de la Luftwaffe vuelan con gran cautela sin el menor riesgo de salir al paso de los poderosos

LOS AVIONES FANTASMAS

PROVISTOS DE DISPOSITIVOS ESPECIALES, EMPRENDEN
VUELO EN LAS NOCHES MAS OSCURAS Y LANZAN
A TRAVES DE LAS NUBES SU MORTIFERA CARGA

Por
Petter O'Neill

en medio de una obscuridad donde una colisión entre dos resultaría mortal. El día, igualmente, las nuevas empleadas por la R. A. F. y las aéreas americanas han anulado las introducidas por la Luftwaffe. Los inventos puestos en práctica por ambos, hasta el momento presente, han sido por falta de perspicacia. El uso de las granadas-cohete, las bombas a la extremidad de un cable provistas de aletas, era el método, durante el día, las formaciones "Flying-Fortress", sin necesidad de un "Focke-Wulf", cuyo radio de acción es solamente de 500 metros, a la hora de las potentes ametralladoras de la primera de los primeros, capaces de alcanzar una distancia de 900 metros. La Luftwaffe, sin embargo, no tuvo en cuenta la posibilidad de que el enemigo lanzara cazas de escolta, capaces de, por lo tanto, bombardear durante la totalidad del recorrido y cuya misión especial, hasta ahora con pleno éxito, es destruir los aparatos alemanes portadores de estas "armas secretas" se acercan a las formaciones de bombarderos. En consecuencia, en algunos de los bombardeos realizados durante el día por las fuerzas americanas sobre el centro de Alemania, se presentó ante la Luftwaffe el siguiente dilema: utilizar todos los recursos disponibles, incluyendo los cazas de los ocho grupos de que actualmente disponen en el oeste, o recurrir a sus más guardados secretos para una parte de las reservas que guardarán el día de la invasión. De algún tiempo, sin embargo, se ha adoptado esta última solución;

una estación de radio clandestina alemana dio idea de la constitución de esta reserva, en lo referente a su personal. Los pilotos de pruebas, oficiales de la administración, instructores; en suma, todos aquellos capaces de manejar cualquier clase de avión han sido enviados a la lucha, enfrentándolos con los aviadores americanos, cuyo alto grado de instrucción en los vuelos de formación les permite dirigir sobre un solo aparato el fuego de cincuenta cañones. La Luftwaffe ha perdido ya una gran parte de esta escasa y mal instruida "reserva".

Los dirigentes de la Luftwaffe, en su afán de ocultar el hecho de que sus nuevos planes obedecen más a la necesidad que a la conveniencia, han declarado que el uso de los cazas nocturnos durante el

día y los cazas de un solo motor durante la noche ha mejorado grandemente la potencia destructiva de las defensas alemanas. Estos aparatos, sin embargo, son para usos completamente distintos, y el verdadero resultado ha sido mantener en constante estado de alerta a las tripulaciones de ambos tipos por espacio de más de veinticuatro horas seguidas. Este enorme número de "Horas extraordinarias" a que se somete a la Luftwaffe trae como consecuencia el cansancio, nerviosismo y menor rendimiento de las tripulaciones; Inglaterra sabe mejor que nadie lo que supone tomar parte en una contienda aérea como fué la "Batalla de Inglaterra", obligando a los pilotos a hacer un número enorme de vuelos diarios, sin el descanso debido. *



encargados de buscar el objetivo e iluminarlo. Los bengalas permiten a los aviones fantasmas volar en las noches en que el enemigo no cree posible la realización de raids.

LA PENICILINA SE DESCUBRIÓ



En este cuarto se inoculan con moho las botellas que contienen sales minerales, azúcar y un nutritivo estéril. Luego el cultivo permanece 14 días a una temperatura de 74 grados.



He aquí el moho, de color verde-azul-gris, que produce la penicilina. Este se diluye poco a poco en el líquido de la parte inferior. Al terminar el proceso se separa la penicilina del líquido, mediante un proceso que consta de tres fases.

Incendio en un cabaret...

La noche del 28 de noviembre de 1942, el fuego hizo presa de un cabaret de Boston. El humo, las llamas y las botas de una muchedumbre aterrorizada causaron la muerte de casi 300 personas. Los médicos comprendieron en seguida que se presentaba un verdadero diluvio de casos fatales, cosa que raramente acontece en los hospitales no militares.

Hubo que proceder con suma rapidez. De los laboratorios Merck, situados en la población de Rahway, en Nueva Jersey, partió un automóvil escoltado por policías de tránsito. Antes del anochecer llegó a las puertas del hospital que albergaba a las víctimas del siniestro. El chofer entregó a los médicos unos cuantos paquetes de inofensiva apariencia. Contaban unas cuantas ampollitas de cristal, que encerraban un polvillo de apariencia terrosa. Era la penicilina, la droga de cuyos efectos se esperaban resultados aun más sorprendentes que los de la sulfamida. Pronto se probarían sus efectos en los pacientes, víctimas de horribles quemaduras que albergaba el hospital. Sobre las carnes chamuscadas, y aun dentro de las venas, se colocó la solución que había sido preparada con los polvillos de color terroso.

Los resultados se guardaron a piegura y canto, pero las autoridades médicas encargadas de rendir un informe al cirujano general del ejército de los EE. UU., llegaron a conclusiones muy favorables, apenas examinados los casos sometidos a prueba. Uno de los descubrimientos médicos más portentosos del siglo quedaba consagrado: la penicilina.

Desde entonces, la droga ha obtenido buen éxito en la lucha contra las formas más horribles y malignas de las enfermedades bacterianas conocidas hasta hoy. Quedaban detrás del triunfo años de investigaciones y fracasos.

El descubrimiento del profesor Fleming

En 1929, Alexander Fleming, profesor inglés, tropezó por primera vez con la droga. En el transcurso de algunos experimentos había dejado algunos cultivos de bacterias en una vasija de cristal, de poca profundidad. El interior de la misma estaba embadurnado con una sustancia gelatinosa que sirve de alimento a las bacterias y sobre la cual los microbios del aire se habían acomodado y reproducido, convirtiendo la sustancia gelatinosa en una colonia de micro-organismos.

Mientras el profesor los examinaba, atrajo su atención una mancha de hongos esponjosos, muy parecidos a los que se forman en el pan rancio. La mancha dominaba a las otras, y, lo que es más curioso, las colonias de bacterias prosperaban sólo a cierta distancia de los hongos en cuestión. Es bien sabido que ciertas bacterias engendran substancias venenosas, por lo que Fleming adoptó en seguida la teoría de que el moho se mantenía a distancia de las otras bacterias por medio de una barrera infranqueable de veneno líquido.

El primer problema de Fleming consistió en proporcionar a los hongos los medios necesarios para que pudiesen conservar la vida. Y después de varios experimentos con una gran variedad de substancias alimenticias, descubrió que el moho se reproducía mejor y que los hongos descargaban una cantidad considerable de veneno antibacterico cuando se los cultivaba en un caldo ordinario de carne.

Después de buscar un nombre apropiado para su descubrimiento, se

dedicó a separar las bacterias que podían ser afectadas por la penicilina de aquellas sobre las que la nueva substancia no tenía poder ninguno.

Sin embargo, lo que no consiguió fue lo que habría constituido un triunfo supremo. La penicilina se adhería firmemente al caldo del cual era arrojada por el moho, y por más que Fleming hacía esfuerzos para extraerla de ese medio, no lograba su objeto.

Experimentos

Durante toda la década que siguió al descubrimiento, nadie logró aislar la penicilina del caldo. Finalmente, este triunfo fue logrado por el profesor de patología Howard Florey, de la Universidad de Oxford, y un grupo de hombres de ciencia que trabajaba bajo su dirección. Lograron extraer la maravillosa droga, de color y aspecto de tierra, por medio de un sencillo procedimiento que había escapado a la atención de Fleming.

Conseguido esto, se necesitaron solamente algunos experimentos preliminares para poder determinar los efectos de la droga en los microbios. Cuando éstos la recibían en su forma original, morían instantáneamente e irremisiblemente, y cuando se diluía la droga a un porcentaje bastante elevado, paralizaba su desarrollo.

Era necesario ahora probar sus resultados en el cuerpo humano; pero el hongo rehusaba reproducirse rápidamente en los medios que los entes le proporcionaban para hacerlo. Para obtener cantidades suficientes de penicilina, los hombres de ciencia habían tenido necesidad de sembrar el moho en cantidades mayores de las que les permitían las facilidades con que contaban. Finalmente, vino en su auxilio una solución parcial. La penicilina era expulsada en la orina de los pacientes a quienes había sido administrada. Purificada nuevamente, servía para nuevos experimentos, aunque la cantidad extraída por ese medio era reducida.

El primer paciente que sirvió para el experimento fue un agente de policía que había contraído septicemia a consecuencia de una pequeña úlcera en la boca. Los resultados obtenidos después de inyectarle la solución de penicilina en las venas, a intervalos de tres horas, fueron maravillosos. Al finalizar el primer día de tratamiento, el ánimo del enfermo acusó una gran reacción, y los abscesos que le cubrían el cuerpo cayeron las primeras trazas de disminuir. Al cabo de cinco días, la temperatura del enfermo se normalizó y el alivio fue definitivo y completo.

Pero agotada la penicilina, la enfermedad hizo nuevamente crisis, y al cabo de otros diez días de lucha, la infección comenzó de nuevo, y los efectos fueron desastrosos.

Lucha dramática

Entonces los hombres de laboratorio se dedicaron a ampliar las casas reservas de penicilina. Por medio de las pequeñas cantidades que consiguieron lograr, les fue posible curar, durante algunos meses, a unos enfermos resistentes a los efectos de las sulfamidas. Pero sobre la cabeza de cada paciente se cernía como una terrible amenaza el momento en que se agotaran las reservas de la droga. Aun con las pequeñas dosis de que se podía disponer, los pacientes experimentaban notable alivio, aunque sólo para reacer lentamente apenas las faltaban las dosis de penicilina. Sus medios de defensa, ya desprovistos de principal sostén, se derrumbaban a la llegada de la bacteria invasora.

Los médicos, convencidos de que la penicilina llevaba en su

FOR CASUALIDAD



La medicina mágica, la penicilina, con la cual la medicina ha disputado ya muchos combates a la muerte. Para producir esta pequeña cantidad, fue necesario preparar un jorro de un galón de moho.

Una revolución latente en la práctica de la medicina, luchaban contra la dificultad de producirla en cantidades suficientes para curar a los enfermos con resultados realmente prácticos. La convicción de que la evidencia de los efectos de la nueva droga, tropezaban con un obstáculo: la dificultad de producirla en cantidad. Era imposible ampliar las facilidades de producción. Los metales preciosos, en aquel verano de 1941, se convertían en aviones en los laboratorios. Las débiles voces que lograban salir de Oxford resonaban en el tumulto general de la demanda de cañones. Entonces decidieron aceptar la invitación de algunos hombres de ciencia americanos, y se trasladó a los Estados Unidos. Los breves días que duró su visita, no le fué difícil despertar el interés de sus colegas. Cuando regresó a su país, lo hizo llevando la prueba de que en los Estados Unidos se fabricarían suficientes cantidades de penicilina, que permitirían, por lo menos, combatir la droga era realmente un milagro o un espejismo. Pero lograba la producción de penicilina abrirse paso en los Estados Unidos cuando este país entró también en la guerra.

Escenas maravillosas

A partir de ese momento, las investigaciones prosiguieron envueltas en el mayor secreto. El valor de la droga se duplicó y el gobierno trató de todas las existencias. Los químicos prosiguieron su tarea de descifrar. Si la penicilina tenía las condiciones mágicas que Florey creía, las fuerzas armadas harían abundante uso de la misma. A medida que la droga fuese sólo a manos de especialistas calificados, se entregó a un médico de Boston para que se encargase de distribuirla cuando se tratara de casos especiales.

En los médicos más notables del país pudieron comprobar que los efectos de la droga la pulmonía se esfumaba como una pesadilla, que los abscesos de los huesos en la enfermedad llamada osteomielitis se disolvían y cicatrizaban, y que aun la fatal septicemia, producida por los terribles estafilococos, se veía obligada a ceder ante el avance de la nueva droga.

A pesar del sigilo con que se tratan las cosas referentes a la penicilina, los detalles de algunos casos llegaron al público. El siguiente caso, para ilustrar la fuerza incontenible con que la penicilina destruye los microbios de ciertas enfermedades.

Enfermo era un hombre que no llegaba aún a los treinta y cinco años. Tenía un carbunco en la nariz, cuya acción se extendía rápidamente hasta los ojos — la llamada "zona de peligro" de la cara —. La infección comenzaba ya a invadir los párpados del enfermo, expresando, por decirlo así, uno de sus ojos fuera de las órbitas, y amenazando de un momento a otro, atacar el cerebro. Después de recibir durante 36 horas enormes dosis de la más poderosa de las drogas sulfas, también el segundo ojo.

De no haber habido a mano algunas existencias de penicilina, el enfermo habría perdido la vida irremisiblemente; pero cuando la droga circuló por sus venas por espacio de cuatro horas, su sangre se liberó del cúmulo de organismos que la había invadido. Al día siguiente, la temperatura llegó a 37°. Al tercer día recuperó la vista de uno de los ojos, y al sexto pudo mover y abrir el otro, aunque no

ALEXANDER FLEMING, PROFESOR INGLÉS, TROPEZO POR PRIMERA VEZ CON LA DROGA MIENTRAS REALIZABA EXPERIMENTOS EN SU LABORATORIO

Por el doctor W. Y.

(DE EDITORS PRESS SERVICE)

recuperó la visión. De ahí en adelante, la recuperación completa era cosa cierta.

La mayoría de los casos tratados con penicilina reaccionan como el descrito. Después de la aplicación de la droga, el restablecimiento prodúcese blandamente.

No es una panacea...

Pero a pesar de los alcances de la penicilina — a la que nuevos experimentos siguen dando más amplios usos —, la droga no debe ser considerada como una panacea. En el mundo de los microbios, como en el de los seres humanos, lo que sirve para uno resulta nocivo para otros. Aunque la penicilina es absolutamente fatal para muchas clases de bacterias, hay otras — como la de la tuberculosis, por ejemplo — que pueden deslojar al invasor.

Y como las existencias de la nueva droga son tan escasas, es casi imposible que, en el presente, la penicilina reemplace a las sulfamidas. A pesar de que cuatro grandes fabricantes de drogas en los Estados Unidos están produciendo en la actualidad la penicilina, quedan aún grandes dificultades de producción por vencer. Los expertos en la materia consideran muy improbable que la droga pueda ponerse a disposición de la población civil, quizá, hasta la conclusión de la guerra. Resta una remota posibilidad. Y es la de que los químicos descubran el modo de producir la droga en forma sintética. Pero, en este sentido, existe sólo una posibilidad entre un millón. Aunque es verdad que también en ese terreno todo puede suceder.

MUEBLES ALMAGRO

NUESTRA FABRICA SIEMPRE ALIAVISTA

SOSERBIO DORMITORIO CLASICO FRANCES. CONSTRUCCION ESMERADA, en PLACA maciza y CAJAS importadas; ropero 2 m., desarme; cama, elástico reforzado; cómoda con espejo biselado; 2 mesas luz, \$

795.-

DORMITORIO, "REGIO PROVENZAL", MACIZO, REPLANADO; ropero 3 metros; desarme; cama, elástico reforzado; bonito espejo; cómoda de estilo; 2 mesas de luz, \$ 755.-. Otros modelos

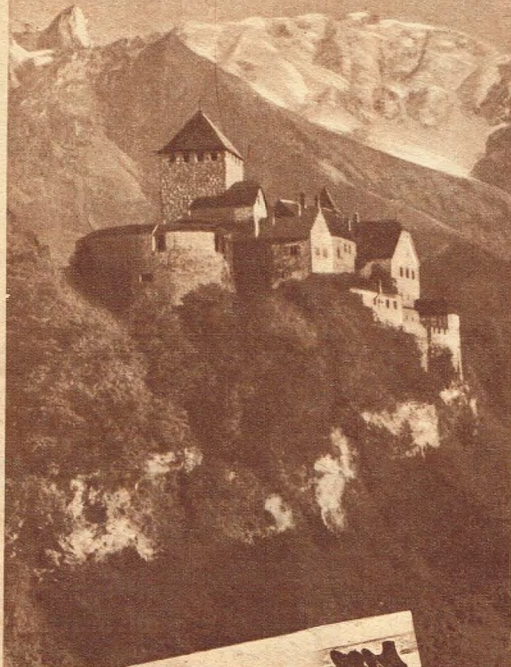
\$390.-

4054 VICTORIA 4060

CUANDO DOS SEÑORAS SE BATIERON

FUERON LA PRINCESA PAULINA DE METTERNICH Y LA CONDESA KIELMANSSEG QUE CRUZARON LOS ACEROS

Un hermoso paisaje de Liechtenstein, el principado donde fueron a batirse "a primera sangre" la princesa de Metternich y la condesa Kielmansseg.



LA forma de resolver las cuestiones de honor a punta de florete, a filo de espada o a tiro de pistola, va cayendo en desuso. Pero aun hace relativamente pocos años, en ninguna cuestión entre personas de cierta posición social dejaba de resolverse en el campo llamado del honor.

¡Cuántas veces una persona de bien, un ejemplo, un excelente padre de familia, un ciudadano sin tacha, provocados por una espadachín de oficio o un duelista de profesión, tuvieron que dejarse ensartar valientemente!

Duelos hubo que se hicieron famosos, como aquel en que el duque de Montpensier mató a su primo, el infante Enrique de Borbón, que le cerró el paso al trono de España. Pero ninguno tan interesante como el desarrollado en una dulce mañana del mes de agosto de 1892, en las inmediaciones de Vaduz, principado de Liechtenstein.

¡Que qué tuvo de particular ese duelo! Pues que en él sólo intervinieron mujeres. De las de la más elevada aristocracia. Como que fueron, las contendientes, nada menos que la princesa Paulina de Metternich, bello ornato de la corte de Austria-Hungría, y la condesa Kielmansseg, otra de las bellas, más o menos pasadas, de la Viena imperial.

La princesa era presidenta honoraria de la Exposición Musical, que aquel verano se celebraba en Viena, y la condesa, presidenta efectiva del comité de señoras del mencionado certamen. Por cuestiones de organización, vez porque la presidenta honoraria pretendía arrogarse atribuciones que competían a la presidenta efectiva, surgió entre ellas una cuestión que, al principio, fué débil arroyo y que terminó en impetuosa catarata.

Comenzaron, ambas presidentas, por las palabras duras y los términos secos; pa-



He aquí, según una caricatura de la época, cómo veían el duelo entre mujeres quienes tuvieron ocasión de presenciar uno de esos lances, por fortuna más pintorescos que reales.

La mayoría de las veces, el papel de la mujer en el duelo se concretaba, como lo representa este cuadro de Owidzkiego, titulado "Intervención intempestiva", a separar a los contendientes.



EN DUELO...

DESAFIO A PRIMERA SANGRE

Por

Avelino Rodríguez Elías

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

...a las insinuaciones insultantes, y con-
...por las injurias intolerables. Es decir,
...se pusieron como hoja de perejil,
...la ofensa empujaba a la una contra la otra,
...habíanse agarrado del respectivo y aristocrá-
...mofo si no las hubiera contenido la
...consideración de su elevada alcurnia, que si
...se impedía decirse cuatro frescas, verdíbalas
...cambio liarse a plebeyos mamporrós.

...en aquello no podía quedar así, y se des-
...lo mismo que los caballeros. El duelo
...lance a cabo, según queda dicho, en los al-
...de Vaduz, principado de Liechtenstein,
...donde se trasladaron las contendientes
...madrinan, que lo fueron la princesa de
...enberg y la condesa de Kinsky.

...fueron ellas solas. Otras hermosas y
...damas vienesas presenciaron el sin-
...combate bajo los árboles que rodeaban
...planura elegida para campo del honor de
...desdichadas duelistas.

...no hubo médico, pero sí médica: la doctora
...Liska, expresamente llamada de Varsovia,
...residió, para concurrir a este duelo fe-

...se tomaron todas las medidas para evitar
...que indiscretos, es decir, masculinos, pu-
...presenciar el desafío, que fué a sable.

...las contendientes se aligeraron de ropa, de-
...parte del hermoso busto al descubierta;
...aron las armas; colocáronse frente a
...acometieron con la mirada antes que
...el acero, y a la tercera palmada de la
...de campo dieron comienzo a la lucha.

...Caraban después los testigos presenciales

...de todos los tiempos el hombre se ha batido a causa de
...Esto composición es una bella alegoría a tol
...los duelistas se juegan la vida en cada quite
...de lo espado.



del desafío, que tanto la princesa de Metternich como la condesa de Kinsky dieron muestras de una gran presencia de ánimo. Mucho más emocionadas que ellas lo estaban las elegantes damas que, al resguardo de la arboleda, seguían con ojos ansiosos la encarnizada lucha.

La condesa recibió una ligera herida en el antebrazo derecho, y con esto se dió por terminado el desafío, que era a primera sangre. ¡El honor de las dos aristócratas estaba salvado! ¡Las ofensas ya no existían! Bastaron unas gotas de sangre del más puro color azul, para lavarlas.

Intervinieron las madrinan, y a su invitación las contendientes se reconciliaron, cayendo la una en brazos de la otra y derramando lágrimas de ternura, que apagaron el rescoldo de la pasajera enemistad.

Y por si aquellas lágrimas y aquel abrazo no eran suficientes, un suculento almuerzo (igual que en algunos lances entre caballeros, encargado de antemano) selló la restaurada amistad de las duelistas.

Toda la prensa europea, gracias a la indiscreción de alguna de las damas que presenciaron el lance, se encargó de divulgar la noticia de este insolito desafío. ♦

UNA VISITA AL CAMPAMENTO

"Un hombre muere..."

Bueno, Xenxio — me dijo en un tono casi indiferente el sargento Ben Aomar de la 3ª Mía de Policía —, bueno; está escrito que "tú no poder "muere".

Estábamos en el campamento general del Zoco el Hach de Benisicar y el enemigo nos acababa de hacer dos disparos de cañón, cuyos proyectiles no explotaron, pero uno de ellos destruyó a un soldado de intendencia y el otro vino a dar sobre

Y Mohamet Ben Aomar Ut Mumen, el sargento moro que miraba los combates como un juego divertido, me relató la anécdota que transcribo aquí.

"Iré yo, mi capitán"

En el año 1915 se estaba operando frente a la cábila de Benibugafar que extendía sus poblados en las barrancadas y elevaciones de unas altas y escarpadimas montañas, y la 2ª Mía de Policía acampaba en sus alrededores.

Por esos días fué nombrado jefe de la Mía el capitán Villegas, un hombre energético y muy amigo de "hacer las cosas bien". El teniente Moreno mandaba una sección desde hacía tiempo y era muy querido y respetado por los moros, a quienes sabía tratar como correspondía.

Era Moreno un oficial del que con justicia se podía decir que "se había pasado toda su vida en Africa". Desde que ingresó en la Policía dió muestras de valor sereno y una aptitud para el mando y para hacerse querer de sus subordinados,

Una noche se vieron desde el campamento algunas hogueras en la cima de las montañas próximas, signo evidente de que allí se estaba reuniendo una harca que el mismo podía ser enemiga, como una concentración de "idalas" al servicio de España.

Observando aquello, al capitán Villegas le ocurrió preguntar:

—¿Serán amigos o enemigos?
—Eso es fácil saberlo, mi capitán — respondió Moreno.

—¿Cómo?
—Yendo allí...
—¿Y quién irá?
—Yo mismo — expresó con sencillez el teniente.

Villegas meditó un poco y luego, mirando fijamente a Moreno, le dijo:

—No. Yo no puedo ordenar semejante cosa. Sería un disparate.
—No hace falta que lo ordene, mi capitán.



El teniente Moreno, protagonista del episodio que se narra en esta nota, con un sargento de la Policía Indígena de Marruecos.

la puerta de la cantina, bajo cuyo arco me hallaba yo en ese momento.

Convenía demostrar a los askaris reunidos allí que los militares españoles no teníamos miedo, y supe disimular el que yo sentí. Los moros se quedaron mirándome, esperando la reacción que ese hecho produciría en mí.

—Sí — les dije bromeando —; parece que debe estar escrito, como vosotros decís.

"Un hombre muere — sentenció Hamet — el día y la hora que Munana escribió, Xenxio".

Hubo una pausa y luego Aomar me preguntó:

—¿Conoces al teniente Moreno?
—No. ¿Quién es?
—Un valiente.
—¿Y cómo lo conoces?
—Porque es de la Policía Indígena.

Ah, vamos. De la Policía... Entonces habrá hecho cosas grandes.

Aomar habló con esta seriedad tan característica de los rifeños cuando se refieren a hombres que admiran por su valor:

—Todos los oficiales de la Policía son valientes. Aquí no pueden estar los que piensan volver a sus casas.

El cabo Forko insinuó a Aomar:

—¿Por qué no le cuentas a Xenxio lo que hizo Moreno en Benibugafar?



"Cuando estuvieron a pocos metros del lugar, se dis-tribuyeron estratégicamente para asegurar la retirada..."

que pocas veces se logra en las fuerzas indígenas.

No se sentía satisfecho con efectuar únicamente los peligrosos servicios que se le encomendaban a las Mías de Policía, sino que aprovechaba cualquier coyuntura para llevar a cabo comisiones que unas veces le ordenaban sus superiores y otras emprendía por su propia cuenta. De esta manera se vió en muchas ocasiones en grandes aprietos, de los que supo salir, gracias a su magnífico valor y al profundo conocimiento que tenía del terreno y la psicología del rifeño.



ENEMIGO

Vicente Asensio de Aledo
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

— ¿Qué quiere usted decir?
— Iré bajo mi responsabilidad.

— Los enemigos... —

Quedó acordado así. El teniente Moreno se puso el jaique y tomando cuatro sacos de confianza, se encaminó hacia el lugar de la concentración de los moros. Deslumbrados como estaban aquellos a las "cosas de Moreno", éste no necesitó de hacerles ninguna invitación, y, cuando estuvieron a pocos metros del lugar, se distribuyeron estratégicamente para asegurar la retirada de los moros, que eran enemigos.

Moreno, satisfecho con esa actitud de los moros, y viéndolos bien parapetados, dispuestos a intervenir cuando él lo requiriese, avanzó resueltamente. A una distancia, un centinela de los presuntos enemigos le gritó:

— ¿Quién es?
— El teniente Moreno — respondió él —. ¿Son amigos?

Los moros recibieron con muchas muestras de alegría, invitándolo a aproximarse al grupo que se hallaba junto a la hoguera.

Se bien hubo dado unos pasos, se dio cuenta de que eran enemigos, pero cuando iba a iniciar la fuga, se avalanzaron sobre él, tomándolo, felizmente, por el jaique. Como éste es un capote moro de mangas anchas, le fue fácil desprenderse de él. Se agachó y, sacando los ojos de aquellas, tomó la pistola con la que defendió su retirada apoyado por los moros que lo esperaban.

Pero a poco se fué alejando de allí, evitando a duras penas y con mil dificultades las arremetidas del enemigo que no quería dejar escapar una "presa" tan valiosa; pero él, con su gran presencia de ánimo, su soberbia puntería y la celestidad con que huyó, logró al fin lo que se proponía.

En el campamento, se presentó al capitán Villegas y como si nada hubiera pasado, le comunicó:

— Son enemigos, mi capitán... ♦

Los moros que formaban la horca cuyo reconocimiento le dio el teniente Moreno, se habían reunido en las montañas vecinas al campamento español.



GUITARRAS

CUERDAS FINAS

"SONORA"

EN CUOTAS POR
DESDE \$ **5.-** MES

SOLICITE CATALOGO GRATIS
REMITIMOS CONTRA - REEMBOLSO

CAP. SOCIAL \$ 500.000 (S. Resp. Lda)

Celestino Fernandez

Bne. MITRE 975 - U.T. 35-1556 y 3334 - Bs. Aires

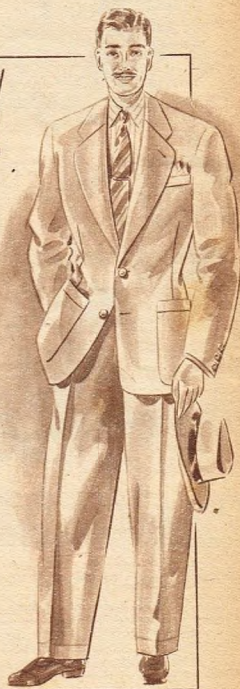
Grandes Sastrerías

THE CITY

CREDITOS A SOLA FIRMA

ANEXOS:
BONETERIA
Y CALZADOS

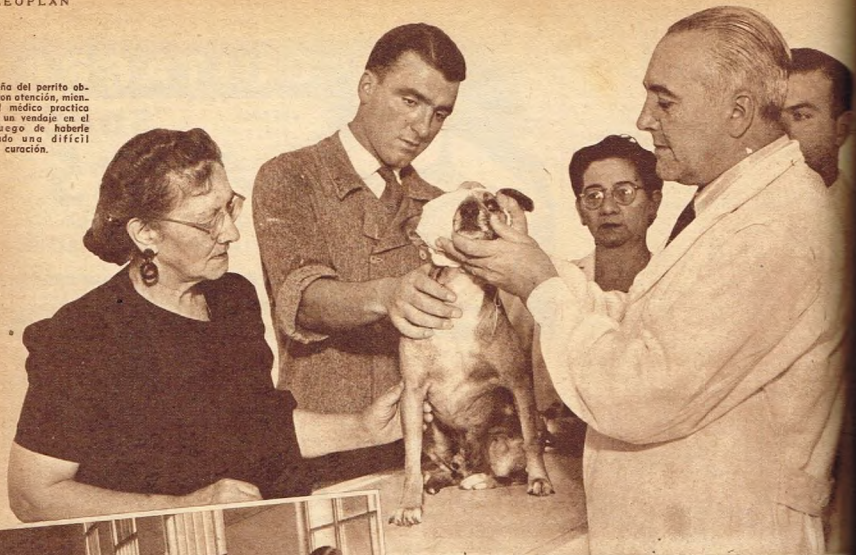
La elegancia en el vestir es un aliado de optimismo para usted y para los demás. Vista bien y experimentará ese optimismo comunicativo que es la clave de todos los éxitos. Pero para ello recuerde que las Grandes Sastrerías The City significan corte irreprochable y casimires de la más alta calidad, elementos básicos del bien vestir. La organización más moderna y rápida para obtener un crédito liberal, a sola firma, lo encontrará en las Grandes Sastrerías The City.



VICTORIA esq. PIEDRAS
a un paso de Av. de MAYO



La dueña del perrito observa con atención, mientras el médico practica a este un vendaje en el ojo, luego de haberle efectuado una difícil curación.



Esperando turno en uno de los amplios corredores del Instituto, cada cual con su pequeño amigo: gatos, perros, pájaros...

Con los doctores Cánepa y Da Graña

ALGUIEN nos había dicho que al Instituto de Clínica Médica y Quirúrgica de Animales Pequeños, de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, concurrían "pacientes" que tenían curiosas historias. Ese alguien nos habló de un perro que había andado por las trincheras europeas, en la guerra de 1914; de un gato montés que saltó al cuello de su dueña; de una orangután enamorada, y de otras cosas más, que, naturalmente, excitaron nuestra curiosidad y por eso esta mañana nos presentamos a la puerta de la clínica.

Nos reciben los doctores Cánepa y Da Graña. —Mucho habría que contar —nos dicen—. Esta clínica tiene algo de sentimental. Nuestros pacientes nos son traídos por el cariño de sus dueños.

—Y hay que ver con cuánto afecto, con



cuánta atención se cumplen nuestras indicaciones!

—¿Cuáles son los animales que traen con más frecuencia?

—Perros, gatos, pájaros...

—Y animales exóticos, ¿vienen alguna vez?

—Sí; hemos atendido pumas, gatos monteses, monos, avestruces, loros, tucanes.

HISTORIAS

POR EL INSTITUTO DE CLÍNICA MÉDICA Y QUIRÚRGICA DE ANIMALES PEQUEÑOS

—Recuerda, doctor Cánepa, el caso del gato montés? —pregunta el doctor Da Graña.

—Ya lo creo. No es fácil olvidarlo.

—Cierta señora, estanciera de Santa Fe, me trajo un gato montés al que crió desde chiquito. Él al que profesaba gran afecto. Solía traerlo para que le recortáramos las uñas y se lo enseñáramos cuando estaba enfermo. El gato nunca profesar gran cariño a su dueña, pero un buen día...

—¡Mal día! —acota el doctor Cánepa.

—Sí; un mal día el gato montés sintió el deber de perturbar la fiera en su interior y saltó al cuello de su ama, hiriéndola de consideración.

"Es inútil, el instinto no muere y seguramente palpité la fierecilla en las venas del gato montés. Las ansias de crueldad tuvieron de pronto horizonte del animalito, las garras asomaron, la fiera venció a la costumbre.

—Y ¿cómo terminó el caso?

—El gato fué mandado a una quinta de Morón. La dueña no quiso verlo más.

—Quizá el gato no tuvo la culpa —dice el doctor Cánepa—. Jugar con la ferocidad de ciertos animales, es como jugar con fuego.

—Esto me recuerda a la mona que se me moró de su dueño.

—¿Es cierto eso?

—Sí —dice el doctor Da Graña.

—Yo atendía a esa orangután. Su dueño vivía en un departamento del barrio de la Coleta. En uno de sus viajes había encontrado a la orangután cuando era muy pequeña. La recogió y la conservó siempre a su lado. La mona, privada de la selva y de sus congéneres, sólo conoció el afecto de su amo. A él

capacidad afectiva, y todo lo que podía privarle o disminuirle el cuidado se lo hacía odio. Así maltrató a la esposa de su amo. Cierta día, una vez que por casualidad se acercó a la cruelmente mordida por la orangután,

que sufría de anorexia

fué el caso de "Cachito", el animalista del circo de Fascio.

¿Le ocurrió a ese perro?

Seguramente que un buen día "Cachito" empezó a olvidarse de hacer las pruebas. Inútil para su dueño lo estimulaba y castigaba.

El perro viejo? No solamente atravesaba un período agudo de Fascio. Fascio lo trajo. Lo sometimos a un diagnóstico clínico muy minucioso y encontramos la raíz del mal: "Cachito" era diabético.

¿El perro diabético?

En muchos animales se presentan las enfermedades que aquejan a los humanos.

¿Cachito?

El perro sometido a un severo régimen y se curó. Una vez curado, Fascio nos invitó a ver las pruebas de "Cachito", y por eso que ni una sola vez se equivocó.

¿Curioso?

La señora que tenía un teatro de perros también solía traerlos sus perros curiosos. Tenía unas variedades de madera en las que los conejos se comían. Hace tiempo que los conejos.

Recuerda, doctor, a "Toto" —dice el doctor

Da Graña—, aquel perrito de Fascio que ladraba a la clínica cada vez que la veía?

—¡Ah, sí! —responde el doctor Cánepa—. Seguramente recordaba algún tratamiento doloroso. Era cómico verlo. Mientras estaba aquí se portaba excelentemente, pero apenas salía y lo conducían al camión, ya estaba ladrando furiosamente en dirección a la clínica.

—Entre los animales pasan cosas curiosas —nos refiere el doctor Da Graña—; por ejemplo, las perritas a quienes no se les deja tener cría, pasan por una gestación imaginaria y luego de hacerse un nido, cuidan celosamente en él una piedra o un pedazo de madera; ¡triste reemplazamiento de un cachorro!

—Es que el instinto de la maternidad es sumamente fuerte— dice el doctor Cánepa—, tanto que quiere sobreponerse aún a las condiciones físicas.

En verdad, allá en los años infantiles recordamos el caso patéticamente cómico de la pava que a falta de huevos se empeñaba en empujar cebollas. Y aquel otro de la gatita que no pudiendo tener cría, por vieja, robó los gatitos de otra gata para cuidarlos.

El perro del ex combatiente

Hablamos luego de la inteligencia de los perros y de su gran fidelidad. El doctor Cánepa recuerda:

—Hace algún tiempo, un joven bien vestido vino a traerme un perro. Este era muy viejo, achacosos, y se hacía necesario sacrificarlo. Su dueño era un estudiante de abogacía al que sólo le faltaba una materia para recibirse. Al conocer el dictamen, me pidió que

(CONTINÚA EN LA PÁG. 96)

APRENDA MECÁNICA DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES. CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS.

Toda persona tarde o temprano necesitará colocar dientes artificiales, que los mecánicos para dentistas ejecutan para los profesionales. HAY GRAN DEMANDA.

No hace falta experiencia mecánica previa. ¡ABRASE CAMINO EN LA VIDA! GRATIS. — Pida inmediatamente el interesante folleto explicativo, o mejor pase a conversarnos personalmente. Escríbanos hoy mismo.



Profesionales lucrativos para ambos sexos.

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021

NO SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA

Nombre

Calle

Localidad L 240

GUITARRAS

FABRICANTES DESDE 1870
DESDE \$ 18 HASTA \$ 1.500

MÉTODOS MÚSICA CUERDAS

CREDITOS

COMPONENTES GUITARRAS

ANTIGUA CASA NÚÑEZ

SUE DIEDO & GRACIA

SARMIENTO 1573-Bs. As.

PREFERENCIAS POR CONCERTISTAS Y MAESTROS

SOLICITE CATALOGOS

LOS REMITIDOS GRATIS

DE ANIMALES

LOS HAN DESFILADO "PACIENTES" DE LAS MAS CURIOSAS CARACTERISTICAS

Por

María de Alvarado

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

FOTOGRAFÍAS DE BORELLI

Don Juan en el Instituto. El zorro, domesticado, necesita también atención veterinaria. Aquí está, en el jardín del establecimiento, con su eterna expresión de desconfianza.



ESTUDIE UNA PROFESIÓN

... en su casa, durante sus ratos desocupados, por nuestro sistema que es el más FÁCIL, RÁPIDO y ECONÓMICO. Aproveche usted hoy mismo esta magnífica oportunidad que le ofrecemos para mejorar su posición y ganar PRONTO más dinero. Envíe lleno este cupón y recibirá, a vuelta de correo, las formas muy interesantes. Estas famosas escuelas (fundadas en 1915) enseñan por CORREO: RADIO, AUTOS, DIESEL, DIBUJO, CONSTRUCTOR, CONTADOR, SASTRE, MODISTA, TENDON DE LIBROS, SECRETARÍA, AGRONOMÍA, ELECTRICIDAD, ORTOGRAFÍA, CALIGRAFÍA, ARITMÉTICA, etc.

ESCUELAS SUDAMERICANAS

AVENIDA MONTES DE OCA 695 - BUENOS AIRES

Nombre

Dirección

3-6 Localidad

AL MARGEN DEL CANCIONERO CRIOLLO

Los imposibles

La incongruencia entré el sujeto y el atributo origina la más numerosa variedad de disparates. Todos los cancioneros criollos nos proveen de abundantes ejemplos de esta consciente manera de desvariar:

*Me gusta peinar un calvo
y hacer la barba a un lampiño,
hablar en secreto a un sordo,
poner un ciego en camino.*

*A las orillas de un hombre
estaba sentado un río,
afilando su caballo
y dando agua a su cuchillo.*

*Cuando me parió mi madre,
mi padre no había nacido;
Cristiandron a mi abuela,
y a mí me hicieron padrino.*

*Amalaya yo tuviera
un caballo y una mula,
para pegarme un galope
por el sol y por la luna.*

En esta clase de disparates tienen cabida todos los imposibles:

*Dame un racimo de uvas
de tus higueras.
Cuando yo plante viñas
te daré brevas.*

Todas las descripciones del mundo al revés:

*Voy a cantar y decir
todito el mundo al revés,
los zapatos en las manos
y los guantes en los pies.*

Y todos los que hemos llamado "disparates de animales", con la descripción de un mundo ab-

surdo, liberado de toda lógica el que los animales asumen papel principalísimo:

*Yo vide segar a un zorro,
a un gallo juntar espigas,
a una gallina trillar.
Creamé que no es mentira.*

A veces la versada se extiende en descripciones fantásticas, ejemplo, en la de la higuera lagrosa que provee de todo a feliz poseedor:

*Tengo plantada una higuera
que da al toque de oración
calzoncillos, pantalón,
medias, botines, galeras.
Da unos trajes de primera
camisas, cuellos, corbatas
da botines, da alpargatas,
cintos, ligas, tiradores,
y para los días mejores
da una cartera con plata.*

Otra larga descripción es la extraordinaria rendimiento de una pulga recién muerta, que en versión muy corrompida incluye en el *Romancero* de mael Moya:

*Silencio pido señores
silencio a los caballeros,
de una pulga que maté
voy a principiar el cuento.*

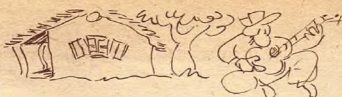
El tema debió resultar de mucho gusto, pues en el *Cancionero de Jujuy*, de Carrizo, nos encontramos con una copla que le recuerda:

*De la riñonada un piojo
saqué una paña i jabón,
cincuenta arrobas de grasa
y una carga i chicharrón.*

Un banquete burlesco da lugar a una larga versada —de octavas— en el cancionero no:

*Hay cuises en escabeche,
hay dos viboras guisadas,
una zorrina estofada,
siete cangrejos en leche.
Si hay algo que le interesa
si con esto no se llena*





Por

José Luis Lanuza

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACIONES DE VILLAFANE

ocho las siete cabrillas,
once los diez mandamientos.

Así canta una copla recogida por Jorge M. Furt en la provincia de Buenos Aires, pero que también figura en el cancionero popular español.

Disparate menor, aunque siempre gracioso, es el de equivocarse los acentos:

Estaba la Virgen María
y los Santos Apostóles
comiéndose unos pájaros
debajo de unos árboles.

La copla, tan popular en toda la República, que sería difícil encontrar alguna persona que no la haya oído alguna vez, es también, indudablemente, de origen español.

Los graciosos del teatro castellano del Siglo de Oro eran fecundos en estos ingenios, recurridos de comicidad popular.

En Fuenteovejuna, de Lope de Vega, Mengo, el aldeano gracioso, desfigura la pronunciación de las palabras para conseguir un seguro efecto de risa:

¡Vivan los reyes cristiánigos
y mueran los tiránigos!

Los disparates se perpetúan en los idiomas. Condimentan con cierto regustillo picante el sabor de la lengua.

A principios de este siglo todos los muchachos de Buenos Aires canturreaban, con música de Rigoletto, una copla contrahecha:

Doña Maribiga
se cortó un débigo,
con la cuchibiga
del zapatébigo...

Era el mismo estilo del gracioso Lope, conservado a través de los siglos y vuelto a gustar con esa alegría pura que produce todo disparate voluntario. ♦



DOMINGO VILLAFANE

también en salsa verde
de cabeza 'e ballena.

En las panteras
y en los puercoespines;
en los perjeil
en los tortugas fritas
en las lenguas de serpientes.

En la pena recordar que ya
Jorge Manrique, el senten-
do la muerte de su padre, se
inspirado en un tema se-
para un combate que hi-
madrastra, doña Elvira de

El arroz hecho con grasa
en un collar viejo, sudado,
por orden y tasa,
cada uno un bocado;
y canela,
por ensomo
el mayordomo
de un cabo de candela.
ya la cena,
una pasta real
de cal y arena,
en un hospital;
y ceniza ensomo
de cardenillo,
en un emplasto todo
en el colodrillo...

Esta categoría de coplas dis-
suele conseguirse la in-
variando de pronto
de una palabra:

que las golondrinas
la mar de un volido.
también la sé pasar...
la noche dormido.

En el número sue-
eficaz manera de dis-

son las tres Marías,
los cuatro elementos,



Una existencia larga y miserable

No hace muchos días se conmemoró el centenario del nacimiento de Paul Verlaine, el maravilloso y desdichado poeta francés. Como es sabido, la suya fué una existencia tan larga como miserable. Ni siquiera la posteridad —que pule y estiliza—, ni el fervoroso empuje de sus biógrafos, pudo reivindicar por completo la memoria del poeta en cuanto a ente moral, a individuo social. Su debilidad, su incapacidad para sobreponerse a las constantes incitaciones de la pasión, lo hicieron fluctuar entre la suma mansedumbre y la violencia desencadenada. Fué, alternativamente, tierno y depravado, sensible y tosco, delicado y brutal. De tan confusa amalgama habría de surgir, purísima, una de las más altas voces líricas de Francia, como si ese hombre de

toscas facciones de Sileno, ebrio y licencioso, sórdido y miserable, hubiera poseído la virtud de conjurar y de hacer suvos, tras el desenfreno y la locura, los inefables poderes de la gracia.

Pero, y por un momento, tratemos de ver a Verlaine

años que gusta ya, aunque en el ambiente cerrado y humoso de los cenáculos literarios, las primeras satisfacciones de la fama. Se llama Verlaine, desempeña con asiduidad tareas burocráticas y se hula camino de transformarse en un respetable funcionario. Claro está que de tanto en tanto, revela excesiva inclinación por las bebidas còholicas. Hasta se habla de cierta manifesta indeterminación en su vida amorosa. Pero la esposa —joven e inexpérimentada— y la voluntad del poeta —afectuosa y tolerante— creen que la regularidad de la matrimonial corregirá las malas tendencias de Paul que, un tiempo después, se halla en trance de convertirse en padre. Sin embargo, hasta el mismo Verlaine está persuadido de las virtudes terapéuticas de la esposa, la promesa del hijo, influirán sobre su ánimo, apartar la tentación que de tanto en tanto surge y amenaza destruir su monótona y sencilla.

Pero, cierto día, alguien golpea en la casa editorial Lemerre y una carta para Verlaine. Era la señal del destino.

El niño genial

La carta ha sido escrita al joven maestro por un admirador de las virtudes, poeta también. Adjunta a ella algunos poemas prodigiosos. Verlaine lee y relea con la admiración y el entusiasmo de que es

CONDITION DU DETENU

à sa sortie de prison.

Date de la sortie

16 janvier 1875
Expiration
de peine

Motifs de la sortie

pour vice

Instruction scolaire (?)

supérieure

Masse de sortie

f. 153.09

Pratique religieuse (?)

religieuse dans
la prison

Caractère et moralité

faible
sans honneur

Conduite

régulière

Amenagement

probable

Un curioso documento: la ficha que se llenó en la prisión de Mons cuando fué liberado Verlaine. Comprueba la creciente religiosidad del detenido; alude a la debilidad de su carácter y juzga probable su futura emienda.

desposeído de la aureola con que lo ha embellecido la posteridad. Propongámonos verlo, tal como lo hacían sus contemporáneos, que no estaban por cierto en la obligación de adivinar lo que reservaba al poeta el futuro. Resucitémoslo, pues, humano, demasiado humano, en uno de los momentos más graves y tristes que le tocó vivir.

La señal del destino

Corre el año 1870. París vive días de anhelo e incertidumbre. Los ejércitos franceses, bloqueados en Metz, están en trance de ser aniquilados por los prusianos. Se vitorea ya a los caudillos de la oposición; fermenta la revuelta. Se presiente que el imperio de Napoleón III agoniza. La púrpura desgarrada tórnase en bandera de sedición. Pero los rumores de la calle, los gritos y los improperios, no ascienden hasta el cuarto piso donde vive, en estado de constante y fervorosa adoración, un poeta recién casado.

Albértese allí, junto con su joven esposa, un escritor de veintiséis



Paul Verlaine, el gran poeta francés, cuyo centenario acaba de conmemorarse, de acuerdo a un dibujo realizado poco tiempo antes de conocer a Arthur Rimbaud, su compañero en el drama de Bruselas.

bottellas de leche que encuentra, al regresar de sus andanzas, al umbral de sus vecinos. Repite el viejo truco de limpiarse las

Y ese niño genial —a la sazón tiene Rimbaud diecisiete años— a maravilla su función de corrosivo, de disolvente. Conjura la descubierta el triste y fascinante reverso de las cosas. Ve lo que nadie lo que nadie se atreve a decir. A su lado, la vida toma frenética y caudalosa. ¡Adiós los mansos placeres de Verlaine futura y próxima contemplación de una mamá joven inclinada samente sobre su niño pequeñito!...

VERLAINE, Y EL DRAMA DI

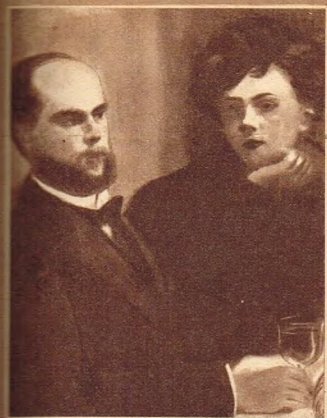
su alma impetuosa. El poeta de promesa es un adolescente, casi un niño, y se llama Arthur Rimbaud.

Pronto Verlaine responde, lo llama a París. Quiere hacer conocer a sus amigos a ese muchacho genial y gozar también de las primicias de su talento extraordinario.

Cuando llega Verlaine a su casa, en vez de haber aguardado en vano a Rimbaud la estación, lo encuentra ya instalado en un chicleo alto, de expresión torva y riada. Viste con descuido, desdén las maneras. Ignora la cortés y la educación es un "salvaje", un "negro", como el mismo Rimbaud.

Cabe presumir el desconcierto y la petefación de la joven esposa, que en trance de ofrecer hospitalidad, con hospitalidad muy burguesa, modosa y rizada, a ese rústico que se limpia las manos en las cortinas, que chatea con gran monosilabos y que, sobre todo, ejerce una y poderosa fascinación sobre Verlaine. Ambos poetas frecuentan de nuevos cafés y cafetines, lo que ofrece a Verlaine pretexto para reiniciar su vida de antaño.

Cuando, tras ruegos y reyertas, amigos instalan a Rimbaud en una alquilar con ese fin, el poeta adolescente turba la apacible existencia moradora de su nueva vivienda. Los floreros como recipientes, para las mas de tipo escatológico, se ensañan con las botellas de sus andanzas, al



En "Rincón de mesa", famosa tela de Fontin Latour, vemos a Paul Verlaine y a Rimbaud, los dos poetas cuyo extraña amistad había de terminar en lamentable drama y con la prisión del primero de ellos.

BRUSELAS

UN MOMENTO DE LA VIDA DEL POETA FRANCÉS,
CIENTO CENTENARIO ACABA DE COMMEMORARSE

por **Pierre Beaufort**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

... sobre sí mismo, más torvo que nunca su rostro de Sileno,
... se apresta a seguir al adolescente vagabundo... Cierta domin-
... Paul a buscar un médico para su mujer que se siente indispu-
... a Rimbaud en su camino. Esa misma noche ambos parten

... en un hotel

En Bruselas, en el hotel de Courtrai, se hospedan tres extraños via-
... los demás huéspedes contemplan con temor y con curiosidad,
... y con admiración. Ocupan dos habitaciones contiguas.
... albergan dos hombres: muy joven y desarapado uno, con
... infantil de ángel furioso; barbado el otro, de amplia
... chata y dos ojillos inquisidores espiando bajo
... espesas. En la pieza de al lado descansa una anciana señora,
... al último de los hombres como una sombra cordial.

... día escúchase un disparo. Cuando el hotelero acude, el más
... de los huéspedes, que apréstase a salir con la señora y oprime
... como insegura un pañuelo ensangrentado sobre su muñeca, mués-
... y nervioso. El hombre de las barbas, convulso, llora en
... silencio. Explicarle entonces al hotelero que acaba de ocurrir un
... accidente, por fortuna sin graves consecuencias. "¡Un ras-
... cada más..." Los tres inquietantes huéspedes abandonan de
... el hotel en busca del hospital cercano. Habíase cumplido
... el primer acto del drama de Bruselas.

... el hospital, los tres al unísono repiten lo del accidente. Ya de
... la discusión recomienza, quizá más acerba todavía. Rimbaud
... decidido a alejarse para siempre. Verlaine llora, suplica, amena-
... la siete de la tarde, cuando Arthur parte rumbo a la estación,
... se agone y, un poco más atrás, breve el paso premioso, la respira-
... anciana, la anciana madre de Verlaine corre también.

... momento, la mano crispada de Verlaine hurga en las profundidades

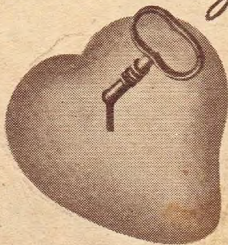
(CONTINÚA EN LA PÁGINA 95)



COLONIA BRANCATO

El perfume
de moda

¡Abra su corazón!



Hágase socio

Envíe su adhesión

Solicite formulario

Asociación Cooperadora
de la Asistencia Pública

Esmeralda
48



U.T. 34-4001
Buenos Aires



TODOS DICHO SOS

Dos Eduardo era cincuenta, viudo y comerciante. En su juventud se divertió cuanto pudo; pero los años hicieron en él poca miel. De la viudez se consoló pronto; su dolor fue agudo y breve, como el que sentimos al darnos un trazo en un codo. Para los negocios era la quinquiesencia de lo cuco; nadie trató con él sin dejarle algo entre las uñas.

Y no sólo al comercio aplicaba la cuquería, sino a todas las cosas de la vida, siendo con los hombres enredador y astuto, y con las mujeres tan uñero y hasta largo de manos que siempre se salía con la suya, y algunas veces también con la del prójimo. Tenía mucho de comerciante y otro tanto de mujeriego. Era mitad judío, mitad tendor: mercader de día, conquistador de noche, taimado y socarrón a todas horas.

Aparte estas circunstancias y cualidades, tenía don Eduardo una hía muy fea que se llamaba Castora, un almacén muy lujoso de *efectas* y *servicios fúnebres* titulado *El Pérsame*, y un dependiente joven y guapisimo que atendía por Serafín.

La fealdad de Castora inspiraba risa o daba miedo, siendo, según los casos, cómica hasta lo grotesco, y trágica hasta lo espantable: estando alegre parecía monia retazona, y en poniéndose triste, muerte sin guandá. La infeliz era espigada, flaca, pálida y huesosa; de rostro anguloso, poco pelo, ojos hundidos y chicos, orejas enormes, dientes amarillos y pies grandes. Sus veinticinco primaveras parecían cincuenta otoños. Tenía el carácter enérgico, el entendimiento despierto, el pudor dormido y el apetito amoroso continuamente desvelado. Las fies le daban gozo, las guapas envidia, las acompañadas, fuesen como fueran, rabia. En cambio, todos los hombres poseían algún atractivo para ella: como el jugador ama la baraja, diciéndose que en alguna carta está la suerte, así Castora se ilusionaba con los hombres esperando en que alguno había de apechugar, con ella. A ponerse melosa, fingir rubor y dejar entrever pasión oculta, no había quien la ganase; pero todo era inútil: jamás recibía mirada tierna, ni oyó galantería, ni saboreó requiebro. Sin embargo, tenía fe porque su padre era rico; tenía esperanza porque, como dice el refrán, la suerte de la fea la bonita la desea; y estaba dispuesta a tener caridad con quien primero le pidiese limosna de cariño o de algo menos puro.

No había en Madrid ningún almacén de cosas fúnebres tan lujoso como *El Pérsame*. La tienda estaba llena de lápidas, coronas, cruces y féretros de lo mejor que se fabrica en París, Londres y Viena. Las paredes estaban adornadas de cuadros con modelos de carrozas para enterríos y figurines con trajes para los lacayos que en tales casos llevan los caballos del diestro.

Naturalmente, a pesar de la riqueza y buen gusto desplegados en escoger tanta flor de trapo bien imitada y tantos adornos recargados de oro y plata, el lugar era insostenible. Todo allí respiraba muerte o, por decir mejor, infundía miedo a perder la vida; todo significaba tierra y sepultura; las cosas parecían dar citas para el otro mundo. Había lechuzas, búhos, murciélagos y otros pájaros simbólicos; relojes de arena, siemprevivas, angelitos llorosos, lámparas con lágrimas pintadas en las bombas... Aquello infundía pavor. Lo más terrorífico era una gran vitrina, dentro de la cual, coquetamente puesto, forrado de raso blanco y destacando sobre un fondo de ter-

ciopelo azul pálido, se veía un magnífico ataúd que estaba decorado con "Occupadine".

Como había de vivir contento el mísero dependiente rodeado tan terribles objetos, mal retribuido y peor alimentado? Y mal cuando le dejaban solo, porque don Eduardo se iba de pardos, y Castora permanecía encerrada en su cuarto: lo que hacía la chica, cansada de monologuarse en su eterna espera de amantes soñados, solía bajar a la tienda, y con pretexto de poner las coronas o quitar el polvo a las flores, se pasaba la muerta devorando con los ojos al desgraciado Serafín, que mil veces su soledad poblada de ataúdes a las miradas de la chica, porque los féretros y demás utensilios fúnebres estaban quietos y resignados a no apoderarse de su presa sino en día lejano; más la impaciente Castora no admitía espera, mostrándole, insinuante y apasionada, cual si estuviese posada de hombre amoroso. Y cuanto más tierna y expresiva estaba, más horrible ponía.

Serafín la esquivaba haciéndose el distraído, simulando que trabajaba y ocupaciones, pero inútilmente, porque Castora, viendo él la cifra y compendio de lo apetecible, no le dejaba ni a una sombra.

Era joven, guapo, vigoroso, apocado, sumiso y manso de como ¿Qué más podía desear una mujer?

Y así pasaban meses y meses: Castora maquinando los medios para atraer a Serafín, y Serafín colocado en la alternativa de resistir, o de que ella, desengañada y cansada, hiciese que se despediera.

Don Eduardo andaba también disgustadísimo. De una parte el peligroso estado de creciente exaltación amorosa a que Castora llegaba, y de otra, entre cuidar del negocio y vigilar a su casi no le quedaban tiempo ni libertad para sus aventuras.

Lo primero era indecoroso; lo segundo, inflexible. Urgía remedio, un remedio rápido y decisivo, procurando que no perdiera el honor de la niña y contando con el apocamiento del dependiente.

Pero, ¿qué procedimiento seguir? ¿Hablar ante Serafín de la pensaba dar a Castora el día que se casara? No: Serafín era un chico como tímido, y cuanto más hubiese de por medio, a más atrevería. ¿Aconsejar a Castora que gustara en componerse y dejarse para trastornarle el seso con la idea de tener mujer y elegancia? Imposible! El chico no era vanidoso, y respecto a ella, cuanto más se adornase, más fea estaría. ¿Asociar a Castora al negocio dándole participación en las ganancias y dejándole ver la posibilidad de quedarse, a la larga, de amo? Tampoco: que viendo risueño lo por venir, no se resignaría a como con Castora. Todo cálculo resultaba inútil, toda cavilación.

Llegaron en los últimos días del mes de Castora había plido los veintiocho, fue preciso hacer inventario de las cosas almacenadas, y la ración de que se encargados el día siguiente y la semana.

• • •

Era domingo, a las diez, cheer, hacía un día no frío y con nieve. La guandá estaba en la tienda estaba en la tienda a uno de los alrededores que en normal iban de la casa, de botica y de casa, olfateando. Castora y Serafín habían pasado el día en el entresuelo, dando cintas, corbatas, y él tonando, res, sin cesar de miradas incómodas frases de doble sentido. Decía Castora:



Por

JACINTO OCTAVIO PICÓN

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

docenas de rosas encarnadas... (Y por lo bajo añadía):
que simboliza las pasiones ardientes.

apuntaba en silencio.

docenas de rosas blancas... inocencia... Lo que peor
de las pobres mujeres.

de un rato:

Jesús y cuántos... digo, cuántas hay!

se ponía como la grana, y seguía escribiendo.

desde las ocho de la mañana, en una habitación de
en cuadro, muy baja de techo y rodeada de armarios
al través de cuyos cristales no se veían más que ataudes
de siemprevivias amarillas.

comenzó a faltar la luz, dijo ella:

puede encender el gas porque no han venido a componer
y habiendo aquí tanta flor de trapo, sería peligroso traer
dejémoslo todo así hasta mañana.

quedado casi a oscuras y estaban rendidos. Castora, que
el día de mueble en mueble y de cajón en cajón, se
silla baja junto al balcón, Serafin, harto de estar sentado,
también al balcón para ver si continuaba nevando.

cosos tan grandes! —dijo ella—. No puede usted salir ahora.

canto. ¿Tiene usted miedo?

era lo que él experimentaba, porque el rostro de Cas-
proximidad de los ataudes despertaban ideas horribles.

de un rato la señorita se levantó, quedándose junto a la
may pegada al dependiente. Tan cerca de él se puso, con
ver caer la nieve, que Serafin sintió, no el contacto rápido
al incorporarse, sino cierta impresión de roce y de calor

pensar: "¿Si no fuera tan fea!... Verdad es que si no
no haría esto... Lo haría yo".

go, no se apartó porque, como estaban casi a oscuras, a
se le veía la cara, y de noche todos los gatos son pardos.

arreciaba por instantes. Todo el calor del mundo parecía
en aquel cuerpo de mujer. La nevada seguía cayendo y

se acercándose más y más a Serafin, que unos ratos mi-
ramente hacia la calle, viendo cómo revoloteaban los copos

de los faroles, y otras veces se entretenía en echar al vidrio
de vaho, haciendo luego dibujos con el dedo. Se le fueron

las manos frías, el rostro helado, y entonces, naturalmente,
vivo, el calor que le comunicaba el cuerpo de la señorita.

momento solemne. Castora soñó despierta con la realiza-
ventura, Serafin, sin poderlo evitar, pensó: "Las hay que-
ficas de cara y, sin embargo, están muy bien formadas!"

instante, solos, cercados de lóbreguez y silencio como esta-
banse temido verla luego con luz y cara a cara... Dios

habría pasado. Poco faltó para que Serafin cometiese una
locura que ni siquiera disculpan la oscuridad y la juventud.

hargo, al pobre muchacho le salió la misma cuenta, porque
sucedió fué trágico.

el menor ruido; las flores de trapo exhalaban su olor
rudo y goma; las calaveras, las tibias y las lechuzas sim-
das y empulidas sobre las tapas de los ataudes lanzaban

cos; no había más claridad que la que entraba por la vi-
cuyo plano luminoso se recordaban los bultos negros de

se abrió la puerta, sonó una risa y se escuchó la voz de
que entre severo y cariñoso decía:

hola!... ¿Tortolitos! ¿Conque os queréis y me lo ocul-
la de mi corazón y el hombre de toda mi confianza tenían

para mí! ¿Tontos! ¿Qué deseo yo sino vuestra felicidad?
vó el cielo abierto. Sólo un padre era capaz de aquello. A

le quitó el calorillo que sentía. Don Eduardo continuó:
que me parece mal es que me lo hayáis ocultado... y que

endos por los rincones. En fin, Dios os haga dichosos.
quiso protestar:

le aseguro a usted... no tenía la menor...

Eduardo le atajó la intención y la palabra, oprimiéndole
el brazo, como quien dice: "Usted se casa, o le rompo el

mismo tiempo que añadía:

ada, comprendo tu impaciencia, pero respeta su decoro...
queda. Mañana mismo se comenzarán a arreglar las cosas.

Abrazaile, Castora... Serafin... ¡bijo mío!

n. Don Eduardo es libre. Castora es dichosa, muy dichosa.
en cierto teatro por horas hay una segunda tiple, Venus

corpo, gata en la voz, que casi todas las noches ve caer a sus
significa corona. ☼

Le aconsejo usar

Polvo Jabonoso "CAMELLO"

lava más y mejor



Acepte Vd. también este consejo,
use polvo jabonoso CAMELLO
para el lavado de toda su ropa
grande, ropa de trabajo, servilletas,
guardapolvos, etc. y compro-
bará que se lava mejor y más
económicamente.

El jabón en polvo CAMELLO se
disuelve en el acto, produce abundante
espuma y su gran poder
limpiador permite que el lavado
se realice en un momento, sin
necesidad de restregar tanto.

Se vende en paquetes de 1/2, 1/2
y un kilo. Pídale a su almacenero.

UN PRODUCTO
CAMPANA

POLVO JABONOSO
CAMELLO
MAS ECONOMICO
Y DE MAYOR RESULTADO

LOS NEGROS SE

*Sé vivir entre las gentes
sin que me tengan en menos;
quien manda en pagos ajenos
debe ser manso y prudente.*

A sí cantaba aquel moreno que sostenía el contrapunto con Martín Fierro. El espíritu de la letra en los labios del oponente del criollo cantor, dice claro de su anhelo de no ser despreciado, de vivir de igual a igual, del recóndito deseo de que su color no lo obligue a emigrar hacia otros pagos. Y de inmediato la estrofa canta su condición nunca desmentida diciendo: "debe ser manso y prudente". Porque mansos y prudentes fueron los negros que integraban la población de la gran aldea, allá

en la época del virreinato. Después integraron los batallones de morenos que se batieron en duelo a muerte en todas las batallas de la Independencia, cruzaron los Andes con San Martín y muchos fueron los que encontraron su sepultura en los campos de Maipú. Aquel negro que logró los galones de coronel, también se batió junto al gran capitán, intervino en las batallas de Tablada y Oncativo, cayó prisionero de Quiroga, fué luego su segundo y luchando contra los Aldao lo hirieron y despertó en un calabozo enemigo. Condenado a muerte, pudo salvarse renegando de su jefe, pero prefirió enfrentar al pelotón que le quitó la vida. Murió como un valiente. Era el coronel Lorenzo Barcala.

Y de aquellos morenos que abrazaron la causa argentina, pagando en precio de vida su amor a la libertad de la tierra donde vivían, surgió entonces una aristocracia de color. Criados en el cariño de las casas patricias, llevaron de ellas apellidos ilustres, apellidos del más rancio abolengo porteño. No era raro, pues, que en el Buenos Aires colonial hubiera negros que lucieran con orgullo sus apellidos de legendaria estirpe.

Eran los Montegudo, los Mendiábal, Thompson, Suárez, Sar, Grigeras o Maciel. Vivieron épocas prósperas, y cuando vislumbraron que

podían llegar momentos difíciles, un cleo de hombres de color, verdaderos aristócratas, con Eugenio Sar a la cabeza, fundaron una entidad que todavía subsiste: "La Protectora". Su origen fue un solo propósito: el mutualismo. Eran los pudientes de color que se ocupaban con el leal propósito de proveer a los desvalidos, de ayudar al enfermo, de socorrer al pobre, de llevar el consuelo de su ayuda al más necesitado.

Hoy, a los sesenta y siete años de fundación, la casa social se encuentra en el mismo lugar donde comenzó una casa humilde en la calle General Urquiza al 800, donde al cruzar el portal se ve una loza blanca con la inscripción recordatoria. Allí también conserva el documento de fundación, documento que dice de la fuerza y esperanza de sus fundadores y dice también de la energía con que cumplieron sus propósitos iniciales.

En Buenos Aires, a 5 de setiembre de 1876, de acuerdo los abajo firmados comprometemos, empeñando nuestra palabra de honor, de entregar al señor Eugenio Sar, mensualmente y por término de un año, a contar desde el 1.º de octubre, la cantidad de veinte pesos, el objeto de formar una asociación de socorros mutuos, bastante sentida en nuestra sociedad, siendo el señor Eugenio Sar responsable de dichos fondos.



Eugenio Sar, el iniciador de la vieja entidad de socorros mutuos "La Protectora". Sar, que era hombre vinculado a empresas marítimas y rico propietario, logró que la aristocracia negra de Buenos Aires diera vida a una asociación que hoy corre peligro de desaparecer.

Una placa de mármol, que fué colocada en el hall de "La Protectora", recuerda al visitante la fecha de su iniciación: 15 de julio de 1877.

LA PROTECTORA
SOCIEDAD
DE SOCORROS MUTUOS
FUNDADA
EL 15 DE JULIO
1877

VAN...

LENTAMENTE VA DESAPARECIENDO LA ARISTOCRACIA NEGRA DE BUENOS AIRES

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

Por Gerardo Mendizábal

FOTOS M. BORELLI

intereses y persona. En prueba de lealtad firmamos la presente. —
Arbol, Harvey, Bentzo, Suárez, Gar-
ro, Rodríguez, de los Santos, Herrero,
Campes, Millán y Saavedra.
Fue a renglón seguido se aclara que un
nombre fué tachado porque no cumplió.

Epocas gloriosas

La entidad que nació con el entusiasmo de aquel grupo, que bien mereció el nombre de los aristócratas de color, pudo afianzarse. Más de mil quinientos socios argentinos — pues hasta no se admiten extranjeros — contribuyeron a cimentar la posición económica de la primera entidad mutual que surgía en el país. El 28 de octubre de 1883, "La Protectora" inauguró su panteón social en la Recoleta. La ceremonia fué todo un acontecimiento, pues la apadrinaron el entonces ministro del Interior, don Bernardo de Irigoyen, y la señora Elvira Pacheco de Alvear, esposa del intendente de la época, don Torcuato de Alvear. Aquel panteón perteneciendo a la sociedad, y es interesante destacar que lo que costó, unos o menos treinta mil pesos en aquellos tiempos, hoy seguramente vale cinco veces más.

Se extingue la raza de color

Paulatinamente, a través de medio siglo, la aristocracia negra de Buenos Aires ha ido extinguiéndose. La pregunta siempre ha quedado sin respuesta. ¿Adónde han ido los morenos de Buenos Aires? ¿Han sido absorbidos por otras razas? ¿Han emigrado? ¿Fueron desplazados hacia la campiña?

Nadie podrá contestar con exactitud. Muchos estudiaron el problema, pero no encontraron la solución. Lo cierto es que los negros porteños, las apinadas filas de morenos, que Buenos Aires trataba sin hacer distinciones por el color de su piel, se han raleado y casi casi han desaparecido.

La aseveración encuentra su justificativo en la misma entidad que hoy corre peligro de desaparecer. Mejor dicho, que hoy muere lentamente. Ya no quedan más que ochenta socios. Hace pocos años eran seiscientos. Quizás, cuando avance el año que

se inicia, sólo quede medio centenar. No es por falta de recursos, no. La entidad, dueña de la propiedad social y el panteón de la Recoleta, no carece de recursos. Pero el problema no reside en la situación económica. El problema estriba en que los últimos descendientes de la aris-



Estanislao Grigeras, otro negro de alcurnia. Colaboró eficazmente con Eugenia Sor en la constitución de "La Protectora", y al final de sus días, pobre y olvidado por los que habían recibido sus favores, debió recurrir a ella. Sus restos descansan en el panteón social de la Recoleta.

El actual presidente de la sociedad "La Protectora", señor C. Perera, junto a uno de los más antiguos socios de la entidad, observando los viejos recuerdos que se conservan como reliquias.

tocracia negra de Buenos Aires, los nietos y bisnietos de los morenos de la colonia, han ido paulatinamente desapareciendo, y que llegará un día en que será difícil encontrar en nuestra capital un representante de la raza del valiente negro que se cubrió de gloria en la sublevación de El Callao; Falucho. ♦





ESPECIAL PARA
"LEOPLAN"

Rasgos de la figura política y causas explicativas de ellos.

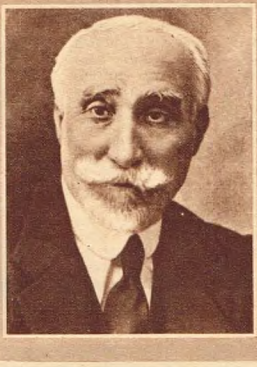
A L llegar aquí, el relieve, la notoriedad y la cercanía de la figura evocada hacen innecesario el esbozo biográfico de datos, que en algunos otros casos pudieran ser desconocidos, o haber sido olvidados, por los lectores americanos. Los rasgos de Maura son tan intensos, destacados e inequívocos, que impiden la confusión y aun el parecido con nadie; y hasta permiten, convertidos negativamente de luz en sombra, proyectar la de su contra-figura. Tales rasgos son el resultado de cuatro causas explicativas, por las cuales conviene comenzar: el cuadro territorial y marítimo de su infancia isleña, el fervor practicante de la creencia religiosa, la profesión de jurista por él ejercida, y el ambiente de llaneza democrática, en que se formó su espíritu.

Aquella niñez mallorquina, con sus hondas e imborrables impresiones, preparó el alma de Maura para la comprensión de todas las autonomías, desde la municipal a la colonial, que fueron impulsos de su obra y estela de su pensamiento. Quizá la que menos sincera, aun respetándola y favoreciéndola, fue la regional, cuyos desbordamientos le inquietaban; y por eso, sincera y profundamente español, protestaba cuando, según su expresión famosa, se intentaba amojonar la soberanía nacional, y comparaba la majestad de ésta con el águila, que no nació para ser enjaulada como distracción de ociosos, y a cuyas alas no puede tocarse en la plena libertad de su vida. Sus propósitos coloniales, de trascendental reforma, son inseparables de la singular circunstancia de haber sido Maura el isleño que llegó a más alta preponderancia en la vida española. Esa misma condición insular explica la obsesión de este hombre, tan civil en todo, por la marina de guerra, y el empeño paralelo de sostener flora mercante.

El fervor religioso de Maura le contraponía a las imitaciones trasnochadas y tan al norte de los Príncipes, de la futil anticlerical, que culminara en Combes; pero comprendiendo y practicando la democrática libertad del evangelio, amparaba dentro del Derecho a los heterodoxos, por antipáticos que personalmente le fuesen, y proclamando la neutralidad de la ley, rehuyó el carácter de confesional para su partido, con la convicción fundada de ser ello dañoso, sobre todo en nombre de la religión predominante, cuya mayoría se empujaba y cuyos enemigos se irritan.

La práctica constante, apasionada y brillantísima dentro del foro, formó con su dialéctica su estilo, y determinó su enfoque de la vida. Estaba convencido del realismo en su visión, y solía decir sobre ello que él no había pasado la vida componiendo madrigales. Quizá no se diese cuenta cabal de que un enfoque sistemáticamente prevalente de las realidades también modela y sella, rigidamente y a su manera, la visión del mundo. Era tan jurista, que por serlo espiritual y sinceramente corrió el temporal más grave y decisivo en su vida, dentro y fuera de España: el

fusilamiento de Ferrer. No se le ocultó que podía evitarlo, apareciendo aquél como una víctima más en la lucha callejera de la Semana Trágica de 1909; pero repugnaba a su conciencia honrada esa farsa de asesinato, y prefirió, a sabiendas, dejar a los tribunales la responsabilidad de la sentencia, y asumir para sí la equivocada negativa del indulto. Su preparación, principalmente jurídica y por accesión literaria, le capacitaba para dirigir todos los ministerios, sin excluir el de Hacienda, ante el cual se inhibió, con una abstención técnica inexplicable, en cuyo origen psicológico entró el respeto, con que reservara esa especialidad para su cuñado y maestro Gamazo. Muerto éste, Maura prefirió una



Don Antonio Maura.

Hacienda estática, cuyo tranquilizador quietismo confiara al bueno pero excéntrico Osma y Scull, mitad peruano, mitad inglés, después a un anciano, ya olvidado en España, aunque competente, a Sánchez Bustillo, y por último al conservador más alejado de Maura por su procedencia, pero lealísimo, a González Besada. Cuando llegó la hora inaplazable de una Hacienda dinámica, Maura, para quien el verbo someter era de voz activa, lo conjugó al fin en pasiva ante sus ministros de Hacienda, el muy preparado D. Francisco de A. Cambó y el falto de preparación, pero plétórico de energía, D. Juan de la Cierva.

Maura llevó siempre en el alma la verdadera democracia, la política, la social, la fraterna, aprendida en la modestia honrada de un hogar, y sus explosiones o su aire de altivez confirmaban aquel sentimiento, en vez de contradecirlo, porque eran la satisfacción íntima del hombre que se eleva por su esfuerzo. Nació para dirigir una democracia — y hacia ella fue — que, respetuosa de todas las libertades de la conciencia, comenzara por respetar la suya. Cuando la miseria de las luchas personales le empujó hacia las derechas, dijo sinceramente que la libertad se había hecho conservadora, porque él era

inseparable de aquélla. Siguió siendo reformador, no queriendo dejarse en su procedencia de izquierda la herramienta, allí más propia, de la iniciativa resuelta, que tan a su avencia a su carácter. Entre los conservadores encontró admiración, que era innecesario pero no identificación, que era imposible. Respiró a sus anchas en la oposición, que le daba muy alto en vez de menoscabar, y le dio el raro ejemplo de un partido popular la derecha, o sea el maurismo callejero, que se le llamó por las izquierdas con injusticia. Prefería los gobiernos nacionales heterogéneos, para presidir los cuales, con talla de espíritu y amplitud de criterio de ellos formó varios, y tuvo formado el evocador para mí de un recuerdo, que en su memoria me obliga. Entré yo en el gobierno en 1906, en unas Cortes de transición con poca y ya gastada vida, y a los pocos días me envió íntimo y auténtico recordándome que, si se me hacía imposible, como a él se le hizo, la vida dentro del partido liberal, tendría a su lado, al de un puesto de predilección. Cuando en 1917 hubo nuevas Cortes de izquierda, y las izquierdas exteriorizó su propósito de llevar el gobierno, opuso el veto el sanedrín de ministros y ex ministros liberales, mandándole con sañudo y merquino tesón. En 1917, en que Maura, encargado de uno de esos gobiernos heterogéneos, me pidió para entrar en éste, y tal acto, que denaba la preterición impuesta por la garfalia liberal, aunque sin eficacia, porque Maura declinó, impuso a García Priet, mi jefe inmediato, la necesidad de tener lo que D. Antonio había decidido.

La verdad y la fantasía sobre el opo-

no de Maura.

La intensidad pasional de Maura, de su temperamento y arma de sus acciones, superó al nivel general de sus intenciones, y le hizo, en sus intenciones, haber mucho de los partidos extremos. Creían los adversarios ver transparentada la energía tan temible de sus réplicas y afortunadas. Sin embargo es justo que aquel juego pleno de sus facultades vigorosas y formidables, se desarrollara contra los fuertes, los que eran o creerse colosos, y aun eso cuando creía la actitud de aquellos daños y todo insinacra. Frente a los débiles cortés, y aun generoso, desplegar el superioridad, que en todos los órdenes, aunque ésta sea meramente aparente, tanto se parece y acerca a la alveza.

La altivez de Maura, si no surgió de la vida por la saña y la intriga, fue natural de su adversidad, pudo parecerse sus explosiones a la ira, a esa enrojecida de cólera hacia la cual mostraba benevolencia comprensiva Santo Tomé la "Summa", pero nunca se aproximaba de ella con abismos, a la otra negra y exorable de la envidia, al sintiendo la tristeza de la superioridad por mucho que indigna hace imposible la torsión e innecesario el castigo.

El fondo de llaneza que había en se reveló frente a los oradores jóvenes, a quienes abrió paso, apare-

MAURA

... y ministros, para ser él mismo contestara desde la cabecera del En esa actitud, tan suya como potente, destacábase una nobleza para son insubstituíbles las palabras que escribiera acerca de Mirabeau en Barnave; Maura era lo bastante para no temer y lo bastante justo para apreciar. Aquellas alternativas, en la reconocía la beligerancia de los no eran de tímido y piadoso aliento y si de vigorosa esgrima, en que se el golpe de sus fuerzas y de sus pero sonando a honor de espaldarazo. incitaba y excitaba a atacarle desde dentro del respeto. Un día, en mis para parlamentarios, me interrumpió, para decirme que no me reservara el único posible, desde que él se dedicado el estanco de la arrogancia; me arrepetí del atrevimiento, in-borrar mis palabras en la traducción risada de Maura, y un gesto de me alentaron como y más que

... en las frases, los discursos y la prosa

... oratoria de Maura se caracterizó por la polémica, lo apretado de su diálogo y lo brioso de su pasión, todo ello por la brillantez del adorno, que el artista, y por la maestría para con gestos, en los que hablaban tonaciones del rostro, y ademanes, en acompañaban, y casi subrayaban, la el busto, los brazos y las manos. que Maura era muy claro en sus frases, no tanto en sus discursos, y presencia oscuro en la prosa escrita. La oscuridad de Maura se avenía mal condición de orador, pues no era el, que cree escuchar una voz interior, gráfico que ve en caracteres lo que va con palabras. Pertenecía a una familia de artistas que brillaron en lo gráfico y lo plástico, y su propia afición era

la pintura: en suma, almas de artistas, acorumbadas a la precisión de la línea y a la luz del color.

Lo que sucedió en Maura fué un caso curiosísimo, extraordinario y casi único. La casi totalidad de los que han hablado y hablamos castellano, lo aprendió antes de estudiarlo; y la inmensa mayoría sin llegar a su estudio; mientras que Maura lo estudió para aprenderlo, y se propuso tal perfección, que quien llegó a la escuela, al instituto y aun a la universidad, teniendo por lengua materna el balear, en su esencia catalán, fué director indiscutido de la Academia Española. El caso es prodigioso como éxito, pero no podía sustraerse a la huella del esfuerzo. Este me tomó el tron de la lengua castellana en la estación de su época, y si mucho más atrás, en la de los grandes clásicos; y hasta dentro de éstos, por una predilección muy explicable por méritos de forma e interés de fondo, el preferido fué D. Francisco Manuel de Melo, el célebre historiador de la rebelión y guerra de Cataluña bajo Felipe IV, con lo cual el autodidacta balear fué a buscar las perfecciones de la prosa castellana en un gran autor, que a su vez pensó y sentió en su otra lengua materna, la de Portugal. De todos esos influjos clásicos quedó un rastro perceptible en los empeños literarios de Maura, sobre todo en su prosa escrita. Director asiduo de la Academia y colaborador infatigable del Diccionario, graduaba muy bien los tres peldaños, que en el vocabulario separan lo arcaico de lo corriente, y por ello rehuía lo anticuado, no desdeñaba lo desusado, y aun sólo preferir lo poco usado; pero era sobre todo en la sintaxis donde de modo más deliberado o subconsciente asomaba el influjo de los lejanos modelos tras, meritísimamente seguidos. En los discursos más trascendentales, sobre todo si no eran de vehemente improvisación, podían percibirse parecidas huellas, subsistentes sobre todo a leerlos después; pero el oyente, no ciego ni separado del orador por una puerta, lo percibía todo sin la menor duda, merced a aquel acento, insuperable en brío y por ello en claridad, a que antes se ha hecho referencia. Por todo eso, los discursos eran o parecían mucho más claros. Des de luego lo eran las frases cortas, esencialmente gráficas, en las cuales irrumpían explosiones de entusiasmo, de indignación o de burla; en ellas faltaba la meditación, incluso reducida al vislumbre de un relámpago, y Maura hablaba por sí mismo, sin tiempo entonces, y sin necesidad siempre, de calcular cómo hubieran escrito sobre el caso Solís o Mariana, Hurtado de Mendoza o Saavedra Fajardo, Quedo o Cervantes. »



... estadista español pintando en el campo, acompañado de su hermano don Francisco.

SACAROL

3 VECES BUENO

1º EFICAZ, porque facilita el movimiento intestinal.

2º SUAVE, porque no produce dolores.

3º ECONOMICO, porque el sobre de 4 DOSIS ESTA AL ALCANCE DE TODO EL MUNDO

Se vende en las farmacias



Cursos de INICIACION - PUBLICITARIO. DIBUJOS ANIMADOS, con REGALO de un PROYECTOR eléctrico. CARICATURA combinado HISTORIETAS. MECANICO-LINEAL-ARQUITECTURA-ARTISTICO. Estos cursos se imparten en "clases personales. Especialización en AFICHES combinado con PRO-PAGANDA para los que YA DIBUJAN y quieran orientarse para GANAR DINERO RAPIDAMENTE. Todos nuestros CURSOS son de maravillosa sencillez.

"EXPERTA ACADEMIA"

es una Organización dedicada exclusivamente a la enseñanza del DIBUJO con profesores de destacada actuación en el ambiente publicitario, técnico y artístico y todos con Titulos Oficiales.

CLASES PERSONALES ambos sexos, hasta 22 horas, y cursos POR CORRESPONDENCIA.

Visítanos, consulte o pida Folleto Gratis, indicando el curso que prefiera.



EXPERTA ACADEMIA

Avda. de MAYO 776 - B. AIRES

AMOR PARA EL RECUERDO

A Juan Saliana el amor le cambió la risa en melancolía. Se la cambió de manera diferente a la común: como ganancia y no como pérdida. Juan, antes, era un muchacho alegre, despreocupado. Ahora, en cambio, está triste, metido en sí mismo y sin ánimo para otra cosa que andar con sus soledades. La miel del amor, al consumirse, ha dejado en su vida un dulce sedimento de tristeza. Claro que el muchacho puede buscar distracción, uniéndose a sus amigos, que los tiene, y muchos. Pero, ¿para qué? Si hemos de decir verdad, Juan está enamorado de sus pesares; siente por ellos una atracción casi enfermiza. Está, aunque parezca un con-

trastendido, contento con su tristeza.

En otros tiempos, cuando se le hablaba de penas, no podía menos que sonreírse. Creía que los males del espíritu podían ser alejados mediante la aplicación de una fórmula algebraica muy sencilla. Y lo que le parecía desde todo punto de vista inadmisibles era que ciertos hombres, aparentemente normales, llegaran a prendarse de sus dolores. Había leído él algo al respecto, pero no asignó a esa lec-

tura mayor importancia, juzgándola simple literatura.

Mas hete que ahora los acontecimientos hacen modificar aquella apreciación. Ahora cree que el individuo puede llegar, no sólo a enamorarse de la tristeza, sino a considerarla algo corpóreo y consubstancial con la persona misma.

Hay ciertas cosas que, vistas a la ligera, parecen tener relación con un hecho determinado; pero, ahondando en el asunto, se ve que la tienen. Y a veces, principalísima. De ahí que, después, que de aquel amor de adolescencia inocente y sin raíces, surgió en Juan ese gran apego por la tristeza. Antes, el muchacho no comprendía la dulzura que podía haber en el recuerdo; ahora sí. Muchas son las tardes que, sentado en un banco de la plaza del barrio, los ojos perdidos en la distancia, evoca la figura de la mujer cuyo amor ya no le pertenece. Dialoga con ella, como si estuviese presente; la mira, y ella sonríen.

—¿Me quieres? —le pregunta.

—¡Oh! Sí, te quiero. Y más que lo que te imaginas. Tanto me he acostumbrado a tu compañía, que sufro mucho cuando estoy algunas horas sin verte. Pero, ¿qué digo? Cuando pasan unos minutos sin verte. Necesito que estés a mi lado constantemente. Te ruego, un favor: salgamos a la calle que tiene, desde que te conocí, el atractivo de la primavera. Yo me tomaré de tu brazo y tú me hablarás del mañana, de nuestra mañana. ¿Quieres?

—¡El porvenir! ¡El porvenir! —exclama él, alborozado—. ¿Puedo darme cosa más agradable que pensar en el porvenir? Tendremos una casita blanca, muy blanca, como la que sueñan todos los enamorados y describían los poetas románticos de antes, aquellos que hablaban del amor, con gracia y sin vergüenza. ¡He dicho una casita blanca! ¿Verdad que me pueril pensar en tal cosa? Pero, ¿qué menos puede hacerse cuando se tiene veinticinco años? Está, como en mi caso, enamorado de una mujer exquisitamente sensible como tú? Créeme. El amor es esto: un poco de ingenuidad. Y no hay ingenuidad de amor en una casita blanca y sin romances.

Y el muchacho sigue soñando. E imaginariamente conversa con la mujer acerca del porvenir. Cuenta los trabajos que se le ocurrirán para poder adquirir la vivienda propia. Le dice cómo se talarán el nido. Tendrán hijos, es claro. Los cuidarán amorosamente. Los niños irán a sentarse en las rodillas del padre, que él, y él les hará fiestas. Les dará golosinas, los llevará al Jardín Zoológico, al balneario, a ver películas de dibujos animados.



Por
Salvador Merlino

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

Los niños estarán contentos y le dirán ¡papá! Ve a su hijo y a su esposa que lo aguardan en la puerta de calle, al volver del trabajo, los rostros sonrientes y los labios prontos para el beso de bienvenida.

Ahora se sientan a la mesa. El le da de comer al hijo más pequeño, que ocupa una silla alta y tiene una servilleta de colores chilenos colgada del cuello. Ella regaña al padre, porque el padre da al niño parte de su comida, que es pesada y puede hacerle mal. El sonríe. Insiste en su terquedad. Vuelve a darle de su comida al pequeño, y la madre trata a regañar. El niño llora. Y después, como es natural, la paz, esa paz del hogar libre de pequeñas disputas, que no son, a fin de cuentas, sino proterías de cariffo.

También, a veces, se mezcla entre sus sueños algún pensamiento triste. Ve a uno de los hijos atacado de grave mal. La esposa se desespera, llora. El la consuela con frases de circunstancias.

—Sanará? —pregunta ella, llena de ansie-

—Claro que sí! ¿Qué duda cabe? Mira al niño. Fíjate bien: su rostro está ahora más sano que nunca. Ya la fiebre ha desaparecido casi totalmente. Le he puesto el termómetro hace unos instantes, mientras tú estabas en la cocina. Su temperatura era de treinta y siete grados y tres décimas. Poca cosa: tres décimas sobre lo normal.

Después, naturalmente, todo pasa. A la rápida dolencia del hijo suceden largas horas de felicidad. Entonces, él, sentado frente a su esposa, habla sobre la educación de sus hijos.

—Los haremos médicos, abogados? —pregunta el hombre. Y se contesta:—No; mejor es que escojan su propio camino, que estudien la profesión o el oficio que más les guste, pero quien va por su propio rumbo va a tener y tiene más probabilidades de destacarse en quien sigue por un sendero impuesto, ajeno a la propia inclinación.

Mientras están en esto, ella, la esposa, le va pasando amorosamente la mano por la cabeza. El sonríe y piensa: decididamente, la felicidad ha entrado en esta casa; vino de la mano afectuosa de esta mujer.



Pero el sueño pasa. Todas las bellas utopías que el morno teje en sus largas y voluntarias horas de retiro se disipan. Ahora revive los ojos y el pensamiento hacia la realidad. Piensa que si aquella mujer, coqueta y tímida, que se alejó de él sin causa atendible, regresara en estos instantes, nada diría a su corazón. Ella sería físicamente la misma, es cierto, pero en lo moral distaría mucho de acercarse a la que actualmente vive en su imaginación. La presencia de aquella mujer no podría menos que desencantarlo. Y Juan ha notado que hay tanta dulzura en la tristeza de pensar en el hogar que pudo haber formado y en los hijos que pudo haber tenido, que no quiere que ella, ni nadie, lo desencante, poniéndolo en presencia de una realidad que no corresponde al sueño.

Pero ella no volverá. Y mejor. Porque si volviera, moriría en él el recuerdo, que hicieron dulce sus buenos propósitos y su melancolía. ♦

DESPIERTELO SABROSAMENTE CON TODDY



... QUE ES MUCHO MAS DELICIOSO!

Despierte a su retoño y a TODDYta su gente con una deliciosa taza de TODDY!.. Es el mejor desayuno!.. Y hay que ver como rinde TODDY!.. De cada tarro de libra y media sale un mundo de tazas que alcanza para una "pon-

chada" de días!.. Y TODDY es un desayuno que hace más grata la jornada que se inicia! Por eso las buenas mamás gustan despertar sabrosamente a TODDYta la familia con TODDY, el desayuno más rico de TODDYto el mundo!



APENAS UNAS MONEDAS!..

...le bastan para darse el gusto de probar el delicioso TODDY! Pida ahora mismo el económico estuche familiar a su almacenero!

"CHISMES DE MUJERES" Y
¿CUAL ES EL ENAMORADO PERFECTO?
Dos programas DISTINTOS! ORIGINALES.
Y DISCUTIDOS!.. Escúbelos todyylos los
martes y viernes a las 22 hs. por LR 3 RADIO
BELGRANO y la Primera Cadena Argentina
de Broadcastings.

PRUEBE TODDY UNA VEZ Y LO TOMARA TODDYTA SU VIDA!

LILLIAN HELLMAN, LA



Un triunfo consagradorio

HACE algunos años, el teatro norteamericano hizo una gran adquisición: la escritora Lillian Hellman. El éxito de Lillian Hellman fué rotundo; el producto de su primera obra. No había tenido hasta entonces ninguna experiencia con el teatro; pero, sin embargo, no se la consideró simplemente como una promesa, sino que su triunfo fué consagradorio. Los críticos la recibieron como a un segundo Ibsen, como a un nuevo Chejov.

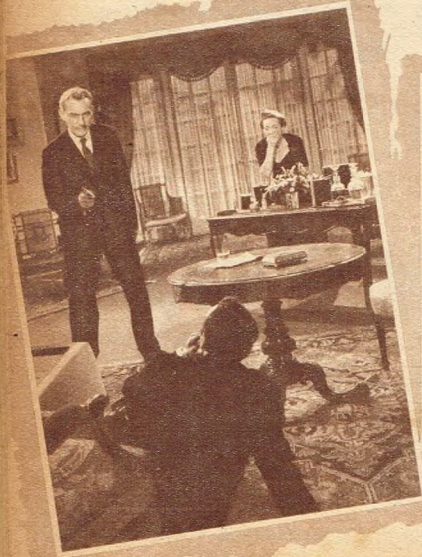
Estudiando las obras de Lillian Hellman se descubre el secreto de tal éxito. Son trabajos profundos, largamente meditados. Los temas no son fáciles, y a veces ni siquiera amenos, pero son temas humanos, tratados con amplio sentido crítico y, sobre todo, con

notable comprensión del sentir y del pensar del alma del pueblo.

Alguien hubiera podido objetar que la escritora había triunfado muy fácilmente, sin tener ocasión de demostrar su verdadero talento, cuando he aquí que su segunda obra fué recibida en el teatro con cierta frialdad. Ella ha dicho al respecto: "Mi obra es buena y es mala. Mala en el concepto del público, que no comprendió lo que yo quise decirle". Lillian Hellman, sin descorazonarse, volvió a la lucha y produjo, en sucesión, tres obras teatrales que fueron otros tantos triunfos, y dos de las cuales sirvieron de base, como la primera, a producciones cinematográficas de resonancia mundial. En cierta ocasión, ella misma expresó lo que constituye tal vez el carácter más extraordinario de su personalidad. Dijo: "Quizá el secreto de mis éxitos reside en que he alcanzado a comprender el secreto de mis fracasos".

Tres obras famosas

No hemos mencionado, hasta ahora, los nombres de las obras de Lillian Hellman. Lo hicimos de intento para que el juicio del lector sobre la personalidad de la autora, no se viera perturbado por la influencia que pudieran tener aquellas sobre ésta. Porque, en efecto, tan conocidas son y tal ha sido su éxito, que esa situación se produciría, aún inconscientemente, ante los nombres de "Infamia", "La loba" y "Alerta en el Rhin". El público argentino conoce esas producciones no a través del teatro, sino del cinematógrafo, aun cuando la primera de ellas, "Infamia", se dió también en el teatro, en diciembre de 1936. La adaptación cinematográfica de cada



"Alerta en el Rhin", que interpretaron Bette Davies y Paul Lukas, está basada en una obra teatral de Lillian Hellman.

Bette Davies y Herbert Marshall en una escena de "La Loba", otra de los éxitos de la escritora norteamericana.

ESCRITORA DE LOS 4 EXITOS

CUÁTRO OBRAS CONSAGRARON EL PRESTIGIO MUNDIAL DE LA FAMOSA ESCRITORA. EN UNA DE ELLAS SE BASA "INFAMIA", LA PELÍCULA QUE VUELVE A LAS CARTELERAS PORTEÑAS

Por Rolando W. Varela

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



Una escena culminante de "Infamia", versión cinematográfica de la obra que consagró a Lillian Hellman. La película, que reúne a cuatro astros hoy en plenitud —Bonita Granville, Miriam Hopkins, Merle Oberon y Joel MacCreary—, vuelve ahora a las carteleras, repescada por la Guarentee Pictures.

Críticos Dramáticos, que antes había favorecido a "Infamia" con seis votos, sin otorgarle empero el primer premio, a causa de que dicha obra no reunió las tres cuartas partes del total de votos, según lo disponen los estatutos del Círculo. En cuanto a "Infamia", aparte de ser la obra que consagró a su autora, nos exime de mayores comentarios el éxito rotundo que alcanzó en la Argentina su versión cinematográfica, que en estos días precisamente acaba de ser repescada por la Guarentee Pictures. Su tema es un tema universal, profundamente humano y de todos los tiempos.

Las obras de Lillian Hellman pertenecen a esa clase privilegiada de las que se vuelven a leer con interés por segunda vez y aun por tercera vez, ya que en cada ocasión encuentra el lector un motivo diferente e interesante a través del cual se va compensando con la obra y con su autor. Son como esos manjares que no se saborean plenamente sino después de haberlos gustado en repetidas oportunidades. Ello se debe a que la escritora de Nueva Orleans no eligió, ciertamente, el camino fácil para desarrollar sus temas. Podría afirmarse, al respecto, que era el único camino que ella podía elegir: el que le marcaba su vocación literaria.

En suma, Lillian Hellman, alto exponente del teatro moderno, conocida del público argentino a través de las versiones cinematográficas de sus obras, debe figurar, por lo que representa en el siglo actual, en el aporte cultural de cualquiera que se precie de "estar al día" en el ambiente literario.

una de las obras de Lillian Hellman consagró un suceso; pero el público olvida con facilidad, tratándose de películas cinematográficas, el nombre del autor de la obra. No en los Estados Unidos, donde, por el contrario, la adaptación al cinematógrafo de las obras de Hellman fué la continuación obligada del triunfo de cada una de ellas en el teatro. Cuando se estrenó "Infamia", el Círculo de Críticos Dramáticos de Nueva York, una de las autoridades más altas en la materia, concedió a la obra seis votos, es decir uno más que a "Abe Lincoln en Illinois", de Robert Sherwood, favorito del público norteamericano, y cuatro más que al libro presentado por Willian Saroyan, otro autor consagrado. Eso sólo constituía ya el espaldarzo del triunfo literario para Lillian Hellman. Sus obras posteriores no hicieron sino confirmar su valía. Por otra parte, y en el terreno de la cinematografía, Lillian Hellman tiene un record difícil de superar: tres de sus obras han constituido sendos triunfos cinematográficos. Pocos autores pueden decir lo mismo, ni aun entre los que se dedican exclusivamente a escribir para el cinematógrafo.

Una mujer de talento

¿Quién es en definitiva Lillian Hellman? Una estudiosa de Nueva Orleans, que ya en las aulas de las universidades de Nueva

York y de Columbia, donde se graduó, comenzó a demostrar su claro talento literario. Sin embargo, las exigencias del momento la apartaron del camino que le trazaba su vocación, y comenzó a ganarse la vida como empleada de una empresa editorial, y luego haciendo críticas bibliográficas para "The New York Times", una publicación neoyorquina. Un día, sin embargo, sintió que tenía algo que decir. Y lo dijo. "Un escritor no solamente debe tener algo que decir, sino que debe saber decirlo" —afirma la misma Hellman. Y ciertamente, sus obras confirman esa frase suya. Pero ella agrega: "Quien escribe por afán de lucro o impulsado por cualquier otro motivo secundario, no llegará nunca a descollar". Esto explica, si se quiere, el porqué de la meteórica ascensión de Lillian Hellman. Y es necesario dejar constancia de que es dable esperar de ella nuevas pruebas de su notable talento, ya que, por haber nacido a principios del siglo actual, se halla ahora en plena madurez física e intelectual.

Obras privilegiadas

"La loba", en cuyo fondo se reconoce a las raposillas, del "Cantar de los cantares", interesa al público debido a la forma magistral en que ha sido tratado el tema. "Alerta en el Rhin", cuya versión cinematográfica está aún fresca en el recuerdo del público porteño, mereció el primer premio del Círculo de

Bonita Granville, que se consagró en "Infamia" interpretando el papel de una chiquilla malvada, está actuando en lo más grande de su arte y de su belleza.



Vida y milagros de Plácido Béllico



Capítulos de una autobiografía novelada

que reunió y ordenó

Carlos V. Warnes

ESPECIALMENTE PARA "LEOPLAN"

Dinamiteros contra

no y a guardarme otros ocho meses de garantía... Por si hay alguien que no se explique bien el asunto, daré más detalles, pero recomiendo no adoptar aquí el sistema, pues no deseo verme envuelto en líos y mucho menos repudiado.

Apenas el inquilino estaba instalado, recibía la visita de mi hermano Agripino, y entre uno y otro desarrollábase este diálogo, palabra más o menos:

—¿Usted es el nuevo inquilino, verdad?

—Servidor, señor...

—Yo soy de la Sociedad de Dinamiteros Unidos y deseo...

—¿Dinamiteros Unidos?... ¡Cómo no, señor! ¡Diga usted de qué se trata!

—Muy sencillo: uno de nuestros socios, que hasta hace pocos días vivió en esta casa, ha sido detenido e incomunicado... Lo único que sabemos es que en algún lugar de la mansión ha escondido gran cantidad de dinamita, bombas de tiempo, granadas varias, unas pizcas de nitroglicerina, pólvora...

—¿Escondió explosivos aquí, dice?... Bombas de tiempo?

—Eso es lo más grave: las bombas de tiempo...; además, es tan distraído nuestro socio que no sabemos si alguna de esas bombas ha sido puesta en hora para estallar hoy, mañana o pasado... En fin, yo sólo quería avisarle...

—Hombre... ¡Gracias, muchas gracias! No sabe usted cuánto se lo agradezco.

—De todas maneras no quiero atemorizarle a usted; quédese tranquilo y no piense... ¡¡Adiós, señor, y ojalá tenga toda la suerte que necesita!

Lo dicho: el inquilino no aguantaba un día más y en la próxima edición de "El grito de la aurora" aparecía el aviso conocido. Y siempre así, siempre así hasta...

Confieso que por aquel hombre yo hubiera puesto las manos en el fuego. Tendría unos cincuenta años e irradiaba simpatía suficiente como para hacer de él un actor de éxito. Pagó sin chistar los ocho meses adelantados, no tardó muchas horas en ocupar el flamante hogar

No sé si me equivocó poco o mucho, pero creo que la guerra más sucuada y de más larga duración es la que hasta la fecha manifiesta entre caseros e inquilinos. Supongo que cuando al primer hipódromo implume con alma de especulador se le ocurrió dividir con rabiques su cueva, formando «departamentos cómodos y sin estrenar...», pronto apareció el primer individuo que no habiendo podido realizar el sueño de la casa propia veíase obligado a meter su prole en cavernas arrendadas, previo pago adelantado y garantía del más solvente cavernícola, dueño tal vez de algún rebaño de gliptodontes «pur sang» o de numerosas dinosaurias lecheras importadas. No voy a negar que estas son fantasías que se me ocurren, pero la verdad es que las siempre renovadas pendencias entre inquilinos y propietarios no han perdido su agresividad a través de los siglos, y el caso me recuerda un episodio ocurrido en Lito Traslío, lo cual es, en resumidas cuentas, el asunto que me interesa, y para relatar el mismo he usado el pretexto de las líneas preliminares. De las cuales, obvio es decirlo, puede hacer caso omiso quien no tenga interés en leerlas, y comenzar la lectura en el próximo párrafo.

Pocos años antes de abandonar la dulce ciudad que en vano ha negado ser mi cuna, yo explotaba —y sin recurrir a las armas de fuego, a las cuales siempre han sido afectos los varones y las mujeres de mi sangre— un negocio muy lucrativo. Consistía el mismo en alquilar una casa que heredé de mi tío Josué, hombre de nobles sentimientos e ideas revolucionarias, pero incomprensible al comienzo y fusilado al fin, lo cual no le produjo sino disgustos y dolores de cabeza.

La casa estaba bien situada, era cómoda y yo la alquilaba en una cantidad equivalente a unos cincuenta pesos argentinos. A la mano tengo uno de los avisos que aparecieron en "El grito de la aurora", importante diario de Lito Traslío:

Alquilo casa, seis habitaciones y dependencias. Muy barata. Únicamente exige-se ocho meses adelantados. Sin fianzas, informes u otras molestias. Calle Rollwell 235.

La lectura de tal aviso llevaba millares de aspirantes y eran famosas en el barrio las peleas que organizaban entre ellos para resolver quién era el guapo con méritos para quedarse con la maravilla. Luego le recibía yo, embolsaba el dinero y al día siguiente el hombre trasladaba sus muebles a la nueva morada... ¡De la cual huía invariablemente antes de la semana y jamás volvía a poner los pies dentro de los mil metros donde estaba construida!

Una vez abandonada, volvía yo a buscar inquilino.



Nihilistas

ILUSTRACIONES DE GUBELLINI

era clásico, recibió la visita del inquietante socio de los Dinamitos Unidos.

—¿Cómo se van, joven, en esta casa han escondido explosivos... Explosivos es poco! ¡Le repito que si llega a funcionar alguna de esas bombas de tiempo, saltará por los aires media ciudad!

—Muy bien, joven; le agradezco mucho la advertencia y créame que tendrá siempre un amigo... Buenas tardes y muchas gracias.

—No se mudó. Era la primera vez que se nos presentaba caso tan serio durante las primeras cuarenta y ocho horas no se nos ocurrió cosa que correr a la administración del diario y retirar el aviso automáticamente, va estaba preparado para publicarse en fecha próxima. Mi tío Malaquías —quienes lo conocieron recordarán cuán grande era su rostro— se ofreció para hacer otra visita al inquilino.

—¿Usted lo recibió con suma cortesía y hasta le invitó con un habano, ¿verdad aquí? —exclamó mi tío—. ¿No comprende usted, desdichado, que podríamos volar hasta la estratosfera?

—¡Ah, no sea usted niño! El día entero me paso arrojando al suelo las colillas encendidas y no me preocupo...

—Pero... ¿Quiere usted suicidarse? ¿Es que la vida le resulta tan desagradable?

—Poco ni mucho, amigo mío... hoy vivimos, mañana quién.

—Además, la indole de mi trabajo...

—¿Qué trabajo hace usted, señor?

—Entre nosotros no caben secretos, porque somos casi colegas: yo soy miembro de la Unión de Nihilistas de San Petersburgo. He venido a trasladar a fabricar explosivos que luego envío allá... ¿Quiere que le muestre mi laboratorio?

El pobre tío Malaquías vio como en una pesadilla docenas de frascos de vidrio, cajas repletas de cartuchos de dinamita, damajuanas de pólvora, cajones repletos de cartuchos de todas las formas y volúmenes... —¿Se ve usted, querido dinamitero, que no puede intranquilizarme el que alguien haya dejado explosivos en esta casa. Tan acostumbrado estoy a manejarlos, que muchas veces me entretengo haciendo juegos de manos con los tubos de ensayo...

Durante muchas horas se discutió en la familia la conducta que conviene adoptar con semejante inquilino. Nos faltaba el consejo de nuestro abuelo, a quien a su vez le faltaba cumplir el último tercio de su condena por una cosa de esperar durante diez años. No debe extrañar entonces que al final de una fórmula conciliadora, propuesta por mi prima Jacoba, consistente en ofrecer al nihilista una gruesa suma de dinero para que se desista de esa y nos dejase el magnífico negocio.

—Fui yo mismo, en mi carácter de propietario, quien hizo la gestión. Me estimado inquilino —dijo al fabricante de explosivos para la ocasión—: desee que usted abandone mi casa cuanto antes.

—Hay un contrato firmado, caballero, y no pienso moverme de aquí dentro de dos años...

—Lo sé, lo sé, señor! Sé también que podría denunciarlo a la policía...

—Yo no lo ignoro que usted y la policía no pueden entrar en contacto mediante un tiroteco.

—¿Es o es hablar claro! ¿Cuánto quiere por ir a fabricar explosivos al extranjero oriente?

—Queda un poco lejos y los gastos de movilidad... En fin: ¿qué le parece a usted veinte mil pesos?

—¿Es usted el más canalla de los inquilinos!

—¿Usted el más informal de los propietarios! ¿Para qué extiende un contrato si no lo ha de cumplir?

—Ni media palabra más, caballero: aquí tiene usted veinte mil escudos y ojalá alguna de sus bombas lo mande al mismísimo infierno...

Se mudó al día siguiente. Y si amargo fue pagarle tanto dinero, más amargo nos resultó la carta que nos envió mi padre dos meses más tarde. Aquí la tengo, y, al transcribirla después de tantos años, siento que sangran las viejas heridas. Dice así:

—Amado hijo Plácido:

—¡Ahora! se ha dejado robar miserablemente veinte mil escudos. Ha caído a esta cárcel y es mi compañero de calabozo un tal Exuperio Fajardo. (a) Nihilista, o fullerero, o Ganza de oro, o Terrones, o Anguilas, etc., etc., quien nos ha contado cómo devolvió a ustedes el cuento de los explosivos y los sacó un montón de dinero. Afortunadamente he recuperado esa suma jugando al póker con él, pero como sepa que durante mi ausencia cometen otra burrada...

—¡Pobre padre mío! ¿Qué lejos estaba él de suponer que aquellos rebeldes y crujientes veinte mil escudos habían sido hechos en casa del laborioso y nunca bien ponderado tío Malaquías! *

RENSIN Y CIA.
PUBLICIDAD

DEBE RETIRAR

Gratis!

SU CURSO
DE ACUERDO CON
NUESTRA OFERTA ANTERIOR.
SI USTED ES UN "NUEVO ALUMNO"
APRESURESE A INSCRIBIRSE Y TENER
DERECHO A ESTUDIAR POR
CORRESPONDENCIA, Y CON EL
FAMOSO "METODO SCOTCH"
UNO DE NUESTROS

1.000

CURSOS A ELECCION

QUE A TODO NUEVO ALUMNO HEMOS OFRECIDO, SIEMPRE
QUE SE INSCRIBA ANTES DEL 31 DE JULIO 1944.

QUIMICA INDUSTRIAL, CONTABILIDAD, PUBLICIDAD, SECRETARIADO,
TAQUIGRAFIA Y DACTILOGRAFIA, APICULTURA, AVICULTURA, JARDINERIA Y HORTICULTURA, PROCURACION, COCINA, CORTE Y CONFECCION, LABORES Y TEJIDOS, ARTES DECORATIVAS, TECNICO MECANICO, MOTORES A EXPLOSION, DIESEL, TECNICO EN TORNERIA Y FRESADO, MECANICO DE AVIACION, DIBUJO MECANICO, RADIO, ELECTRICIDAD, ARQUITECTURA, CONSTRUCCIONES, TECNICO EN HORMIGON ARMADO, AGRIMENSOR, TECNICO AERONAUTICO, ETC.

INSTITUTO POLITECNICO AMERICANO

Señor Director del

INSTITUTO POLITECNICO AMERICANO
Av. de Mayo 840 - Buenos Aires

Ruego enviarme informes GRATIS sobre el curso de
Nombre.....
Dirección.....
Localidad.....

ENVIE
ESTE
CUPON

DE ARGENTINA ADENTRO

SAN LORENZO DE

Por
M. Cattáneo Díaz

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

LUGAR de intensa actividad es Calilegua, Húmeda, caliente, fecunda; la tierra brinda, a cambio de cuidados y cariño, exquisitos frutos, de incomparable y bien ganado renombre fuera del país.

Contemplando este paraje desde el imponente Calilegua, situado al oeste del pueblo y con más de 4.000 metros de altura, se tiene a sus pies un paisaje amplio y llano, de ambiente tropical; todo es verdor natural o artificial, salpicado ese inmenso manto verde de los más variados colores. Son las plantaciones de caña, las quintas de durazneros, de citrus y frutas exóticas, y como si tanta belleza fuera poco para ofrecer, está también el característico brillo que emana el cerro Calilegua, "mirador de piedra" en la lengua del nativo, lo que hace suponer que en sus entrañas guarda una fabulosa riqueza mineral.

Contornando esa majestuosa vegetación de plantaciones y montes que abarcan en su interior animales feroces, como: tigres, osos, pumas, antas, se ven al norte, como plateadas cintas, los mansos arroyos de Piedra, Pantanoso y Yuto; los ríos de San Francisco al este y rozando al pueblo por el sur, el San Lorenzo, cargados ambos con sus preciosos caudales, que han de dar vida y esplendor a los ubérrimos campos, ansiosos de producir.

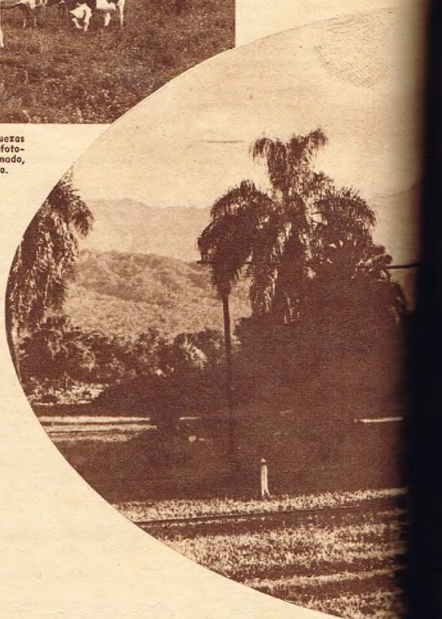
Primero fué la caña de azúcar, que hoy perdura; después vino lo que puede llamarse cielo del café, que debió abandonarse por falta de mercados, y por último la fruticultura y explotación de los bosques. Es casi a fines del pasado siglo cuando comienza a adelantar Calilegua, al adquirir los hermanos Leach esas vastas extensiones de tierra. Como en otros lugares, lucharon con denuedo y el espíritu amplio y generoso del verdadero "pionner", cuyo único afán es el progreso y el bienestar colectivo. Y ese tesón en la tarea, llegó a convertir en un vergel los inexplorables lugares del tiempo de la colonia. Hoy hay allí miles de brazos, dedicados de lleno al trabajo que rinde y beneficia.

Aplicado el criterio de las altas cumbres y la separación de aguas, se tuvieron enormes inconvenientes para vencer a la naturaleza. La falta de medios para comunicar y centralizar las actividades, los accidentes del terreno y tantas otras dificultades, dieron lugar a los más grandes sacrificios, pensándose que todo hubiera llegado a quedar en la nada si el espíritu colonizador y de organización de los hermanos Leach no hubiera estado presente.

Hoy Calilegua casi ha olvidado aquellos lejanos momentos, en que el resplandor de la luz civilizadora tuvo la respuesta trágica del indio-



La ganadería constituye otro de los atractivos de Calilegua. Puede apreciarse en la fotografía no solamente la calidad del ganado, sino también la festividad del campo.



En las quintas de Calilegua se cosechan duraznos, citrus, pomelos y otras frutas que se venden con profusión en la rica tierra. Aquí aparecen algunos nativos de la región embalando los frutos, para remitirlos luego a Buenos Aires.

nable nativo; pero no obstante perduran, como flotando en el ambiente la leyenda y la narración, que, transmitidas de padres a hijos, pierden del vigor de los momentos iniciales. Tampoco ha perdido todo ese aspecto indiohispano, que tan sugestivos y místicos hacen los lugares en donde el culto al pasado se conserva.

Están los viejos molinos, los rústicos trapiches de quebracho que, según el decir de hombres centenarios, fueron movidos por fuerza humana. Las viejas casas de anchas paredes de adobe brindando, como en lejanos tiempos, fresco albergue en el verano, modo bienestar en el invierno. Pero lo que la hace verdaderamente atractiva, por ser única en su género, es la famosa avenida de tierra que embellece a la población.

Quinientos metros de largo y quince de altura tiene esta muralla vegetal. Forma una especie de bóveda al juntarse en las superior las gruesas y fuertes cañas de ambas paredes. A don Mc Smith, notable colonizador de los campos jujeños, se debe la existencia, pues él hizo plantar las cañas traídas de Concepción y de Durban (Africa), en el año 1904.

Al ver esa maravillosa obra de la naturaleza, puede pensarse en lo que significa Calilegua. Remontándonos a la leyenda, cuánta razón de defender su tierra tenía el viejo cacique que

CALILEGUA

... de su bella hija, su esposa y algunos indios fieles, ganó las cumbras del Calilegua, cuando el hombre blanco, después de reiteradas luchas y luchas, consiguió vencerlo.

Los deseos de retornar al querido lar, parecían irrealizables. Resignados a la vida de hambre, sed y de permanentes luchas contra los elementos físicos. Un día, después de escuchar la narración de uno de sus abuelos, el viejo cacique dejó escapar gruesas lágrimas. El conmovido, en su afán de dominar, había escalado también el Calilegua. Desde un camino les quedaba: retornar a la madre tierra.

El imponente Calilegua, "mirador de piedra" donde se refugió el cacique cuando el hombre blanco consiguió vencerlo, aparece, majestuoso, en el fondo. Los palmeros, motivo ornamental de la villa, dicen de la exuberancia del suelo.



... al negro precipicio con sus siniestras fauces y su extraordinaria magnetica se lanzaron todos unidos en un postrer abrazo. El espíritu de la raza se había salvado.

En los días estivales encuentran los habitantes, al igual que infinidad de aves y pájaros, tordos, zorzales, chachaleros, que huyen desparvoridos ante el fuerte calor, la sombra pródiga y la tierra fresca, que el viejo cacique en las cumbres del coloso no podía conseguir. La reverberación de las rocas y las bandadas de cuervos, halcones, gaviotas y condóres les permitían vivir en paz. Fue por ello por lo que tardó tanto en consumar esa campaña de oro de que habla la leyenda, la que, según el cacique, comarcano, deja sentir sus tañidos en los tibios atardeceres, en las noches de infinita tristeza; que traducen los tiempos de dicha y felicidad que nunca volverán para esa raza.

Por todos los ámbitos, en los espesos montes, en los espacios sin límites, se repite el eco misterioso de esos sonos que llaman al nativo a la simplicidad y la plegaria por la liberación de una raza vencida y decadente. Esa es Calilegua, tierra fecunda y pródiga, pero romántica y primitiva, que no ha olvidado su origen heroico y altivo y que en el momento de sus entrañas parece conservar el espíritu indomable del nativo. ♦



..... y también al mirarse en su espejo, éste le diga, como en el famoso cuento, "eres la más hermosa del mundo". Para lograrlo, recurre que el cuidado de su cabellera, la belleza de su permanente y la hermosura de su cutis le son indispensables.

LA ESMERALDA

La mejor y más grande Peluquería de Señoras en Sudamérica

con su personal realmente experto le aseguran esa belleza que usted busca.

PERMANENTES
PRINCESA
SUAVES Y SEDOSAS
PERMANENTES
CORONITA \$5
MAGNÍFICAS Y PERFECTAS

PERMANENTES
PARA PEINADOS
PLUMA

PERMANENTES
AL OLEO CREMA COMO SEDA

PERMANENTES
Al Vapor "ROBERTS" perfectos

PERMANENTES
AUTOTERMO DE BUCLES
MARAVILLOSOS

TINTURAS
Policrom, al aceite,
colores naturales, \$6.-

Retoque de Tinturas
COLOR UNIFORME \$4.-

MASAJES
Modernos Hollywood \$3.-

BAÑO FACIAL
Limpieza del cutis \$1.50

DEPILACION GENERAL



Nuestro Casa Central
Carlos Pellegrini 425

Permanentes especiales para cabellos teñidos y oxigenados

LA ESMERALDA

(LA MEJOR Y MÁS GRANDE PELUQUERIA DE SEÑORAS EN SUDAMERICA)

Casa Matriz: **PIEDRAS 79 - U. T. 34-1019** (Casi esquina Lavalle 735)

Casa Central: **C. PELLEGRINI 425 - U. T. 35-6645-1231**

Suc. Centro:	Suc. Flores:	Suc. Once:	Suc. Belgrano:	Suc. Bordo:
Lavalle 735	Rivadavia 1150	Rivadavia 2978	Cabildo 2242	Sanja Fe 1745
U. T. 31-5720	U. T. 65-0030	U. T. 48-2267	U. T. 76-4017	U. T. 45-4160

PRODUCTOS DE BELLEZA LA ESMERALDA



Creaciones nobles
Arrugas
Aceite de Flores

CUTINET

a base de bálsamos y aceites de flores. Un leve masaje alrededor de los ojos demuestra su bondad en las Arrugas, Patas de Gallo o Bolsas de los Ojos. Frascos de \$2, 3 y \$5. Al Int. c/ reembolso.

EN VENTA: LABORATORIOS LA ESMERALDA' C. Pellegrini 425, Franco-Inglés y Farmacias y Perfumerías.

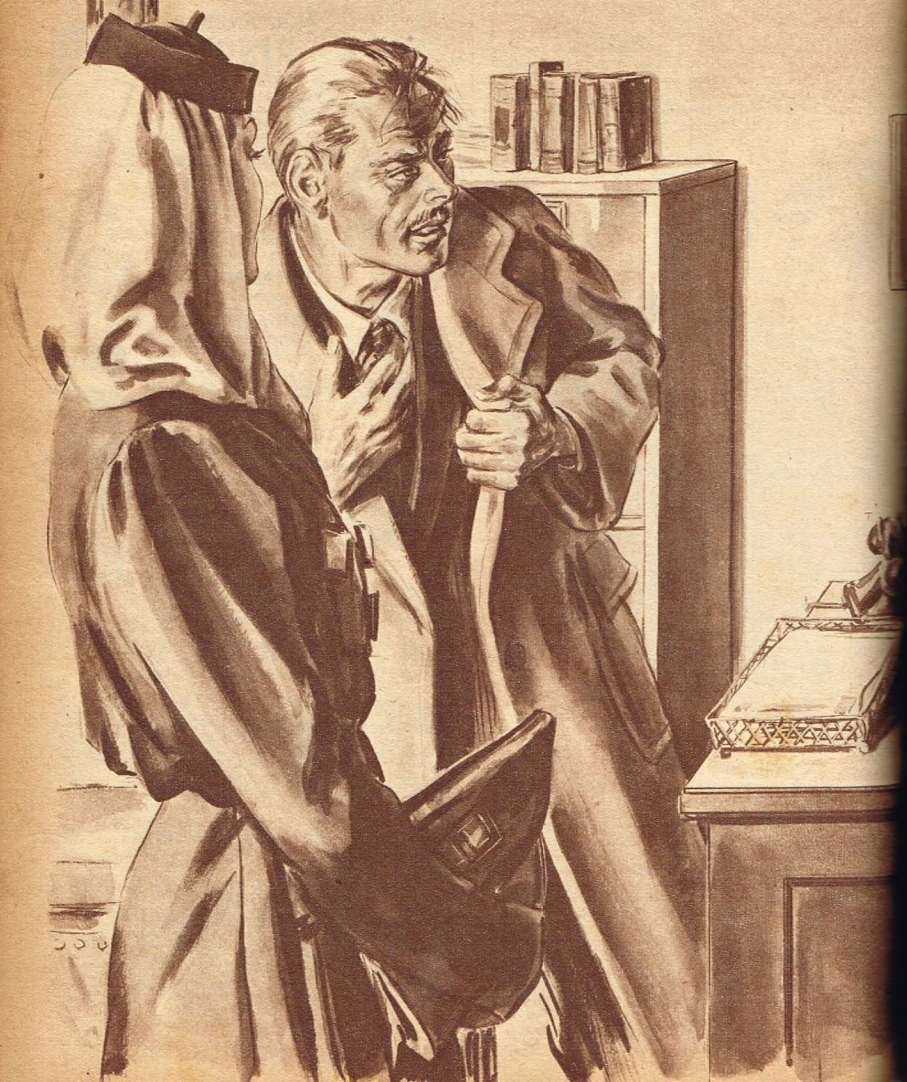
CONSULTAS sobre Estética y Belleza dirigirse a GUILLERMINA SCHWARTZ, directora del Instituto de Belleza LA ESMERALDA.

GUILLERMINA SCHWARTZ
Las CANAS Envejecen
Tinturas "POLICROM"

don aspecto juvenil. Es la tintura mejor experimentada en todos los tonos. C a la completa, para un retoque de tintura, \$2; doble, \$3.50, y caja gigante, \$6. Al interior contra reembolso.



EL MISTERIO DE LOS



TRES HOMBRES RENGOS

TEXTO INTEGRAL
de la famosa novela policial de
ELLERY QUEEN



seguida de
EL MISTERIO DEL ESPEJO
y
EL MISTERIO DE LA MUJER BARBUDA
(del mismo autor).

TAPA E ILUSTRACION DE ARTECHE

CUANDO el famoso detective Ellery Queen penetró en aquel dormitorio de regia cama baja en tono gris-ceniza, paredes elegantemente pintadas, muebles angulares y sillas cromadas, encontró a su padre, el inspector, platicando con una muchacha de color, cuyos ojos brillosos parecían bailar en su rostro de mármol negro.

El sargento Velie apoyó sus amplios hombros en una delicada puerta gris y le advirtió, al verle:

—Tenga usted cuidado con esa alfombra, señor Queen.

Era una alfombra de un gris-pastel, sin bordes terminados; a todo su alrededor veíase un piso de madera dura, de un brillo fulgurante. La alfombra aparecía marcada con huellas de barro, y en aquel piso tan esmeradamente lustrado, en el espacio que mediaba entre la alfombra y una ventana abierta, a través del cuarto, había una enorme raspadura en línea recta que iba de una ancha raya hasta una tenue línea delgada.

Ellery Queen observó todo aquello y murmuró, menéando la cabeza:

—Es imperdonable, Velie; realmente imperdonable. Embadurnar de barro y manchar con nieve este paraíso femenino.



ARTECHE 44

—¿Quién? ¿Yo? Sepa usted, señor Queen, que esas huellas las encontramos ya al llegar nosotros.

—¿Ah, sí? —exclamó Ellery—. Pero, ¿y la raspadura del piso?

—También estaba.

Ellery experimentó un estremecimiento. El aire frío que penetraba por la ventana abierta, había convertido a aquel hermoso cuarto en una heladera. Sobre una silla cromada, que había junto a la cama, aparecían confundidas una camisa de mujer y un corpiño.

El inspector manifestó, de mal humor:

—¡Caramba, hijo! Esto es algo dentro de tu especialidad. En cuanto a usted, Thomas, llévesela y manténgala bajo custodia.

El sargento Velie sacó a la negra de junto a la alfombrilla donde aparecían las curiosas huellas, la empujó junto a la puerta gris y la hizo introducirse en el living-room, lleno de humo y risas de hombres. Y a continuación, cerró la puerta de comunicación.

Ellery sentóse sobre el elegante cubrecamisas de piel y sacó un cigarrillo, en tanto el inspector, luego de tomar su porción de rapé, estornudaba por tres veces.

—Realmente es este un caso curioso —murmuró, sonándose la nariz—. Los reporteros que aguardan afuera, comenzarán el asunto con grandes titulares. Hablarán del nido de amor de Park Avenue; de la hermosa ex corista; del prominente hombre de club que la mantenía; del rapto...

—Usted dijo antes que hubo crimen. Bien; ¿quién fue asesinado? ¿A quién se rapto? ¿De quién era este nido de amor? Todo cuanto yo sé, es que me telefonaron desde el Departamento Central de Policía, hace pocos minutos, encomendándome viniera aquí de inmediato.

—Yo dejé un mensajé para ti en la mesa de entrada.

El inspector dio vuelta junto a la alfombrilla y avanzó por el piso resplandeciente. Pero estaba éste tan encerado que el hombre resbaló, se tambaleó y estuvo a punto, de perder el equilibrio.

—¡Malditos sean estos pisos resbaladizos! —exclamó—. Ten cuidado, tú.

Esto diciendo, abrió la puerta de un armario gris, incrustado.

En el interior de ese armario vióse una figura inmóvil, sentada, oculta su cabeza por las ropas que colgaban, y recogidas sus largas piernas que aparecieron atadas en los tobillos con un par de medias de seda.

Ellery contempló aquello con mirada fría y penetrante. La figura que aparecía tan apaciblemente sentada sobre el piso del guardarropa era la de una mujer, envuelta en un vistoso kimono que cubría su cuerpo enteramente desnudo. La cabeza estaba reclinada sobre el pecho y su cabellera de un rubio ceniza le caía sobre el rostro. El detective le descubrió, por debajo del cabello, una mordaza que le cubría estrechamente boca, nariz y ojos. Las manos estaban fuera de la vista, detrás de la espalda.

Ellery se irguió y levantó sus cejas.

—Murio asfixiada por la mordaza —recalcó el inspector, con displicencia—. Pa-

SAN JUAN Y MENDOZA versus ASCUNCION

En 1602 se cultivaban en Asunción cerca de dos millones de piezas de viñas y se elaboraba vino para Buenos Aires. Pero a fines del siglo XVII no quedaban más que algunas parvas. Mendoza proporcionaba a Buenos Aires y Montevideo 3.313 barriles de vino y San Juan 7.942 barriles de aguardiente de vino.



ULTIMAS PALABRAS

El rey de España, Felipe III, no murió muy satisfecho, pero demostró más resignación que miedo.

—¡Vaya una cuenta que vamos a dar a Dios de nuestro reinado! —dijo a uno de sus ministros, momentos antes de expirar.

POSIBLE METEMPISICOSIS

Ocurrió en África. La señorita Wanda Wirner, exploradora inglesa que recorrió de punta a punta aquel continente, sólo acompañada por su servidumbre de negros de Ciudad del Cabo, se dio cuenta una vez de que un grande y hermoso león rondaba todas las noches por los alrededores de su carpa, sin tratar, al parecer, de hacerle ningún daño. Tanto anduvo el león, que ella se acostumbró a su compañía constante y silenciosa, compañía que más parecía una guardia. Prohibió que se le hiciera daño. El animal aparecía en todos los campamentos que ella levantaba en sus interminables viajes. Hasta que un día la exploradora se casó con Charles Dupuy, del Camerún francés, y quisieron proseguir las exploraciones juntos y en la misma carpa. Pero no pudieron. Al segundo día, el león se comió al marido. Ella, en lugar de matar al animal, ahora lo adora. Dice que algo de la vida de su marido ha pasado a la del león que lo digirió.



rece que quien realizó el rapto, se amordazó para que no le estorbara.

—Olvidándose, por lo visto —dijo Ellery—, de que en este pícaro mundo para seguir viviendo, uno debe rasgar. Este, ¿cómo se llamaba ella?

—La Divina Lily —respondió el pector, con sequedad.

—¡No me digas! ¡La Divina Lily sus ojos adquirieron singular brillo! Yo la hacía ya fuera de circulación de las tablas.

—Lo estaba. Hace pocos meses se actuó. Nunca pude saber si lo era propia voluntad o si la despidió de la vida común con un hombre, pero unión sólo duró tres meses, pues el hombre se separó de ella. A partir de entonces, la ex corista se convirtió en la más popular de Park Avenue. Dijo de uno a otro lado de esa avenida hasta que no quedó por ascensorista que no la conociera.

—De modo que se convirtió en una mi-mo-dame, ¿eh?

—Así se las suele designar. Los ojos de Ellery Queen se dirigieron a la ventana abierta, una de las que contaba aquel elegante departamento, las otras dos estaban cerradas. En la ventana del cuarto que daba a la escalera para casos de incendio...

—¿Y quién era el acaudalado caso?

—¿A quién te refieres?

—Al que pagaba todo esto.

—¡Oh!, eso sí que es interesante. Calco el inspector, a tiempo que se le punteó, cerraba la puerta que se abría hacia la abierta ventana —sí, ciertas.

—Vamos, vamos, papá; ya voy a ser un mal adivino.

—¡Joseph E. Sherman!

—¿Cómo! ¿El banquero?

—El mismo —aseguró el inspector, luego de exhalar un suspiro, con cierta amargura: —uno de los males de tener dinero es la conciencia. Una conciencia con juguetes caros y... ¡Quién me diría imaginado de ese hombre! Al fin era todo un caballero; tenía una esposa y una hija ya crecida; como lo demás, con todo aquello que se obtiene con el dinero; iba a la escuela regularmente... y sin embargo, se templó a través de la ventana la nieve que cubría la escalera de la casa y a la cual arrancaba la luz de los destellos de plata, y agregó: —¿Tú en qué lío se metió!

El sargento Velie alzó sus hombros, giró su cuerpo con cierta sorpresa, la otra habitación llegaron al oír varias suplicantes voces masculinas, una voz de mujer les replicó, en favor, déjenme tranquila, que me da la gana. Velie se adelantó, abrió la puerta, entró rápidamente a la habitación, había llegado, y volvió a cerrar la puerta sin antes decir con brusquedad: reporteros:

—¡Váyanse de una vez, moceros!

La mujer observó a su alrededor, con voz sorprendida:

—¡Hola!

Era muy joven, no representaba...

TO TAMBIEN
COMO MAMÁ
TEJO CON



HETESIA



PARA LAS CUATRO ESTACIONES Y TODAS LAS EDADES



ORO y PLATA

SECAN COMO EL VIENTO

REPASADORES ORO y PLATA

COLORES FIRMES GARANTIZADOS

CANAS

TINTURA LIQUIDA INSTANTANEA "OBBLISO", superior a todo lo conocido, en 18 tonos; el frasquito \$ 1.20

Apta para profesionales.

La LOCION PROGRESIVA "ULLUN", cristalina, perfumada, en pocos días devuelve el color natural a los cabellos canos; el frasco, \$ 1.50

En venta en la FRANCO-INGLESA, Perfumerías OASIS, y otras de reputación.

Laboratorios "ULLUN" - Varela 1153, Bs. As.

Para estudiar por correo, en su casa, debe inscribirse únicamente, en E.L.A. Ver primero tope interior

Es inexacto que el "Método Crédé" perjudique la vista del niño; lejos de ello, la defiende contra la conjuntivitis purulenta.

PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS.

¡Usted será más hermosa!

Usando los productos de

RAPHAEL DUFOUR

Aprobados por el Departamento Nacional de Higiene.



LAS MASCARAS DE BELLEZA LAS APlica PERSONALMENTE RAPHAEL DUFOUR

Desaparecerán de su piel, manchas, acné, puntos negros, pecas, arrugas, cutis grasoso o seco, asperezas y todas las imperfecciones cutáneas.

CREMAS,

POLVOS
y EMULSIONES

Precio por cada producto, \$ 5 %

Pida prospecto ilustrativo gratis y sin compromiso para usarlo

RAPHAEL DUFOUR

PARAGUAY 631 ★ Bs. As. ★ Tel.: 32-4075

Los productos Dufour se venden en Farmacia Franco Inglesa, Farmacia Nelson y casas de reputación en esta capital.

ner más de 18 años; pero en su juvenil figura había, empero, algo de madurez y algo de cansancio y disgusto en su hermoso rostro. Llevaba saco y gorrito de visón.

—¿Se puede saber quién es usted? —preguntó el inspector, con voz suave, adelantándose a ella.

Las largas pestañas de la muchacha moviéronse hacia arriba y hacia abajo. Su rostro púsose triste, y sus ojos parecieron buscar a alguien. Luego respondió, precipitadamente:

—Soy Rosana Sherman. ¿Dónde está mi padre, por favor?

—Este no es un lugar apropiado para usted, señorita Sherman. En el guardarropa hay una mujer muerta...

—¡Ah! ¿De modo que es ahí donde...?

La joven contuvo por un instante su respiración, y sus ojos claros se posaron en la puerta del guardarropa.

—Pero... ¿dónde está mi padre? —insistió en seguida.

—Haga usted el favor de tomar asiento —le rogó Ellery. Y la muchacha se apresuró a sentarse.

—Se ha ido, señorita —le respondió el inspector con suavidad—. Lamento anticiparle que las noticias que tenemos habrán de resultar muy desagradables, tanto para usted como para su señora madre. Aquí se ha producido un secuestro.

—¡Un secuestro! —exclamó ella, atónita—. Pero... este departamento... esa mujer...

—Usted tendrá, de todos modos, que saberlo —manifestó el inspector—, si es que no lo sabe ya.

—Ha estado viviendo con ella —dijo la joven con voz penosa.

—¿Lo sabía su señora madre? —preguntó el inspector.

—Lo... lo ignora.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Estas cosas... se suelen saber —respondió ella con embarazo.

Por un instante se hizo el silencio.

El inspector la observó con disimulo y volvió junto a la ventana.

—¿Viene su señora madre?

—Sí. Pero yo no pude esperar. Ella viene con Bill... quiero decir, con el señor Kittering, uno... uno de los vicepresidentes del banco de papá.

Hubo otro silencio. Ellery aplastó sobre un cenicero la colilla de su cigarrillo y luego, volviendo junto a la alfombrilla, tornó a observarla. Y sin levantar la vista, murmuró:

—¿Conoces tú, en todos sus detalles, el caso, papá? Es posible que la señorita Sherman sepa también otros detalles. Quizá pueda prestarnos alguna ayuda.

—Sí, si —dijo ella, afanosamente—; quizá pueda.

El inspector se balanceó sobre sus talones y se puso a observar el techo opaco, a tiempo que explicaba:

—Hace unas dos horas, a eso de las 7.30, Sherman llegó al vestíbulo de abajo. El portero lo vió, pero no observó en él nada anormal. El ascensorista lo trajo hasta el sexto piso, lo vió sacar con dificultad la llave y abrir la puerta del frente del departamento. Es lo último que sabemos de él. Nadie más vino... por lo menos, a través de la puerta del frente.

DE LOS CELOS

En amor, los celos parecen tan propios de la naturaleza, que difícilmente se cree que no provengan de ella. Lo que puede afirmarse de una manera incontestable es que la aversión a todo lo que turba y combate nuestros placeres es un impulso innato en el hombre, y que hasta cierto punto el deber es poder exclusivamente lo que nos complace es también un impulso natural.

J. J. ROUSSEAU



CABALLOS BIEN CALZADOS

Las herraduras que se ponen en Islandia a los caballos están hechas de cuerno de carnero. En Sudán, en vez de herraduras se pone una especie de sandalias de piel de camello.



SOBRE EL AMOR PROPIO

Queremos que siempre se nos estime por lo que en realidad somos, sino por lo que nos favorezca y nuestro amor propio sufre al ver que el engaño en que queremos mantener a los demás ha sido descubierto. —PASCAL.

LO LLEVARIAN...

Dos agentes recogen en la plaza de la cordillera, de París, a un norteamericano completamente borracho.

—Bueno, bueno; nada de escándalo —le dicen—. Vámonos a llevarlo tranquilamente a casa. ¿Dónde vive?

—En Chi... co... go...



REFRAN ESPAÑOL

Quien quiere tomar, conviéndale...

Todo pensamiento es un principio de acción. — DESRAELI.

LO QUE HACE DORMIR ES MALO

Un autor teatral, furioso contra el viejo Sansón, porque éste había manifestado su intención de votar negativamente una obra de su autor, en el comité del Teatro Francés, le dijo al crítico:

—Si ni siquiera lo conoce... Dormía usted. ¡No lo niegue! Lo he visto.

A lo que el otro contestó:

—Pero, señor, el sueño es una opinión...



Los años con su fuga se nos llevan alguna cosa. — HORACIO.

fué a la puerta. El sargento Velie, en silencio, se apartó. La puerta no tenía cerradura. Del lado del dormitorio había una manija que, al ser vuelta, hacía funcionar un cerrojo oculto que cerraba la puerta. Asintió, distraído.

—Cerrada con cerrojo desde el lado del dormitorio. Hum... ¿De modo que salieron por la ventana?

—Así es.

La ventana era pequeña y el vidrio inferior estaba levantado lo más posible. Sobre el antepecho de la ventana había una jardinera llena de tierra removida, en la que se veían algunos tallos secos de geranios. La jardinera cubría todo el antepecho y tenía unos treinta centímetros de altura, dejando poco más de sesenta centímetros de espacio libre encima. Por lo demás, era inamovible, habiendo sido construida en el propio antepecho. Ellery sacó su busto por la ventana y examinó el piso de hierro de la escalera para casos de incendio. Su superficie aparecía cubierta por una nieve hollada por ligeras huellas de pies; en los demás sitios, la nieve presentaba una uniformidad virginal. Ellery descubrió huellas de pies mezcladas, que iban hacia arriba y hacia abajo sobre los peldaños de hierro. Miró hacia abajo, hasta donde se lo permitió su vista, y observó que los peldaños presentaban las mismas huellas frías. Debajo del

borde exterior, llegando al extremo del antepecho, la nieve se había acumulado en un montón que aparecía inalterable.

—Ahora —indicó el inspector, imperturbable— echa otro vistazo a la alfombrilla.

Ellery interpretó perfectamente el significado de aquellas huellas de la alfombrilla. Tres diferentes pares de zapatos masculinos habían profanado el rico color gris de la alfombrilla con las huellas de barro mojado. Eran tres huellas de zapatos grandes, pero el primer par tenía puntas sumamente afiladas, en tanto que las huellas del segundo par eran borrosas, y el tercero tenía puntas cuadradas de bulldog. Las huellas apuntaban en todas direcciones, y la alfombrilla estaba, en parte, aplastada y arrugada, como si sobre ella se hubiera librado una lucha.

—Quieres decir —murmuró Ellery lentamente— que hay algo peculiar en estas huellas.

—Ya te he advertido que este es un caso singular —recordó el inspector—. Los peritos han estado observando estas huellas y las otras de fuera. ¿Cuál es tu opinión?

—Los zapatos de la derecha muestran impresiones más tenues y uniformes —murmuró Ellery—; especialmente los talones del pie derecho. En la mayoría de los casos esas huellas de los tacos del pie derecho no son visibles en modo alguno...

—Exacto. Los tres pájaros que hicieron este trabajo... eran rengos.

Ellery encendió otro cigarrillo y dijo:

—Esas son tonterías.

—¿Te parece?

—Yo no creo tal cosa. Me parece imposible.

—Me extraña que digas eso —recalcó el inspector—. Has de saber que no sólo los tres eran rengos, sino que lo eran del pie derecho.

—Te repito que es imposible —insistió Ellery.

La joven escuchaba atónita. Las hirsutas cejas del inspector se alzaron, en tanto explicaba:

—Los mejores expertos en huellas, del departamento de policía, no sólo expresan que ello es posible, sino que aseguran que así fué.

—Nada me importa lo que ellos digan. No creo en esa renguera...

El sargento Velie abrió rápidamente la

AUTORIDAD DEL MARIDO

Así como la gallina
Ante el gallo ha de callar,
La mujer será divina
Si al hombre deja mandar.

MOLIÈRE.



PARA MASTILES

La mejor madera para hacer mastiles es el abeto de Noruega. Luego le siguen en orden: el abeto negro, el pino albar de América y el pino de Escocia.



puerta, al oír, afuera, un alboroto. La hasta ellos, con el murmullo de voces gran humareda. Una mujer de talla pequeña y un hombre atlético se debatían en medio de un grupo de insistentes porteros, que les acosaban como moscas con un pote de miel. El sargento abría a los reporteros con gritos destemplados: —¡Adelante! ¡Pasen ustedes! —por su parte, el inspector, cerrando prontitud la puerta.

La mujer miró a la joven, que se incorporó, y ambas cayeron una encima de la otra, llorando a lágrima tendida. —¡Hola, Kittering! —saludó Ellery, cierto embarazo.

El hombre alto, en cuyo semblante se honda preocupación, contestó:

—¡Hola, Queen! Mal asunto éste. ¡Pobre J. E.! Y está maldita mujer.

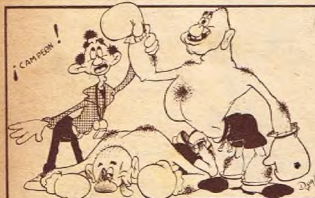
—¿Se conocen ustedes? —preguntó el inspector, con ojos encendidos.

—Nos hemos encontrado en unos clubs —le respondió Ellery.

Kittering era todavía un hombre de buena apariencia. Soltero, de forma de hombre de mundo, su nombre y su estatura eran populares en Nueva York. Su fotografía solía aparecer con frecuencia la sección rotograbado de los diarios yorquinos. Jugaba al polo; criaba

RAYOS X

Por HALEBLIAN Y DEL CASTILLO



— ¿Y poseía un yate de regatas. En esta ocasión, paseó...
— ¡Lado a otro, con la intranquilidad de un animal enjaulado, evitando a las mujeres que lloraban.

— Seguida, el cuarto se llenó de voces: la del inspector, la de Rosana y la de la señora de Sherman. Ellery, que se había sentado frente a la ventana, los oyó como a través de un sueño. El inspector, en tono bondadoso, explicaba a los otros la situación. Kittering continuó paseándose por el piso encerrado, con los ojos que tenían la seguridad de los de un felino.

— La señora de Sherman dejó caer en la silla cromada, de metal. Las lágrimas resbalaban aún por sus mejillas, pero se secaban. Tendría la mujer, posiblemente, unos cuarenta años cuando parecía más joven. Había en sus modales una gracia, una persona mucho de gracia y algo de la majestad de una reina; era una dignidad y belleza aposentadas, que ni el dolor pudo destruir.

— ¿Estaba al tanto de las relaciones de Joe con esa mujer en voz baja. Y añadió, atrayendo hacia sí a su hija: — Rosana, lo sabía. Rosana dijo nada. Bill — agregó, mirando por el borde de la alfombra — lo sabía también, ¿verdad, Bill? — El espasmo de angustia pasó por sus rostros.

— El inspector pareció sentirse incómodo.

— ¿Así es — respondió, un tanto evasivo —. Pero Joe no se preocupó de este asunto en serio. Enid. Ya sabes que...
— No — dijo con gravedad la señora de Sherman —, no se preocupó; jamás lo hacía. El fué en todo momento bueno conmigo, Rosana; bueno con todos nosotros. Lo malo es que él fué también débil de carácter.

— De modo que hubo otros enredos similares, señora de Sherman? — le preguntó el inspector.

— Sí... y en todos los casos me enteré. Una mujer lo admitió en seguida. Una vez — añadió, apretando sus manos enredadas — supo que yo estaba enterada. Se sintió avergonzado de sí mismo, humillado. Me prometió que no volvería a hacer jamás. Pero no lo pudo remediar. Sin embargo, en todos los casos volvía a mí. Nunca dejó de quererme.

— ¿También como si tales explicaciones las hiciera más para sí que para los demás.

— La joven sacudió su cabeza con enojo y tomó una de las manos de la madre. Kittering dijo, en voz baja:

— ¿Vamos, Enid! ¿De qué vale ahora...? Además, todo ello fuera de la cuestión. — Levantó sus ojos fríos hacia el inspector y preguntó: — ¿Qué hay del secuestro, inspector? — Es lo que más interesa, por el momento. ¿Cree usted que los secuestradores encaran en serio el asunto?

— ¿Y qué cree usted? — exclamó el inspector.

— La señora de Sherman se incorporó bruscamente.

— ¡Oh, Bill! — exclamó —. Tenemos que recuperar a Joe! ¡Hay que pagar el rescate que pidan! Cualquiera cosa antes que...
— El inspector se encogió de hombros.

— Tendrá usted que hablar con el comisario, señora de Sherman — dijo —. Yo, personalmente, no puedo...

— Pero eso es absurdo! ¿Usted no puede poner trabas en su camino! — protestó Kittering —. ¡Esos secuestradores son asesinos inescrupulosos que no se detendrán en nada. La vida de Joe significa más que...!

— ¡Vaya, vaya — intercedió Ellery suavemente, adelantándose —. Esta discusión no conduce a nada, Kittering. ¿Cuál es el punto de las finanzas del señor Sherman?

— ¿Sus finanzas? Tan sólidas como el propio dólar.

— No había dificultades de ninguna especie?

— No. Pero, dígame, Ellery, ¿adónde quiere usted ir a parar? ¿Los ojos del hombre despedían fuego.

— Bah, bah, bah — murmuró Ellery —. No se altere usted, señor. ¿Dice que estaba al tanto de las relaciones del señor Sherman con la Divina Lily? ¿Sabía él que usted no lo sabía?

— Sí — murmuró Kittering, bajando los ojos —. Yo le advertí que estaba jugando con fuego. Yo sabía que a nada bueno le conducirían esas relaciones. Le anticipé que por causa de esa mujer se vería el día menos pensado en una posición embarazosa, pues la mujer tuvo en un tiempo relaciones con alguien bajo fondo... — Aquí se detuvo de pronto y añadió, con un suspiro súbitamente por sus propias palabras: — ¡Caramba! ¿Está est? ¡Queen! ¡Inspector! ¡Ya está!

— ¿Qué es lo que está? — preguntó el inspector, al parecer confundido.

POMOMANZAN

Descongestionante y calmante

EN POMOS PROVISTOS DE UNA CÁMULA ESPECIAL QUE PERMITE UNA LIMPIA Y FÁCIL APLICACIÓN



PLAN A DESARROLLAR DURANTE LA SEMANA PRO CONOCIMIENTO Y PROTECCION DE LA PALOMA MENSAJERA

- 18 al 25 de MAYO 1944 -

I. - RADIOTELEFONIA

El día 18 de mayo, a las 20 horas, será irradiado un mensaje por cadena de broadcastings formada por todos los emisores del país, a cargo del señor Comandante General de Comunicaciones del Interior, con lo que se declara inaugurado oficialmente la Semana Pro conocimiento y protección de la paloma mensajera.

Durante los días subsiguientes, y hasta el 25 inclusive, serán irradiados por todos los emisores del país, y a toda hora, frases de divulgación colombófila y de protección a la paloma mensajera.

También a la vez se solicitará la colaboración del público en el sentido de que denuncie las aves extravíasadas.

II. - PERIODISMO

Se gestionará el periodismo en general para que se adhiera a la campaña de propaganda durante la semana oficial publicando algunos afiches especialmente preparados, con textos que den al público la importancia de la paloma mensajera como medio de comunicaciones y la necesidad de proteger su vida.

También se espera obtener, como en años anteriores, que los días domingos próximos a la semana, "La Prensa" y "La Nación" publiquen una página en rotogravado dedicada a la colombófila en general, con datos estadísticos, etc.

Se ha previsto, asimismo, la inclusión de noticias en algunos revistas, completadas con datos gráficos.

En lo que respecta a las agencias noticiosas, se espera la volutosa cooperación que prestará con las informaciones que dan a la prensa del interior.

III. - EXPOSICION DE MENSAJERAS

Es propósito realizar una gran exposición y muestra de mensajeras e implementos colombófilos en la Capital Federal, en la que podrán participar todos los colombófilos del país, con un número limitado de aves, que se premiarán con trofeos a solicitar de las autoridades nacionales, comercio, industria y adquiridos por la Federación.

IV. - AFICHES

Se colocarán afiches en todas las estaciones ferroviarias, subterráneas, oficinas de correos, oficinas públicas (especialmente en el interior).

V. - CINEMATOGRAFIA

Se solicitará de los noticiosos cinematográficos "Sucesos Argentinos" y "Noticioso Panamericano", la filmación de una película de corto metraje de algunas noticias relacionadas con la colombófila, a fin de ser exhibidas en todos los salas cinematográficas de país.

VI. - ESTAMPILLA ALUSIVA

Se gestionará de la Dirección General de Correos y Telégrafos la impresión de timbres con valor postal alusivos a la semana colombófila, como así también la inscripción en la correspondencia con máquina oblitorada.

VII. - REVISTA "COLUMBAS"

La publicación oficial de la Federación, que aparecerá este mes recién el día 18, será dedicada especialmente a la semana colombófila, aumentándose su tiraje con el fin de ser distribuido durante la exposición y hacerse llegar al interior del país, como medio de propaganda a fin de difundir el valor de la paloma mensajera desde el punto de vista de las comunicaciones militares y hacerle conocer al utilidad de estas aves.

VIII. - COMIDA DE CAMARADERIA. ENTREGA DE MEDALLAS

Con la finalidad de estrechar vínculos, se realizará una comida de camaradería a la que serán invitados todos los colombófilos.

Durante la misma se hará entrega de las medallas a los miembros del Consejo Asesor Federal que terminaron su mandato, y algunas distinciones a los colaboradores de la Federación.

IX. - SUELTA DE MENSAJERAS

Como acto final el día 25, después del teodéum, se realizará una suelta de palomas mensajeras desde la Plaza de Mayo de la Capital Federal y localidades del interior donde existen filiales.

Se destaca la significación de este acto en Buenos Aires, ya que las autoridades máximas presenciarán la suelta, en la que, por medio de altoparlantes, se darán notas de divulgación.

Buenos Aires, abril de 1944.

LOS SOLTEROS SE LIBERAN



En vista de los desaguisados hechos por nuestros conocidos aprendices de tejedores con las agujas y la lana, las mujeres se vieron obligadas a intervenir energicamente para salvar de la ruina a tales elementos de trabajo. Ellos no se querían convencer de que no basta comprender una cosa para saber hacerla; creían que con la inteligencia masculina que ellos mismos se atribuyeron habrían de resolver cualquier problema que dependiera de las manos, más aun si el tal problema había sido ya resuelto por las mujeres. Pero ahora las cosas han cambiado; ellos ya están pensando que en el terreno de las mujeres no es tan fácil navegar como la "desconsideración" del hombre está acostumbrada a considerar. Y, mansamente, se han dedicado a aprender... lo que ellas les enseñan.

—¡Bill! ¿Qué es lo que se te ha ocurrido? —preguntó Rosana por su parte, corriendo a su lado.

—Se me ocurrió de pronto —explicó Kittering rápidamente, paseándose de un lado a otro—; si, tiene que ser eso. Esto es, por supuesto, cosa de gente del bajo fondo. Inspector, ¿sabe usted quién fué en un tiempo amante de esa mujer?

—Por cierto —respondió el inspector—, Mac McKee.

—¡El pistolero! —susurró la señora de Sherman, horrorizada.

—¿De modo que usted sabía? —exclamó Kittering, enrojeciéndose—. Entonces, ¿por qué no hace ya algo? McKee debe haber sido la cabeza directriz en todo este asunto.

—Papá —dijo Ellery, con frialdad—, ¿por qué no me lo has dicho antes? ¿De modo que McKee anda metido en este lío?

—Has de saber que yo no he perdido el tiempo y que ya he encargado a mis hombres que traten de darle caza. Pero nada le prometo, señora de Sherman, pues bien puede resultar que él sea completamente

inocente. O de ser culpable, puede que presente una buena excusa. El hombre es astuto. Tendremos que obrar con cautela. Bueno, ¿por qué no vuelven todos ustedes a sus domicilios y dejan por entero el asunto en nuestras manos? Kittering, haga usted el favor de acompañarlas hasta la casa. Mantendremos a ustedes al tanto de todo. No conviene precipitarse. Todavía tenemos que aguardar las instrucciones de ellos respecto a la forma de enviar el dinero del rescate. No hay por qué desesperar. Yo...

—Yo creo que es mejor que me quede —dijo la señora de Sherman con serenidad.

—Enid... —murmuró Kittering. La puerta se abrió bruscamente contra la espalda de Velie, y por ella penetraron dos hombres uniformados llevando una gran canasta con tapa. Las mujeres palidecieron y se guarecieron en un rincón. Kittering las siguió, incitándolas a mantenerse serenas. Todos ellos apartaron sus ojos del armario.

—¿Qué piensas tú de McKee? —preguntó Ellery a su padre en voz baja, mientras los hombres de la morgue retiraban algo del guardarropa incrustado en el muro—. ¿Qué posibilidades ves por ese lado?

—Desde tiempos atrás conocía ya el detalle de que la Divina Lily había hecho vida en común hace un par de años con Mac. Pero esta noche, cuando interrogué a la telefonista de abajo, antes que tú vinieras, descubrí algo.

—¿Pasó él a verla esta noche? —preguntó Ellery, con prontitud.

—Ella le llamó poco antes de las ocho. Pidió a la telefonista que le diera cierto número, un número que nosotros sabemos conduce a la madriguera de McKee. La telefonista es curiosa y se puso a escuchar. Oyó que Lily hablaba con un hombre al cual llamaba "Mac", y le pedía que fuera a verla a su departamento. Parecía muy agitada por algo.

—¿Y vino McKee?

—El portero asegura que no. Pero no olvidemos que hay otras entradas.

—Sí, sí —se apresuró a decir Ellery—, pero si la Divina Lily le llamó a las ocho, ¿cómo quieres que él haya podido tener...?

—Yo tengo mis propias teorías a ese respecto —interrumpió el inspector.

Los empleados de la morgue arrojaron

con brusquedad algo, que cayó ruidosamente en el interior de la canasta. La señora de Sherman se estremeció, y Kittering se apresuró a sostenerla, mientras prodigaba palabras de aliento. Ellery miró su indignación y preguntó:

—¿Qué se te está ocurriendo? —

—¡Llé el inspector—. Claro que lo sabes!

—¿Guardaba el señor Sherman zapatos suyos?

—Mi querido hijo —murmuró el inspector, un tanto sarcástico—, ¿debo explicarte otra vez todos esos detalles de la vida íntima? ¡Claro está que daba ropas suyas!

—¿Zapatos también?

—Ya nos hemos ocupado de cogerlos. Todos sus zapatos están aquí, y son del mismo tamaño, pero ninguno concuerda con las huellas que aparecen la alfombra y en la nieve. De los nuestros que fueron tres hombres los que hicieron el trabajo. Ninguna de esas huellas pertenecía a Sherman, sus zapatos comunes aparecen completamente secos.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Hemos hallado sus zapatos de mojado en el vestíbulo.

—¿Sabes si Sherman reniega?

—¿Y cómo quieres que sepa tal cosa?

—protestó el inspector, con reproche. Los empleados de la morgue tomaron la enorme canasta por sus dos

EL PRIMERO DE HIERRO

El primer puente de hierro de grandes dimensiones que se hizo en el mundo fué construido en 1773 sobre el río Severa, en Inglaterra.



NO MERECE PANTALONES

En Corea usan faldas cortas todos los solteros, no permitiéndose el uso de pantalones sino a los casados.



LOS ESPEJOS QUE MIENTEN



La gentil muchacha con quien estuvimos en el número pasado en su visita a la casa de los espejos, se detuvo hoy en uno de ellos que es digno de publicidad. Ante él desapareció todo vestigio de elegancia y hasta de formas humanas. Puede suplantar al lector, si tiene buena imaginación, la figura de la muchacha por la de sí mismo y verse convertido en un ser extraordinario.

...y salieron resueltamente de la habitación.

Señora de Sherman, ¿renguea su marido?

La mujer, toda temblorosa, respondió:

—Pero rengueaba alguna vez?

—No.

—¿Alguna persona de sus relaciones era...

—De ningún modo! —masculó Kitter-

—¿En qué clase de laborismo se está usted por meter ahora? ¿Por qué no ocurre de una vez del tal McKee?

—Yo creo que es mejor que ustedes se vayan ya —manifestó el inspector—. Es que se ha prolongado demasiado.

—En momento —dijo Ellery—; debo estar en claro estos detalles. ¿Muestran también las huellas de la escalera para el incendio esas características de...

—¿Claro! Pero, ¿adónde piensas ir?

—A fe que aun no lo sé —respondió Ellery, ligeramente irritado—. Trato de rastrearlos. Esos tres hombres rengos... Señora de Sherman, su marido es más...

...de complejión fuerte, ¿verdad?

—Sí. Y pesa bastante.

Ellery asintió, con una mirada de satisfacción. Y preguntó, por lo bajo, a su madre:

—¿Hay en la nieve alguna huella de Sherman?

—No. Debe haber sido transportado. Probablemente lo desvanecieron mediante un golpe aplicado en la cabeza.

—De ahí la raspadura en el piso —dijo una voz aguda, por sobre el hombro del inspector.

—Ah, ¿es usted, Thomas? ¿Qué dice usted de esa raspadura?

—Eso indica —explicó el sargento Velie con ojos que estaban sumamente brillantes— que el hombre fué llevado a la meta, ¿no? El rayado del piso va desde la alfombra hasta la ventana. De modo que lo arrastraron hasta la ventana y luego lo alzaron para descenderlo. Los intrusos sorprendieron a estos dos tórtolos, maniataron a la débil mujer, descargaron un golpe en la cabeza de Sherman y lo arrastraron...

—Ya me explicó usted antes —gruñó el inspector—. Los peritos dicen que la raspadura fué hecha por el taco de un zapato. Bueno, ¿se puede saber por qué estamos perdiendo tiempo? Ah, sí; hay otra cosa. Kittering le interrumpió, para decirle:

—Inspector, nos vamos. Confiamos en ustedes para que...

—Sí, sí —murmuró Ellery—. Tenga usted paciencia por el momento, Kittering.

—¿Qué estabas diciendo tú, papá?

Un vozarrón lanzó un grito ronco en el otro cuarto. Velie abrió la puerta, y en la otra habitación vióse a dos detectives que forcejeaban con un hombre con abrigo de piel de camello. Varias máquinas fotográficas tomaron instantáneas, en tanto los fotógrafos comentaban encantados su buena suerte. Otro dos hombres, que estaban por lo bajo, hallábanse inmortalizados contra una pared, vigilados por otros detectives.

Muebles RUSTICOS

DORMITORIO "GRAN PROVENZAL" macizo, de ambiente confortable. ROPEO 2 mts. Desarme. COMODA, marco con espejo cristal, CAMA 2 plazas, Eléct. ref. 2 MESAS LUZ, DE NUESTRA FABRICA, a

\$ 950

"TARBES"
CARLOS PELLEGRINI 860

FACILIDADES DE PAGO

Secretos del perfume

Arma invisible y sutil, el perfume debe envolver a la mujer como si fuera el aroma de su alma.

Loción Origan de PREAL, es la quintaesencia de la femineidad, que ayuda en forma casi imperceptible a conservar un corazón ya conquistado o a apoderarse de otro que se muestra lejano e inaccesible...

Loción Origan de PREAL acaricia los sentidos con su fragancia exquisita y cautivadora.

En farmacias, cancheros y perfumerías.

Capital \$ 200.000.—

PARAGUAY: VICENTE SCARONE Y CIA. REPRESENTANTE: Palma 224-26, Asunción

EXTRACTO Y LOCION Origan de PREAL

(Destaca su personalidad)

—¿Qué es esto? —exclamó el inspector, desde la puerta. El murmullo se apagó y el hombrachón dejó de forcejear—. ¡McKee! —musitó el inspector, reconociéndolo—. Bien, bien. Siempre oponiendo resistencia, ¿eh, Mac? ¡No le da vergüenza? Déjenlo, muchachos, pues ahora se comportará como la gente.

El delincuente hizo un hábil movimiento de hombros y arrojó hacia atrás a los detectives que le sujetaban.

—Vámonos ya —propuso Rosana, con voz débil.

—Todavía no —murmuró el inspector, sin volverse—. Adelante, Mac. Thomas, cierre la puerta. Y ustedes —dijo a los otros detectives— quédense ahí afuera haciendo compañía a los secuaces de McKee.

Todos regresaron al dormitorio. El delincuente se mantuvo vigilante. Tenía los párpados de batarico y labios gruesos y prominentes. A sus ojos asomaba la astucia. Las dos mujeres se echaron instintivamente hacia atrás, con repulsión y temor, en tanto que Kittinger se puso alerta. Por un momento, hubo en la mirada del pistolero una crueldad de fiera salvaje.

—¿Sabe por qué le atrapan, Mac? —preguntó el inspector, adelantándose al corpulento individuo y mirándole en los ojos.

—¿¿¿Está loco, inspector! —le respondió McKee. Y sus ojos fueron de Sherman a Kittinger, Ellery, la alfombrilla la ventana abierta y la puerta también abierta del guardarra—pa—. A mí no me atrapan. Vine aquí solo, y sus hombres se me echaron traidoramente encima.

—¡Ah! ¿De modo que vino usted a hacer una visita amistosa? ¿Vino a ver a la Divina Lily?

Vellie se plantó vigilante detrás del individuo. Ambos tenían la misma altura y corpulencia. Pero McKee se mantuvo tranquilo.

—¿Y qué, si así fuera? ¿Dónde está ella? ¿Qué ocurrió aquí?

—¿No lo sabe, eh?

—¿Para qué demonios le preguntaría si lo supiera?

—Siempre el mismo insolente —recalcó el inspector—. ¿Ha visto usted alguna vez a cualquiera de estas personas, Mac?

Los ojos de McKee observaron a las dos mujeres y a Kittinger.

—No —respondió, con sequedad.

—¿Sabe quiénes son?

—No tengo el placer —añadió, sarcástico.

—Esa es la señora de Sherman y esa su hija. En cuanto al señor, es Kittinger, asociado comercial de Joseph E. Sherman.

—¿Y qué me dice con todo esto?

—¿Qué le digo? —masculló el inspector, indignado. Y añadió: —Oígame: a la Divina Lily le dieron el pasaporte y a Sherman lo secuestraron. ¿No significa esto nada para usted?

Una ligera palidez recorrió el rostro curtido del delincuente, que se pasó una punta de la lengua por los labios y exclamó:

—¿De modo que a Lily la liquidaron, eh? ¿Y aquí?

Sus ojos recorrieron el cuarto, buscando el cadáver.

—Sí, aquí. La mataron por asfixia. Admito que ésta no es su técnica habitual, Mac; que significa en usted un refinamiento, pero...

El hombre se recogió como una gigantesca tortuga, se empujaron sus ojos y todos sus músculos se pusieron en tensión.

—Si usted cree que yo tengo algo que ver en este asunto —recalcó—, es que ha perdido el juicio, inspector. Pero si mi explicación...

—¡Asesino! —exclamó Kittinger, con indignación. McKee se dio vuelta, echó mano a algo que tenía dentro del saco, bajo las axilas, pero se confuyó y permaneció tranquilo—.

—¿Dónde está Joe Sherman? —preguntó Kittinger, y en un movimiento tan veloz e inesperado que ni el sargento Vellie ni Ellery pudieron intervenir, descargó un puñetazo en el mentón de McKee. Fué un golpe recio, que hizo trastabillar y dejó asombrado a McKee. Pero el hombre no mostró la menor intención de contestarlo. Sus ojos parecían despedir fuego al mirar a Kittinger. Rosana y Enid Sherman tomaron por el brazo a Kittinger, llorando. Ellery lanzó entre dientes una maldición, y el sargento Vellie se interpuso entre los dos hombres.

—Esto sobrepasa ya la medida —expresó, secamente, el inspector—. Váyase usted, Kittinger. Usted también, señora; y usted señorita. —Y por lo bajo, advirtió a Kittinger: —Usted cometió un grave error al dar ese golpe. ¡Retírese ya!

Kittinger dejó caer sus brazos, suspirando. Las dos mujeres, sin hablar, lo sacaron de aquel dormitorio, y los tres desaparecieron entre el grupo de personas que aguardaba en la otra habitación.

Un estremecimiento recorrió los brazos de McKee y sus ojos se clavaron en la puerta gris. Dijo, para sí, algo por lo bajo, moviéndose apenas sus abultados labios.

—Lily le telefonó esta noche, ¿verdad? —preguntó el inspector.

El pistolero se humedeció los labios y respondió, con cierta prevención:

—Sí, ¿y qué?

—¿Por qué le telefonó? ¿Qué quería de usted?

—No lo sé.

—¿Le pidió que viniera?

—Sí.

—Usted vivió en un tiempo con ella, ¿verdad?

—Ya sabe usted que sí.

—¿Ella le telefonó a las ocho esta noche?

—Sí.

—Y ahora son las diez —observó con astucia el inspector—, ¿Le llegó a usted dos horas venir desde el Bronx hasta aquí?

—No me retuvo.

—¿Conocía usted a Sherman?

—Oí hablar de él.

—¿Sabía usted que Lily convivía con él?

McKee se encogió de hombros y respondió, impaciente:

—¡Demonios, inspector, usted no tiene nada contra mí! Claro que lo sabía, pero, ¿qué hay con eso? Cuando ella me telefonó, pensé que se encontraría en algún aprieto, y recordando otros tiempos decidí venir para ver de qué se trataba. Eso es todo.

—Cree —dijo Ellery, con voz suave—, que haría usted bien en sacarse los zapatos, McKee.

—¿Qué? —exclamó el pistolero, estupefacto.

—Sáquese los zapatos —insistió Ellery, paciente—. En esta época, habría sido una parte diferente de su anatomía. Vea, haga el favor de hacer sacar los zapatos a los que acompañaban al señor McKee.

Vellie salió. McKee, como un toro enceguecido, observó la alfombrilla, las huellas barrosas, lanzó luego una maldición y observó sus descomunales pies. Sin decir una palabra, tomó asiento en una silla cromada de terciopelo y se quitó sus patones manchados de barro.

—La tuya ha sido una buena idea, Ellery —aprobó el inspector.

Vellie regresó trayendo dos pares de zapatos mojados, a medio de las risotadas de los hombres que estaban en el cuarto contiguo. Ellery se puso entonces a trabajar en silencio. Al cabo de un tiempo, alzó la cabeza, devolvió a McKee sus enormes zapatos y dió los otros a Vellie, que tornó a salir.

—Un fracaso, eh? —dijo McKee, sarcástico, atándose los zapatos—. Ya les dije que eran ustedes cortos de vista.

—¿Renguea alguno de esos hombres que están en el cuarto, Vellie? —preguntó Ellery, cuando el sargento regresó.

—No, señor.

Ellery dió unos pasos hacia atrás, golpeó un cigarrillo contra la uña de su dedo pulgar, y McKee, lanzando una risotada, se apresó a retirarse.

—Un momento, Mac —le dijo el inspector—; usted que detenido.

—¿Que usted me arresta?

—Le detengo por sospecha —explicó el inspector—. Usted la Divina Lily le estaban haciendo el juego a Sherman. Usted hizo intervenir a la mujer porque conocía cuál era el flaco de Sherman. —El rostro de McKee púsose livido—. Ese noche vino usted con la trampa preparada; le jugó sucio, Lily, la sacó del medio para que no hablara nada; dejó una nota y desapareció llevándose a Sherman. ¿Qué me dice usted de eso?

—¿Digo que se vaya al cuerno! ¿Olvida usted las huellas que hay sobre esa alfombra? ¡Usted mismo comprobó que no concilian!

—Pasa —dijo el inspector— que usted llevaba zapatos ferreños.

—Olvida también que Lily me llamó a las ocho? ¿Y no decir a alguien que estaba allí afuera que ella murió al

HISTORIA DE LA REPUBLICA ARGENTINA



A TRAVES DE SUS PAGINAS DE LECTURA AMENA, INCITANTE Y POPULAR, PODRA USTED CONOCER A FONDO LA HISTORIA DE SU PATRIA EN ESTA OBRA CUMBRE DEL GRAN LITERATO ARGENTINO

**VICENTE
FIDEL
LOPEZ**

Conocer en sus más mínimos detalles la historia patria y contribuir a su difusión es de vital y máximo interés para todos los pueblos que sienten el noble anhelo de ser libres y de crearse una personalidad inconfundible en el concierto de las naciones.

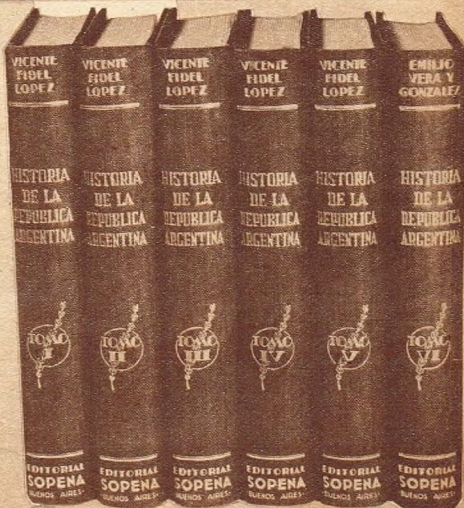
En este pensamiento se inspira Vicente Fidel López para escribir nuestra historia. Su "Historia de la República Argentina" es algo palpitante, lleno de vida y de colorido. En todas las páginas de su obra vibra la emoción, y la pasión que agita su espíritu, y se refleja fielmente en su pluma, es la pasión del que persigue incesantemente la verdad, y no puede, por lo tanto, perturbar jamás la labor serena, justiciera e imparcial del insigne historiador.

Es indudable que la obra histórica de Vicente F. López ha de resonar en muchas generaciones sucesivas como del patriarca que oyó la tribu crédula y que la posteridad recoge, porque hay en ella la palpitación y el color de las cosas vistas y vividas.

6 TOMOS

En una edición continuada por E. Vera y González, y puesta al día con la cronología de los hechos más recientes. La presente edición va ilustrada con gran cantidad de grabados y numerosas láminas a todo color y una lujosa encuadernación en tela con estampaciones de oro.

Puede adquirirse con grandes facilidades de pago a sola firma. Solicite informes, enviando el cupón.



EDITORIAL, SOPENA ARGENTINA

Esmeralda 116, Buenos Aires
Sirvase remitirnos, sin compromiso, las condiciones de adquisición de la HISTORIA DE LA REPUBLICA ARGENTINA (en 6 grandes tomos).

Nombre.....

Calle.....

Población.....

L. 20

Trabaje con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer medias "La Moderna", con la que Ud. puede obtener fácilmente hasta \$ 300.— mensuales. Le imprimamos las medias bajo contrato y le entregamos gratis su modelo. AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO. Visítenos o solicite folletos ilustrados.

THE KNITTING MACHINE CO.

Salta N° 482

Buenos Aires

APRENDA RADIO!

Curso completo en 4 tomos, \$ 20.—. Claramente expuestos están en estos libros los más modernos conocimientos sobre radiotécnica. Además se incluyen lecciones para la construcción de receptores y transmisores, con un amplio estudio sobre cine sonoro.

Cada tomo, \$ 5.—

(Flete: \$ 0.75)

Envíos C. Rembolso

Pedidos: A. WARD

Sgo. DEL ESTERO 1519 - Bs. As.

Dr. ROMEO J. MESSUTI

Médico cirujano del Hospital Zabazaretta

Consultas: de 15 a 17 h.

VALLEJO 4645

U. T. 50 - 4224

Dr. ANIBAL O. DE ROA (h)

ENFERMEDADES DE LA PIEL

VIAMONTE 830, Cap.

Solicitar hora a 243-2305

Dr. ANGEL E. DI TULLIO

MÉDICO CIRUJANO

NUEVA YORK 4020

Enfermedades de Oídos, Nariz y Garganta

U. T. 50 - 4278

En el interior de la República, el PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS cuenta con el dispensario número 3, en la ciudad de Santa Fe, San Jerónimo 1823, y el número 4, en Tucumán, Las Heras 879; la atención en los mismos es completamente gratuita.

La guerra no impide que llegue al país en sus envases originales.

preparado por los laboratorios en Londres de Nu-Organic Remedies Ltda.

VENTAS EN FARMACIAS

FRASCOS DE 40 y 100 TABLETS.

dor de esta hora. Si ella me telefonó entonces...

—El juego es ingenioso. Usted estaba entonces aquí y la obligó a hacer ese llamado para poder presentar luego una buena explicación.

—A ver si puede probar lo que dice —le desafió McKee. Y dándole la espalda, dejó la habitación, seguido por Velie.

—¿Y qué hay de esas buellas de rengos? —murmuró Ellery, una vez que la puerta se hubo cerrado—. ¿Crees que él y sus hombres simularan renguear?

—¿Y por qué no? —exclamó el inspector, irritado, tirándose los bigotes.

—Mira, papá. Tú ibas a decirme antes que había algo más. ¿Qué era?

—Ah, sí. Algo que falta de esta habitación.

—¿Qué falta? ¿Por qué no lo dijiste antes?

—Pero...

—Supongo que me dirás que se trata de una valija o de un baúl.

El inspector denotó intenso asombro.

—¿Caracoles! ¿Cómo has adivinado? La mucama negra dice que falta una maleta de caimán, vacía, que pertenecía a la Divina Lily. Ella la vio en el armario embutido, una hora antes de que Lily la hiciera salir. No falta nada más.

—Bien, bien. Esto parece ya ser una pista. A propósito de esa muchacha de color, ¿quiere usted hacerla venir, Velie?

Velie trajo a la muchacha, que parecía hallarse indisputada. Ellery se precipitó hacia ella y le preguntó, súbitamente:

—¿Cuándo fué encerrado por última vez este piso?

—Este... este... hoy —tartamudeó la mujer.

—Hoy..., ¿cuándo?

—Por la tarde. Yo misma lo hice.

—Bien, bien; lo supongo —murmuró él, impaciente—. Eso es todo. Llévsele, sargento.

—Pero, Ellery!... —protestó el inspector.

—Muy bien —prosiguió Ellery—; muy bien; todo está muy bien. Pero lo malo es que falta una pieza. Sin ella... —y se mordió los labios.

—Oye —le dijo el inspector, lentamente—, ¿qué es lo que has logrado?

—Todo... y nada.

—¡Bah! ¿Y qué hay de Sherman?

—Segue los deseos de la señora de Sherman. La seguridad del marido es lo que importa por ahora. Después... ya veremos.

—Está bien —dijo el inspector, con resignación—. Pero no comprendo...

—Tres hombres rengos —murmuró Ellery—. ¡Muy interesante! ¡Muy interesante!

Joseph E. Sherman, sentado en un sillón en la oficina del inspector Richard Queen, en la calle Central, relató su historia con voz desfalleciente. Un automóvil de la policía patrullera lo había recogido una hora antes, sucio, desgredado y atolondrado. Durante un tiempo, se mostró incoherente y sólo atinó a preguntar, torpemente, por su esposa e hija. Parecía desfalleciente de hambre, y tenía los ojos



SOBRAN INSTRUMENTOS

Por primera vez en la historia universal se registra el caso de que sobren instrumentos y no de que sobren hombres con pretensiones de tocar instrumentos. Linda Darnell, la bella actriz cinematográfica que aquí vemos, está desolada ante el triste hecho consignado. No hay hombres en el mundo; se los ha tragado la guerra.

—¡Ah! ¿están en la guerra?, se dijo Linda; ¡allá con los instrumentos! y puso este cartelito que dice: *Deposito oficial. Deje aquí los instrumentos musicales, para los hombres en servicio. Y se llenaron canastas y canastas, que fueron enviadas al frente.*

enrojecidos y de mirar un tanto extraviado, como si hubiera pasado varios días dormido. Habían transcurrido entonces tres días desde aquel en que se halló el



LA MUJER HERMOSA

Una mujer puede fácilmente ser hermosa durante cierto tiempo; tiempo corto, casi siempre que ella trata por todos los medios de prolongarlo más posible. En tales momentos, lo bello constituye una de las bondades y constantes preocupaciones que ocupan el tiempo de la mujer. Es el caso de Rita Hayworth, quien para conservar su magnífica línea, se pasa el día y las noches inventando diferentes medios para contrarrestar su ofición o lo bueno más y los engorrosos chicolines. Su último procedimiento es este de bailar sobre un gigantesco piano, emitiendo una música monstruosa; descubrió su oficio haciendo lo mismo en una película; cuando en otra película encuentre un caso, informaremos a nuestros lectores.

CACHETS FUCUS ANTINEURALGICO

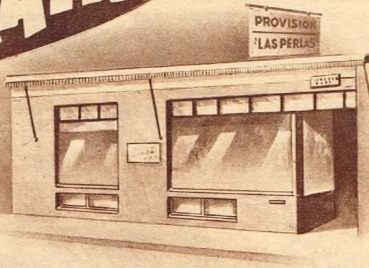
HOMBRES DEBILES

Nuevo método naturista (Hidro-Neumático) BIER y KUHNE alternado, para combatir en privado los TRASTORNOS GENESICOS y restaurar sin drogas el VIGOR MASCULINO PERDIDO. NUEVA PATENTE concedida por el SUPERIOR GOBIERNO DE LA NACION ARGENTINA BAJO EL Nº 44.485.

GRATIS

Pidan folleto explicativo "L" a Ortopedia "JUPITER", Casilla Correo 1924 Bs. Aires, incluyendo \$ 0.30 para franqueos.

GRATIS



Almacén RUA Hnos.

AZCUENAGA 223

Buenos Aires



**SERVIRAN A VD. GRATUITAMENTE
UNA COPITA DEL EXQUISITO**

LICOR LA RÁBIDA

Su finísimo aroma y delicioso paladar le producirán una sensación totalmente desconocida para Vd.

Una elaboración sabiamente dirigida garantiza permanentemente las excelentes cualidades de tan exquisito licor.



DESTILERIAS "LA RÁBIDA"

FEUJO Y CIA. S. R. L. S. 80.000

D'ONOFRIO 130/34 • CIUDADELA F. C. O. • U. T. 653 - 474

—Lo... ignoro. Luego apretaron un fío contra mi nariz, que tenía un fuerte muy particular. Yo estuve forcejeando, pero fué en vano. Es todo cuanto recuerdo. Luego, me senti desvanecer. Creo que me cloroformaron.

—¡Cloroformado! —Todos volvieron asombrados su mirada hacia Ellery, cual contempló a Sherman con unos ojos de brillo muy particular.

—Señor Sherman —dijo lentamente adelantándose—, ¿quiere usted decir que estuvo "fuera de combate" durante el resto del tiempo? ¿Estuvo desvanecido?

—Sí —respondió Sherman parpadando—, Ellery se irguió, y dio con voz extraña —La pieza que faltaba, por fin.

Y yendo hacia la ventana se puso a mirar hacia afuera.

—¿La pieza que faltaba? —preguntó el banquero.

—Terminemos con esto —propuso Ellery, con aspereza—. Joe no está en condiciones de...

Sherman se pasó por la boca una mano temblorosa.

—Cuando volví en mí, me senti... Tenia los ojos vendados, y no sabía donde me encontraba. Nadie se me acercó. En una ocasión, sin embargo, alguien me dejó de comer. Después —sólo Dios sabe cuánto tiempo después— me sacaron a alguna parte y luego comprendí que estaba en un automóvil. Me sacaron posteriormente en un camino. Cuando recuperé el sentido, descubrí que ya me habían desatado. Me quitó la venda de los ojos y... el resto, ya lo saben ustedes.

Hubo un silencio. El inspector agitó los dientes y preguntó:

—¿Quiere usted decir que no pudo identificar a ninguno de sus raptadores, señor Sherman? Pero, ¿y sus voces? ¿Podría orientarnos de algún modo, suministrándonos algún dato.

El banquero, cuyos hombros parecían hundirse, respondió:

—Nada puedo adelantarles. ¿Pueden ustedes ahora?

—¡Un momento! —intervino Ellery—. ¿No tiene usted ninguna otra información que darnos?

—¿Yo? No.

—¿Está usted seguro de que no nos falta nada, señor Sherman? ¿Le gustaría usted dar este molesto asunto por terminado?

EN EL RESTAURANTE

—¡Oigo, mozo! Mire este pollo; ¡no tiene más que los huesos y el pellejo!

—Pero ¿qué más quiere usted, señor? ¿Las plumas?



DEL AMOR

El amor es un deseo de hacerse amar por quien se ama. — HANRYN.

—dijo por terminado —murmuró

que eso no pueda ser —advirtió por cuanto yo sé, señor Sherman le raptó a usted y quién ase-

la Divina Lily.
—¿usted lo sabe? —susurró Rosa. —Quiero quedó como petrificado, se adelantó unos pasos, pero se

—El nacimiento es una cosa curiosa —dijo Ellery—, pero que está dentro de las leyes humanas. —Se puso en la alfombra y encará las cejas. El señor Velie, que estaba junto a la mesa, sacó las manos del bolsillo y se puso a su alrededor—. Este es muy extraño. Pero no habrá de mucho tiempo el ponerlo en claro. —Se adelantó unos pasos, pero se

—Ellery!... —objetó el inspector, —dijo el señor.

—¿Por favor, papá. Considera esa raspa-
—En el piso encerrado. Tus pe-
—¿Entonces que lo que la causó fué
—de un zapato. El sargento, por su
—que dado que fué hecha por el
—de un zapato, ello significa que se
—al señor Sherman a la rastra.
—¿Por qué? —declaró el inspector, de-
—Los Sherman, por su parte, pa-
—de mudados y fascinados. Ni si-
—Ellery se movía.

—¿Ya se me ha ocurrido antes —
—Ellery— que el sargento está en

—El rostro de Velie pareció
—Se le arrastra a un cuerpo
—con suficiente fuerza como para
—los zapatos raspen un piso recién
—entonces tendría que haber dos
—muestras, cualquier niño sabe que el
—es un animal bípedo. Por ello fué
—dijo: sea lo que sea esta raspa-
—que muestra el piso, ella no fué
—hecho por un cuerpo humano al ser
—hecho.

—¿Qué pasó, entonces? —exclamó el

—dijo que esa marca fué hecha
—hecho de zapato, pero no de un hom-
—es arrastrado, la única explicación

DICKENS

"Ninguna causa justifica una guerra"



COMODA COSTUMBRE

En las tallas Sandwich, las viudas tienen la
costumbre de tatuarse en la lengua
los nombres de sus difuntos maridos.



El perfume, invisible personaje

nos sigue y nos rodea, creándonos una aureola de encanto y particular atracción.

Haga Ud. que esa compañía sea grata y distinguida, perfumándose con LOCION CHIPRE de Preal que, con su aroma fino, delicado y persistente, pondrá una nota de distinción en su tocado.

LOCION CHIPRE de Preal es el perfume femenino por excelencia y simboliza la esencia misma de la mujer.

Pruebe LOCION CHIPRE de Preal y tendrá la satisfacción de sentirse agradablemente perfumada.

Se vende en todas las farmacias, tiendas y perfumerías, en varios tamaños.

CAMAUER y CIA.

Soc. de Resp. Ltda.

Capital \$ 200.000.—

Inclán 2839/47 - Buenos Aires

REPRESENTANTES:

URUGUAY: José C. Codenazzi y Cia,
Paysondú 906, Montevideo.

PARAGUAY: Vicente Scovone y Cia,
Palma 224-26, Asunción.



SUSAN HAYWARD
Paramount Pic.



EXTRACTO
Y LOCION

Chipre de PREAL

(El perfume femenino por excelencia)

AVENTURAS DE DON LINO

SE DESQUITO

Por BARTA



es que alguien resbaló en el piso. Tú mismo, papá, has resbalado esta noche y estuviste a punto de perder el equilibrio.

—Pero, ¿qué es esto, una lección de lógica? —masculó Kittering—. Está usted desperdiciando lamentablemente el tiempo, Queen, con su oratoria.

—Pero, ¿y qué confirmaciones tienes? —preguntó el inspector.

—La renguera de esos tres hombres —respondió Ellery, impassible.

—¡La renguera de esos tres hombres!

—Precisamente. Las huellas de la alfombra muestran pruebas evidentes de renguera. Y esto refuerza la teoría del resbalón sobre el piso. La persona que resbaló se dislocó el tobillo o se lastimó la pierna, no seriamente, pero sí lo necesario como para provocar una renguera temporaria.

—Yo me voy a casa —dijo Rosana bruscamente, enrojeciendo.

—Siéntese, señorita Sherman —dijo Ellery, con presteza. Tenemos tres pares de huellas diferentes, al parecer, de hombres rengos. Yo he tratado de hacer comprender antes lo absurdo de esto. ¿Acaso resbalaron tres hombres, o por lo menos dos, en el piso del dormitorio y quedaron momentáneamente rengos? Pensar tal cosa sería ridículo. Sobre todo, teniendo en cuenta que sólo hay una raspadura de resbalón en el piso.

—¿Quiere usted decir entonces —preguntó la señora de Sherman, frunciendo el ceño— que no fueron tres hombres los que secuestraron a mi esposo, señor Queen?

—Exactamente —asintió Ellery—. Mi argumento demuestra que sólo un hombre resbaló en el piso y que sólo un hombre es responsable por los tres pares de zapatos cuyas huellas aparecen sobre la alfombrilla. ¿Cómo se explica esto? Usando el mismo individuo, alternativamente, tres pares distintos de zapatos.

—Pero, ¿qué fué de esos zapatos, Ellery?

—Nadie los halló. Eso quiere decir que el tal rengu se los llevó consigo. ¿Quiéren una corroboración? La facilita el hecho de haber desaparecido una de las valijas de la Divina Lily —Aquí la mirada de Ellery pareció endurecerse—. Ahora bien, ¿por qué se tomó el tal rengu la molestia de fraguar esa pista falsa, de estampar sobre la alfombra esos tres pares diferentes de zapatos? La respuesta es obvia: para hacer creer que intervino más de una persona en el asunto, para hacer creer que fueron tres. Tal número sugiere una gavilla. Por ello, cabe pensar que sólo fué un hombre el que intervino. Pero aparte de eso, ¿tenemos que el tal rengu resulta ser el asesino de la Divina Lily y el raptor del señor Sherman!

Nadie dijo una palabra. Las manos del sargento Velle se abrieron, cerraron, automáticamente, como temblorosas.

—El resto de la explicación puede buscarlo en la ventana y en la escalera para casos de incendio. Como la puerta del dormitorio estaba cerrada con llave por dentro, el secuestrador tuvo que entrar a través de la única ventana del cuarto que daba sobre la escalera para escapar. La ventana es pequeña, y antepecho hay una jardinera inamovible. La jardinera reduce el espacio libre de la ventana en poco más de un tercio, dejando un espacio vertical de no más de sesenta centímetros.

—Ya vemos el enorme corpachón que tiene el señor Sherman, aquí presente.

Amenaza



—¡Si no comes la espinaca, tu papá te castigará!

mo pudo entonces el tal rengu salir a través de ese reducido espacio de la ventana el cuerpo inconsciente del señor Sherman? ¿Cargándolo sobre los hombros y trepando? Eso es absurdo, en circunstancias tales; eso sería por cierto todo más difícil, y probablemente quisiera se le habría ocurrido. Pero así, no habría tenido éxito. Sólo los dos procedimientos para sacar el cuerpo uno sería trepar primero por la alfombra dejando el cuerpo colgando sobre la dinera para poder alcanzarlo desde arriba, llevándolo luego hacia la escalera. Pero no se empleó ese procedimiento en ninguna parte mostraba la alfombra para casos de incendio, y estaba directamente debajo de la alfombra, señales de haber descansado sobre un cuerpo. El procedimiento resultaría el de sacar el cuerpo primero.

Fin de "EL MISTERIO DE LILY"

tras él. Pero aquí surge la misma no hay en la nieve impresión de haberse apoyado sobre ella un humano, viéndose sólo huellas de

—Es que yo no veo... —murmuró el inspector parpadeando.

Poco lo vi yo durante un tiempo Ellery, cuyo rostro parecía hastiado—. La conclusión inmediata es que no se encontraba en la ventana a ningún cuerpo in-

—E. Sherman se puso súbitamente y lanzó un grito ronco. Su rostro congestionarse.

—¡Basta ya! —exclamó—. ¡Fui yo! Yo hice todo ese plan. Yo soy la primera nota a mi dirigida..., las otras. Yo traje, en distintas al departamento los tres pares

Antojo



—Cómo me gustaría que usted me permitiera a bailar la rumba, joven!

y los escondí allí. La noche en que cometí eso... utilicé la jardinera para manchar la suela de esos zapatos. ¡Yo la maté un rapto de mí mismo; la que esa canalla me estaba san- me dejaba vivir! ¡Ultimamente me me divorciara de Enid casarme con ella! ¡Casarme con ella! ¡Basta ya la medida! ¡Y no pude más! Estaba acorralado. Mi po-

—Sherman contemplaba a Enid con la mirada apagada de un agonizante.

—¡Si yo lo sabía... —susurró. —¡Me acordé calmarse un tanto. Y dijo, —¡mente!

—Yo sabía que tú no lo ignorabas, mi buena Enid. Pero perdí la razón.

El inspector murmuró, apiadado:

—¡Lléveselo, Thomas.

—Tú debiste saberlo todo desde el principio —arguyó el inspector, con aspereza, una hora después, ya terminado el sordido caso de Sherman.

—No —dijo Ellery, meneando con gravedad la cabeza—. Yo no supe en realidad a qué atenerme hasta conocer si Sherman había o no estado realmente inconsciente. Por eso aconsejé se pagara el rescate, a fin de que el hombre estuviera de vuelta. Deseaba oír su relato. Cuando dijo que había sido cloroformado en el departamento, mi caso quedó completado, porque sabía que no se había pasado a través de la ventana, ni había sido arrastrado ningún cuerpo inconsciente. Sherman mentía entonces al decir que había sido cloroformado. En otras palabras: no hubo rapto. Si no hubo rapto, entonces fue Sherman el que resbaló en el piso, el que quedó rengu, y el que simuló un secuestro de sí mismo para despistar en el asesinato de la Divina Lily, así como también fué él quien combinó el plan para hacer creer que fué una gavilla quien lo rapto y mató incidentalmente a la Divina Lily. Su resbalón en el piso, fué un mero accidente; probablemente no sospechó tampoco que las huellas que dejaba marcadas en la alfombra mostrarían también esa característica de renguera.

Por un rato guardaron silencio, durante el cual Ellery prosiguió fumando y el inspector miró a través de la ventana con barrotes de hierro. Finalmente, el padre exhaló un suspiro y murmuró:

—Yo lo lamento sinceramente por ella.

—¿Por quién? —preguntó Ellery distraído.

—Por la señora de Sherman.

—Tú fuiste siempre un sentimental. Pero posiblemente lo más extraordinario de este caso es su moral.

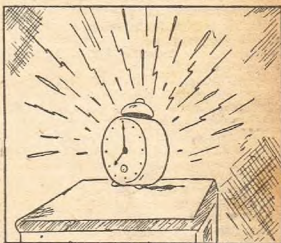
—¿Su moral?

—La moral de que aun el más endurcido de los criminales dice a veces la verdad. Lily llamó a McKee probablemente con ánimo de que éste presionara en la forma que ya nos es conocida sobre Sherman, luego que éste se negó a casarse con ella. McKee se demoró, y fué precisamente a caer en manos de la policía. Pero todo cuanto dijo fué la pura verdad. De modo —prosiguió Ellery—, que ya es hora de que tratemos de reparar esa injusticia y hagamos aquello de que nos olvidamos con la excitación del momento: impartir instrucciones para que dejen en libertad a ese pájaro de Mac.

PANCHO SOMBRERO

POR IMPORTUNO

Por TOONDER



EL MISTERIO DEL

AQUEL joven de elevada estatura, que llevaba su cuerpo protegido por un impermeable, pensó que nunca había visto llover tan torrencialmente. El agua caía en forma ruidosa de aquel cielo negro, y la amarillenta luz de los faroles de la estación se reflejaba en los charcos que el agua formaba. A lo lejos, hacia el oeste, acababa de perderse de vista el furgón cola del tren de Jamaica. Más allá del lugar que abarcaban las luces de la estación, reinaba la oscuridad más completa. El joven aquel se estremeció allí en el andén, y se preguntó cómo era posible que hubiese cometido la imprudencia de llegarse hasta Long Island con un tiempo tan aciago. Se preguntó también dónde demonios estaría Owen. Había resuelto ya llegarse hasta una cabina telefónica, a fin de dar por el aparato sus excusas y emprender luego el camino de regreso a la ciudad, cuando divisó un automóvil bajo, que se deslizaba por el resbaladizo asfalto, se detenía luego rechinando ligeramente y descendía del mismo un hombre ataviado con una vistosa librea de chofer, que buscó el reparo de una galería.

—¿El señor Ellery Queen? —preguntó, tocando ligeramente su gorra.

—Es un hombre joven, rubio, con cara roja y ojos pequeños.

—El mismo —respondió Ellery Queen, con un gesto de resignación.

—Soy Millan, el chofer del Señor Owen, el cual lamenta no haber podido venir a recibirle personalmente. Pero es que tiene algunos huéspedes... Por aquí, señor Queen.

Tomó la valija del detective, y ambos hombres se dirigieron al vehículo. Ellery Queen se dejó caer con un gesto de fatalista sobre el mullido asiento. Maldijo con el pensamiento a Owen y a sus invitaciones. ¡Ah, si hubiera sabido! Después de todo, lo que Owen sin duda quería era exhibirlo ante sus amistades como a un ejemplar raro, como quien exhibe una foca amaestrada. Y los otros aguardaban seguramente que él les relatara alguna perquisita sabrosa. Sin embargo, Owen —para atraerle— le había anticipado que Emmy Willows estaría allí. Y como el detective tuvo siempre el deseo de verse frente a ella... Verdad que era ésta una mujer por demás curiosa. Hija de un diplomático de sangre azul, venido a menos, buscó ella como último refugio el recurso de las tablas.

El automóvil se deslizó a través de la oscuridad, y sus focos delanteros horadaron las tinieblas para revelar de tanto en tanto algún refulgente charco de agua, y, ocasionalmente, un árbol, una casa, un sendero.

—Vaya un tiempo desagradable! —exclamó el chofer.

—A lo mejor le fastidió la locuidad del chofer, y mascallos algo por lo bajo.

—Usted vino retrasado, ¿verdad? —tornó a decir el hombre—. El tren que lo trajo fue el de las 23.50, mientras que el señor Owen me dijo esta mañana que lo esperaban en el tren de las 21.20.

—Sí; algo me retuvo —murmuró Ellery Queen, de mala gana.

—¿Algún caso interesante, señor Queen? —preguntó Millan, con gran interés.

—¡Oh, no! Mi padre no se encontraba bien. Eso es todo —acertó a responder Ellery Queen, cada vez más fastidiado.

Como si hubiera advertido el desganado del detective, el chofer volvió su atención al ca-

mino. Ellery entornó entonces los ojos, con un suspiro de alivio.

Pero Millan era un espíritu perseverante, pues al cabo de un rato, murmuró:

—Esta noche, en casa del señor Owen, habrá fiesta. Sucede que el niño Jonathan...

—¡Ah! —exclamó Ellery, con un ligero sobresalto—. El niño Jonathan, ¿eh?

Ellery se acordaba bien de aquel chiquillo mal criado, caprichoso y perverso, que tenía un ingenio insospechado para hacer travesuras. Volvió a estremecerse, pero esta vez de aprensión. Hasta entonces se había olvidado por completo del niño Jonathan.

—Si, señor; mañana ofrecen una fiesta en honor del niño Jonathan, en su 9º cumpleaños, y los esposos Owen han preparado algo especial. La sorpresa habrá de ser todo un secreto. El niño no sabe nada aun. ¡Quedará asombrado!

—Dado que haya algo que le sombrero —murmuró Ellery, por lo bajo. Y se envolvió en un silencio tan completo que fracasaron cuantos esfuerzos hizo el locuaz chofer para arrancarlo de su mutismo.



La residencia de Ricardo Owen era un amplio caserón, abundante en galerías vistosas pintadas y de claras ventanas. Se alzaba al término de un ondulado sendero flanqueado por elevados árboles. Se hallaba en ese momento la mansión rebordada de luces y con las puertas de calle abiertas de par en par.

—Ya hemos llegado, señor Queen —anunció alegremente Millan, a tiempo que saltaba con agilidad del vehículo y abría al momento la portezuela—. El pórtico está ahí cerca, y no tiene usted necesidad de mojarse mayormente.

Ellery descendió y se encaminó al pórtico. Millan sacó la valija del automóvil y ascendió con ella las escaleras.

—No se ve por aquí ningún sirviente. Sin duda está presenciando la función.

—Función? —exclamó el detective, con cierta aprensión.

—Pase, señor —le dijo Millan—. Yo iré en busca del señor Owen. Están ensayando, seguramente. No podían hacerlo mientras el niño se hallaba dormido, de modo que debieron esperar a que se fuera a acostar. La función es para mañana, y parece que el niño sospechaba algo. Menudo trabajo les costó.

—Lo creo; lo creo —murmuró Ellery, maldiciendo mentalmente al chiquillo. Y contemplando, desde un pequeño hall, un living-room amplio, cálido y atrayente, añadió: —¿De modo que ensavan una pieza? Hum... No se moleste, Millan; andará un rato por ahí y aguardaré hasta que terminen. ¿Quién soy yo para cortar un ensayo general?

—Sí, señor —murmuró Millan con un vago desaliato; dicho lo cual depositó en el suelo la valija, tocó respetuosamente su gorra, y desapareció por un corredor exterior. La puerta se cerró con un ligero ruido, aislándolo de la lluvia y de todo aquel mundo exterior.

Ellery se despojó de mala gana de su sombrero e impermeable empapados, y avanzó por el living-room para calentarse sus manos heladas al calor del hogar. Permaneció un buen rato ante las llamas, percibiendo sólo a medias el murmullo de voces que penetraba por las altas de las dos puertas abiertas, que se encontraban más allá de la chimenea.

Una voz de mujer estaba recitando con voz infantil:

—No, váyase; se lo ruego. No volveré a in-

terromperle. Me atrevo a decirle que a haber uno.

—Es Emmy —pensó Ellery, volviendo momentáneamente a la realidad—. ¿Qué pasa aquí?

Fué hasta la primera puerta y se reconoció el marco de la misma.

Entonces se halló frente a un curioso espectáculo. Por lo visto, allí estaba la biblioteca hecha a la moderna. Se hallaba libre la parte más alejada, y un taller de fabricación casera, hecho con sábanas donadas y una polda, se extendía a través la habitación. El telón se hallaba levantado en el improvisado escenario había una larga cubierta con un mantel blanco, en ella platos y pequeñas salseras. En la cabecera de la mesa, se hallaba Emmy Willows, vestida en forma casual, delantal de niña, con el cabello de cascadas piernas en medias blancas y zapatos negros con tacos bajos. A su lado se sentaba una curiosa figura: era nada más que un conejo del tamaño de un hombre, dos enormes orejas enhiestas y un gran en su velludo cuello. Su boca se abría de una manera tan exagerada que cada vez que emitía un sonido humano. Junto a él se figura un niño no menos gracioso: tenía cara de niño, pero sus movimientos eran lentos y pesados, más allá del más pequeño de aquellos que se asemejaba mucho a un lirón, contraído sentado en el más notable de los tóro: un ser curioso, con cejas peladas, cicones que hacían recordar a George en el cuello ostentaba un moño; los brazos chaleco muy singular y tenía en la cabeza un sombrero extraordinariamente alto, en el cual estaba metido un letrero que decía: "Este es el 10/6".

Componían el auditorio dos mujeres, señora de edad, de cabellera blanca, con una menuda ceja de adivinar la pereza, y una mujer joven, muy bonita, bello claro y ojos verdes. Luego advirtió que dos sirvientes asomaban por la puerta, curiosos, pero con una mirada de disgusto. —¿Deli! haberme imaginado lo que se sentaría, estando Emmy en la casa detective... Pero esta es una hora buena para ese endemoniado chiquillo. —Estaban aprendiendo a dibujar el lirón, con voz chillona, bostezando los dos ojos—; y dibujaban toda su cara cuyo nombre empieza con M. —¿Por qué con M? —preguntó el chiquillo.

—¿Por qué no? —preguntó la librería indignada sus orejas.

El lirón empezó a cabecear y se movió tíneamente acasado por el caballero del sombrero, que le pellizcó con los dedos le hizo lanzar un chillido y decir: —Que empiezan con "m", como Pero... ¿has visto tú alguna vez memoria?

—¿A decir verdad —confesó la niña, —Yo nunca vi.

—En ese caso, no deberías haberlo el sombrero, con asperza. La muchacha se incorporó, disimuladamente comenzó a alejarse. El lirón se quedó; la librería y el sombrero se pusieron pie, y tomando la cabeza del pequeño trataron afanosamente de meterla por de una enorme tetera que había sobre

ESPEJO

Por
ELLERY QUEEN

ILUSTRACION DE ARTECHO

Y la niña se puso a gritar, golpeando in-
cansablemente el suelo con su pie derecho:

—Nunca más volveré a ir allí. Es la fiesta
más insípida que vi en mi vida.

Y desapareció detrás del telón. Un momen-
to después, se agitaba éste al poner ella en mo-
mento la cuerda de la polea.

—Sobrbio! — murmuró Ellery, aplaudien-
do. Bien, Alicia. Mis felicitaciones al lirón
y a la liebre, como así también a mi buen ami-
go el sombrerero.

El sombrerero clavó un instante en él su
mirada, y luego cruzó la habitación. Sus fac-
ciones, por debajo del maquillaje, denotaban
buen humor. Era un hombre vigoroso, de ges-
ta ligeramente burlón.

—Queen! ¿De dónde diablos has salido? Me
habías olvidado completamente de ti. ¿Qué te
había pasado?

—Asuntos de familia. Pero Millan me hizo
los honores. No te imaginas qué bien te sienta
el papel que personificas. No sé qué te hizo
salir al mundo de las especulaciones finan-
cieras. ¡Tan bien que estás en tu papel de
sombrerero!

—Te parece? —exclamó Owen, complacido—.
Como que siempre tuve alguna pasta de artis-
ta. Por eso patrociné la función de Emmy en
"Alicia". Mira, te voy a presentar a toda la
comparsa. Mamá —dijo a la señora de cabello
blanco—, te presento a Ellery Queen. Queen,
esta es la madre de Laura, la señora Mans-
field. La señora de edad esbozó una sonrisa
dulce, pero Ellery observó que sus ojos eran
muy astutos—. La señora Gardner —prosiguió
Owen, señalando a la rubia de ojos verdes—.
Casase o no, es la esposa de esa liebre peluda
que se ve allí. ¡Jo, jo, jo!

Hubo algo brutal en la risa de Owen. Ellery
le dio una reverencia a la mujer hermosa, y
se retiró rápidamente.

—¿Es usted la esposa de Paul Gardner, el
inspector?

—Me descubrieron —dijo la liebre, con voz
serena. Y quitándose la cabeza postiza, de-
jó al descubierto un rostro bien afeitado y
unos ojos chispeantes—. ¿Qué tal, Queen? No
te reía desde que oficié de testigo para su pa-
dre, en aquel escabroso asunto Schultz.

Luego de estrecharse ambos la mano, dijo
Ellery:

—Señora de Gardner, tiene usted un mari-
do muy hábil. En aquel famoso caso se des-
empeñó, estupidamente.

—¡Oh!, yo siempre dije que Paul es un genio
—murmuró la rubia con voz extraña—. Pero
él no me quiere creer. Él cree que yo soy en
el mundo la única persona que no sabe aquil-
lar sus méritos.

—Vaya, Carolina —protestó Gardner, con
una sonrisa forzada. Y por algún motivo des-
conocido, fijó un instante su mirada en Ricar-
do Owen.

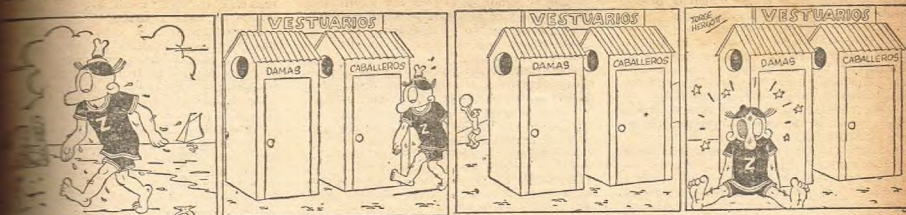
—Supongo que se acordará usted de Laura
—murmuró Owen, tomando a Ellery por un
bezo—. Es la que hace de lirón. Un estupen-
do roedor, ¿eh?

La señora de Mansfield perdió por un fugaz
instante su expresión dulce. Lo que la hacía
de lirón, pensó, al oírse tratar en público de
roedor por su esposo, fué algo que ocultó la



CON ZENON EL DISTRAIDO

Por JORGE HERGOTT



despejado. Entonces Gardner, bostezó a su dormitorio, en tanto que en un sueño pesado e intranquilo.

Owen tuvo la sensación de que se en los tiempos de la Inquisición y a un cruel tormento. Sintió que le fuerza del brazo y experimentó, un dolorcito casi agradable. Pe abrió los ojos, vio por encima de rojo de Millan, cuyo cabello rubio completamente enmarañado.

«¿Qué? ¿Señor Owen! — exclamó, por Dios! Owen se sentó rápidamente, alarmado. «¿Ocurre, Millan? — preguntó. Owen ha desaparecido. «¿Owen saltó prestamente de la cama, que ha desaparecido? «¿No podemos dar con él, por nada del

«¿Y tome un trago para reanimar el detective, sin perder la calma, despojado del pijama—. Diga por señora Owen, que no haga nada más. «¿Y que no salga nadie ni hablo, ¿comprende?

«—dijo Millan, en voz baja. Y salió, y vistió y refrescó el rostro con de un bombre. Y corrió luego a la. Halló a Laura Owen en un armario, echada en un sofá, sollozando. Mansfield palmaba en el hombro a El niño Jonathan Owen miraba con a su abuela. Emmy Willows fue a un cigarrillo. Y los Gardner y quietos, junto a las ventanas. «Queen — murmuró la actriz, rápidamente un hecho dramático había incluido en el libreto. Por lo drama lo ha tomado Laura Owen, y convencencia de que esto no solamente nada alarmante?

«¿¿¿¿¿ hacer tal cosa — advirtió Elly, hasta que me haya impuesto de los que el señor Owen ha desaparecido? «¿¿¿¿¿ qué circunstancias? — murmuró la señora. «¿¿¿¿¿ su rostro bañado en lágrimas. «¿¿¿¿¿ ocurrido algo terrible. Y tuve el. «¿¿¿¿¿ Recuerda anoche, después de lo acompañó hasta su habitación?

«¿¿¿¿¿ a bajar luego las escaleras y dijo a su cuarto de trabajo a tomar unos para el lunes. Y me indicó que me Todos los demás habían subido, incluso las sirvientes. Le aconsejé que no se hasta muy tarde, y subí a acostarme. «¿¿¿¿¿ rendida, y en seguida me dormí por. «¿¿¿¿¿ Ocupan ustedes un mismo dormitorio, señor Owen? «¿¿¿¿¿ tenemos camas gemelas. Yo me quedé, y recién me desperté hace media ho-

ra, Entonces vi... — Se estremeció y volvió a sollozar. Su madre la miró disgustada—. Su cama estaba intacta. Y todavía se encontraban, donde él las había dejado, las ropas que se quitó para ponerse las de la obra. Sorprendida, corrió escaleras abajo, pero no le hallé...

«—De modo —dijo Elly— que, al parecer, todavía anda con las ropas que usó para el papel del sombrerero loco? «Se fijó usted en su guardartopo, por si falta alguno de sus trajes?

«—Todos están allí. ¡Oh, estoy segura de que está muerto! «—Laura, por favor! —advirtió la señora Mansfield, un tanto severa.

«—Pero es que esto es horrible, mamá! «—Vaya, vaya. A no desesperarse — aconsejó Elly—. «¿Estaba él preocupado por algo, como por sus negocios, por ejemplo?

«—Estoy segura de que no. En realidad, ayer mismo me decía que nunca le habían ido las cosas tan bien. Por lo demás, no es de los que se dejan abatir por las preocupaciones.

«—Entonces será probablemente un caso de amnesia. ¿No sufrió últimamente alguna emoción fuerte?

«—No, no. «—¿Y no hay posibilidad, a pesar de su "disfraz", de que haya ido a su oficina?

«—Nunca concurre a ella los sábados. El niño Jonathan introdujo los puños en los bolsillos del pantalón y recalco, con gesto despectivo:

«—¡Apueto a que ha vuelto a emborracharse! «¿Siempre está haciendo llorar a mamá! «¡Ojalá no vuelva nunca!

«—Jonathan! — chilló la señora Mansfield —; ¡Sube a tu cuarto ahora mismo! «¿Me oyes, perverso? «¡Ahora mismo!

Nadie dijo nada; la señora Owen prosiguió llorando; el niño Jonathan, con ceño adusto, miró a su abuela con franca ojeriza, y luego ascendió de mala gana las escaleras.

«—¿Dónde estaba su esposo cuando usted le vio por última vez, señora Owen? — preguntó Elly Queen—. «¿Acaso en este cuarto?

«—En su cuarto de trabajo — dijo ella, con dificultad—. Le vi entrar en él, cuando yo subía las escaleras. Es esa la puerta.

E indicó una puerta que quedaba a la derecha de la de la biblioteca. Elly se sobresaltó; era la puerta a la que había ido a dar, durante su peregrinación de la noche anterior en pos de la biblioteca.

«—¿Cree usted?... — comenzó a decir Carolina Gardner, con voz ronca, y se detuvo. Tenía los labios resacos, y a la luz gris de la mañana su cabello no parecía tan rojo ni sus ojos tan verdes. Daba, más bien, la sensación de una flor marchita; se diría que lo que acababa de producirse había tenido la virtud de apagar instantáneamente, en parte, el esplendor de su belleza.

«—No te mezcles en esto, Carolina — le aconsejó Gardner, con aspereza.

Gardner tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

«—Vaya —murmuró Elly Queen—, es posible, como lo dijo la señorita Willows, que nos estemos alarmando por nada. Si ustedes me perdonan, voy a echar un vistazo al cuarto de trabajo de Gardner.

Penetró en el mismo, cerró tras de sí la puerta y se pasó de espaldas, contra la misma. Era un cuarto pequeño, tan estrecho que por contraste parecía largo; estaba discretamente amueblado y tenía aspecto de oficina. Nada se veía allí capaz de hacer sospechar que se hubiera producido en ese lugar un crimen. Elly lo examinó, muy pensativo.

Todo estaba, al parecer, en su lugar y no se advertía objeto alguno que pareciera estar de más. La mirada del detective se desvió y se clavó en algo que estaba frente a él. Aquello era curioso... Frente al lugar donde se recostaba contra la puerta, había un alto espejo fijo en la pared opuesta, espejo que iba desde el piso hasta el cielo raso y que constituía, por cierto, un adorno harto extraño. La esbelta figura del detective y la puerta que quedaba detrás de él, se reflejaban nitidamente en aquella relumbrente superficie. En la parte alta de la luna del espejo, por sobre la puerta, Elly divisó la esfera de un moderno reloj eléctrico. Y ante la tenue luz del día, observó en esa esfera cierta luminosidad que le llamó la atención. Alejóse de la puerta, se dio vuelta y miró hacia arriba. Era un reloj de cromo y ónix, de aproximadamente un pie de diámetro, redondo, sencillo y notable a la vez.

Abrió la puerta e hizo señas a Millan, que se había plegado al silencioso grupo del *living-room*.

«—¿Tiene una escalera? — le preguntó. Millan trajo una. Elly se sonrió, cerró con firmeza la puerta, subió por la escalera y examinó el techo. Tenía éste el enchufe en la parte trasera y, según se cerciórió Elly, estaba conectado. El mecanismo funcionaba, pues Elly consultó su reloj pulsera y comprobó la exactitud de la hora. Pero cuando ahuecó sus manos para apagar la claridad y miró con fiebre, vio que los números y las agujas, tal cual lo sospechó, tenían una capa de radio, que los hacía reducir débilmente.

«—Descendió, abrió la puerta, dejó la escalera al cuidado de Millan, y pasó al *living-room*. Todos clavaron en él sus ojos esperanzados.

«—Y bien — murmuró Emmy Willows, con cierta ironía —, ¿ha descubierto esa mente privilegiada alguna clave importante? «¿No vaya ahora a salir con que ha visto en un *link* a Owen, jugando al póker con el traje de Sombrerero Loco con que le vimos la última vez? «—Y bien, señor Queen? — preguntó la señora Owen, afanosamente.

Elly se dejó caer en un sillón y encendió un cigarrillo.

«—Aquí hay algo curioso. Dígame, señora Owen, ¿cómo usted amueblada esta casa?

«—¿Amueblada? — repitió ella, perpleja —.

¡Oh, no! como usted le saba, la compramos, y al ocuparla trajimos todas nuestras cosas.

—¿De modo que el reloj eléctrico de sobre la puerta del cuarto de trabajo es también de ustedes?

—El reloj? —todos le miraron intriguados—. ¡Por supuesto! Pero, ¿qué tiene que ver eso con...?

Hum — murmuró Ellery —. Ese reloj tiene la virtud de desaparecer misteriosamente.

—Pero, ¿qué tiene que ver el reloj con la desaparición de Ricardo? — preguntó la señora de Mansfield con acritud.

—Hasta ahora, no podría determinarlo — respondió Ellery —. El caso es que esta mañana, poco después de las dos, al no poder dormir, bajé en busca de un libro. En la oscuridad, fui a dar a la puerta del cuarto de trabajo tomándola por la puerta de la biblioteca. La abrí y miré. Pero no vi nada.

—¿Y cómo iba usted a ver, señora Queen?

—exclamó, en voz baja, la señora de Gardner —. Si era tan oscuro...

—Esa es, precisamente, la parte curiosa — recalco Ellery —. *Yo debí haber visto algo, puesto que era tan oscuro, señora Gardner.*

—Pero...
—Debí haber visto el reloj sobre la puerta. ¿Entendí usted? — preguntó Emily Willows, frunciendo el ceño —. No lo comprendo. El reloj está sobre la puerta, ¿verdad?

—Hay un espejo frente a la puerta — explicó Ellery, distraído —, y es extraño que habiendo sido la oscuridad tan completa no haya visto algo. Ese reloj tiene las agujas y los números luminosos. En consecuencia, debí haber visto con claridad su reflejo en aquella oscuridad. Pero no fui así. No vi, literalmente, nada.

Todos guardaron silencio, estupefactos. Luego dijo Gardner:

—Con todo, no comprendo... ¿Quiere usted insinuar que algo, o alguien, estaba de pie frente al espejo, oscureciendo la reflejada imagen del reloj?

—¡Oh, no! El reloj está sobre la puerta y llega hasta el cielo raso. En ese cuarto no hay mueble que llegue a tal altura, ni podría tampoco haber un intruso tan alto. No, no, Gardner. Yo creo que el reloj no estaba donde ahora, cuando miré hacia adentro en aquel momento.

—¿Está seguro, joven — preguntó la señora Mansfield —, de que sabe lo que está diciendo, de que no disparata? Por lo demás, cree que lo que nos debía preocupar, por el momento, era la desaparición de mi yerno. Pero... ¿cómo es posible que el reloj no estuviera allí?

Ellery Queen entornó los ojos y murmuró:

—Pudo haber sido movido de donde estaba, sobre la puerta, cuando yo miré. Después que yo me fui, pudieron volverlo a su lugar.

—Pero, ¿para qué habría de mover alguien el reloj de la pared? Eso es casi tan insensato, señor Queen, como las cosas que ocurren en "Alicia".

—Todo eso es lo que yo me he estado diciendo — murmuró el detective. Luego abrió los ojos y preguntó: — A propósito, ¿ha visto alguno de ustedes el sombrero del Sombrero Loco?

La señora de Owen experimentó un escalofrío.

—No, eso... también desapareció — susurró. —Lo buscaron ustedes?

—Sí. ¿Quiere usted buscarlo, por su parte?

—No, no me basta su palabra, señora Owen. Dígame, ¿tiene su marido algún enemigo? Pídomelo que le formule semejante pregunta, pero lamento no poder ofrecerle nada nuevo, en lo que atañe a técnica en el interrogatorio.

—¿Enemigos? Oh, estoy segura de que no — respondió la señora Owen —. Ricardo, quizá más que nada debido a su misma fortaleza, es en ocasiones un tanto brusco, y hasta despótico, pero estoy segura de que nadie podría odiarle al extremo de... matarle.

Volvió a estremecerse, y cerró sobre los hombros tornados de la seda de su negligée.

—No digo eso, Laura — terció la señora de Mansfield, bruscamente —. Por mi parte, opino que ustedes son a veces como chiquillos. Probablemente, esto tiene la más simple de las explicaciones.

—Es muy posible — convino Ellery con buen humor —. Supongo que debe ser cosa de este tiempo deprimente... Bueno; pero ahora el tiempo va ha cambiado. Cercívense ustedes. Todos se asomaron a las ventanas, para ver. La lluvia había cesado y el cielo aparecía ahora completamente despejado.

—Claro está — prosiguió Ellery Queen —, que hay también ciertas posibilidades. Es posible, señora Owen, que su marido haya sido secuestrado. Pero no se asusten ustedes tanto; esta es sólo una teoría. El hecho de que haya desaparecido con ese traje de representación, parece señalar una retirada brusca y, por ende, muy posiblemente, obligada. ¿No han hallado ustedes alguna nota? ¿Encontraron algo en el buzón? ¿Trajo algo el correo de la mañana?

—Sugiere usted, entonces, un rapto? — susurró, débilmente, la señora Owen, espantada ante la idea.

—¿Un secuestro? — dijo, por su parte, la señora Gardner. Y se mordió el labio inferior.



Pero había en sus ojos un brillo tal como el que ahora mostraba el firmamento.

—No hubo nota ni carta — respondió la señora Mansfield —. Personalmente, yo creo que todo esto es ridículo. Laura, esta es su casa, pero yo creo que tengo un deber... Tú deberías hacer una de dos cosas. Bien tomar esto seriamente y llamar por teléfono a la policía verdadera, o echar todo al olvido. Yo me siento inclinada a creer que Ricardo bebió anoche más de la cuenta y se puso a caminar sin rumbo fijo. Probablemente está ahora en cualquier campo, durmiendo la mona, y pronto le tendremos de nuevo entre nosotros, sin otra consecuencia mala que algún fuerte resaca.

—Excelente idea — aprobó Ellery Queen —, exceptuando eso de dar aviso a la policía verdadera. Yo le aseguro, señora Mansfield, que poseo ciertas virtudes profesionales muy propias. No recurramos, pues, a la policía y hagamos de cuenta que le avisamos. Si hay alguna explicación que hacer, después... yo la haré. Mientras tanto, sugiero que nos olvidemos momentáneamente del asunto y aguardemos. Si el señor Owen no ha regresado al caer la noche,

podemos entrar en conferencia y decidir si habremos de hacer... ¿Convenido?

—Me parece razonable — opinó Queen —. desalentado. — Este... ¿puedo hablar por teléfono a mi oficina, Ellery?

—Claro que sí.

La señora de Owen lanzó, de pronto, exclamación y partió escaleras arriba.

—¡Me había olvidado por completo la fiesta de cumpleaños de Jonathan! ¡Y esos chicos invitados! ¿Que excusa las ahora?

—Yo sugiero — intervino Ellery Queen — se diga que el niño Jonathan se ha ido a casa, señora Owen. Es cruel, pero necesario. Podría telefonar a todos los invitados y comunicárselos eso.

Y Ellery se incorporó, para avanzar en dirección a la biblioteca.

El día aquel se hizo larviforme. La noche transcurrió sin que nada de extraordinario aconteciera.

La señora de Mansfield llevó a viva voz a su hija a la cama. le hizo beber un soporífero y no se apartó de su lado hasta que completamente dormida. Luego se encaminó a avisar por teléfono a los invitados la suspensión de la fiesta. Cuando el teléfono se enteró del asunto, rompió a chillar como un endemoniado. Y debieron ir a buscar a la señora Mansfield, Millan, la mucama de la cocina, para aplacar los ánimos del hijo de los Owen. Un billete de cinco dólares, finalmente, la tranquilidad de que Emily Willows pasó serenamente el día, yendo. Los Gardner, silenciosos, se fueron a jugar una partida de bridge.

Durante el almuerzo, nadie habló de monosilabos, y la tensión que se observaba en la atmósfera, se hizo gradualmente soportable.

Por la tarde, todos deambulaban en los por la casa, como fantasmas. Hasta la noche comenzó a mostrar signos de tensión. Se fumaron numerosos cigarrillos y *cocktails* y volvió en el silencio más absoluto. Sólo se oyó un llamado telefónico el cual resultó ser del pastelero, que formuló sus protestas por la anulación del pedido.

Ellery pasó la mayor parte de la noche en una misteriosa actividad, que desarrolló en la biblioteca y en el cuarto de trabajo. Allí buscaba; lo mantuvo en secreto. A las once, punto, salió del cuarto de trabajo con expresión de gravedad en su rostro. Llegó al pórtico y se inclinó contra una columna para meditar profundamente. Cuando volvió a entrar en la casa, estaba oculto rápidamente.

No se veía a nadie; la casa estaba silenciosa. Ellery buscó una silla y se sentó. Estuvo reflexionando, completamente solo. Luego, bruscamente, cambió su expresión; se paró al pie de las escaleras y oyó el ruido de la puerta que se abrió. Él no percibía el menor ruido, cedió en puntas de pie, alcanzó el primer peldaño y se inclinó para mirar hacia abajo. Pasó quince minutos conversando afanosamente en voz baja con alguien que estaba en el cuarto. Cuando hubo terminado, salió del cuarto.

Una hora más tarde, mientras los invitados estaban reunidos abajo, para la cena, se oyó por la escalera de la parte posterior de la casa sin que le viera siquiera la luz que estaba en la cocina. Y Ellery pasó un tiempo entre las sombras que rodeaban los dos lados a la casa.

Cómo sucedió aquello, Ellery no lo sabía nunca. Sintió sus efectos poco a poco, cenar, y echando cuentas, se acordó de

PERLAS... SERAN SUS DIENTES SI USA DENTIFRICO

ITTORGEN

hacerla dormir. Excepto, que en este caso, usaron una dosis más fuerte. Traten de ponerse ustedes cómodos, mientras yo practico una ligera investigación en la cocina.

— ¡Pues yo voy a llamar a la policía! — exclamó la señora Mansfield, excitada, tratando de incorporarse. — Si dejamos así las cosas, nos van a asesinar a todos. Laura, insistió en que...

— Señora Mansfield — intervino Ellery, cansado —, prestará usted mayor utilidad si se va a la cocina y trata de apagar la rebelión que allí va germinando. Yo creo que las dos mujeres están a punto de abandonar la casa.

La señora Mansfield se mordió los labios y partió con rapidez. Un momento después llegaba a voz desahogada la cocina, tratando de disuadir a las dos encolerizadas domésticas.

— Pero, Queen — protestó Gardner —, no podemos seguir así, sin protección.

— Yo quisiera saber quien fue y por qué hizo esto — murmuró Emily Willows —. Tiene que haber sido, necesariamente, una persona de la casa.

La señora Gardner lanzó un pequeño chillido, en tanto que la señora Owen se dejaba caer, desalentada, en una silla.

— ¿Uno de nosotros? — susurró la mujer de cabellos rojos.

Ellery sonrió forzosamente. Luego, su sonrisa se desvaneció, y dirigió una mirada hacia el hall de entrada de la casa.

— ¿Qué fue eso? — preguntó bruscamente.

DEL AMOR

El amor es una conquista para un alma
pijoso; un sacrificio para un alma noble.
— CUSTINE.

EL BORRACHO GALILEO

En un café se hablaba de Galileo
— ¡Galileo! — dijo un bebedor —. ¿Quién es ese sujeto?

— Según he oído decir — le contestó un compañero —, es el primer hombre que dijo que la tierra da vueltas.

— ¡Vamos, sería algún borracho!



Todos se volvieron, alarmados, y miraron. Pero no se veía nada. Ellery se dirigió a la puerta del frente.

— ¿Qué pasa ahora, señor? — murmuró la señora Owen.

— Creí haber oído un ruido.

Abrió la puerta y penetró entonces el sol de la mañana. Los otros le vieron detenerse, recoger algo del pórtico, incorporarse y mirar rápidamente a su alrededor. Pero entró luego y cerró tras sí la puerta.

— Un paquete — dijo, perplejo —. Pensé que alguien...

Todos miraron curiosos el paquete envuelto en papel madera que él tenía.

— Un paquete? — preguntó la señora Owen, cuyo rostro se animó —. ¡Oh, podría ser de Ricardo! — Y luego su esperanza se trocó en temor —. ¿Cree usted que...? — murmuró insegura.

— Viene dirigido a usted, señora Owen — dijo Ellery Queen, lentamente —. No tiene estampillas, ni sello de correo; y está escrito a lápiz con letras tipo imprenta. Creo que me voy a tomar la libertad de abrirlo, señora.

Rompió el delgado piolín y quitó el papel

que envolvía el paquete. Luego frunció aún más el ceño, pues el paquete sólo contenía un par de zapatos de hombre, de tacos y suela gastados. Erano zapatos Oxford, tipo sport, en negro y blanco.

A la señora Owen le invadió como un desvanecimiento.

— ¡Son de Ricardo! — exclamó.

— ¿Ah, sí? — murmuró Ellery.

— Luego... lo han secuestrado — dijo por su parte la señora Mansfield, desde la puerta trasera —. ¿No hay una nota... o manchas de sangre?

— Nada más que los zapatos. Ahora ya no creo en la teoría del secuestro, señora Mansfield. Estos no son los zapatos que Owen llevaba en la noche del viernes. ¿Cuándo vio usted estos zapatos por última vez, señora Owen?

— Ayer por la tarde en su guardarropa de arriba.

— ¿Lo ve usted? — exclamó Ellery, jovial —. Probablemente los robaron de allí anoche, mientras todos estábamos inconscientes. Y ahora los han devuelto espectacularmente. Hasra aquí no hay ningún daño hecho, pero me temo — añadió con severidad — que entre nosotros se encuentre toda una vibora...

Todos se echaron a reír, y la señorita Willows dijo con voz extraña:

— Es muy raro, casi diría que es una locura. Yo no veo qué objeto tendría.

— Ni yo tampoco, por el momento. Pero alguien está jugando una broma de pésimo gusto, o hay detrás de todo esto una mentalidad perversa.

Volvió a tomar el sombrero y se encaminó hacia la puerta.

— ¿A dónde va usted? — preguntó la señora Gardner.

A reflexionar, bajo la capa del cielo. Pero recordó — añadió serenamente — que, esto de salir, es un privilegio reservado únicamente a los detectives. Nadie tiene que abandonar la casa.

Regresó una hora después, sin dar explicaciones.

A mediodía hallaron un segundo paquete. Era un paquete cuadrado, también envuelto en papel madera. Dentro había una caja de cartón y dentro de ella dos botecitos de juguete. El paquete estaba dirigido a la señorita Willows.

— Esto va adquiriendo un cariz que no me agrada — murmuró la señora Gardner, cuyos labios temblaron.

— No me sorprendería tanto — murmuró la señorita Willows — si fuera un puñal ensangrentado o algo por el estilo. ¡Pero botes de juguete!...

— Esto diciendo, dió unos pasos atrás y frunció el ceño.

— Oiganme, ustedes — añadió —, yo soy de las que saben aceptar una broma, pero esto ya es demasiado... y me voy cansando. ¿Quién es el que anda en estos enredos?

— Esto no es una broma — recaló Gardner, completamente pálido —. Esto es, más bien, obra de un loco.

— Vaya, vaya — murmuró Ellery, observando a los borceiros; por aquí no vamos a ninguna parte. Señora Owen, ¿ha visto usted antes cosas jugueteas?

La señora Owen, muy emocionada, balbuceó: — ¡Oh, Dios mío! ¡Pero si son... de Jonathan!

Ellery llegó al pie de la escalera y llamó a gritos:

— ¡Jonathan! ¡Baja al minuto!

El chico lo hizo, de mala gana.

— ¿Qué quiere? — preguntó con malos modales.

los demás, aproximadamente en el mismo centro, parecían presas de un irresistible. Habían servido el café muy tarde, después de las ocho. Y en menos de una hora, los embargó aquel extraño sopor, sentados en el living-room, conversando trivialidades. La señora Owen, pálida, sorbió con avidez su café. Y luego, segunda taza. La única que no se resaca, sino, antes más bien, belicosa, la señora Mansfield. Por lo visto, había reflexionado seriamente respecto a la manera de llamar a la policía regular, al parecer, mucha confianza en el comisario de Long Island y, particularmente, en el de Naughton, prefecto local. Gardner se sentó un poco rebelde; pero, como, había estado tratando de ejecutar en el piano de la alcoba, Emily Williams había encerrado en un mutismo como si mostrara muy quieta. La señora Gardner, en cambio, sumamente nerviosa, se refugió en la cama.

Ellery, al perder sus sentidos, lo hizo poco, sucesivamente. En el cuarto hacia el sur, corrieron por algunas gotas de sudor pesadamente en las redes del sueño, en su mente un llamado de advertencia: tráfalo, alarmado, de incorporar su mente ni sus músculos le permitían. Tuvo la impresión de que el mundo ante sus ojos cansados, y por la parte que se pintó en el rostro de sus amigos, dedujo que habían sido narcóticos, igual que él.

— ¿De modo que toda la no-

bausto y se palpó la cabeza. Los otros dormidos en distintas posiciones, resaca, pesadamente. Alguien, que resultó ser Willows, se despertó y exhaló un suspiro. Se puso de pie, avanzó a los tumbos y en miniatura y se sirvió un whisky. La garganta ardiendo, se sintió muy cansado.

La eczéz y la sacudió con suavidad.

— Ella abrió los ojos y le miró con una mirada de confusión y sorpresa.

— ¿Qué?... ¿Cómo?... — tartamudeó, se narcotizó a todos — le explicó.

Trate de reavivar a esta gente, mientras a explorar por ahí.

— Llegó, con pasos vacilantes, hacia la puerta de la casa. Una vez que llegó a la alcoba, se dirigió a la cocina y a la sala.

— En las salas, restos de café frío.

— En el living-room, hizo señas a la señorita Owen que estaba tratando de reanimar.

— Owen se encontraba frente al piano, sobre las escaleras. Descubrió, al cual dormido en el dormitorio de Jonathan, el cual dormido en el dormitorio de Jonathan, el cual dormido en el dormitorio de Jonathan.

— Owen se encontraba frente al piano, sobre las escaleras. Descubrió, al cual dormido en el dormitorio de Jonathan, el cual dormido en el dormitorio de Jonathan.

— Owen se encontraba frente al piano, sobre las escaleras. Descubrió, al cual dormido en el dormitorio de Jonathan, el cual dormido en el dormitorio de Jonathan.

— Owen se encontraba frente al piano, sobre las escaleras. Descubrió, al cual dormido en el dormitorio de Jonathan, el cual dormido en el dormitorio de Jonathan.

— Owen se encontraba frente al piano, sobre las escaleras. Descubrió, al cual dormido en el dormitorio de Jonathan, el cual dormido en el dormitorio de Jonathan.

— Owen se encontraba frente al piano, sobre las escaleras. Descubrió, al cual dormido en el dormitorio de Jonathan, el cual dormido en el dormitorio de Jonathan.

— Owen se encontraba frente al piano, sobre las escaleras. Descubrió, al cual dormido en el dormitorio de Jonathan, el cual dormido en el dormitorio de Jonathan.

— Owen se encontraba frente al piano, sobre las escaleras. Descubrió, al cual dormido en el dormitorio de Jonathan, el cual dormido en el dormitorio de Jonathan.

— Owen se encontraba frente al piano, sobre las escaleras. Descubrió, al cual dormido en el dormitorio de Jonathan, el cual dormido en el dormitorio de Jonathan.

— Owen se encontraba frente al piano, sobre las escaleras. Descubrió, al cual dormido en el dormitorio de Jonathan, el cual dormido en el dormitorio de Jonathan.

— Owen se encontraba frente al piano, sobre las escaleras. Descubrió, al cual dormido en el dormitorio de Jonathan, el cual dormido en el dormitorio de Jonathan.

—Dime, ¿cuándo viste por última vez estos botecitos tuyos?

—Botecitos? — chilló el niño, muy agitado. Y abalanzándose sobre ellos los arrebató de manos del detective. — ¡Son los míos! ¿Quién me los ha robado?

—Vamos, vamos; no hables así — le dijo Ellery, conciliador —; sé un hombrecito. ¿Cuándo los viste por última vez?

—Ayer, en mi caja de juguetes.

Dicho esto, partió furioso escaleras arriba, apretando los juguetes contra su pecho y mirando a todos con recelo.

—Robados al mismo tiempo — murmuró Ellery —, ¿Caramba, señorita Willows! Yo me siento casi inclinado a convenir con usted. A propósito, ¿quién compró esos botecitos para su hijo, señora Owen?

—Su..., su padre.

—¿Caramba! — exclamó Ellery por segunda vez de domingo.

E hizo que todos se pusieran a buscar por la casa, para asegurarse de que nada más faltaba en ella. Pero nadie pudo comprobar que se hubiera tomado otra cosa.

Cuando los otros descendieron la escalera, hallaron a Ellery examinando perplejo un pequeño sobre blanco.

—Y ahora, ¿qué pasa? — preguntó la señora Gardner, estupefacta.

—Estaba en la puerta — explicó Ellery, pensativo —. No lo vi antes. ¡Esto sí que es extraño!

Era un sobre fino, lacrado en la parte trasera, y que tenía escrito con los mismos caracteres anteriores el nombre de la señora Mansfield.

La anciana señora se desplomó en la silla más próxima, llevándose una mano al corazón. El terror la había empujado.

—Bueno, ábralo usted — dijo la señora Gardner con torpeza.

Ellery desgarró una esquina del sobre. Y luego frunció el ceño.

—Pero si no hay nada dentro! — exclamó. Gardner se mordió sus dedos y se alejó, farfullando algo. La señora Gardner sacudió su cabeza, como un puggles atontado, y se dirigió hacia el bar por quinta vez ese día.

Emmy mostraba una expresión de honda preocupación.

—Sepa usted — dijo la señora Owen, en voz muy baja — que ese sobre es de los que utiliza mi madre.

Y hubo otro silencio.

—Cada vez hallo esto más extraño — anunció Ellery —. Primero fueron los zapatos; luego los botecitos y ahora... ¿Yaya, que no lo entiendo! ¿Este sobre sin una carta dentro...?

—También el lacre del sobre parece nuestro, señor Queen.

Ellery se alejó, seguido por los otros, que se mostraban preocupados. La señora Owen fué al escritorio de la biblioteca y abrió un cajón interior.

—¿Estaba allí? — preguntó Ellery.

—Sí — dijo ella, y luego añadió con voz temblorosa: — Precisamente lo usé ayer cuando escribí una carta. ¡Oh, Dios mío!...

En el cajón no había ninguna barrita de lacre.

Y mientras contemplaban atónitos el cajón, sonó con fuerza el timbre de la puerta de calle.

Esa vez era una canasta de mercado la que apareció en el pórtico. Dentro de ella había dos enormes repollos verdes. Ellery llamó a gritos a Gardner y a Millan, corriendo por su parte escaleras abajo. Todos se separaron, buscando afanosamente por entre los arbustos y plantas que rodeaban la casa. Pero nada hallaron. No vieron el menor rastro del que tocó el timbre ni del misterioso

ser que dejó aquellos dos repollos dentro de la canasta, frente a la puerta.

Encontraron a las mujeres acurrucadas en un rincón del living-room, temblando, pálidas. La señora Mansfield, temblando como la loca, llamaba por teléfono a la policía local. Ellery se inclinó sobre la canasta.

En la manija de la misma había una tira de papel y escrito en ella, con lápiz, el nombre de Paul Gardner.

—Esta vez parece que la han elegido a usted — dijo Ellery.

—¡Repollos! — exclamó Gardner, con extrañeza, no sabiendo si soñaba o estaba despierto.

—Perdonen — dijo Ellery, súbitamente. Y se alejó.

Cuando regresó, traía una expresión de disgusto.

—Los tomaron de la despensa, según la cocinera — anunció —. Ella me dijo, sarcástica, que no se le había ocurrido ponerse a buscar esos repollos desaparecidos.

La señora Mansfield hablaba excitadamente por teléfono con un oficial de policía. Cuando colgó el tubo, estaba roja como un tomate.

—¡Ya tenemos bastante con tantos desastres, señor Queen! — advirtió. Y luego, mientras se dejaba caer en una silla, exclamó, histéricamente: — ¡Ya sabía yo que cometerías el mayor disparate de tu vida al casarte con esa bestia, Laura!

Y se echó a reír como una loca.

Una ley llegó a los quince minutos, acompañada por un estridente alarido de sirena y personificada por un robusto individuo con insignias de jefe y por otro hombre joven, agente de policía, que le secundaba.

—Yo soy Naughton — anunció el primero —. ¿Qué diablos pasa aquí?

—Soy el jefe del inspector Ricardo Queen — anunció, por su parte, Ellery.

—¡Oh! — exclamó entonces Naughton. Y volviendo hacia la señora Mansfield, expresó, gravemente: — ¿Por qué no me dijo usted que estaba aquí el señor Queen? Usted debería saber que...

—¡Ya estoy harta de todos ustedes! — exclamó la aludida —. Desde que comenzó la semana no he visto aquí más que desastres.

Naughton se rascó la barbilla y murmuró: —Venga usted conmigo, señor Queen.

¿Dónde podemos charlar como seres humanos? ¿Qué demonios pasa aquí?

Ellery exhaló un suspiro y comenzó a explicarle. Conforme lo hacía, el rostro del jefe iba enrojeciendo gradualmente.

—¿De modo que usted se tome en serio este asunto? — exclamó —. A mí me parece que lo que pasa es que el señor Owen ha perdido la chaveta, y está haciendo a toda esta gente una broma de pésimo gusto. ¿Cómo puede, pues, usted tomarse con seriedad este asunto?

—Mucho me temo que tengamos eso... — murmuró Ellery —. Pero... ¿qué es eso?

Creo que es otro mensaje de nuestro fantasmagórico amigo.

Corrió hacia la puerta, en tanto que Naughton la abría, recibiendo instantáneamente una ráfaga de tierra. En el pórtico, apareció un quinto paquete, esta vez de tamaño menor.

Los dos policías salieron rápidamente y buscaron con afán por los alrededores de la casa, alumbándose con sus linternas de mano.

Ellery alzó el paquete. Esta vez iba dirigido a la señora de Paul Gardner. Dentro había dos piezas de ajedrez. Eran dos reyes. El uno era negro y el otro blanco.

—¿Quién juega aquí al ajedrez? — preguntó Ellery a Queen.

—Ricardo — respondió, en un alarido, la señora Owen —. ¡Oh, Dios mío! ¡Yo voy a enloquecer!

Mediante un registro, se descubrió en el juego de ajedrez de Ricardo Owen tres dos reyes.

Los policías locales regresaron, en pálidos y jadeantes. No habían dado por alrededores con ningún ser viviente. Se puso a examinar despaciosamente las piezas de ajedrez.

—Y bien? — preguntó Naughton, a los hombros caídos.

—Amigo Naughton — dijo Ellery, mente —. Venga aquí un momento.

Llevó a Naughton aparte y comenzó a hablarle rápidamente, en voz baja. Los quedaron callados, demostrando nerviosismo.

El jefe se volvió luego hacia los dos policías.

—Ruego a todos ustedes que vayan a la biblioteca. — Como ellos mostraran indecisión, agregó, un tanto impacientemente: — Vean que les estoy hablando en serio. Todos. Esta comedia tiene que terminar.

—Pero, Naughton — murmuró la señora Mansfield —, ¿cómo quiere que haya salido de nosotros quien ha enviado este al señor Ellery podrá informar a usted todo el día no nos hemos apartado de vista.

—Haga usted lo que le digo, señora field — recalcó el policía.

Todos los presentes entraron, pero la biblioteca. El policía empujó su puerta a Millan, a la cocinera y a la mucherando luego tras ellos. Nadie dijo nada. De todos los presentes, atravesó a Naughton. Desfilaron los minutos, pasó media hora. Reinaba entre el grupo un silencio más absoluto. Todos aguzaron el oído. A las siete y media abrió de par en par la puerta, entrando el jefe de policía, pañado por Ellery Queen.

—Que salgan todos — indicó Naughton, seguidamente.

Los otros se fueron. Ellery se quedó, extrañado, la señora Owen, que quiere que vayamos? ¿Dónde está...? ¿Qué...?

El policía lo empujó hacia afuera. Llegó hasta la puerta del cuarto de baño, abrió, oprimió el botón de la luz y salió a un lado.

—¿Quiéren ustedes entrar y tomar...? — dijo, secamente.

Ellos le obedecieron lenta y silenciosamente. El policía trajo otras sillitas de roble. Todos los circunstantes se sentaron. Naughton bajó las cortinillas. El jefe de policía cerró la puerta y apoyó su espalda contra la misma.

Ellery dijo entonces, con voz grave: —En cierto sentido, este es uno de los más notables en que me ha tocado a ningún otro crimen...

—¿Cómo? — exclamó la señora Owen, cuyos labios temblaban marcadamente — ¿usted decir, entonces, que hubo un crimen?

—Exacto — afirmó Naughton, con voz firme —. Así es — dijo, por su parte, Ellery, to apenado —; hubo crimen. Lamentablemente, no comunicárselo, señora Owen.

—¿De modo que Ricardo fué...?

Ellery asintió. Hubo un breve silencio. Lamentablemente de la señora Owen parecía, pero, haber agotado su caudal, pues se dijo: —¡Es fantástico! — murmuró Ellery, mente —. Presten ustedes atención. El del problema estaba en el reloj; se había ido, donde debía encontrarlos de recordación que yo dije que, pero no vi reflejadas sus aguijas luminosas en el espejo aquel, el reloj debajo haber sido...

A TODO HOMBRE INTERESA

Conocer el Método Nutrista (Neumo-Hidropático) BIER y KHUNE, combinados, para COMBATER el ANTIFILISMO GENESICO y Desarrollar y Regenerar el VIGOR MASCULINO sin droga alguna. UNICA casa especializada en el país con 17 años de dedicación continuada a su clientela, siendo esta la mayor garantía de seriedad que podemos ofrecer al público.

GRATIS Remitimos el librito científico explicativo de 82 páginas, en sobre cerrado y sin membrete, a quien lo solicite, acompañando \$ 0.30 por franqueos.

CASA "A. E. CIDEX" - ESPARTACO Nº 904 (3.º, 6) - BUENOS AIRES

figura rígida del Sombrerero Loco, que tenía las facciones inconfundibles de Ricardo Owen.

Paul Gardner se puso instantáneamente de pie, y se tiró del cuello, como si se sintiera asfixiado. Los ojos parecían querer saltarse de las órbitas.

—¿Owen! —balbuceó—. ¡Pe... pero él no puede estar allí! ¡Yo... yo mismo le di sepultura debajo de la roca grande, detrás de la casa, allí en el bosque! ¡Oh, Dios mío!

En su rostro se pintó el más intenso terror, flaqueáronse las piernas y se desplomó en el suelo, víctima de un súbito desvanecimiento.

—Bueno, puede usted salir ya, De Vere —indicó entonces Ellery Queen, exhalando un suspiro. Y como por arte de magia, las facciones de aquel hombre dejaron de asemejarse a las de Ricardo Owen—. Ha sido el suyo un trabajo admirable de personificación. Y dí, justamente, el resultado apetecido. Ahí tiene a su hombre, señor Naughton. Y si usted interroga a la señora Gardner, sabrá que fué en un tiempo amante de Owen. Gardner, sin duda, lo averigüó y le mató de despecho. ¡Cuidado, que también ella está por desvanecerse!

—No le extrañe a usted si le digo —murmuró Emmy Willows poco después, esa noche, al cabo de un largo silencio, en momentos en que se hallaba sentada junto a Ellery Queen, en el tren que se dirigía a la Estación Pensilvania— que hay muchas cosas que no comprendo, señor Queen. Por ejemplo, ¿quién es el señor De Vere?

—Es un excelente actor, que yo conocía desde hacía mucho tiempo. Cuando mis sospechas recayeron sobre el espejo aquel, resolví examinarlo, y descubrí su secreto. Al abrirlo, hallé dentro el cadáver de Owen, con el ropaje del Sombrerero Loco.

Ella se estremeció y dijo:

—Fue ese un drama demasiado real para mi gusto. ¿Por qué no anunció en seguida su descubrimiento?

—¿Y qué hubiera ganado con ello? No había la menor prueba contra el asesino. Yo necesitaba tiempo para idear un plan que obligara al asesino a delatarse a sí mismo. Dejé el cadáver allí...

—Es decir, ¿que durante todo ese tiempo supo usted que Gardner era el asesino, y se mantuvo, empero, tan tranquilo? —preguntó ella, incrédula.

—Pues es claro! Los Owen vivían en la casa desde hacía apenas un mes. El resorte de ese comportamiento, está perfectamente disimulado; nadie hubiera podido descubrirlo, a menos que sospechara de su existencia y lo buscara. Pero yo recordé que el propio Owen reveló en la noche del viernes que Gardner había hecho la distribución de la casa. Entonces se me ocurrió pensar que nadie mejor que Gardner podía conocer el secreto de ese escondite feroz con qué proscribió concubina y construyó ese panel secreto. Supuse que sería por un simple capricho. De modo, pues,

que tenía que ser Gardner el hombre que yo buscaba. Reconstruí el crimen fácilmente. Luego que nos retiramos, en la noche del viernes, Gardner descendió para aclarar con Owen el asunto de las relaciones de éste con la que ahora era su esposa, toda una buena pieza, dicho sea de paso. Cambiaron algunas palabras... y Gardner lo mató. Su primer impulso, fué ocultar el cadáver. No le era posible sacarlo de la casa en esa noche tormentosa, sin dejar rastros. Entonces recordó la cavidad secreta de detrás del espejo. El cadáver estaría allí seguro, hasta que cesara la lluvia y pudiera sacarlo de aquel escondite para darle sepultura. Estaba, precisamente, en tren de hacer esto último, cuando abrió la puerta del cuarto de trabajo; por eso no vi reflejado el reloj. Luego, mientras yo estaba en la biblioteca, cerró la puerta-espejo y se escurrió hacia arriba. Como yo salí rápidamente no le quedó más remedio que enfrentarme; y hasta preteñido haberme tomado por Owen cuando yo subía.

El sábado por la noche aproveché la primera circunstancia favorable que se le presentó para narcotizarlo a todos, sacarlo del cadáver, darle sepultura, volver e ingerir a su vez un poco de la droga para hacer su papel lo más natural posible. El ignoraba que el sábado por la tarde yo había hallado el cadáver detrás del espejo. Cuando el domingo por la mañana, descubrí que había desaparecido, deduje al instante por qué se nos había narcotizado. Gardner, al dar sepultura al cadáver en la noche de los muertos, descubrió, se libraba de la prueba más comprometedor en esta suerte de crimen: el cuerpo del delito. Yo aproveché la ocasión para telefonar a De Vere e instruíle sobre lo que debía hacer. El logró obtener en alguna forma el traje del Sombrerero Loco, consiguió una foto de Owen... y puso manos a la obra con esa su admirable habilidad. Mientras el ayudante de Naughton retenía a ustedes dentro de la biblioteca, yo mismo en el hueco del espejo. Yo tuve que recurrir al procedimiento de idear ciertas combinaciones truculentas para mantener primero en suspenso a Gardner y obligarlo finalmente a delatarse. Era preciso hacerle confesar en alguna forma dónde había enterrado el cadáver, pues él era el único que lo sabía. Y mi plan dio óptimos resultados.

—Pero... ¿y cómo se explica la llegada de esos misteriosos paquetes? ¿Quién los envió? ¿Con qué objeto lo hizo? —dijo ella, mirándolo de soslayo.

—Ellery tardó un buen rato en responderle.

—Yo mismo combiné todo eso —explicó—. Tenía que preparar psicológicamente el espíritu de Gardner, llenarlo de perplejidad, hacer que se preguntara adónde conducían esos envíos tan extraños. Tenía que torturarlo. Resultó tarea fácil telefonar a mi padre, el inspector; él envió al sargento Velie, el cual se posesionó de todas las cosas esas que yo fui sacando sucesivamente de la casa. El resto lo hizo todo él. —Y agregó sentenciosamente:— Para que un criminal pierda el dominio de sí mismo, no hay como confundirlo. Admito que se trata de un plan un tanto diabólico. Pero este es, al final de cuentas, otro de esos casos en que el fin justifica los medios.

EL MISTERIO DE LA

El doctor Phineas Mason, abogado, de la acaudalada y respetable firma Dowling, Mason & Coolidge, con oficinas en 40 Park Row, era un hombre de nariz abultada y ojos pícaros que habían visto treinta años de litigios y que parecían haber visto cien. Sentado muy tieso, en el asiento de una *limousine* dirigida por un chofer particular, dejaba escapar de su boca, de tanto en tanto, a modo de curiosos gruñidos.

—Y ahora—murmuró, con voz áspera, como prosiguiendo una conversación—se ha producido aquí un crimen. No sé adónde iremos a parar, de seguir así.

Ellery Queen, que contemplaba el mundo como quien presencia un panorama interesante desde una pintoresca playa veraniega, pensó que la vida era como una caja de sorpresas. Sólo unas pocas resultaban agradables, pero todas eran estimulantes. Dado que era hombre sujeto a llevar una vida hurto azarosa, se había adaptado a esa modalidad de la misma y terminó por gustarle. Sin embargo, el famoso detective se guardó muy bien de extrofiar su parecer: el señor Phineas Mason no parecía ser un hombre capaz de justipreciar una sabrosa metáfora.

—El mundo, amigo Phineas—se concretó a decir—, no anda tan mal; quienes sí están mal son los que lo habitan. Por vayamos al grano: ¿qué le parece si comienza usted por relatarme cuanto sabe respecto a esa curiosa familia de los Shaw? Después de todo, como usted sin duda sospechará, los policías locales de Long Island no habrán de recibirme por cierto con bombos y platillos; sospecho que habrán de facilitarme pocos datos y me ofrecerán a pocas dificultades, por cuya razón debo ir ya bien informado sobre el caso.

Mason frunció el ceño y objetó:

—Pero es que el señor McC. me aseguró que...

—¡Bah, bah, bah! No haga usted caso de lo que le pueda haber anticipado ese señor. Eso sí: por mi parte vuelvo a repetirle que no confíe nada mucho en mi capacidad como detective. Después de todo, no soy un prestidigitador, capaz de sacar al asesino de mi galera de sorpresas. Por lo demás, temo que aquellos gendarmes hayan pisoteado con sus burdas botas esas huellas tan curiosas.

—Sin embargo, yo me anticipo y les advierto que no lo hicieron—recalcó Mason—. Hablé personalmente con el capitán Murch, de la policía local de Long Island, esta mañana. Él fue quien me llamó por teléfono para enterarme del crimen. A raíz de lo que les dije, ni siquiera quisieron mover el cadáver, señor Queen.

—Muy bien, Mason—aprobó el detective, ajustándose los lentes—; prosiga usted ahora con los detalles particulares del caso.

—Era mi socio Coolidge—comenzó a explicar el abogado, con voz algo quejumbrosa—quien estaba al principio a cargo de los asuntos de los Shaw. Sin duda, habrá usted oído hablar del viejo millonario John A. Shaw. La primera esposa de este señor, falleció de un mal punto en el año 1897. La niña, de nombre Agatha, ahora divorciada y con un hijo de ocho años, sobrevivió, claro está, a la madre; anteriormente, el matrimonio tuvo otro hijo al que pusieron el nombre de su padre, John, el hermano de Agatha, cuenta actualmente 45 años. Poco tiempo después del fallecimiento de su esposa, John A. Shaw volvió a ca-

sarse, pero falleció el algún tiempo después. Esta segunda esposa, Maria Paine Shaw, vivió durante treinta años después de haber fallecido su marido. Y murió hace solamente un mes.

—Una historia plébrica de muertes, por lo que veo—murmuró Ellery, encendiendo un cigarrillo—. Pero hasta aquí, señor Mason, su relato resulta de lo más prosaico. ¿Qué tiene que ver la historia de los Shaw con...?

—Escúcheme usted con paciencia—advirtió Mason, exhalando un suspiro—. El viejo John A. Shaw legó toda su fortuna a su segunda esposa Maria. En cuanto a sus dos hijos del matrimonio anterior, nada les dió, aunque, según parece, dispuso las cosas de modo que Maria se hiciera cargo de ellos.

—Presiento que su relato seguirá el curso de esas historias a las que estamos acostumbrados: la viuda no supo cuidar en debida forma a sus hijastros, y entre ella y ambos existió en todo momento una gran animosidad.

En lugar de responderle directamente, el abogado se enjugó el sudor de su frente, y prosiguió:

—Esta, a la vez de esos tres seres fue algo terrible. Durante treinta años pelearon como salvajes. Sin embargo, le adelanto como atenuante de la conducta inflexible de la viuda, que ella fué la más provocada. John fué en todo tiempo un mendigante incorregible; un irrespetuoso, informal, desparramador y vicioso. Con todo, ella le trató con largueza en cuanto al suministro de dinero. Como le declaré antes, John tiene ahora 45 años de edad, no habiendo hecho en su vida el menor trabajo. Por lo demás, es un borracho.

—¿Lindo tipo de varón! ¿Y qué tal es su hermana Agatha, la divorciada?

—Una copia femenina de John. Contrajo enlace con un cazador de fortunas, que era tan inútil como ella; cuando descubrió que ella no poseía un cobre, la abandonó, habiendo intercedido la viuda de Shaw para que Agatha lograra un divorcio pacífico. La señora de Shaw llevóse a la divorciada y a Peter, el hijo de ésta, a la casa donde siguieron todos ellos su vida de desahucio. Perdonarme que le suministre tantos detalles, pero quiero que usted conozca a esta gente en todos sus pormenores.

—Puede decirse que ya somos casi íntimos—bromeó Ellery.

—John y Agatha—continuó el abogado—vivieron con una sola esperanza: la muerte de su madrastra, a la que desearon heredar. Hasta hace poco, en que ocurrió un incidente de que ya le informaré, la viuda tenía un testamento generoso para sus hijastros. Pero cuando sobrevino ese suceso...

Ellery Queen frunció el ceño, interesado, y preguntó:

—¿De qué clase de suceso se trata?

—De un suceso significativo. Hace tres meses, alguien de la casa intentó envenenar a la viuda de Shaw.

—¿Garamba!

—Pero la tentativa fracasó, gracias al doctor Arlen, Terence Arlen, quien desde mucho tiempo atrás venía teniendo se hiciera esa tentativa, y se mantuvo en todo momento alerta. El cianuro vertido en la taza de té, no llegó a la señora Shaw, matando en cambio a un gato de la casa. Ninguno de nosotros sabe, claro está, quién realizó esa tentativa de envenenamiento. De todos modos, a raíz de ella, la viuda hizo otro testamento muy distinto,

—Ahora—confesó Ellery— me va resultando interesante el relato. Conque también le diga, doctor Arlen, ¿eh? ¿Vaya una serie de majes! Pero cuánto usted algo de ese Arlen, por favor.

Era un viudo un tanto misterioso y con grandes pasiones; su devoción hacia la viuda Shaw y su afición por la pintura. Vivió en la casa de los Shaw durante unos veinte años. Un médico que la señora de Shaw se trató de dónde; creo que sólo ella conocía la oscura historia, manteniendo él una reserva en cuanto a su pasado. Ella le pagó un sueldo generoso para que viviera en la casa, y actuara como médico de la familia; pero la viuda hizo esto porque sospechaba sus hijastros intentarían algún día envenenarla. Por lo demás, considero que Arlen era un tanto misántropo, pues aceptó de muy grado semejante proposición.

Ambos hombres guardaron silencio durante algún tiempo. El chofer desvió el eje de la arteria principal a un estrecho callejón de macadam. Mason respiraba ruidosamente.

—¡Supongo—aventuró Ellery, exhalando bocanada de humo—que usted está seguro de que la señora Shaw falleció de muerte natural!

—Sin duda—afirmó Mason—. El misterio Arlen no quiso confiar exclusivamente su juicio y mandó llamar varios especialistas que le atendieron antes y certificaron su muerte. Se estableció, sin lugar a dudas, que el fallecimiento como consecuencia del último ataque de ataques al corazón; era una enfermedad de cierta edad, y creo que la afección tentativa de envenenamiento de que le hablé antes, no le afectó en un día—son los borrachos que hasta han llegado a atacar mi vida, no merecen de mi ninguna atención. Y me hizo extender un nuevo testamento en el que desheredaba por completo a los jastros.

—Vaya, vaya—murmuró Ellery. Mason golpeó con los nudillos en uno de los vidrios del coche e indicó:

—Más rápido, Burroughs—El automóvil surió su marcha y Mason continuó diciendo: Buscando mentalmente un frasco que quien podía dejar su fortuna, la señora Shaw recordó a alguien, y ello le hizo pensar que no tendría que arrojar su dinero a los cuatro vientos. El viejo John A. había tenido un hermano mayor llamado, viudo con dos hijos. A raíz de un altercado entre John A. Shaw y Morris, el último había emigrado a Inglaterra. Así, casi todo su dinero y cuando, finalmente, murió, sus hijos Edith y Percy quedaron totalmente desamparados.

—Esos Shaw parecían, por lo visto, muy dados a la violencia.

—Supongo que lo llevan en la sangre—matadame, según pude averiguar. Percy tenía talento, y se lanzó a la vida en Londres, actuando juntos con gran número de variedades. La viuda se resolvió, pues, legar su dinero a Edith, a brina por parte del esposo. Tras algunas negociaciones, supo que la tal Edith era la señora Edythe Royce, una señora en viuda desde hacía muchos años. A raíz de la señora de Shaw, le envió un cheque y ella cruzó el mar hacia aquí en el barco. Según la señora Royce, Percy, mi hermano, falleció en un accidente automovilístico pocos meses antes; de modo que ella no tuvo lazo alguno...

MUJER BARBUDA

Por **ELLERY QUEEN**

ILUSTRACIÓN DE ARTECHE

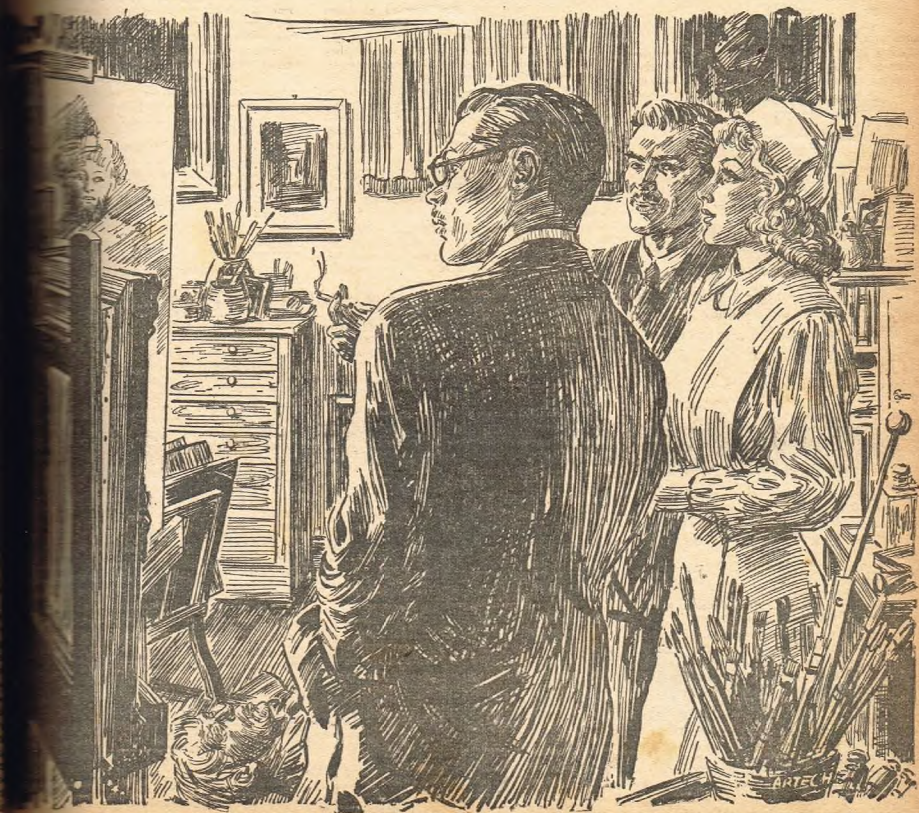
pues yo soy un tanto desconfiado: ¿se aseguraron ustedes de que la señora Royce era precisamente la que buscaban, que pertenecía a la familia de los Shaw?

El abogado se sobresaltó, pero luego dijo, meneando la cabeza:

—No, no, señor Queen; por ese camino va usted mal encauzado. Le aseguro que no puede haber la menor duda a ese respecto. En primer lugar, ella posee esas marcadas caracte-

rísticas faciales de los Shaw, que ya verificará usted por sí mismo cuando la vea. Por lo demás, esa mujer vino provista de algunos objetos de propiedad de su padre, Morton Shaw, y yo mismo, secundado por Coolidge, la sometí a su llegada a un severo interrogatorio. Pero ella nos convenció por completo por su amplio conocimiento de todas esas minucias de la vida de su padre y de la niñez de Edith Shaw en América, conocimiento imposible de adquirir

el testamento en sí?
—¿Se quiere, extraño. La fortuna de los Shaw fue en un tiempo cuantiosa, pero la devaluación la redujo a unos trescientos mil dólares. La señora de Shaw legó a su sobrina doscientos mil dólares redondos. El resto, asómbrese usted, quedó depositado a nombre del doctor Arlen!
—¿El doctor Arlen?
—Sí, doctor Arlen, sin embargo, que el doctor Arlen no podría tocar ese capital, pero sí el interés de su renta por el resto de su vida. Eso es lo que se le está tornando interesante a usted, ¿no es así?
—Sí, creo. Pero, dígame, señor Mason,



PINCILITO PURAPOSE

Realidad e ilusión

Por DOMINGO VILLAFANE



para un extraño. Le aseguro a usted que nos mostramos sumamente prudentes, particularmente desde que ni John ni Agatha habían visto, desde su infancia, a la viuda de Shaw. Permítame una pregunta —manifestó Ellery, inclinándose hacia adelante—, ¿qué destino debía darse a esos cien mil dólares, a la muerte del doctor Arlen?

El abogado clavó su mirada en las dos largas filas de álbumes que flanqueaban el sendero sobre el que se deslizaba silenciosamente el automóvil.

—Debían ser divididos por partes iguales entre John y Agatha —respondió, con voz pausada, en tanto el vehículo se detenía frente a una immaculada puerta cochera.

—Comprendo —murmuró Ellery, pues el asesinado había sido precisamente el doctor Arlen.

Un gendarme con más aspecto de soldado que de policía, los escoltó a lo largo de amplios corredores, en dirección a una de las alas de una espaciosa y vieja mansión de tipo colonial. Luego, los recién llegados ascendieron una escalera hasta un frío corredor, acompañados esta vez por un hombre nervioso, con cuello de toro.

—¡Oh, señor Mason! —exclamó, adelantándose solícito—. Le estuvimos esperando. Ah... pero, ¿es este el señor Ellery Queen?

—Sí, sí, él es —ratificó Mason, haciendo seguidamente las debidas presentaciones—. ¿Dejó usted todo tal cual estaba, Murch?

El interrogado dijo algo entre dientes y se hizo a un lado. Ellery se encontró a continuación en un estudio compuesto por dos habitaciones; más allá de una puerta abierta divisó una blanquísima casilla de palomas en el extremo superior de un poste. En el techo del estudio, en tiempo muy lejano, se había practicado una abertura y cubierto la misma por un vidrio a través del cual filtrábase al interior abundante luz. En el estrado, esparcidos y en confusión, veíanse los elementos de trabajo de un pintor, los cuales se destacaban por sobre unos pocos utensilios médicos. Había caballetes, cajas de pinturas, un pequeño estrado, guardapapeles arrollados al descuido y, en las paredes, una profusión de bocetos al óleo y a la acuarela.

Un hombre de pequeña talla, hallábase arrodillado junto al cuerpo extendido e inerte del doctor Arlen, cuyo cadáver parecía petrificado, desdoblándose su cabellera, plateada, de curiosa ondulación. La herida era muy profunda; del lado del corazón emergía la mitad de la paja de un estilete. Por lo demás, veíase muy poca sangre.

—¿Descubrió usted alguna otra cosa interesante, doctor? —preguntó Murch.

El hombrerito se incorporó y, mientras guardaba sus instrumentos, dijo:

—Murió instantáneamente a consecuencia de la herida recibida. Como usted ve, se le atacó de frente. A último momento, trató de eludir el golpe, pero no fue lo suficientemente rápido. Dicho esto, tomó su sombrero y salió rápidamente.

Ellery sufrió un ligero estremecimiento. El estudio estaba silencioso, al igual que el corre-

dor y aquella ala del edificio; en realidad, la casa toda parecía abismada bajo el peso de un silencio terrible, que pesaba como una misteriosa amenaza. Había en el aire algo que imponía. Ellery rechazó enérgico aquella impresión, y preguntó:

—¿Identificó usted el estilete, capitán Murch?

—Pertenece a Arlen y estaba siempre sobre esta mesa.

—¿No hay posibilidad de suicidio?

—Ninguna, según lo afirmó el médico que acaba de salir.

—¿Usted me hiciera caso a mí... —refunfuñó, entre dientes, Phineas Mason, abandonando seguidamente la habitación.

El cadáver estaba cubierto por un guardapolvo manchado con pintura; debajo, adivinábase un pijama; en una de las rígidas manos había un pincel cuyas cerdas estaban mojadas en una pintura oscura. Cerca del cuerpo inanimado del doctor Arlen, se divisaba una paleta con colores, vuelta hacia abajo. Pero, por el momento, el estilete atrajo la mirada de Ellery Queen.

—Es florentino, si no me equivoco —recalcó. Y añadió como distraído:— Hágame usted el favor de relatar cuanto ha sabido hasta ahora, capitán Murch. Me refiero al crimen en sí.

—Según declaraciones del médico —explicó Murch—, fué muerto aproximadamente a las dos de la mañana, o sea hace unas ocho horas. Halló su cuerpo, a eso de las 7 de la mañana, una mujer llamada Krutch, mucama de esta casa desde hace un par de años. ¡A fe que parece una buena chica! Nadie puede ofrecer una explicación plausible de su ocupación en el momento del crimen... pues según parece todos estaban durmiendo... y todos duermen separadamente.

—A propósito, capitán —preguntó Ellery—, ¿tenía el doctor Arlen la costumbre de pintar en horas de la noche?

—Así parece. A mí también me dió que pensar ese detalle. Pero, el hombre era especial y cuando estaba entusiasmado con alguna obra, era capaz de trabajar veinticuatro horas seguidas.

—¿Dormían los demás en esta ala del edificio?

—No; ni siquiera los servidores de la casa. Parece que al doctor Arlen le gustaba la soledad —agregó Murch, quien, volviéndose hacia la puerta, llamó con voz estentórea:

—¡Señorita Krutch!

La aludida salió lentamente del dormitorio del doctor Arlen. Era una mujer joven, y alta, y se veía que había estado llorando; vestía un uniforme de enfermera. A Ellery pareció sumamente atractiva. La señorita Krutch, no obstante las lágrimas que corrían por sus ojos, era el primer rayo de luz que descubría en aquel viejo caserón.

—¿Cuente usted al señor Queen lo que pasó a mí —indicó Murch, lacónicamente.

—Poco es lo que puedo decir —adelantó la como de costumbre, estaba muy levantada de las 7. Mi cuarto se encuentra en el ala principal, pero aquí hay un cuarto para guardar ropa blanca y otras cosas. Al pasar por el cuarto, vi al doctor Arlen tendido en el suelo con el cuchillo clavado. La puerta estaba abierta y la luz encendida. Lancé un grito y nadie me oyó. ¡Está esto tan alejado! Me acerqué a gritar reiteradamente, y sólo entonces dieron a la carrera el señor y la señorita. Eso es todo.

—¿Tocó alguno de ustedes el cadáver, señorita Krutch?

—¡Oh, no señor! —exclamó ella, con un estremecimiento.

—¡Ajá —murmuró Ellery, desviando su mirada del cadáver al caballete y de éste a otra parte. Pero, de pronto, volvió su mirada hacia la mujer con tensión. Murch le observaba con disimulada ironía.

—¿Qué opina usted de todo esto, señor Queen? —preguntó, burlón.

Ellery dió unos pasos hacia adelante. El cadáver era pequeño, próximo al mayor tamaño que tenía un cuadro. Era una pintura al óleo, copia tipo comercial del famoso cuadro de Rembrandt "El Artista y Su Esposa". En la misma aparecía en primer término, el doctor Arlen y se veía a su esposa detrás. La tela que cubría el caballete grande, era una tela roja, medio terminada de ese cuadro. Ambos habían sido completamente esbozados por el doctor Arlen y comenzado el trabajo por el pincel. El artista, de bigotes y con una sonrisa, ataviado con sus pintorescos pantalones de pluma, tenía el brazo izquierdo alzado, la cintura de su esposa, vestida a la típica manera holandesa.

Pero en el mentón de la mujer había una mancha.

Ellery contempló estupefacto la costura de reproducir Arlen: en ella se veía a la mujer con el mentón liso, natural, en que en la tela de Arlen se destacaba una mancha negra. Sin embargo, era fácil ver la barba había sido trazada precipitadamente por el pintor hubiera estado tratando de tiempo.

—¡Cielos! —exclamó Ellery—. ¡Esto constituye una blasfemia!

—¿Le parece? —recalcó Murch, diestramente. Luego miró a la señorita Krutch, dijo, no muy galante:— Puede usted decirme...

Ella abandonó el estudio con paso firme. Ellery meneó la cabeza, se dejó caer en un butaca y sacó sus cigarrillos, parsimoniosamente.

—Es la primera vez —murmuró— que veo un cuadro una mujer con barba. ¿Instante y luego preguntó, súbitamente, en casa Peter, el hijo de la señora Shaw?

De MARTIN FIERRO

Bien lo paso, hasta entre pampas,
El que respeta a la gente;
El hombre ha de ser prudente
Para librarse de enojos:
Cauteloso entre los Hojós,
Moderado entre valientes.



sonriendo secretamente como quien una broma cuyos alcances sólo él conoce hasta la puerta del *hall* y dijo algo, Ellery abandonó la silla, cruzó la habitación y volvió con uno de los delantales, se dio sobre el cadáver. Casi en seguida, y sin darse cuenta, se sentó en la habitación un niño con un rostro pero inquisitivo. Le seguía la elegante figura de mujer que Ellery conocía en toda su existencia. Tratábase de una mujer corpulenta, como de unos sesenta años, con facciones grotescas y suarrugadas. Tenía el rostro exageradamente adornado con pinturas y cosméticos; los gruesos, habían sido perfilados en una forma perfecta; sus cejas aparecían muy oscuras y todo su cutis estaba empolvado de blanco muy pronunciado.

El grotesco era su arreglo facial, no lo era su vestimenta. Llevaba un vestido blanco en la cintura, de pollera amplia que llegaba a los tobillos. Su pecho era descubierto y tenía un cuello muy sobrecargado de adornos. Ellery pensó al instante que sería Edith Shaw Royce, lo cual explicaba parte su excéntrica apariencia: era una mujer de cierta edad, venía de Inglaterra y tenía el reflejo de su desvanecido glorioso días de su mocedad, cuando actuaba en los teatros londinenses.

La señora Royce—presentó Murch, silencioso—v su hijo Peter.

—¿Gusto, señora—dijo Ellery—. Ah, Peter, ¿verdad?

—El niño una criatura frágil, delgaducha, muy delicada, muy marcada, que clavaba sus ojos en las demás y se chapaba siempre los labios—exclamó la señora Royce, con una voz que estaba en consonancia perfecta con su apariencia: era penetrante, desahogada, con un tanto cascada. El cabello, seguía en su lugar, era de un castaño oscuro evanescente. Daba la sensación de que por todos los medios por disimular

—murmuró Ellery, con voz dulce—, es un cuadro—. El niño obedeció, de mala gana, y se puso a mirar la barba en el rostro del cuadro, Peter?

—El niño se apartó contra la voluminosa figura de la señora Royce y respondió, rápidamente—, ¿verdad?

—¿Verdad?—manifestó la señora Royce, con una voz que quiso ser alegre—. Esta es precisamente la que yo noto en el cuadro, capitán Murch. Pero estoy segura de que Peter quien pintó esa barba en el cuadro, Peter?

—El niño, perplejo, que la extraordinaria barba y bajaba con insistencia su ceja como si tuviera en ese ojo algo que le molestaba.

—¿Aprendió la lección, ¿eh?—recalcó la señora Royce.

—¿Aprendió la lección, ¿eh?—recalcó la señora Royce, con un tanto de vigor su gimnasia ocular.

—Precisamente ayer, la madre de Peter—dijo haciendo con tiza una barba en las pinturas del doctor Arlen, la cual

EPITAFIO

Yore aquí Juana Cancio
Esposa de Enrique Cancio,
Mameluco.

Este monumento fue erigido por su esposo
en homenaje a su memoria,
y como muestra de su trabajo.

Tumbas en igual estilo: 1.000 pesos.

NO ERA UNA BEATRIZ

Sabido es que las relaciones que mantuvieron durante diez años la condesa de Agouti y Franz Liszt, fueron un tanto borrascoas. Y, dicho sea de paso, la condesa era unos siete años mayor que el gran músico.

Un día de buen humor y de aquda vanidad, ella comparó a su amigo con Dante, para compararse ella misma con Beatriz.

Entonces Liszt le dijo:

—Las verdaderas Beatrices, señora, mueren a los dieciocho años...

Dijo BARRETT:

Desprenderse de la realidad no es nada:
lo heroico es desprenderse de un sueño.

estaba en el dormitorio de Peter. El doctor Arlen le dio una buena reprimenda, y él mismo quitó esas marcas de tiza. Agatha se enojó mucho con el pobre doctor Arlen. ¿Verdad que no fuiste tú, Peter?

—No—insistió el niño, atrevido—su curiosidad por aquel bulto extraño que había en el suelo y que Ellery cubría con un delantal.

—El doctor Arlen, ¿eh?—murmuró Ellery, reflexivo—. Gracias.

Y comenzó a pasearse de un lado a otro de la habitación, en tanto la señora de Royce tomaba a Peter por el brazo y lo sacaba con firmeza de allí. El paso enérgico de aquella mujer dejó atontado a Ellery Queen. Observó el detective sus zapatos y descubrió que los pies tenían grandes callos. Murch cortó sus reflexiones, diciéndole bruscamente:

—Vámonos ya.

—¿Adónde?

—Abaño.

Murch indicó por señas a un policía uniformado que vigilara el estudio.

—Quiero escuchar a usted—dijo, mientras se dirigían a la parte principal de la casa—por qué está esa curiosa barba en el mentón de la mujer del cuadro.

—¿De veras?—preguntó Ellery. Y no dijo nada más.

Murch se detuvo en la puerta de un oscuro *living-room* colonial. Ellery miró hacia adentro y descubrió a un hombre cadavérico, de pecho hundido, con un *pull-over* raído. Hallábase el curioso personaje sentado en una poltrona, y observaba un vaso vacío que sostenía en su temblorosa diestra. Tenía los ojos amarillos e inveterados en sangre, destacándose en su rostro las hinchadas venas rojas.

—Eso que ve usted ahí—recalcó Murch, con un desdén en el que se advertía cierta jactancia—es el señor John Shaw, hermano de Agatha.

Ellery observó que John Shaw poseía los mismos rasgos fuertes, los mismos labios gruesos y nariz cortada a pico que la extraña señora de Royce y que el personaje con aspecto de pirata, cuya efigie aparecía en un cuadro que colgaba sobre la chimenea y que fuera sin duda su padre.

También observó el detective que en el mentón de John Shaw se veía una hirsuta barba rematada en punta.

El señor Mason les esperaba en un sombrío salón de recepción.

—¿Y bien?—preguntó, en un tono de voz apenas perceptible.

—El capitán Murch—murmuró Ellery—tiene su teoría explicativa.

—Clara como un día de pleno sol—manifestó el aludido—. Mi teoría afecta a John Shaw. Se me ocurre que el doctor Arlen pintó esa barba como una pista respecto a la identidad de su matador. Y aquí el único hombre de barba es John Shaw. Admito que ese detalle no constituye una prueba rotunda. Pero es un punto de partida. Y a fe que voy a trabajar sobre esa base.

—John—recalcó Mason, pausadamente—tenía por ciertos motivos para hacer eso. Sin embargo, hallo difícil que...—dejó trunca la frase y preguntó, bruscamente:—¿Barba? ¿Qué barba es esa?

—Una barba pintada en el mentón de un rostro de mujer que hav arriba—murmuró Ellery—, es un cuadro de Rembrandt que Arlen estaba copiando en momentos de ser asesinado. El doctor Arlen debe haber pintado esa barba para que sirva de punto de partida a la pesquisa. Está trazada con mano experta, al óleo, y en la mano derecha del muerto se halla todavía el pincel mojado en el óleo oscuro con que la hizo. ¿Hay en la casa alguna otra persona que pinta?

—No—dijo Mason, intranquilo.

—Vaya.

—Pero aun cuando Arlen hubiera hecho ese disparate—objetó el abogado—, ¿cómo sabe usted que fue antes de ser atacado?

—¿Y cuando diablo pudo haber sido, entonces?—masculó Murch.

—Seamos científicos, capitán—murmuró Ellery—. Para su pregunta hav una respuesta perfecta, señor Mason. En primer término, todos convenimos que el doctor Arlen no pudo haber pintado la barba después de ser atacado, puesto que falleció instantáneamente. En consecuencia, debe haberla pintado antes de ser atacado. La cosa está en saber cuánto tiempo antes. Pero, ¿por qué pintó en realidad Arlen la barba?

—Murch opina que lo hizo para adelantar un indicio respecto a su asesino—murmuró Mason—. Usted también parece estar de acuerdo en ese sentido. Pero por mí puedo decir que eso me parece absurdo.

—Pues, ¿qué ve usted de absurdo en ello?

—¡Demonio!—exclamó Mason—. Si quería dejar alguna pista sobre su asesino, ¿por qué no escribió en la tela el nombre del mismo? Tenía en la mano su pincel y...

—Precisamente—murmuró Ellery—. Su pregunta, señor Mason, es, después de todo, sensata. ¿Por qué no hizo eso Arlen? De haber estado él solo, esto es, sin la presencia del asesino,

DEBILMENTO PIESFELICES

"BARRA DE HIELO" AL PISO 14-1

Por CAO

RUEGASE A LOS
PROVEEDORES UTILIZAR
LA ESCALERA.



sin duda nos habría podido transmitir por escrito, en concreto, su pensamiento. El hecho de que no nos haya dejado tales informaciones demuestra que no presentaba a su asesino antes de la aparición del mismo. Por consiguiente, pintó la barba mientras estaba presente su asesino. Y ahora hemos hallado una explicación de por qué dejó el doctor Arlen esa barba para que sirviera de pista. Estando su asesino presente, no pudo Arlen dejar escrito su nombre; el asesino lo hubiera visto y lo habría destruido. Arlen se vivió, entonces, obligado a recurrir a un método más sutil: dejar una clave que escapara a la atención del asesino. Como en ese momento estaba pintando, utilizó un método de pintor. Y aun cuando el asesino observó esa barba, posiblemente la atribuyó a la nerviosidad de Arlen; aunque lo más probable es que ni siquiera reparó en ella.

—Pero una barba en rostro de mujer! —alguien le dijo—. Le digo a usted que...

—El doctor Arlen tenía un precedente —recalcó Ellery.

—Un precedente?

—Sí, el capitán Murch y yo hemos descubierto que el pequeño Peter, en su divina inocencia, había hecho con tiza una barba y unos

Remedio



—Con mucho gusto aceptamos su invitación para ir a la Opera. Hace unas noches que Juan padece de insomnio...

Historia antigua



ELLA. — ¡Oh! no sabía que en aquella época efectuaban cursos prácticos de primeros auxilios.

bigotes en uno de los bocetos del doctor Arlen, que cuelga en la pared del dormitorio de Peter. Y eso fue recién ayer. El doctor Arlen le dijo por ello una buena reprimenda. Pero la barba borroneada por Peter, debe haberse aferrado a la mente del doctor Arlen y mientras su asesino le hablaba o le amenazaba, el recuerdo de la barba acudió a él. Por lo visto, consideró interesante el asunto, por cuanto se valió del mismo. Y ahí está la cosa.

—Pues a mí me parece que todo eso es una necesidad —objetó Mason.

—Necesidad, no —recalcó Ellery—. El caso es interesante; ¿Por qué pintó el doctor Arlen la barba en el momento de una mujer muerta hace más de dos siglos? Estos Shaw no son por cierto descendientes de aquel célebre pintor. No creo tampoco que se trate de una burla, pues ya sabemos el respeto que merecía a Arlen la pintura. Y dado que no se trató de una broma, ¿qué se propuso el doctor Arlen al pintar esa barba?

—Si no fuera tan ridículo —aventuró el abogado—, diría que se trataba de señalar a... ¡Peter!

—Malo, malo y malo, con perdón de usted, señor Mason —dijo Murch—. El niño es el único que pudo ofrecer una explicación admisible del empleo de su tiempo. Según parece, la madre está en todo momento preocupada por él y siempre lo tiene cerrado bajo llave. Así lo hallé esta mañana. Y no pudo haber salido a través de los barrotes de la ventana.

—Bien, bien —murmuró Ellery; yo no sé ya qué pensar. ¿Qué opina usted, señor Queen?

—Aun cuando no me gusta llevar la contraria —manifestó Ellery—, no puedo estar de acuerdo con el amigo Murch.

—Sí, ¿eh? —burlóse Murch—. Supongo que usted tendrá sus razones.

—Las tengo —afirmó el detective—: entre otras, las distintas formas de la barba de John Shaw y la que pintó Arlen en la tela.

—Pero si el pintor no se quiso referir con su alusión a John Shaw —dijo el otro—, ¿qué diablos quiso insinuar?

—Si supiéramos eso —observó Ellery—, lo sabríamos todo, capitán.

—Bueno —bramó Murch—, yo tengo esa convicción y he de llevarme al Departamento Central de Policía a John Shaw para obligarle, una vez allí, a que confiese toda la verdad.

—Pues yo no haría tal cosa —manifestó Ellery, rápidamente—. Si no fuera más que por...

—Conozco cuál es mi deber —recalcó Murch, muy serio.

Y salió muy resueltamente del salón de recepción.

John Shaw, que estaba completamente ebrio, ni siquiera protestó cuando Murch lo condujo al automóvil policial. Y seguido por el camión de la morgue, que llevaba el cuerpo del doctor Arlen, Murch se fué con su presa.

Ellery miró asombrado a su alrededor. El abogado, arrellanado en un sillón, mordiase las uñas. Y de nuevo observó el detective que el cuarto, la casa y el aire estaba todo cargado de un silencio aplastante, insoportable.

—Tengo para mí —recalcó Ellery, bruscamente—, que hay en este asunto algo que usted todavía no me ha dicho, señor Mason.

El abogado se incorporó de un salto y luego volvió a sentarse, mordiéndose los labios, preocupadísimo.

—Es una criatura sumamente traviesa —dijo una voz chillona, desde la puerta. Ambos se volvieron sorprendidos, y descubrieron a la señora Royce, que los saludaba. La mujerona avanzó con paso de granadero, balanceando su enorme pecho. Se sentó junto a Mason y se recogió con soltura, valiéndose de ambas manos, su amplia pollera.

—Yo sé lo que le trae a usted preocupado —murmuró.

El abogado aclaró precipitadamente su ganta y dijo:

—Le aseguro que...

—¡Tonterías! Yo tengo buen ojo. Mas... me ha presentado usted a este simpático Mason farfulló algo, entre dientes... Queen, eh? Encantada de conocerle. Queen. Es el primer joven americano que he descubierto, desde mi llegada a este país, que puedo juzgar con autoridad cuándo uno es buen mozo, puesto que actué en las tablas, durante muchos años. A verdad —añadió con voz de barítono—, era entonces tan mal parecida, que digamos lo que lo dudo —murmuró Ellery—, ¿qué?

—Mason teme por mí —dijo la señora— con simpleza de niña—. Cree que el doctor Arlen habrá de elegirme a mi próxima víctima. Y yo le digo ahora se lo dije hace un instante, cuando usted arriba con ese terrible capitán Murch... una razón por la cual no se me ha víctima de un ataque. Por otra parte, me que Agatha o John hayan podido ser responsables de la muerte del doctor Arlen, esto es sin duda lo que usted piensa... Mason; no me lo niegue.

—Pero le aseguro que yo jamás... zó a balbucear el abogado.

—Hum —murmuró Ellery—. ¿Cuál es, señora Royce?

—Alguien del pasado de Arlen... ella—. Tengo entendido que Arlen... esta casa hace unos 15 años, bajo ciertos... de la muerte del doctor Arlen, esto es sin duda lo que usted piensa... Mason; no me lo niegue.

—La explicación es ingeniosa —comenzó a decir.

—Pronto pondrán en libertad al primo... —prosiguió la señora Royce, con una... que John es un idiota en su estado... pero cuando está borracho. ¿Verdad que... hay prueba de que haya sido él? Usted el favor de darme un cigarrillo, Queen?

—Ellery se apresuró a ofrecerle su... La señora Royce escogió un cigarrillo... forzosamente, en tanto que Ellery... fósforo encendido. A continuación, la Royce cruzó las piernas y comenzó a... Fumó casi a la moda rusa, ahuecando... alrededor del cigarrillo, en lugar de... entre dos dedos. ¡Admirable mujer!

—¿Por qué teme usted tanto por la... Royce, Mason?

—Este... —tartamudeó Mason, vacilante... tre ser discreto o locuaz—. Puede haber... un motivo doble en el asesinato del doctor... len. Esto es —añadió, atropelladamente—, cuando que John o Agatha hayan tenido... que ver en el asunto.

—Un doble motivo?

—Uno, por supuesto, sería el paso de... mil dólares a los hijastros de la viuda... como va le dije. El otro... bueno, el... un motivo bien distinto, por cierto. A... de disfrutar de alojamiento y renta... resto de su existencia, el doctor Arlen... seguir oficiando de médico de la... atender a todos los de la casa, particular... a la señora de Royce.

—¡Pobre tía María! —exclamó la señora Royce, con un gran suspiro—. Debe haber... muy buena la pobre.

—Lamento decirle que no comprendo... todo esto, señor Mason.

—En un bolsillo tengo copia del... —dijo el abogado, buscando el documento... nosamente—. Aquí está. Reflexione... párrafo: "En particular, hacer todos... ses un examen médico a mi sobrina Ed... o aun con mayor frecuencia, si el doctor...

Para estudiar por correo, en su casa, debe inscribirse únicamente en E.L.A.

Ver primera tapa interior

conveniente, a fin de velar mejor... Es esta una cláusula que, estoy... hijastros sabrán apreciar.

Un agregado cínico—recalcó Ellerv—, de Shaw hizo a Arlen, prácticamente del estado de salud de la señora... sospechando sin duda que sus hijastros podían atentar contra su... ¿por qué habrían ellos de...?

¿Por qué vez se insinuó el terror en el... de la señora de Royce, la cual... y dió, con algo de temblor: "¿No puedo creer que...? ¿Cree... que ya vayan tratado de...? ¿Siente usted bien, señora Royce? Mason, alarmado, se... compacta capa de polvo, su eximi... palidecer.

El doctor Arlen debía exami... por primera vez. Oh, sí... es...

... meses, se trató de envenenar a Shaw—explicó el abogado—, cosa... le informé a usted antes, señor... que tiene que andarse con cuidado, Royce...

... no sea usted alarmista, Mason, habrían de intentar los hijastros de Shaw envenenar a la señora de...

... explicó Mason, con voz temblo... de fallecimiento de la señora... que a ella corresponde ir a... la, automáticamente, a John y...

... el abogado enjugó el sudor de...

... donó lentamente la silla e hizo... por la sombría habitación. El... de la señora de Royce comenzó... nerviosamente hacia arriba y hacia...

... esto requiere meditación—recalcó,

... en sus ojos algo extraño, que los... con intranquilidad.

... quedará esta noche, señor Mason, Royce no se opone.

... en modo—aseguró ella, con un...

... su rostro denotó franco temor. Y de... espació por el ambiente como un... pelliclo de amenaza, anunciador de... de algún suceso trascendental... que tratarán realmente de...? ...amente dentro de las posibilidades... a decir Ellerv Queen.

... ocurrió con una lentitud insopor... llegó a la casa; el teléfono perman... y nada se supo de Murch, de... el destino de John Shaw permaneció... estado, senado hecho un ovillo en el... frente, con un cigarrillo apagado... se hancaba inconscientemente. La... Royce se había retirado a su ha... ter, por su parte, correteaba por... momentando a un perro. De tiem... o, oíase la voz triste de la señorita... le reprenhía desde lejos, aunque... mente.

... Queen el tiempo transcurría con... abrumadora. Deambuló sin cesar... y fríos corredores de la esca... nervios, fumando de continuo y me... se tendía como una nube ame... que hacer un gran esfuerzo... para no dar un salto cada vez... el menor ruido; por lo demás,... estaba distraída y no le permitía... con serenidad y claridad. En aque... de va se había cometido un cri... como una atmósfera de violencia... ción ligeramente, echó un vistazo... de sus hombros, y trató de con-

centrarse en el problema que realmente le preocupaba. Al cabo de algunas horas, sus pensamientos se serenaron y comenzaron a alinearse ordenadamente, hasta que en aquel mare magnum de ideas percibió claramente un principio y un fin. El hombre se había tranquilizado y dominado.

Sonrió ligeramente al detener a una muca... que avanzaba en puntas de pie, y le preguntó dónde estaba situado el cuarto de la señora Agatha Shaw. La aludida había permanecido invisible. "El hecho era sumamente curioso. Una sensación de proximidad de drama le excitó un tanto..."

Una débil voz femenina respondió a su llamado; Ellerv abrió la puerta y se halló a una Shaw tan fea, delgada y consumida, como el ejemplar masculino que Murch se llevara de tenido; hallábase la mujer sentada en un *chaise longue*, mirando distraídamente a través de pieles, y en sus hinchadas piernas desnudas se destacaban unas venas varicosas.

—Y bien—dijo con acrimonia, sin volverse—, ¿qué se le ofrece?

—Me llamo—se presentó el detective— Ellerv Queen, y el señor Mason recurrió a mí para que le ayudara a solventar sus dificultades.

Ella volvió entonces, lentamente, su esquelético cuello.

—Ya he oído hablar de usted—declaró—, ¿pretende acaso que le reciba con bombos y platillos? Me imagino que fué usted quien dispuso la detención de John, mi hermano. En ese caso, permítame que le diga que son todos ustedes, sin distinción, un hato de imbéciles.

—La idea de llevar a su hermano bajo custodia fué exclusiva del capitán Murch. Sin embargo, no le han arrestado oficialmente. De todos modos, es bueno que sepa que yo me he opuesto enérgicamente a su arresto.

Ella respiró con fuerza y cubrió la desnudez de sus piernas en un tardío arranque de femineidad.

—Tome asiento, señor Queen—dijo lacónicamente— Le ayudaré en todo lo que pueda.

—Por lo demás—recalcó Ellerv sentándose—, no conviene recriminar por entero a Murch, pues pesa sobre su hermano una terrible sospecha.

—Sí, ya sé, y también sobre mí.

—Así es—corroboró Ellerv penosamente—; y contra usted.

Ella levantó sus escuálidos brazos y exclamó: —"Oh, cuánto odio a esta maldita casa y a esa maldita mujer! Ella tiene la culpa de todas nuestras vicisitudes. A buen seguro que llegará un día en que..."

—Supongo que se refiere usted a la señora de Royce. ¿No será usted un tanto injusta con ella? Por lo que me explicó Mason, es evidente que no ha meditado la menor coacción para que su madrastra legara la fortuna de su padre a la señora Royce. Nunca se conocieron ambas mujeres; jamás mantuvieron correspondencia, y su primo se encontraba a tres mil millas de distancia. Es embarazoso para usted, pero la señora de Royce no tiene la culpa.

—Ella nos despojó de nuestro dinero. Y ahora tenemos que quedarnos aquí y... ser mantenidos por ella. Eso es intolerable! Ella está aquí, por lo menos, un par de años.

—Temo no comprender. ¿Por qué un par de años?

—En el testamento de esa mujer se especificaba que esta "preciosa" prima nuestra debía venir a vivir aquí y oficiaría de dueña de casa por un mínimo de dos años; ¡Esa fué la venganza de aquella cudiabla mujer! ¿Qué habrá visto en ella mi padre? ¿Hay que proveer un hogar a John y Agatha—decía ella en su testamento—, hasta que hallen una solución permanente a sus problemas? ¿Qué le parece eso? Yo jamás habré de olvidar esas palabras; ¡Nuestros "problemas"! ¡Oh, cada vez que pienso en ello!

Se mordió los labios y le miró de soslayo,

como temerosa de haberse excedido en la confidencia.

Ellerv exhaló un suspiro, y fué en dirección a la puerta.

—¿De veras? ¿Y si algo... obligara a salir de la casa a la señora Royce antes de la expiración del período especificado?

—El dinero vendría a nosotros, claro está—manifestó ella, con gesto de amargo triunfo. Su delgada piel oscura aparecía ahora violácea. Si algo ocurriera... —Confío—dijo Ellerv, secamente— que nada habrá de ocurrir.

Cerró la puerta y quedó un instante mordiendo las uñas. Luego sonrió significativamente y descendió las escaleras hacia un relleno.

John Shaw volvió con su escolta a las diez de la noche. Tenía el pecho más hundido; los dedos le temblaban más; sus ojos se hablaban

Ellas son así



—Por mi no se apure, señora. Píense con tranquilidad cuál vincon le agrada más para poner el piano.

Interesada



—Mi primer impulso fué darle calabazas; pero recordé a tiempo que faltan muy pocos días para mi cumpleaños.

EL PERRO ASDRUBAL

por



más investados de sangre y aparecía más sombrio. Muchach parecía un nubarrón cargado. El hombre cuidadosamente penetró en el living-room y se dirigió a una gárgala. Bebió solo, con una determinación mecánica. Y nadie le molestó.

—Nada, —dijo Murch a Mason y Ellery, con gran desaliento.

A las doce de la noche, todos en la casa dormían profundamente.

La primera persona en dar la voz de alarma fué la señorita Krutch. Era ya casi la una de la mañana cuando descendió por el corredor superior, gritando a pleno pulmón:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Un humo espeso caracoleaba alrededor de sus piernas, y a la débil luz de la luna que se filtraba por una ventana del corredor, se destacaba su temblorosa silueta con fina ropa de dormir.

En el corredor comenzó entonces a bullir la vida. Abrieron estrepitosamente las puertas; asomaron algunas cabezas impacientes; se lanzaron en profusas gritos y preguntas anhelantes, y algunas gargantas caraspieron por la humareda.

El doctor Phineas Mason, que despojando de su dentadura parecía un centenario, corrió en dirección a la escalera con un ridículo camión de dormir. Murch, por su parte, subió aprisa las escaleras seguido por un John Shaw atónito y más legañoso que de ordinario. La escudilla Agatha, en pijama de seda, descendió por el corredor con Peter en sus brazos, gritando con todas sus fuerzas. Dos sirvientes descendieron también las escaleras, como ratas espantadas.

Pero Ellery Queen se mantuvo impasible, fuera de la puerta de su cuarto. Y miró serenamente a su alrededor, como buscando a alguien.

—¡Murch! —llamó, con voz clara y penetrante.

Y el aludido subió a la carrera.

—¿Dónde demonios es el fuego? —preguntó irritado.

—¿Ha visto usted a la señora de Royce?

—¿A la señora de Royce? ¡Oh, no!

Y se lanzó corriendo por el hall, seguido de Ellery Queen.

Murch empujó la manija de una puerta, pero la halló cerrada.

—¡Caramba! Debe haber quedado dormida, o la había vencido el...

—En ese caso —dijo Ellery, entre dientes, echándose hacia atrás— déjese de gritar y ayúdeme a derribar la puerta. No vamos a dejar que se quemé viva.

En medio de la oscuridad y envueltos por el molesto humo, ambos hombres se arrojaron impetuosamente contra la puerta. A la cuarta acometida, lograron arrancarla de sus goznes, y Ellery se lanzó hacia el interior del

cuarto. Los potentes rayos de su linterna, hurgaron en las tinieblas. Repentinamente, algo golpeó en la mano de Ellery Queen, cayéndose al suelo la linterna. Un momento después, Ellery Queen se trababa en recia pelea, como si del resultado de la misma dependiera su propia vida. Su adversario era un musculoso y jadeante demonio, con dedos como garras, que buscaron afanosamente su garganta. Murch, que quedara rezagado, comenzó a gritar:

—¡Señora Royce! ¡Si somos nosotros!

Algo agudo y frío rozó una de las mejillas de Ellery Queen, dejando en ella una molesta quemazón. Ellery halló un brazo desnudo, que torció con fuerza, y entonces se oyó que algo metálico caía al suelo. Murch pareció al fin reaccionar y se adelantó.

También se adelantó un uniformado policía local, que comenzó a buscar con su linterna de mano. El puño de Ellery partió con gran fuerza hacia adelante, dió vigorosamente en un estómago abultado... y al instante se aflojaron los dedos aferrados a la garganta del detective. En ese mismo momento halló el policía local el botón de la luz eléctrica.

La señora de Royce, temblando violentamente, apareció en el suelo, ante los dos hombres. Su cabeza daba la sensación de que le habían arrancado en parte el cuero cabelludo. Ellery lanzó una maldición entre dientes y dió un tirón a esa cabellera, la cual se desprendió por completo, dejando al descubierto una cabeza rosácea, rodeada de cabellos grises.

—¡Es un hombre! —exclamó Murch, estupefacto.

—Esto —masculló Ellery Queen, sujetando con una mano firme el cuello de la falsa señora de Royce, en tanto se acercaba con la otra mano su mejilla herida— lo habrá también de pagar.

Todavía no comprendo —confesó Mason, por la mañana siguiente, mientras el chofer los llevaba, a él y a Ellery, de regreso a la ciudad— cómo adivinó usted toda la solución, señor Queen.

El detective frunció el ceño y advirtió:

—Sepa usted, amigo Mason, que eso de decir que yo he adivinado toda la solución, constituye casi un insulto para la familia de los Queen. Aquí no ha habido adivinanzas, sino razonamientos puros. Y no pocos malos ratos —agregó reflexivo, acariciándose una vez más su mejilla herida.

—Vaya, vaya, señor Queen —dijo el abogado sonriendo—. Yo jamás he creído en esa tan mentada habilidad suya de deducción.

—Conque es usted escéptico, ¿eh? —exclamó Ellery Queen—. Bueno; pues, pasará a explicarle a usted el caso, desde esa barba que el

doctor Arlen pintó sobre el rostro de Rembrandt, poco antes de ser asesinado. Hemos convenido en que esa pintura deliberadamente, para dejar respecto a la identidad del asesino, no haber querido significar? El doctor trataba de señalar a una mujer detenida usando el recurso de la barba, llamar la atención, pues ya sabemos que la mujer del cuadro era la esposa de Rembrandt, una figura histórica, y en cuanto a nosotros respecta, una completa desconocida. Tampoco pudo Arlen haber querido llamar la atención sobre una mujer con una barba, cuando en el cuadro había un rostro que no retorcía para nada; si no su intención señalar a un hombre como su asesino, esto es, a John Shaw. La pintura de esa barba sobre el rostro de Rembrandt, que no la tenía. Además, John Shaw es una barba en punta, tipo de barba que se usaba en el siglo XVII, en tanto que la que pintó Arlen era una barba cuadrada.

—Adelante —incitó el abogado, con impaciencia, aunque no convencido.

—La única conclusión posible, es haber querido eliminadas todas las posibilidades que Arlen pintó esa barba simple, para indicar masculinidad, dado que el asesino es una de las pocas características dejadas a nuestro sexo por la naturaleza. En otras palabras, al pintar esa barba sobre el rostro de un hombre, el doctor Arlen decía, virtualmente, que el asesino es una persona que parece ser que en realidad es un hombre.

—¡Estupendo! —declaró Mason.

—Ahora bien —prosiguió Ellery Queen— parece muy bien y es realmente sugiere sin duda mistificación. La soga extraña en la casa era la señora Ni John ni Agatha podían ser impostoras, que ambos eran bien conocidos. Arlen, así como también de usted, en realidad, los había examinado personalmente durante años, como médico personal. En cuanto a la señorita Krutch, por su incontestable femineidad —encantadora mujer— no podía tener para ser una impostora.

—Ahora bien; desde que la señora Krutch parecía ser la más admisible posibilidad a reflexionar sobre ciertas características que había observado en ella, esto es, en su apariencia y movimientos, sorprendí al descubrir un amplio número de notables confirmaciones.

—¿Confirmaciones? —preguntó Mason, viendo el entreciejo.

Fin de



Salomé. (Reproducción de un cuadro del pintor francés Henri Renoult.)

Sobre un pico de basalto en forma de cono alzabase al Oriente del Mar Muerto la ciudad de Macherus. La rodeaban cuatro valles profundos: dos por los costados, uno por el frente y el otro por la espalda. Las casas agrupábanse entorno a su base, dentro del círculo de una muralla que ondulaba, siguiendo las anfractuosidades del suelo; y por un zigzagueniente camino, tallado en la roca, la ciudad uníase a la fortaleza, cuyos elevados muros presentaban numerosos ángulos y almenas en las esquinas, y de techo en techo, torres que eran como florones de esta pétrea corona, suspendida sobre el abismo.

En el interior de esta fortaleza encontrábase el palacio, ornado de pórcicos y cubierto por una terraza rodeada de un balaustrado de madera de sicomoro, en la que sobresalían los mástiles dispuestos para tender un velario.

Al amanecer de cierto día, el tetrarca Herodes Antipas vino a reclinarse en la balaustrada y a mirar el paisaje que lo circundaba.

Dominadas desde aquella altura, las montañas empezaban a mostrar sus cimas, mientras que sus laderas, hasta lo profundo de los abis-

mos, permanecían aún envueltas en sombra. Flotaba una niebla, que poco a poco se iba evaporando, y aparecían, definidos, los contornos del Mar Muerto. El alba, emergiendo de detrás de Macherus, esbozaba un rojizo resplandor. Pronto iluminó la arena de la playa, el desierto, las colinas, y a lo lejos todos los montes de Judea, que inclinaban sus grises y pedregadas faldas. En medio, Engaddi trazaba una barra negra; en el fondo, Hebrón, terminando en cúpula; Esquél, con sus granados; Sorek, el de los viñedos, camuflado de prados de azucena, y la torre Antonio, desde su monstruoso cubo, dominando Jerusalén. El tetrarca se dio vuelta para contemplar a la derecha las palmeras de Jericó, y por asociación con el panorama pensó en las restantes ciudades de su Galilea: Cafarnaüm, Nazareth, Endor, Tiberiades, adonde quizá no volvería ya nunca. Mientras tanto, el Jordán corría por la árida llanura, tinto de blanco y resplandeciente como una cinta plateada. El largo, ahora, parecía de lapislázuli, y en el extremo meridional del lado del Yemen, Antipas vislumbró lo que no hubiera deseado ver. Tiendas sombrías, esparcidas, hombres con lanzas circulando entre los caballos

y muchas hogueras extinguiéndose, llando aún, como estrellas posadas en el cielo.

Eran las huestes del rey de los Partos, ya hija, él había repudiado por Herodes a una de sus hermanas que se había casado con un príncipe de Italia, libre de la ambición de gobernar.

Antipas esperaba socorro de los romanos, como Vitelio, gobernador de Siria, que había aparecido, la inquietud lo consumía.

¿Le habría mimado Agripa el Rey de los Partos? Filippo, su tercer hermano, que había nacido en Betania, preparaba sus planes, destinadamente. Como ya los judíos, que desde los primeros tiempos de su dominación habían entre dos planetas: aniasar a los romanos, para una alianza con los partidarios de Herodes, pretexto de festejar su cumpleaños, invitado a un gran festín para aquel día, a los jefes de sus ejércitos, a los señores de sus tierras y a los principales sacerdotes.

Oreó con mirada perspicaz todos los detalles. Estaban desiertos. Las águilas volaban sobre su cabeza, los soldados dormían en las paredes, a lo largo de la muralla, el castillo no se movía nadie.

De súbito, una voz lejana, como el eco de las entrañas de la tierra, hizo temblar la fortaleza. Inclinóse hacia abajo para ver, pero ya se había apagado. Entonces, con una fuerte palmada, gritó:

—¡Manna! ¡Manna!

Un hombre desnudo hasta la cintura, con los masajistas de los baños, apareció. Era de elevada estatura, viejo, con una barba sobre los muros llevaba un cetro de bronce. La cabellera, de un color medio de una peimeta, exageraba la blancura de su frente. Cierta somnolencia le daba la mirada, pero sus dientes relucían. Los dedos de sus pies posábanse quedamente sobre las losas; todo su cuerpo tenía la rigidez de un simio, y su rostro reflejaba la dureza de una momia.

—¿Dónde se encuentra aquí? — preguntó el tetrarca.

Manna respondió señalando con el dedo un objeto que se hallaba detrás de él.

—¡Allí! ¡Siempre allí!

—Me pareció oírle.

Y cuando hubo respirado profundamente, tipas se informó sobre Isokanana, a quien los latinos llaman San Juan. ¿Había vuelto a ver a aquellos dos hombres mitidos el mes pasado por caridad, a la labor, y habían averiguado desde entonces qué vinieron?

Manna respondió:

—Han cruzado palabras misteriosas.

DIAS

TEXTO INTEGRÓ de la famosa novela de
GUSTAVO FLAUBERT



La pintura italiana del siglo XV concibió en esta forma la decapitación de San Juan el Bautista

como hacen por la noche, en las encrucijadas de los caminos, los ladrones. En seguida salieron para la alta Gallea, anunciando que eran portadores de una buena nueva.

Antipas bajó la cabeza; después, con expresión de espanto, exclamó:

—¿Guardado, guardado, y no debes entrar a nadie! ¿Cuida bien la puerta! ¿Cubre el foso! ¿No debes sospechar siquiera que vive!

Mannai, sin haber recibido esas órdenes, ya las cumplía, porque Iakannan era judío, y él, como todos los samaritanos, execraba a los judíos. Su templo de Garziza, elegido por Moisés como centro de Israel, ya no existía desde el rey Hyrcan; y el de Jerusalén los enardecía de furor, como una injusticia y un ultraje permanentes. Mannai se había introducido allí con el propósito de profanar el altar con huesos de muertos. Sus compañeros, más torpes que él, habían sido decapitados.

Mannai lo divisaba en medio de dos colinas. El sol hacía refulgir sus murallas de mármol blanco y sus techos de oro de su rechumbe. Era como una luminosa montaña: algo sobrehumano que lo dominaba todo por su opulencia y su esplendor.

Entonces extendió el brazo hacia el lado de Sión, y con el cuerpo erguido, la cara vuelta hacia atrás y los puños crispados, le lanzó su anatema, convencido de que las palabras tienen un poder real.

Antipas le escuchaba, sin escandalizarse por ello.

El samaritano expresó después: —Por momentos está agitado; desea huir y aguarda su liberación. Otras veces, en cambio, tiene el aspecto tranquilo de un animal enfermo, o bien se le ve caminar en las tinieblas, repitiendo: "¿Qué me importa? ¿Para que crezca él es necesario que yo disminuya!"

Antipas y Mannai se miraron a la cara. Pero el tetrarca ya estaba cansado de pensar. Todos aquellos montes que alababan su alrededor como expresión de gigantescas olas petrificadas; las negras cimas que coronaban los acantilados; la inmensidad del celeste cielo; el esplendor radiante del día; la hondura de los abismos, le inquietaban; y el espectáculo del desierto, que imita, en su conformación geológica, anfiteatros y palacios en ruinas, le causaba dolorosa impresión. El viento cálido traía en sus ráfagas el olor de alfalfa, como la emanación de las ciudades malditas, soterradas bajo las olas de piedra. Estos signos de una cólera imortal amedrentaban su pensamiento y permanecía acodado sobre la balaustrada, mirando fijamente o con las mejillas en las manos. Alguien le había tocado. Se dio vuelta con presteza. Herodías estaba delante de él.

Una fina túnica de púrpura la envolvía hasta las sandalias. Había salido presurosamente de su aposento, y no llevaba ni pendientes ni collares. Sobre el brazo le caía una trenza de sus cabellos negros, que iba a hundirse entre los dos senos. Dilatábanse las aletas de su nariz; la alegría del triunfo iluminaba su rostro, y con voz potente, sacudiendo al tetrarca, expresó:

—¿César nos ama. Ya está preso Agripa.

—¿Quién te lo dijo?

—Yo lo sé.

Y añadió:

—Es por ambicionar el imperio para Cayo. Antipas, a pesar de vivir de sus limosnas, había usurpado el título de rey, que ellos, como él, ambicionaban. Pero no lo futuro ya no habría temer. Las mazmorras de Tiberio se abren difícilmente, y alguna vez la vida está segura allí".

Antipas la comprendió, y, aunque Herodías fuese hermana de Agripa, su perversa intención le pareció justificada. Esos asesinatos, resultantes lógicos de esos eran una inmutable fatalidad de las casas reales. En la de Herodes no podían ni contarse ya.

Después ella reveló todo su plan: los deudos comprados, los partes interceptados, los espías en todas las puertas; la forma en que

había llegado a seducir a Eutiques, el denunciador: "¿No me costaba gran cosa! ¿No hice ya por ti mucho más? ¿No abandoné a mi hija?" La había dejado en Roma, desde su divorcio, esperando tener otros hijos del tetrarca. Jamás hablaba de ello, y Antipas se preguntaba a qué obedecería ese acceso de ternura.

El velario había sido desplegado y rápidamente colocaron anchos cojines cerca de ellos. Herodías se dejó caer, y vuelta de espaldas lloró. Luego, pasándose las manos por las mejillas, dijo que no quería atormentarse más que se consideraba feliz; y recordó sus charlas, allí abajo, en el atrio, sus encuentros en las estaciones termiales, sus paseos por la Vía Sacra y las noches pasadas en las majestuosas villas de la campaña romana, bajo arcadas de rosas y entre el continuo murmullo de los surtidores. Lo miraba como en otros tiempos, apretándose contra él con gestos mimosos. Antipas la rechazó. "¿Estaba ya tan apagado el amor que Herodías trataba de renovar!" Lo que le presentaba ahora eran sus desichas, porque pronto iba a hacer doce años que la guerra duraba. Tantas y tan graves preocupaciones habían envejecido al tetrarca. Sus hombros, cubiertos con una toga sombría, de cenefa violeta, se encorvaban y sus cabellos blancos mezclábanse con la barba. Un rayo de sol que atravesaba el toldo bañaba en luz su preocupada frente. La de Herodías también mostraba ya algunas arrugas, y reco frías a frente te contemplaban de una manera despiadada.

Los caminos de la montaña comenzaban a animarse. Pastores que aguijoneaban a sus bueyes, niños llevando de la rienda a sus asnos, palafreneros conduciendo caballos. Los que bajaban las alturas, al otro lado de Macharus, perdíanse detrás del castillo; otros ascendían la torrentera, y al llegar a la ciudad dejaban su carga en los patios. Erán los productos del tetrarca y la servidumbre que se adelantaba a los invitados.

De pronto, en el fondo de la terraza, a la izquierda, apareció un escnio, de aspecto estoico, vestido de blanco y descualzo. Mannai se abalanzó del lado derecho, esgrimiendo su cuchillo. Herodías gritó:

—¡Mátalo!

—¡Detente!—ordenó el tetrarca.

Y permaneció inmóvil. El otro también se detuvo.

Después, cada uno por una escalera distinta, se retiraron andando de espaldas, sin cesar de mirarse.

—Lo conozco—expresó Herodías—, se llama Phanuel y trata de ver a Iakannan, ya que tú te empeñas en encerrarlo vivo.

Antipas objetó que quizá algún día pudiera servirle. Sus ataques contra Jerusalén les atraían el odio del resto de los judíos.

—¡No!—exclamó Herodías—. Los judíos aceptan todos los amos, y son incapaces de crear una patria.

Y con respecto al que perturbaba al pueblo con las esperanzas mantenidas desde Nehemias, lo mejor que podría hacerse era suprimirlo.

El tetrarca opinaba que no había motivo para precipitarse. "Iakannan, peligrosos! ¡Vamos!", decía solter, y aparentaba tomarlo a broma.

Y añadió:

Entonces ella refirió de nuevo su humillación el día en que se halló en el camino de Galaad, cuando la cosecha del bilsamo.

—A orillas del río había muchas personas que volvían a vestirse, y al lado, sobre un montículo, un hombre les hablaba. Alrededor de la cintura llevaba una piel de camello, y su cabeza semejaba la de un león. Tan pronto me vió lanzó sobre mí todas las maldiciones de los profetas. Sus pupilas echaban fuego; su voz, rugía; alzaba los brazos como imprecando al trueno. (Yo no podía huir). Las ruedas de mi carro habíanse enterado en la arena, y tuve que alejarme despaesadamente, recogíendome en mi manto, zaherida por aquellas injurias que caían sobre mí como recio granizo.

Iakannan no la dejaba vivir en paz. Lo pretendía, lo atoraba con ligeros insultos, tenían orden de apañarlo a solista; pero él se mostró dócil y se apartó. En su prisión habían introducido ratas; pero éstas aparecieron muertas.

La persistencia de aquellas maquinaciones exasperaba grandemente a Herodías. ¿por qué luchaba contra ella? ¿Qué le guiaba? Sus discursos, dichos ante los reyes, habíanse extendido; circulaban en el aire, y por todas partes los oía el ataque de las legiones no le faltaba valor. Pero aquella fuerza, más allá que la cuchilla y que no se podía era demoleadora. Pensando en ello tenía un extremo al otro la terraza, palmas sin hallar palabras que expresaran su ahogada.

Temía también que quizá el tetrarca, dando a la opinión, se resolviese a hacer pronunciamiento, para derrocarlo. ¿Por qué debía niña el sueño de un gran por llegar a realizarlo fue por lo que el otro de su primer esposo, habiase casado que, a lo mejor, la defraudara.

—¿Buen apoyo conseguí al entrar en mi!

—¿Vale tanto como la tuya!—dijo ella calmosamente.

Herodías sintió que en sus venas salían de sus antepasados los patraes reyes.

—Pero si el templo de Ascalón, tu abuelo! ¡Y los otros eran bandidos, conductores de caravanas, una hueste de Judá desde la época del rey! ¡Todos mis ascendientes han venido pre a los tuyos. El primero de los reyes echó de Hebrón. Hyrcan fue obligado a circuncidarse!

El otro, el desprecio de la patria, el plebeo, el odio de Jacob que le echó en cara su indiferencia ante los reyes; su debilidad con los fariseos que no bataban; su cobardía hacia el pueblo que testaba.

—¿Tú eres como él, reconócelo!—dijo de aquella muchacha árabe que en torno de las piedras? ¡Tómalo! ¡Vive a vivir con ella en su casa! ¡Como su padre, hecido entre camellos, la leche cuajada de sus ovejas! ¡Las miradas mejillas! ¡Y no te acuerdes!

El tetrarca ya no escuchaba. Mentaba de su casa, donde se veía una su lado una vieja, sosteniéndolo el mango de bambú, largo como un pescar. En el medio del tapiz aparecía, un gran cesto de viaje. Velosos, arracadas de orfebrería. Desbordaban el fuego muerón. De tanto en tanto se inclinaba hacia aquellas cosas, como al viento. Vestía como las romanas, una túnica y pepló adornado de bordes de esmeralda; sujetaban su cabellos reas azules, demasido pesadas, sin que se levaba a menudo la mano a ellas. La sombra del quitasol pasaba por ella, ocultándola a medias. Dos veces divisó Antipas su cuerpo delicado de sus ojos, el rincón de una minutos, pero la cadencia no le permitió su tallo que se inclinaba, para al instante, con elegante elasticidad, volverla otra vez realizar el mismo movimiento. Su respiración se hacía más fuerte, las llamas se encendían en sus ojos lo observaba.

—¿Quién es esa!—le preguntó ella respondió que no sabía, se calmada repentinamente.

El tetrarca esperaba que bajara el maestro de las escrituras, los galileos, el ministro de las salinas, el jefe de un judío de Babilonia, que mandaba netes. Todos le saludaron clamorosamente, desapareció hacia el interior.

argü en el ángulo de un corredor:
—Ora vez: ¡Vienes, acaso, por Isaka-

Tengo que comunicarte una im-
portante habilitación.

Estaba por un enrejado que corría
a lo largo de la cornisa. Las paredes
estaban de un color granate, casi ne-
gro. En el fondo veías un lecho de diamo-
nido de piel de vaca. Sobre la tes-
ta como un sol un escudo de oro.

Estaba en pie. Levantó un brazo y
dijo inspirado:

¡El Altísimo envía un hijo
a los esclavos de los dioses. Si los opri-
mes, yo te perseguiré!—gritó Anti-
patas de una acción imposible.
—¡Me tortura. Yo, al principio,
con él. Ha llegado a enviar emis-
sarios a Macherus para que subleven mis
—¡Desgraciado de él! ¡Puesto que
tengo que defenderme!

Estaba violento en su cólera—replicó
pero no importa. Es necesario li-

beros feroces no se les decía en
el tetrarca.

—¡Mientes ya—respondió el eseno—
los árabes, los escitas y los zelos.
—¡Extenderse por toda la tierra.

—¡Se sumirán en una visión.
—¡Es fuerte; y contra mi deseo, yo

—¡Quedarán en libertad?
—¡Meneó la cabeza. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido.

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

—¡Meneó la cabeza. Temía a He-
manai y al desconocido. Temía a He-

descendían de la diosa Vitelio. Un camino que
lleva de Jánico al mar, perpetúa su nombre.
Las cuestras, los consulados, eran numerosos
en su familia. En cuanto a Lucio, su huésped,
debíase gratitud como vencedor de Elios y
como progenitor del joven Aulio, que parecía
retornar a sus dominios, puesto que el Oriente
era la tierra de los dioses. Tales hipótesis
fueron dichas en latín, y Vitelio las aceptó con
impassibilidad.

El respondió que el gran Herodes Antipas
había pasado por dar gloria a una nación, los
atenienses le habían concedido la superinten-
dencia de los torneos olímpicos. Había levanta-
do templos en honor de Augusto, y mostrándose
paciente, ingenioso, terrible y siempre fiel a
los Césares.

Por entre las columnas de capitel bronceo se
vió venir a Herodías avanzando con gesto de em-
peratriz, rodeada de mujeres y eunucos que por-
taban en bandejas de plata perfumes encendidos.

El procónsul se adelantó unos pasos a su
encuentro, y la saludó con una leve inclinación
de cabeza.

—¡Qué júbilo—exclamó Herodías—saber que
Atripia, el enemigo de Tiberio, ya no está,
desde ahora, en condiciones de causar daño!

Vitelio ignoraba el suceso, y aquella mujer
que hablaba así le pareció peligrosa y como
Herodías. Antipas juró que él haría cualquier
cosa por el emperador, le preguntó:

—¿Aun en perjuicio de otros?

Había tomado rehén del rey de los partos,
sin que el emperador lo dispusiera así; y An-
tipas, presente a la conferencia, para hacerse
valer, había expandido al instante la hoci-
da. Esto era lo que había atraído su profundo ren-
cor y lo que originó la demora en enviarse
socorros.

Balbuco el tetrarca; pero Aulio exclamó
sonriendo:

—¡Tranquilízate! ¡Te protejo yo!

El procónsul fingió no haber oído. La for-
tuna del padre dependía mucho de la indigni-
dad del hijo, y aquel vestigio del fango de
Cápire le procuraba tan considerables benefi-
cios, que le rodeaba de atenciones, aun descon-
fundiendo al, porque realmente era nocivo.

Antes la puerta hubo un gran tumulto, y una
recua de mulas blancas, montadas por personas
vestidas con traje sacerdotal, fué introducida.
Eran los saduceos y fariseos que iban a Ma-
cherus, impulsados por idéntica pretensión: los
primeros, por obtener la sacrificatura, y los
segundos, por conservarla. Sus rostros eran
sombrios, en especial los de los fariseos, enemi-
gos de la toma de tetrarca. El ruido de las
ríticas les estorbaba en la aglomeración, y la
tiara vacilaba en su frente por sobre las tiras
de pergamino, donde llevaban grabados frag-
mentos de las escrituras.

Casi simultáneamente llegaron los soldados
de la vanguardia. Habían metido en bolsas sus
escudos para preservarlos del polvo, y detrás
de ellos marchaba Marcelo, lugarteniente del
procónsul, con dos publicanos que portaban
debajo del brazo sus tableros de madera.

Antipas hizo la presentación de los principa-
les de su corte: Tolmai, Sehón, Kanthera, Am-
monio de Alejandría, que le compraba el as-
falto; Naaman, capitán de sus tropas ligeras; el
babilonio Iazim.

Vitelio había puesto sus ojos en Mannai.

—¿Y quién es ese?

El tetrarca, con un gesto, le hizo compren-
der que era el verdugo.

Después presentó a los saduceos.

Jonathas, un hombrillo de movimientos
ágiles, que hablaba griego, rogó el señor que
les honrara con una visita a Jerusalén. A lo
que Vitelio respondió que quizá iría.

Eleazar, con su larga barba y su aguilena
nariz, pidió el manto del gran sacerdote para
los fariseos, detenidos en la torre Antonia por
la actitud del civil.

A continuación, los galileos denunciaron a
Ponceo Pilatos. Por culpa de cierto loco que
puscaba los vasos de David en una caverna

próxima a Samaria, había matado a muchos
habitantes. Todos hablaban a la vez. Mannai,
muy violento que los demás. Vitelio afirmó que
serían castigados los criminales.

En frente al pórtico, donde habían colgado sus
escudos los soldados, estallaron agrias vocife-
raciones. Las cubiertas, estaban despedazadas,
y sobre el umbo veíase la imagen de César.
Esto era una idolatría para los judíos. Antipas
lo arengó, en tanto Vitelio, al pie de las co-
lumnas, sentado en su alto sitial, asombrado de
su furor. Tiberio había hecho muy bien en
desterrar a cuatrocientos en Cerdeña. Pero aquí,
en su tierra, eran más fuertes, y mandó que
se retiraran los escudos.

Entonces rodearon al procónsul, suplicando
reparación de injusticias, privilegios, limosnas.
Destrozábanse las ropas, se arrastraban, y para
hacer lugar, los esclavos golpeaban con sus
bastones a todos lados. Los más próximos a la
puerta bajaban por el sendero, mientras otros
subían. Luego volvíen. En aquella masa de
hombres que oscilaba comprimida en el recinto
de las murallas, cruzábanse dos corrientes.

Vitelio inquirió por qué había tanta gente.
Antipas explicó la causa: era el festín de su
cumpleaños, y le señaló a muchos hombres que,
inclinados sobre las almenas, subían con cuer-
das inmensos canastos con viandas, frutas y je-
lumbros. Había también antílopes y ciervas,
finos pescados que azulaban, uvas, sándias
y granadas. Aulio no pudo dominarse. Preci-
pitóse hacia las cocinas, atraído por aquella
gula que había de sorprender al mundo entero.

Al pasar al lado de una cuerda vio varias
marmitas que parecían corazas. Vitelio fué a
mirarlas. Después exigió que le abrieran las
habitaciones subterráneas que hubiese en la
fortaleza.

Estaban horadadas en las rocas, en altas bó-
vedas, con pilares de trecho en trecho. La pri-
mera guardaba viejas armaduras; pero la se-
gunda estaba atestada de lanzas que alargaban
todas sus puntas, sobresaliendo de un ramillete
de plumas. La tercera parecía estar tapizada
de estera de cañas, de tan juntas que estaban
las finísimas flechas, colocadas perpendicular-
mente una a la otra. Las otras Hojas de cimarra
tapaban las paredes y la tierra. En el
centro de la quinta, las hileras de cascots, con
sus crestas, semejaban un batallón de serpi-
entes rojas. En la sexta no se veía más que carecis;
en la séptima, enémidas; brazaletes en la octa-
va; en las siguientes, garfios, horcas, escalas,
cuerdas, maderos para las catapultas, inclu-
sive cascabales para el petral de los domedracos,
y como iba ensartándose en las almenas, en su
base, aguiereada por su interior como un panel
de abejas, por debajo de aquellas habitaciones ha-
bía otras más numerosas y más profundas aun.

Vitelio, su intérprete, Fineas y Sissenia, jefe
de los publicanos, les recorrieron a la luz de
las antorchas que sostenían tres eunucos.

Entre la sombra surgían cosas terribles in-
ventadas por los laberintos cachiporras guar-
necidas de clavijas dando envenenadas, como
fauces de cocodrilo. En fin, el tetrarca
tenía en Macherus provisiones de guerra para
perretchar a cuarenta mil hombres.

Había ido acumulándose en previsión de
una alianza con sus enemigos. Sin embargo el
procónsul podía creer, o aparentarlo, que eran
para combatir a los romanos, y solicitaba ex-
plicaciones.

Antipas expresó que no eran suyas; muchas
servían para defenderse de los bandidos; otras
se necesitaban contra los árabes; también ma-
nifestó que todo aquello había pertenecido a su
padre. Y en vez de marchar detrás del procón-
sul, caminaba delante, con paso muy rápi-
do. Luego se colocó arriado al muro que
cubría con su toga, y con los dos dedos abier-
tos; pero por sobre su cabeza se veía lo alto
de una puerta. Vitelio quiso saber qué se en-
cerraba allí. Sólo podía abrirla el babilonio.

—¡Llámalo!

Y aguardaron.
Desde las orillas del Eufrates había venido

III

La sala del festín estaba repleta de convidados.

Tenía tres naves como una basílica, separadas por arcañas de madera de alumnium, con capiteles de bronce poblados de esculturas. Encima apoyábanse dos galerías con claraboyas, y al fondo encurvábse una tercera galería, afiligranada de oro, frente a un enorme arco de bóveda que se abría del lado opuesto.

Los candelabros, alineados en toda la longitud de las naves, ardían. Eran como matas de fuego entre anforas de tierra cocida y platos de cobre, cubos de nieve y racimos de uva; pero aquellas claridades rojizas se perdían paulatinamente, a causa de la elevación del techo, y puntos luminosos brillaban como las estrellas en el cielo, a través de las ramas. Desde el hueco de la galería veíanse en la terraza de todas las casas lucir antorchas, porque Antipas agasajaba a sus amigos, a su pueblo y a todos los que quisieran presentarse.

Esclavos sumisos como perros, con los dedos del pie en sandalias de fieltro, pasaban conduciendo bandejas.

Bajo la tribuna dorada, la mesa proconsular ocupaba un estrado de tablas de sicomoro. Tapices de Babilonia la enmarcaban en una especie de pabellón.

Tres lechos de marfil, dos a los costados y uno enfrente, sostenían a Vitelio, a su hijo y a Antipas; el del Procónsul, próximo a la puerta, a la izquierda; Aulio, a la derecha; y en medio, el tetrarca.

Antipas vestía un pesado manto negro, cuya trama desbordaba bajo un recamado multicolor, las mejillas pintadas, la barba en abanico, y en sus cabellos recogidos por una diadema de pedrería, polvo azul. Vitelio lucía su tahalí de púrpura, que caía diagonalmente sobre una toga de lino. Aulio había anudado a la espalda las mangas de su vestido de seda violeta, adornada de plata. Los bucles de su cabellera caían sobre sus hombros, y un collar de esmeraldas resaca su pecho, blanco y rugido como el de una mujer. A su lado, sobre un lienzo y con las piernas cruzadas, mantenía un niño muy lindo, que sonreía sin cesar. Lo había visto en las cocinas, y ya no podía pasarse sin él, y como recordaba su nombre caldeo, le llamaba simplemente "el asiático". De cuando en cuando se echaba en el triclinio. Entonces, podría decirse que sus pies desnudos dominaban la asamblea.

De este lado estaban los oficiales y los sacerdotes de Antipas, los moradores de Jerusalén, los primates de las ciudades helénicas; y Marcelo debajo del Procónsul, con los publicanos; los amigos del tetrarca, los personajes de Ptolemaide, Kana y Jericó; luego, mezclados, veteranos soldados de Herodes: los germanos, cazadores de gacelas; el sultán de Palmira; marinos de Eziongabir. Cada uno tenía delante una especie de galleta de pasta blanda para limpiarse los dedos, y, doblando los brazos como cuello de buitre, tragaban aceitunas, almendras, nueces. Todos los rostros estaban radiantes bajo su corona de flores.

Los fariseos habíábanlos rechazado como una indecencia romana, cuando los salpicaban de glibano e incienso, mezcla reservada a los usos del templo, se estrecharon.

Aulio se frotó los sobacos, y Antipas le ofreció toda una carga con tres serones de este eficaz balsamo que Cleopatra enviaba a Palestina.

Un capitán de su guarnición de Tiberiades, que acababa de llegar, ubicóse detrás de él para hablarle de extraordinarios acontecimientos. Pero repartía su atención entre el Procónsul y lo que se hablaba en las mesas vecinas.

Se referían a Iakokannan y a gentes de su especie; Simón de Gítof lavaba los pecados con agua. ¡El Jesús!

—¡El peor de todos! —gritó enfurecido Eleazar—. ¡Valiente charlatán!

Por la espalda del tetrarca irguióse un hom-

bre, pálido como el bordado de su clámide. Descendió del estrado, e interponiéndose a los fariseos, exclamó:

—¡Mentira! ¡Jesús realiza milagros!

—¡Antipas le gustaría verlo. Y dijo:

«Lo hubieras traído! ¡Informármelos!

Entonces el hombre refirió que él, Jacob, teniendo ante sí una hija, se había dirigido a Cafarnaum para suplicar al Maestro que tratase de curarla. El Maestro había respondido:

—«¡Vuelve a tu casa, está curada!»

Y al regresar la había hallado en el umbral, porque se había levantado del lecho cuando el gnomón del castillo marcaba la hora tercia, el instante justo en que él se acercaba a Jesús.

—Sin duda —observaron los fariseos—, existen prácticas, hierbas beneficiosas. Aquí mismo, en Macharús, encuentras alguna vez el bárras, que torna invulnerable a quien lo emplea; pero curar sin ver ni tocar era cosa del todo imposible, únicamente que Jesús utilizase a los demonios.

Y todos los amigos de Antipas, los primates de Galilea, asentían, con movimientos de cabeza: —Los demonios; así debe ser.

Jacob, de pie entre su mesa y la de los sacerdotes, permanecía callado, en actitud altiva y dulce a la vez.

—Todos le incitaban a que hablase:

—¡Justifica su poder!

Encogióse de hombros, y con apagada voz, lentamente, como espantado de sí mismo, preguntó: —Pero ¿no sabéis que es el Mesías?

Todos los sacerdotes miráronse entre sí, y Vitelio pidió que le explicasen el significado de dicha palabra. Su intérprete demoró un minuto a su vez en responder.

Definían así a un libertador que había de proporcionarles el goce de todos los bienes y el dominio de todos los pueblos. No faltaban los que sostenían que era necesario contar con dos. El primero sería vencido por Magog y Gog, dos demonios del Norte; pero el otro exterminaría al Príncipe del Mal; y lo esperarían a cada instante desde hacía siglos.

Puestos al acuerdo los sacerdotes, Eleazar tomó la palabra.

—Ante todo, el Mesías sería hijo de David y no de un carpintero. Vendría a la tierra a confirmar la ley, y este nazareno la ataca. Además —agregó en tono más fuerte—, había de ser precedido por la venida de Elias.

—Pero ¿Elias ha venido ya? —replicó Jacob.

—¡Elias! ¡Elias! —repitió la muchedumbre, de un extremo al otro del salón.

Todos se imaginaron a un anciano bajo un vuelo de cuervos, al raso prendiendo el altar; los pontífices idólatras lanzados a los torrenes. Las mujeres, en sus tribunas, pensaban en la viuda de Sacepta.

Jacob se agitaba repitiendo que lo conocía, que él lo había visto, y también el pueblo.

—¡Su nombre!

Entonces gritó con toda su fuerza:

—¡Iakokannan!

Antipas se encogió como si hubiera sido herido por un dardo. Los saduceos habían saltado sobre Jacob. Eleazar gritaba para hacerse oír.

Cuando el silencio se restableció, dobó su manto y dijo, como un magistrado que propone sus preguntas:

—¡Puesto que el profeta ha muerto!...

Numerosos murmullos lo interrumpieron. No se creía en la muerte de Elias, sino en su desaparición.

Se indignó contra la muchedumbre, y luego prosiguió su interrogatorio:

—¿Tú piensas que resucito?

—¿Por qué no? —dijo Jacob.

Los saduceos se encogieron de hombros. Jonathan, entornando sus ojos, hacía piruetas, lo mismo que un bufón. Nada tan tonto como la pretensión del cuerpo a la vida eterna; y para el Procónsul, declamó este verso de un poeta contemporáneo:

Nec crevit, nec post mortem durare videtur.

Aulio, mientras tanto, estaba inclinado al

fué hacia su aposento. Le acompañaban de sacerdotes.

El tema de la sacrificatura, cada vez se agravaba.

Arumaban, y los despidió al fin. Salir Jonathan, cuando pudo observar al otro de una alreña. Antipas era un hombre de larga cabellera, blanco; un esenio, y entonces la había defendido.

lo había consolado una reflexión. No dependía de su autoridad, los romanos lo habían tomado a su momento Phaniel pasaba por de ronda.

Y, señalando a los soldados, ex-

mas fuertes. Yo no puedo librarle la culpa!

estaba totalmente desierto. Los sacerdotes. Bajo el azul del cielo, que al horizonte, los menores objetos del espacio, destacábanse nitidamente distinguía las salinas al otro

Muerto, y no veía en ellas las árabes. ¿Ya se habrían marchado hacia su aparición. Dulcemente, se despidió su espíritu.

asustado, permanecía con el mento. Por último, reveló a Antipas la había anunciado.

Los de mes estudiaba en el firmamento del alba, la constelación que brillaba en el zenit. Apenas se acercaba. Algol, brillaba menos; Mercurio; por todo ello, él auguraba Macharus de un hombre inmensa misma noche.

Vitelio estaba bien guardado. A ellos iban a ejecutar. Por lo tanto, él los tetrarca.

¿Acaso los árabes? El Procónsul las relaciones con los partos? Simón les protegían a los sacerdotes reales debido de la ropa. El tetrarca, la ciencia de Phaniel.

¿Acaso de recurrir a Herodías. No sabía. Pero ella le daría valor, que no estaban rotos aun todos los hechos que en otro tiempo lo

entró en su cámara, el cinamomo de la raza de púrpura de una fuente, gacelas, sacos sutiles, bordados de plumas aparecían dispersos por

de la predicción de Phaniel ni a los judíos y a los árabes, le de cobardía. Sólo habló de los no le había confiado abso-

los de sus proyectos militares, y de Cayo, que se comunicaba y podía desterrarle o quizá

desdénosa indulgencia, trató

Por fin, de un cofrecillo singular, con el perfil de Tifusiente para hacer palidecer y desvanecer todas las acusaciones.

de gratitud, Antipas le preguntó.

—¿Contéstale ella.

desnudo, terso, encantador y con en marfil por Polycleto, alzó una a ellos. De una manera algo dis-

embargo, graciosa, se agitó en el montar una tónica olvidada sobre

regado a la pared.

vieja se la entregó humildemente la cortina.

tuvo un vago recuerdo que no con exactitud.

¿Era esclava? —importa eso? —respondió con seguridad.

AVENTURAS DE DON LINO

SUDO "A MARES"

Por BARTA



borde del triclinio; tenía la frente sudorosa, el rostro verde y los puños sobre el vientre. Los saduceos simulaban una gran emoción —al siguiente día les era concedida la sacrificatura—. Antipas fingió gran desesperación, Vitelio permaneció impasible. No obstante, sus angustias eran reales y violentas, porque su fortuna la perdía con su hijo.

Aulio empezó a vomitar, y no había concluido todavía cuando ya pedía otra vez de comer.

—Que me den polvo de mármol, esquistos de Naxos, agua salada, lo que sea! ¿y si tomasé un baño?

Masticó nieve, y luego, indeciso entre una terrina de Comagenes y unos tordos en agua de rosas, resolvió por unas berenjenas meladas. El asiático lo miraba, considerando que esta facultad de engullir revelaba a un ser prodigioso y de raza superior.

Después sirvieron riñones de toro, ruiseñores, lirones, picadillo en hojas de pámpano, en tanto los sacerdotes debatían sobre la resurrección. Ammonio, discípulo del platónico Filón, los juzgaba estúpidos, y así se lo manifestaba a unos griegos que se reían de los oráculos.

Jacob y Marcelo se habían unido. El primero refería al segundo la alegría que experimentó cuando el bautismo de Mara, y Marcelo le animaba a seguir al Maestro, a Jesús. Los vinos de Tamarindo y de Palma, los de Safet y de Biblos, pasaban de las ánforas a las crateras, de éstas a las copas, y de aquí a los gáznates, lazim, aunque judío, no disimulaba su veneración a los planetas. Un mercader de Aphaka aturdída a los nómadas, describiéndoles las maravillas del templo de Hierápolis. Ellos le preguntaron cuánto costaría la peregrinación.

Otros lo alababan en su religión nativa. Un germano, casi ciego, entonó un himno celebrando aquel promotorio de la Escandinavia, donde aparecen los dioses con sus rostros imbandos de rayos; y las gentes de Sichem nunca comieron tórtolas por atención a la paloma Azima.

Muchos estaban de pie y hablaban en medio del salón, y el vaho de los alientos, confundido con el humo de los candelabros, formaba una atmósfera pesada. Phanuel pasó la larga de las murallas. Volvió de estudiar de nuevo el firmamento, pero no avanzó hasta el tetrarca por temor a las manchas de aceite, que eran una gran abominación para los esenios. Fuertes golpes resonaron contra la puerta del castillo.

Ya se sabía ahora que Iakokannan estaba preso allí. Hombres con teas ascendían por sendero; una masa negra pululaba en el barranco, y de cuando en cuando aullaban:

—Iakokannan! Iakokannan!
—Yo perturbo todo—dijo Jonathas.
—Si continúa, no habrá dinero—agregaron los fariseos.

Y comenzaron las recriminaciones.
—Protégenos!
—Que concluya esto de una vez!
—Tú estás abandonando la religión.
—Eres un impio, como todos los Herodes.

—Menos que vosotros—replicó con energía Antipas—. Recordad que mi padre fue quien edificó vuestro templo.

Entonces los fariseos, los partidarios de los Matatías, los hijos de los proscritos, acusaron al tetrarca de los crímenes de su familia.

Tenían el cráneo puntiagudo, la barba erizada, las manos débiles y flácidas, la cara achatada, los ojos redondos y el aire de perros de presa. Una docena, escribas y criados de los sacerdotes, alimentados con las sobras de los holocaustos, lanzáronse hasta el pie del estrado y con los cuchillos amenazaron a Antipas que los arengaba, en tanto los saduceos le defendían muy débilmente. Divisó a Mannaí, y le hizo señas de que se marchara, habiendo indicado Vitelio por su expresión que a él no le importaban aquellas cosas.

Sim moviose de sus triclinios, los fariseos en-

traron de súbito en furor demónico, con trizas los platos que tenían dentro habían servido en el guiso una carne como de asno salvaje.

Aulio les saltizó a causa de la asno, a la que, al parecer, tributaban y lanzó nuevos sarcasmos sobre su por el cerdo. Con seguridad que este gordo animal había matado a sus ellos amaban muchísimo el vino, como su templo se descubrió una viña de que eran como atados de grasa.

Los sacerdotes no alcanzaban a aquellas palabras. Fineas, de origen gósé a traducirlas. Entonces sus cólicos contenibles, máxime porque el asno de miedo, había desaparecido; y le daba la comida; los manjares le resultaban, insuficientemente disfrazados, calmó, viéndos ciertos rabos de grasa que eran como atados de grasa.

A Vitelio le parecía odioso el asno los judíos. Bien podía ser su dios quien erigían altares que él mismo llado por los caminos; y a su recuerdo ron los sacrificios de niños, y el hombre que ceban misteriosamente y su estómago de latino se revolvió por su intolerancia, su torpezza hacia por incomplicada. El procónsul quería ro Aulio se negó.

Con las ropas desprendidas, yacía un montón de vitualas, demasiado para engullirlas, pero empeñado en

Iba en aumento la exaltación de entregaba a proyectos de independencia la gloria de Israel. Los que antes res todos habían sido castigados: gona, Varo...

—¡Miserables!—exclamó el Procónsul entendía el siríaco, y su intérprete más que para darle más tiempo a

Antipas, presuros, sacó la media perador, y, viéndolo trémulo, la palado de la imagen.

En ese instante abríronse los cielos la tribuna de oro, y a la esplendor los cirios, rodeada por sus escuderos de anémonas, surgió Herodías, una mitra asiria prendida a la frente barboquejo, tendidos sus cabellos sobre un pelo rojo, hendido a los mangas. Dos monstruos de piedra, los del tesoro de los atridas, erguía a la puerta, y así, parecida a Cleopádrada de sus leones, con una pítora desde lo alto de la balaustrada que

a Antipas, gritó al César!
—¡Larga vida al César!
Este viva fue repetido por Varo y los sacerdotes.

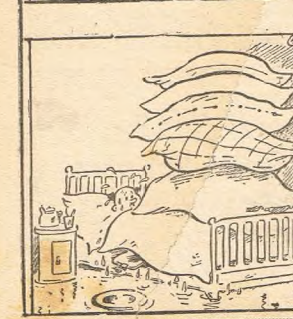
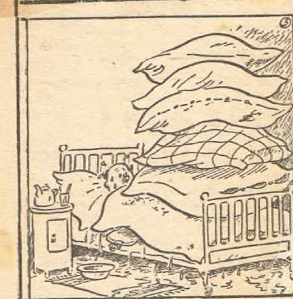
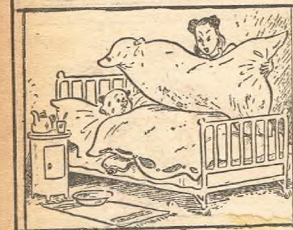
Pero del fondo de la sala por mulo de sorpresa y admiración, hacer su entrada una joven.

Bajo un velo azulado que le cubría el pecho, distinguíanse los ojos, las calcedonias de sus orejas, marmórea de su piel. Sus hombros un cuadrado de seda tornasolada, un cinturón de seda tornasolada, zomes negros estaban salpicados de azules, y caminando indolentemente sus diminutas pantuflas de plumas.

Se quitó su velo en lo alto del ríase que era Herodías, pero como joven. Luego comenzó a danzar.

Sus pies pasaban, uno delante del otro, al ritmo de la flauta y de un par de sus torneados brazos parecían lla que huía siempre. Ella le parecía ligera como una leonera, como una prometedora, como alina vagabunda, presta a comprender el vuelo.

Los fúnebres sonos de los griegos ron a los córtalos. El aplauso...



Sus actitudes reflejaban suspiros, y persona corría tan deliciosa languidez no podría decirse si lloraba a causa de sus caricias. Entreabiertos retorcía la cintura, balanceaba con ondulaciones de ola, hacia dos senos, y el rostro permanecía en tanto los pies no se detenían. El pantomimo, la comparó Vismantaba aún, El tetarra perdase y no pensaba ya en Herodias, corría al lado de los saduceos. La

no, no era una visión. Herodias educar a su hija Salomé lejos de que el tetarra la amara; y la. Ahora estaba convencida de ello, con los transportes de amor que cuando. Bailó como las sacerdotisas como las nubes de las cataratas, hacientes de Lidia. Se balanceaba, semejante a una flor agitada. Los brillantes de sus orejas y el barniz de su espalda reflejaba; de sus brazos, de sus pies brotaban innumerables e inviolables que inflamaban a los hombres. La multitud la recibió con sus doblar sus rodillas, arqueando, se encorvó tanto, que su rostro cubría, los nómadas, acorruando, los soldados de Roma, los avaros publicanos; los amargados por las disputas, las aletas de su nariz, suspira-

fréneticamente en torno de la, como el rombo de las hechicietas con la voz entrecortada por la opusitud:

cesar, sonaban los salterios resonar. La muchedumbre, rugía, gritaba con más vehemencia: ¡Será tuvo Cafarnaum! ¡La heredes! ¡Mis ciudadelas! ¡Mi

ella sobre las manos, con los que, recorrió el salón como un toro; y bruscamente se detuvo. Sus vértebras formaban ángulo de color que enfundaban sus por sobre el hombro, como miraban su cara a ras del suelo, eran pintados de arena, sus cejas, sus ojos de mirar profundo en su frente parecían rostro sobre

habla. Se miraron. Salomé sonó un chasquido de dedos. Pareció, y pronunció estas palabras infantil:

me entregues en un plato la

delado el nombre, pero recordando,

de Iakannan! aplastado, se hundió sobre sí mismo. Había, estaba obligado, y el pueblo pero al aplicarse a otro la muerte predicho, ya quedaba conjurada Iakannan era en realidad Elias. Si no lo era, matarle no reconocía.

lado Mannaei, y comprendió su

llamó para darle a conocer la de las centinelas que guardaban la fosa.

como si se sacara un peso de encima de un instante habría acabado todo! Mannaei no entró en acción

lado, pero todo descompuesto,

Llevaba ya cuarenta años en el ejercicio de sus funciones de verdugo. El fue quien estranguló a Alejandro, ahogó a Aristóbulo, quemó vivo a Matatías, decapitó a Zosimo, Antipater, Pappus y Josefo... ¡y no se atrevía a suprimir a Iakannan! Le castañeteaban los dientes, y todo su cuerpo temblaba.

Delante de la fosa había visto al Gran Angel de los samaritanos, blandiendo una gigantesca espada, roja, dentellada como la llama. Estaba todo cubierto de ojos.

Dos soldados que le acompañaron podían corroborar lo que él decía.

Nada habían visto los soldados, a excepción de un capitán judío que quiso arrojarle sobre ellos, y que ya había dejado de existir.

El furor de Herodias se desbordó en un torrente de injurias vulgares y sangrientas. Se rasgó las uñas en el enrejado de la tribuna, y los dos inmensos leones esculpidos parecían morder sus hombros y rugir igual que ella.

Antipas la imitó; fariseos, soldados, sacerdotes, todos clamaban venganza, y los demás parecían indignados de que se les demorase un deleite. Mannaei salió tapándose la cabeza.

A los convidados les pareció más largo todavía el tiempo que la vez primera. Se aburrían.

De pronto un ruido de pasos retumbó por los corredores. El malestar tornábase intolerable.

La cabeza llegó, y Mannaei la traía asida de los cabellos, al extremo de su brazo, satisfecho de los aplausos.

Cuando la colocó sobre un plato, ofreciéndola a Salomé.

Ella subió, ligera, a la tribuna. Minutos después, la cabeza fue traída por aquella vieja que Antipas había dividido por la mañana en la terraza de una casa, frente a su castillo, y más tarde en la habitación de Herodias.

El tetarra retrocedió para no verla. Vitelio lanzó una mirada indiferente.

Mannaei descendió del estrado y la exhibió a los capitanes romanos, después a los que comían por aquel lado.

Todos la examinaron.

La aguda hoja del instrumento, resbalando de arriba abajo, había rozado la mandíbula. Una convulsión cerraba las comisuras de la boca. Sangre, cuajada ya, salpicaba la enmarañada barba. Los párpados cerrados eran páldos como dos rosas de té, y los candelabros del salón enviaban sus rayos sobre aquel rostro exangüe.

Llegó a la mesa de los sacerdotes. Un fariseo, curioso, le dio vuelta, y Mannaei, luego de colocarla de nuevo a plomo, la puso delante de Aulio, que despertó. Al enfrentarse las pupilas muertas y las apagadas parecieron decirse alguna cosa.

Mannaei la presentó en seguida a Antipas. Por las mejillas del tetarra rodaron lágrimas. Los hachones iluzn apagándose paulatinamente. Salían los convidados y en la sala no quedaba más que Antipas, con la mano en la sien, y mirando sin pestañear la cabeza cortada, en tanto Phanuel, de pie en medio del salón, murmuraba oraciones, con los brazos extendidos hacia el cielo.

En el instante en que el sol se elevaba, dos hombres enviados tiempo atrás por Iakannan llegaron con la respuesta tan ansiosamente aguardada.

Se la confiarán a Phanuel, que experimentó un éxtasis de alegría.

Después les mostró el lúgubre objeto sobre la bandeja, entre los restos del festín. Uno de los hombres le expresó:

—¡Consúlate! Ha descendido entre los muertos para anunciar al Cristo.

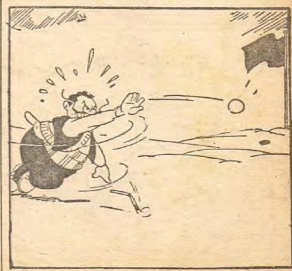
Entonces el esenio comprendió aquellas palabras: "Para que crezca él, es necesario que yo disminuya."

Y habiendo tomado la cabeza del desventurado Iakannan, los tres partieron hacia Galilea. Como pesaba mucho, se alternaban en llevarla.

PANCHO SOMBRERO

ULTIMO RECURSO

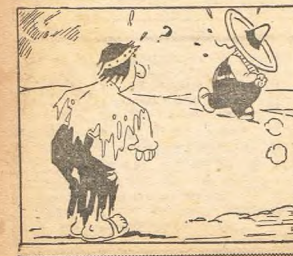
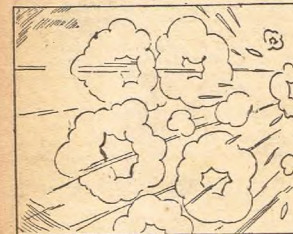
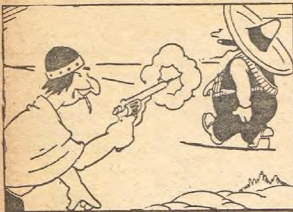
Por TOONDER



PANCHO SOMBRERO

REPLICA VIOLENTA

Por TOONDER



ALBERTO PRANDO, UN PINTOR FIEL A SU DES

(CONCLUSION DE LA PÁGINA 17)

Para damos la impresión del calor, por ejemplo, no "pone" en la tela un hombre secándose la transpiración, ni recurre a otro medio de expresión vulgar, como sería frecuente ver en artistas de más fácil conformidad.... Así parecido se observa en la tela que recoge la imagen de la estación ferroviaria; allí se advierte, se "ve", que el tren acaba de irse. No obstante, el andén está desierto; nadie aparece en él diciendo su adiós; la presencia humana ha sido descartada. No hay ningún signo concreto que evidencie el hecho de la reciente partida del tren, y, a pesar de ello, ésta resulta evidente.... Por qué medios, entonces, consigue el pintor este resultado? Podríamos preguntarle: Pero, ¿alguien ha dicho que el poeta no explica su imágenes; las crea, sencillamente. Y el pintor es también poeta. No interesa, pues, el "secreto". Alberto Prando sabe darnos en sus cuadros una segunda realidad. Y éste es, a nuestro juicio, su mérito singular.

Cuanto queda dicho de este pintor, corresponde a su primera época como tal. Ahora debemos decir algo con respecto a su obra de la actualidad, a una serie de retratos, algunos de los cuales ilustran esta nota. Aquí Alberto Prando se humaniza de una manera total; "entra" en el hombre, en el hombre que nosotros llamaríamos *síntesis y expresión* del pueblo, en el hombre-escritor, en el hombre-pintor, en el intelectual, en fin. Y esto, entiéndase bien, no significa establecer diferencia de calidad, ni jerarquía de tema, con sus trabajos anteriores. Es otra cosa; por serlo, únicamente, lo conside-

amos ponderable, puesto que, afán de búsqueda y disformismo, los verdaderos artistas, dicen, claman de sí otra cosa y algo exigido por quienes han de juzgarlos que es en la primera época de su vida, en la primera época de sus tentativas, mostrarse en estos reventados, como impulsado por una urgencia propia a desentrañar, sin duda múltiple que presente, sin duda, en el alma de estas criaturas, antes, a Prando no puede consistir por el resultado estético-formal, aunque haya en ella méritos de ciertos, sino por lo que de esa obra, en este Mallea que él nos da, se ve "detrás" de sus ojos, más allá de su presencia, el espíritu preocupado de un hombre culto que busca algún problema esencial. Otro tanto ocurre respecto al retrato del padre del artista, y asimismo de otros intelectuales que él ha plasmado, darnos en cada uno de ellos de un mundo interior diverso de sugerencias y posibilidades. Impliéndose en estos trabajos la pintura, al conocer el empeño, me doy por cierto, con que siempre la hay algunos estetas. Y los resultados y lo son sin duda, porque al segundo, que algunos no quieren, Prando se definitivamente sincero, con una sima para todo artista que sabe vender su destino. ®

HISTORIAS DE ANIMALES

(CONCLUSION DE LA PÁGINA 33)

lo matáramos nosotros, pues el perro había sido su compañero desde los años infantiles, y él se resistió a darle muerte. Tomamos a nuestro cargo la ingrata tarea, pero les aseguro que nunca vi tristeza más grande que la de aquel joven, cuando se alejó dejando en nuestras manos al perro que pugnaba por seguirlo.

—En los largos años de práctica en esta clínica, forzosamente habrán tropezado con casos tristes, pero habrá habido algunos que por su comicidad les habrán compensado.

—Si; recuerdo una solterona que había traído un gato de lo más arisco; era imposible sujetarlo. Arañó de lo lindo al ayudante. La dueña empezó a pedir en alta voz que tuviéramos cuidado con su "hijo", que podíamos hacerle daño.

—En verdad, por lo mañeros y de difícil carácter parecían de una misma familia —agrega el doctor Da Graña.

—¿Y cómo terminó el asunto?

—Diciéndole a la señorita que su gato iba a estar más tranquilo si no la veía y que era mejor revisarlo a solas. Así lo hicimos y pudimos extraer al animal la espina que le molestaba.

—Recuerdo un caso que me conmovió — dice el doctor Da Graña—. Una tarde de verano, hará diez años, vino a verme aquí un hombre de cabeza rapada, correctamente vestido y de expresión triste. Traía consigo un

viejo perrito de los llamados vulcos". Mustio, de pelaje empobrecido y lacrimoso, el perro era un feroz y viejo. "¿Qué desea, amigo?", preguntó. "Vengo a ver qué es este animal", me contestó con orgullo. Revisé al perrito y vi que era hacer. Lo más piadoso era el frimiento sacrificándolo. Así se lo hombre me miró interrogante. Vi mi diagnóstico y él entonces, vaciló a su perro. Bruscamente, exclamó: "¡Venga, ya nos volveremos a ver!". Recho y muy ligero, diciéndome al volver a llevarme el cadáver.

-;Y volvi6

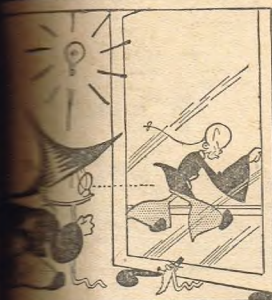
—Sí; al día siguiente regresó su perro muerto. Al verlo, como llantes se volvió hacia mí y me dijo: "¡Este es mi perro!" Yo le dije: "¿Cómo me quedaba?" Y me dijo: "Como un emigrado. El perrito lo acompañaba desde hacía años. Lo encontré en una guerra del 14, y teniendoéndolo me lo regaló y cuidó. El perro hizo todo su ludo, y cuando hubo de irse a las tierras, él lo siguió. Hasta entonces su único compañero. "Ahora sí me lo dije al terminar. Y tomándole el aje, dijo: "De esto hace diez años, pero me conservo vivo y el recuerdo —añadió— de nuestro interlocutor."

... ..

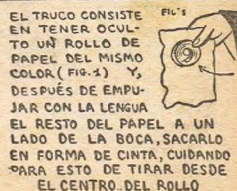
LAS AVENTURAS DE CHU-MAN-FU



Por J. CHRISTIE M.
(ESPECIAL PARA "LEOPLAN")



31





UNA CONSPIRACION FRUSTRADA

Allá por el año 1666, cuando las conspiraciones eran cosa corriente, se reunió un grupo de revolucionarios para convenir el día y la hora en que habían de dar el golpe. Empresa semejante requería un secreto absoluto, y con toda clase de precauciones se pusieron de acuerdo en cuanto a la hora del levantamiento.

Al salir de la reunión, la guardia de gobierno, que no andaba descuidada, prendió a uno de los revoltosos, el cual, al verse materialmente acerbillo a preguntas, confesó todo el complot, menos la hora en que debía llevarse a cabo.

Uno de los guardias sacó el reloj y, en son de broma, le dijo que mirase en la esfera la hora misteriosa. Cuando el detenido la hubo mirado, el guardia le mandó señalar otra cualquiera de la esfera; el preso señaló las cinco; el guardia hizo un cálculo y le ordenó que contase mentalmente desde esa misma hora, empezando por el número de la pensada hasta 17, marchando en sentido contrario al de las manecillas y recomendándole que pudiese el dedo sobre la hora a que correspondiese el 17.

Hízole así el preso, y aunque no demostró nada, se quedó muy sorprendido. El guardia tampoco dijo una palabra, pero la conspiración fracasó.

¿Cómo se las arregló el guardia para saber la hora en que debía efectuarse el levantamiento?

(La solución en el próximo número)

CHARADA

Mi primera está en el agua,
tercera y cuarta nombre es,
animal es dos y cuatro
y es el todo una mujer.

CHARADA ANAGRAMA

Según tercera primera,
con todo, formarse pueden
una infinidad de cosas
toditas de rechupete.
A saber: con la tercera,
negación que se usa siempre;
prima tercera, en el canto
y entre la elegante gente;
segunda prima es costumbre
de cristianos y de herejes;
y entreverando las letras
lo más convenientemente,
hallarás: un animal,
una cosa que es de reyes,
algo de aves, un metal,
ciudad, y algo que es, a veces,
de carpinteros, de expositos
y de estaciones de trenes;
y si es que la ortografía
no fijas correctamente,
verás: un río de Europa,
y una cosa en que se cuece.
¿No has comprendido, lector?,
pues ponte más al corriente
sabiéndote que es mi todo,
una cosa que se bebe
ya sola o acompañada
pero nunca fluye caliente.

(Las soluciones en el próximo número)

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS



(Las soluciones en el próximo número)

PROBLEMA: EL DRAGON

Recortar un cuadrado dentro de éste y
ralelos al mismo, y colocar el recorte
resulte completo el dibujo del monstruo.



(La solución en el próximo número)

SOLUCIONES DEL NUMERO

DE "LA PESA ROTA"

Los pedazos de la pesa pesaban
tres, nueve y veintiséis kilos.

DE "EL MINUE"

He aquí la forma de juntar las...



DE "PALABRAS CRUZADAS"



JUAN DEL POPOLO, Villa Sa-
boya. — 1º Lamentamos que la
extensión que habría de tener
la respuesta, nos impida, por
cuestiones de espacio, con-
testar su pregunta en esta oc-
asión. 2º Por razones obvias, no
es posible volver a incluir en las páginas de
LEOPLAN las novelas que ya se han publicado.
3º Tendremos en cuenta su sugerencia para más
adelante.

MARCELA, Capital. — Las oxilideas son plan-
tas dicotiledóneas, de hojas alternas, flores axi-
lares y solitarias y frutos capsulares dehiscentes.

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros
lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspon-
dencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Emeraldo 116, Buenos Aires.

ENRIQUE ALONSO, Capital. — Agradecemos su
amable ofrecimiento, pero no nos será posible
utilizar los problemas que tuvo la gentileza de
enviarnos, por cuanto disponemos actualmente
de un exceso de originales destinados a la sección
"Para matar el tiempo".

L. M. (Capital). — Tendremos en cuenta su
pedido para la primera oportunidad.

ENRIQUE ZOLINE,
r.). — 1º Si desea
tener corresponden-
tores argentinos, en
dirección. 2º El
colaboraciones en-
se debe a la maye-
tensión que puedan tener éstas
problemas de espacio a que ha-
frente en la actualidad.

JUAN BENÍZ, Capital. — Agra-
teramente sugerencia, aun cuando
poco tarde, pues, como podrá
sección "Para matar el tiempo",
vada a la práctica.